

DESPUÉS DE *LOS JUEGOS DEL HAMBRE* Y *DIVERGENTE*, LLEGA LA CÚPULA,
LA TRILOGÍA DISTÓPICA DEL MOMENTO.

LA CÚPULA

RESISTENCIA



JULIANNA BAGGOTT

LA ÚLTIMA ENTREGA DE LA TRILOGÍA DISTÓPICA LA CÚPULA
PLANTEA UN GIRO INESPERADO A ESTA INQUIETANTE
EN UN UNIVERSO POSAPOCALÍPTICO.

Lectulandia

En la Cúpula, Perdiz ha ocupado el puesto de su padre como líder de los Puros. Su intención es destruirla desde adentro con el apoyo de la resistencia liderada por Glassings, su antiguo profesor. Sin embargo, desde su nueva posición en el poder, las cosas no se ven tan claras. Quizás su padre tenía razón. Tal vez el mundo necesita a la Cúpula para sobrevivir, y a Perdiz para gobernarlo.

Afuera de la Cúpula, Pressia y Bradwell continúan buscando las pistas que les dejaron sus padres antes de las Detonaciones. Muy pronto podrán ayudar a curar a los miserables, liberándolos de la opresión de la Cúpula y de sus monstruosas fusiones de una vez por todas. Sin embargo, su éxito depende también de Perdiz. ¿Podrán seguir confiando en su amigo y aliado? ¿O una nueva guerra está por comenzar?

Lectulandia

Julianna Baggott

Resistencia

Trilogía Puro - 3

ePub r1.0

Titivillus 17.11.16

Título original: *Burn*
Julianna Baggott, 2014
Traducción: Julia Osuna Aguilar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para David Scott. A veces lo único que quiero es tumbarme, fatigada por la vida y con la mirada nublada, y sobrevivir a tu lado.

Prólogo

Bradwell

Conoce el final; lo ve con casi la misma claridad que el principio.

—Empieza allí —susurra al viento.

Se le erizan las plumas de sus pobladas alas; algunas hasta le arrastran por detrás. Tiene que tensarlas contra el viento mientras atraviesa los escombrales camino del acantilado rocoso. Quiere ir hacia atrás, adentrarse en un túnel y cavar hasta el niño que fue.

Es lo que nunca le ha contado a nadie.

No estaba dormido mientras mataban a sus padres, por mucho que se obligara a creerlo.

Cuando los hombres irrumpieron en la casa, la escaramuza y los chillidos de su madre lo despertaron justo antes de que les disparasen. Sus padres le habían enseñado qué hacer si entraban extraños en casa. Salió de la cama como pudo y se escondió debajo.

Vio un par de botas por los centímetros que separaban la colcha del suelo. Cuando se detuvieron ante él, uno de los asesinos —el que debía haber sido su homicida— se agachó, levantó la colcha y, por un momento, se encontraron cara a cara.

Bradwell no se movió ni respiró. El hombre tenía la cara alargada y angulosa, con una mandíbula ligeramente torcida y ojos azules.

Por fin, sin mediar palabra, el tipo dejó caer la colcha.

—Se ve que el chico no ha dormido aquí hoy.

—¿Has registrado bien el cuarto?

—Que sí, joder, que lo he registrado.

Oyó cómo se iban pero aun así no se movió del sitio. Fingió dormir, allí mismo debajo de la cama, y fingió soñar. Y luego abrió los ojos, y esa es la parte que sí ha contado: que fue a la cocina como cualquier otro día, todo lo que su cerebro pudo soportar. Al ver que sus padres no estaban preparando el desayuno, los llamó, y solo entonces empezó a asustarse. Al final encontró sus cadáveres todavía en la cama.

Podría haber corrido a auxiliar a su madre al oír sus chillidos, pero no, se escondió. A Pressia le contó que estaba dormido mientras los mataban, y ha querido creer que es la verdad. En realidad aquel día fue la primera vez que podría haber muerto (que no la última). Estar vivo es para él un mero accidente.

Trepa por las rocas y llega hasta el borde del acantilado. Aunque es de noche la luz de la luna es intensa. Extiende las alas en toda su envergadura y se inclina hacia el viento. Por un momento se imagina que amaina de golpe, se cae hacia delante y vuela.

Pero las alas que tiene no soportan su peso.

Volar no es el final.

El final es de tierra y ceniza.

Estaba destinado a ser un mártir, al igual que sus padres.

El tiempo con sus hermanos, Il Capitano y Helmud, ha sido un regalo. No estaba destinado a amar a nadie ni a tener a alguien que lo ame: Pressia. Cuando piensa en ella, es como si le pegaran una patada y le sacaran el corazón del pecho. Podría haber muerto con ella en el suelo helado del bosque, o haberlo hecho unido a sus hermanos, sus sangres entremezcladas; pero ni uno ni otro fue el final.

Sin embargo, allí sobre el acantilado, lo ve: está tumbado en el suelo entre las cenizas y la tierra de su hogar y tiene el pecho abierto en canal. De su cuerpo se eleva la verdad como una larga cinta blanca salpicada de sangre que se desenrolla en el aire.

¿Cómo ocurrirá? ¿Cuándo?

Lo único que sabe es que no queda mucho.

Con el viento atravesándole las alas a dentelladas, siente como si se escorara hacia el final... ¿o es este el que corre a su encuentro? Esta vez no se esconderá: esta vez correrá hacia los gritos.

Pressia

Llave

La puerta de la habitación de Pressia está cerrada. Las cuidadoras vienen y van con el tintineo de sus manojos de llaves. ¿Cuántos cuartos hay? ¿Dónde está Bradwell? ¿Y Helmud e Il Capitano? ¿Dónde están sus cosas, el vial y la fórmula?

Las cuidadoras nunca responden a sus preguntas y le insisten en que tiene que recuperarse.

—Pero si no estoy enferma.

Le dicen que descanse.

—No puedo dormir.

Sonríen, asienten y le señalan las alarmas que hay en las cuatro paredes del cuarto.

—Si hay alguna emergencia, pulsa aquí.

Las cuidadoras llevan además collares con botones de socorro, pero Pressia no sabe qué clase de emergencia puede surgir en ese sitio. Cuando se lo pregunta, le dicen:

—Es solo por si acaso...

—¿Por si acaso qué?

No contestan.

Todos los días lo mismo. Ya ha perdido la noción del tiempo; han pasado semanas... ¿o casi un mes?

Todas las cuidadoras tienen la tez dorada, casi refulgente. ¿Será por la luz que da el fuego? ¿Será porque la mayoría están embarazadas?, ¿no se decía que las embarazadas brillaban? ¿Será una especie de radiación interior? Las barrigas les brotan de las caderas, como una hinchazón.

Aunque no solo ellas están doradas; también los niños que juegan en el campo. Los dejan salir por turnos. Lo hacen con palos, pelotas y redes sujetas a troncos que clavan en la tierra fría. Todos dorados, como si los hubieran sumergido en una aleación metálica, sin fusiones, cicatrices ni marca alguna, tan solo piel. De la pechera del abrigo les surgen las alarmas que llevan al cuello.

Las cuidadoras le traen la comida en bandejas: caldos calientes, gachas de avena, grandes vasos de leche fría, blanca, blanquísima, sin una mota de tizne arremolinada en su interior. Las comecenizas están por doquier, deslizándose por las cucharas, el borde de la bañera metálica, las hojas de las ventanas, tanto por dentro como por fuera. Con un lomo de escarabajo ligeramente iridiscente, parecen trabajar día y noche, ajenas al frío.

Una cuidadora le contó que estaban diseñadas de modo que solo tuvieran que utilizar un único par de patas para introducir la ceniza en su diminuta boca, y hacer

así «tabla rasa», en palabras de la mujer.

Son la razón de que el cielo al otro lado de la ventana esté teñido de azul y no de gris.

Son la explicación de que las sábanas, las fundas de las almohadas e incluso las pequeñas plumas de ganso que a menudo se escapan del edredón sean de un blanco luminoso. Pressia no recuerda haber visto nada tan inmaculado en su vida.

El cuarto está siempre limpio. Le cambian las sábanas a diario. En el baño hay una pastilla de jabón nueva todos los días. Hasta quitan los pelos que se le quedan en el cepillo al peinarse; por las mañanas se lo encuentra limpio sin falta.

Bordea la ventana con el dedo y luego mira al exterior, donde ve una vieja torre de piedra inclinada, como vencida por el viento, y unos extraños animales de movimientos pesados —del tamaño de una vaca pero con unos gruesos abrigos como gomosos, sin pelo, y algún que otro colmillo— que vagan por la ladera brumosa. Más allá del rebaño está el avión, amarrado a la tierra por un cepo de verde: se lo han tragado las enredaderas.

¿Volverán alguna vez? A su hogar... ¿Alguna vez existió tal cosa? Aunque ¿acaso ahora, después de lo que ha pasado, de todo lo que ha hecho, se merece llamar «hogar» a algún sitio? Bradwell, sus alas enormes... ella es la culpable. Quiere que todo sea como antes pero ya no hay vuelta atrás.

«Hacer tabla rasa».

Pero ¿qué haces cuando no puedes rasar la tabla?

¿Estará reparando alguien el avión? ¿Se habrán recuperado Bradwell, Il Capitano y Helmud lo suficiente para viajar? ¿La perdonará Bradwell algún día?

—¡Esto es una pérdida de tiempo! —ha gritado a las cuidadoras un par de veces, al límite de su paciencia—. ¡Tenemos que volver a casa! ¡Hay gente que nos necesita!

Le sonrían, asienten y le señalan las alarmas de las paredes.

Por la noche, cuando el cuarto se queda a oscuras, la luz de las alarmas se pone roja y se oyen los aullidos. El ruido se repite todas las noches, como si unos perros ladrasen en la distancia. ¿Lobos, zorros, coyotes? ¿Qué clase de perros aulladores viven en aquellos parajes? A veces fantasea con que los bichos la rodean y amenazan con devorarla; es posible que quiera que la despedacen y la hagan añicos hasta desaparecer.

Y se levanta con esa misma sensación. Lo que quiere es que hagan trizas la culpa que la atenaza, que la aniquilen, que la hagan desaparecer. Bradwell. Piensa en él en la claridad del cuarto bañado por la luz de la mañana. Después de inyectarle el suero en los pájaros de la espalda, de que las alas le crecieran como locas y se le ensancharan las costillas y la espalda, él le dijo: «Pero ¿qué es lo que has hecho?». Sabe que lo traicionó; él no quería que lo salvara con el contenido del vial, con la medicina que algún día tal vez llegue a purificar a los supervivientes, a borrarles cicatrices y fusiones. Quería morir puro, según su propia definición del término. Pero a Pressia le fue imposible dejarlo morir.

Sola, aún somnolienta, yace en la cama recordando los momentos que compartieron en el paso subterráneo bajo las vías del tren, sobre el duro suelo, con Bradwell cogiéndole la cara con sus manos rudas y cálidas. Fue como estar completamente viva por primera vez, y notarlo en cada célula de su cuerpo. Ahora, sin embargo, siente que algo ha muerto en su interior y le ha dejado un vacío. Bradwell la odia, y ella también se desprecia. No sabe qué odio es peor. Haría lo que fuera por ganarse de nuevo su confianza pero sabe que el daño ya está hecho y no hay forma de repararlo.

Desde un punto de vista ético entiende por qué Bradwell abomina de la idea de poder revertir sus fusiones o borrar las cicatrices; él no quiere ni revertir ni borrar el pasado, los pecados de la Cúpula. Pero lo que no comprende es por qué no hay ni una mínima parte de él, en lo más hondo de su ser, que desee que lo arreglen.

Se acaricia la cicatriz de la muñeca interior, una fina línea fruncida por donde la piel sintética de la cabeza de muñeca se abre camino entre sus propias terminaciones nerviosas. A los trece años intentó cortarse la cabeza de juguete y lo que le quedaba por debajo de mano. Recuerda el tacto del cuchillo sobre la piel, su punzada afilada. Era algo de lo que tenía el control, no algo que estuviese pasándole sin más. Le gustaría volver a tenerlo. ¿Qué creía, que un muñón sería mejor? ¿Acaso creía algo? En realidad no. Lo único que quería era librarse de aquel esperpento.

Y todavía le gustaría. El vial y la fórmula la acercaban un paso más a esa posibilidad, pero Bart Kelly se los ha confiscado, les ha arrebatado todo aquello por lo que arriesgaron la vida. Si lograra llevarlos hasta la Cúpula, donde todavía hay científicos que trabajan en laboratorios, no solo le servirían a ella. No, podría haber un futuro en el que pudieran reparar a todos los supervivientes.

Se restriega los nudillos ocultos contra la coronilla de la cabeza de muñeca y se rasca el brazo con los dedos. Quiere que la reparen y sentirse plena. ¿Quién no querría después de todos esos años?

Suena una llave en la cerradura. El pomo gira. La mañana está despejada.

Pressia se incorpora en la cama y se desliza hasta el borde, a la espera.

Fedelma es la única cuidadora cuyo nombre conoce. Es la encargada del resto y lleva el pelo recogido como en dos nudos que parecen cuernos en lo alto de la cabeza. Puede que, al tener más autoridad, se le permita hablar más. A Pressia le alivia verla.

Fedelma también está embarazada. Tiene un tambor tirante por barriga que debe maniobrar con cuidado para no chocar. No es joven: empieza a clarearle el pelo por las sienes y, cuando sonrío, se le arruga la piel en torno a los ojos. Abre la pesada puerta con una mano mientras sujeta en el aire una bandeja de estaño.

—¿Has dormido? —le pregunta.

—Poco —responde Pressia, que decide ir al grano—: Quiero ver a Bart Kelly. —No lo ha visto desde aquel día (una nebulosa de ruido, espinas, sangre... y alas, cuando los metieron a todos en una carreta y los transportaron hasta allí)—. Tiene cosas que me pertenecen.

—Él es un hombre de palabra —esgrime Fedelma al tiempo que deja la bandeja en la mesita de noche—. Te lo contará todo cuando llegue la hora.

«Todo». ¿Sobre sus padres? ¿Sobre el pasado? Bart Kelly pertenecía a los Siete, era amigo de sus padres cuando eran jóvenes. Ese hombre sabe más sobre ellos de lo que pueda llegar a averiguar ella. Ahora se le antoja increíble haber albergado esperanzas de encontrar allí a su padre. Lo echa profundamente de menos a pesar de no conocerlo de nada.

—¿Y el avión?, ¿piensa dejarlo ahí para que se lo coman las enredaderas?

—Por ahora las plantas sirven de camuflaje, así que está a salvo de depredadores y saqueadores. Por eso las hicieron carnívoras, para que sirvieran de protección.

«¿Que las hicieron carnívoras?», piensa Pressia para sus adentros. De modo que en alguna parte hay laboratorios, lugares de cría...

Fedelma alarga la mano y le coge con delicadeza el brazo, aunque no el de la cabeza de muñeca. A la cuidadora le inquieta, le perturba la forma en que está fusionada al puño de Pressia, por mucho que intente disimularlo.

—¿Qué haces?

La cuidadora le arremanga el jersey y deja a la vista el brazo.

—Mira: se te está empezando a poner la piel dorada. Estamos echándote una sustancia química en la comida que hace que las enredaderas no se te acerquen... Es como un aroma que emana de tu piel.

Pressia también ve esa coloración mínima. Se baja la manga de un tirón.

—A la gente no le hace gracia que la envenenen —comenta—. Ni tampoco que unas enredaderas llenas de espinas la asfixien y le succionen la sangre hasta matarla.

Tiene razón. Vio con sus propios ojos cómo esas enredaderas estuvieron a punto de matar a Bradwell, a Il Capitano y a Helmud.

—Come —le ordena Fedelma acercándole la bandeja.

—¿Por qué nadie quiere contarme nada de las alarmas? ¿A qué le tenéis tanto miedo?

La cuidadora se frota los brazos, como si tuviera frío.

—De eso no se habla. —Va hasta la ventana.

—He oído los aullidos.

—Los perros salvajes son nuestros; nos ayudan a protegernos.

—¿Por qué no me cuentas las cosas? Quiero saber la verdad.

—Es la primera vez que tenemos forasteros aquí y no sabemos cómo trataros, salvo como algo extraño, una posible amenaza.

—¿Tengo cara de ser una amenaza?

Fedelma se queda mirándola pero no le responde.

—Uno de los tuyos ha empezado a andar por los campos. No sé quién le habrá dado permiso. Era el que estaba peor cuando llegasteis. A lo mejor ni siquiera se lo han dado, pero aun así ronda por el exterior. Llevo dos días seguidos viéndolo.

Pressia se levanta y corre hacia la ventana.

—¿Bradwell?

Fedelma asiente y añade:

—Todavía no camina del todo estable, dado su...

Se han llevado a los animales domesticados a alguna parte; los niños, en cambio, siguen allí, corriendo con sus pelotas y sus palos. La mayor parte de los juguetes parecen nuevos, así como los gorros y las bufandas. Hace poco fue Navidad. ¿Serán regalos? Gritan y pegan chiflidos. Algunos cantan en corro haciendo gestos idénticos con las manos.

Una niña con un jersey de un rojo muy vivo rodea los distintos grupos con una muñeca pegada al pecho. Pressia se imagina a sí misma con esa misma edad y con su propia muñeca, la que tiene fusionada para siempre al puño. En otros tiempos fue un regalo nuevo, con unos ojos que brillaban y parpadeaban al unísono. Ser nueva, y sentirlo... Ni se lo imagina...

Otra niña se acerca a la que tiene la muñeca: una gemela idéntica. Se enganchan del brazo y siguen su camino.

Cuántos niños y qué pocos adultos... Están repoblando, no les queda más remedio. ¿Dónde estará Bradwell?

—¿Lo ves desde aquí? —le pregunta Pressia a la cuidadora.

—No, pero está ahí fuera, en alguna parte.

—Tengo que salir.

Fedelma sacude la cabeza.

—Lo que tienes que hacer es comer y dormir. Si quieres recuperar fuerzas, debes...

—¡Tengo que verlo... con mis propios ojos!

Pressia va hacia la puerta, que Fedelma se ha olvidado de cerrar.

Sale entonces y echa a correr por el pasillo hasta que ve una escalera y baja por ella aporreando los peldaños. Oye que Fedelma grita tras ella:

—¡No! ¡Pressia, detente!

¿Es bueno que corra embarazada? ¿Y qué edad tiene?

Pressia encuentra una pesada puerta que da al exterior.

El viento es húmedo y punzante. Atraviesa a paso ligero el prado donde están los niños, todos esos críos dorados.

En un corro juegan a algo; unos forman el círculo mientras que el resto da vueltas y vueltas en el interior.

Mira en el espejo,
busca a tu igual.
¡Corre y encuéntrate!
¡Atrapa tu reflejo!

Los niños que forman el corro la cantan a gritos y, cuando acaban, los críos mareados del centro empiezan a perseguir a los otros, que salen disparados por todo

el prado.

Sin embargo, algunos de los que no están jugando se detienen y se quedan mirando a Pressia. Y ahora que está a su lado, ve a otra pareja de gemelos, y luego a un tercer niño que es clavado a los dos primeros. Aunque nunca ha visto trillizos idénticos, no quiere mirarlos fijamente, porque a ella no le gustaría que la escrutasen así.

—¡Mirad! —dice de pronto un chico con el pelo negro azabache, señalando la cabeza de muñeca de Pressia.

Esta se niega a esconderla. Fedelma llega jadeando hasta ella y grita:

—¡Cállate, niño! Vete a jugar con los demás.

Pressia echa a correr hacia la torre de piedra, desde donde podrá otear los alrededores. Los niños le recuerdan la visión que tenía de la Cúpula: aire respirable, ausencia de deformidades, cicatrices o fusiones... Se pregunta dónde estará en esos momentos su medio hermano, Perdiz, que regresó a la Cúpula. ¿Habrá conocido a gente que pueda ayudarlo a encontrar la manera de arrebatarse el poder a su padre? ¿Se acordará de los que sufren en el exterior? ¿Hará lo que debe? Y ella, ¿está haciendo lo que tiene que hacer ahí metida, presa, perdiendo un tiempo valioso? ¿De veras cumplirá Bart Kelly su palabra?

—¡No deberías estar fuera! —le grita Fedelma—. ¡Las órdenes son muy estrictas: antes tienes que recuperarte! Si Bart Kelly se entera de que has salido, se disgustará. ¿Me oyes? ¿Estás escuchándome o no?

Pressia salva corriendo el trecho que la separa de la torre, con los pulmones resintiéndose por el frío. Sube la estrecha escalera de caracol de dos en dos, apoyándose en la barandilla con la mano buena. Se pega la cabeza de muñeca al pecho, como si así esta pudiera oír el aporreo de su corazón.

Es una torre redonda con tejado a dos aguas. Las ventanas son apenas troneras, no tienen cristales y dejan pasar el viento. La piedra está fría y erosionada, con parches de musgo resbaladizo. Se detiene en un ventanuco para mirar el paisaje: bruma desplegándose y otra vista del avión. Las enredaderas crepitan con el viento y el avión parece balancearse ligeramente. ¿Tan profundas son las raíces de las plantas que pueden llegar a mecer el avión? ¿O lo habrán tomado las alimañas?

¿Saldrán alguna vez de allí? Sin el avión es imposible.

Se apresura a subir hasta el siguiente ventanuco: unas cuantas bestias, de esas cuyo nombre desconoce, hociendo la hierba junto a un saliente de piedra.

Oye las botas de Fedelma por las escaleras. Al volverse, se la encuentra jadeando entrecortadamente.

—¿Es bueno que corras en tu estado? —le pregunta Pressia.

—¿Es bueno que corras tú en el tuyo? —replica la otra.

Ambas han salido del edificio principal sin abrigo ni nada. Fedelma entrelaza los brazos sobre el pecho, por encima de la barriga. El viento le azota el fino pelo, que se le ha soltado de los dos montículos retorcidos que lleva en lo alto de la cabeza.

—¿Qué te hace pensar que estoy enferma? —le pregunta Pressia—. Bradwell, Il Capitano y Helmud... ellos son los que han estado a punto de morir, no yo.

—Ellos están enfermos por las heridas de las espinas, pero tu caso es más serio, en cierto sentido. Tú estás mala del corazón.

Pressia se queda perpleja.

—No sé de qué hablas.

Pero es mentira: el dolor que siente por dentro le pesa como si le hubiesen puesto un pedrusco enorme sobre el pecho. Es la culpa, la muerte, la traición. Va hasta el siguiente ventanuco, por donde solo ve cielo, tierra y árboles en la distancia. Una comeceña trepa entre las piedras encajadas a presión. La empuja con la yema de un dedo.

—Tienes que curarte por dentro... Y eso lleva su tiempo.

A Pressia se le llenan los ojos de lágrimas. El peso es tal que le cuesta respirar, le presiona los pulmones y le causa un dolor agudo en el pecho.

—Kelly quiere verte hoy, a ti y al resto.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque, en teoría, no debía decírtelo. —Suspira—. Quiere ayudaros, pero os pedirá algo a cambio.

—¿El qué?

Fedelma no responde, se limita a meter la cabeza por un ventanuco. Se quedan en silencio unos instantes, salvo por los chillidos de los niños que juegan en el prado y el viento.

—Allí está el que buscabas —dice de pronto Fedelma, que se aparta para dejarla ver—. Echa un vistazo.

Pressia no se lo piensa.

Bradwell está bajando por una ladera, entre la hierba crecida. Tiene tres pares de alas enormes en la espalda que le llegan hasta los talones de las botas y que va arrastrando por las puntas. Se nota que no está acostumbrado al peso, y las bocanadas de viento lo desestabilizan. Las alas le dan un aspecto desgarrado, torpe y vacilante: igual que un potro que intenta hacerse a sus nuevas patas.

Fignan, siempre leal, le va a la zaga, con la caja negra que tiene por cuerpo suspendida sobre sus patillas larguiruchas, sobre unas ruedas que van allanando una franja estrecha de hierba a su paso.

Recuerda la jeringuilla en su mano temblorosa y cómo se la fue inyectando a los tres pájaros de la espalda de Bradwell, uno tras otro. Él quería morir según sus propias condiciones. Y ella le arrebató esa posibilidad. Así y todo, está vivo. El corazón le golpea el pecho. Es incapaz de disculparse por haberlo salvado... no puede.

Y él nunca se lo perdonará.

Bradwell se detiene y, por un momento, Pressia se pregunta si sentirá sus ojos sobre él. Pero no se vuelve, sino que mira al cielo, donde revolotean unos pájaros.

Está todavía pálido porque perdió mucha sangre, pero la mandíbula se le ha endurecido y tiene la mirada acerada. Respira hondo y el pecho se le ensancha. Mientras contempla el vuelo de los pájaros, bate un ala, en un movimiento casi imperceptible.

«Date la vuelta. Date la vuelta y mírame —le ruega para sí—. Estoy aquí».

Pero Bradwell vuelve a encorvarse y sigue caminando contra el viento.

Perdiz

Duelo

A veces le sube hasta la garganta: «Lo he matado». Otras abre la boca como si fuese a contárselo a alguien: «Maté a mi padre, al líder al que queríais, a Willux, vuestro salvador... Lo asesiné yo». Pero se le hace un nudo en la garganta.

Por supuesto, no puede decírselo a nadie... salvo a Lyda. En cuanto se lo confesó se sintió más liviano, aunque solo por un breve espacio de tiempo. Va a verla cuando puede, y pasó con ella la Nochebuena, hace ya casi un mes. En la mañana de Navidad se despertaron y se dieron los regalos en el bonito piso que le ha conseguido en Superior Segunda. Fue lo primero que hizo en cuanto le transfirieron los poderes de su padre: la sacó del centro médico y le puso varios cuidadores, para ella y la criatura que lleva en su seno, «su hijo».

Le sorprende lo mucho que puede retumbar un secreto en la cabeza: «Lo maté». Pero no es solo un secreto, bien lo sabe: es un asesinato, el de su propio padre.

Perdiz está en la antesala del auditorio principal, de donde le llega el ruido de los dolientes que empiezan a congregarse; aunque intentan disimular su duelo no tardan en darle rienda suelta. Con tanto cuerpo allí hacinado, pronto subirá el volumen y el ambiente empezará a cargarse, y entonces tendrá que ir a aceptar sus condolencias, y el amor retorcido que sentían por su padre.

No le sorprende ver entrar a Forested en la sala. Ha sido la cara visible de la Cúpula durante un tiempo y asiste a casi todos esos actos. Su padre lo utilizó como testaferro desde que se acrecentó su deterioro físico, y es más que probable que el hombre esperara erigirse en el sucesor de Willux tras la muerte de este. Como es lógico, Perdiz no es de su agrado.

Forested no está solo: va flanqueado por Purdy y Hoppes, dos de sus hombres. Intercambian saludos y se sientan frente a Perdiz, al otro lado de la mesa de caoba. El chico lleva puesto uno de sus trajes para funerales; ya tiene siete: uno para cada día de la semana.

—He pensado que nos vendría bien hablar unos minutos —le dice Forested.

—Bueno, la verdad es que no me importaría saber cuántos funerales más va a haber —ataja Perdiz.

Es como ir de gira con la urna de su padre, una gira de duelo. Lo peor de todo es aguantar los panegíricos; algunos oradores hablan de lo que su padre les evitó: los miserables, esos viles parias de la humanidad, esos seres despiadados que ya no son humanos. Se dice a sí mismo que ya los hará cambiar de parecer... cuando llegue la hora. «En cuanto conozcan a una miserable como Pressia, todo cambiará», le dijo a Lyda. Pero es un tema que le pone enfermo y le produce ansiedad.

Forested ladea la cabeza y responde:

—¿No es demasiado para ti, llevar tu propio duelo además de toda esta admiración? ¿Estás seguro de que puedes manejarlo?

El hombre es un conversador de muchas capas, eso tiene que reconocérselo. ¿Ha querido ser irónico al preguntarle por su duelo? ¿Está insinuando que no parece lo suficientemente afectado? ¿Sospecha que mató a su padre? ¿O está diciéndole sin más reparos que es un blandengue?

—No, pero es que me gustaría ponerme manos a la obra con el trabajo que mi padre quería que hiciera.

Perdiz pega la barbilla al pecho y se rasca la frente para taparse los ojos, que se le han llenado de lágrimas. El caso es que es cierto que lo mató, y que no se arrepiente, pero eso no quita que lo eche de menos. Porque eso es lo más enfermizo... que lo quería. Un hijo tiene derecho a querer a su padre pase lo que pase, ¿no? A Perdiz le da rabia la rapidez con que se apoderan de él las emociones, sea la culpabilidad, el miedo a que lo descubran o la tristeza.

Purdy consulta una agenda en un dispositivo portátil.

—La gente sigue necesitando el duelo público.

—¿Y qué hay del privado? —pregunta Perdiz—. Yo diría que, culturalmente, estamos más que preparados para reprimir nuestras emociones.

—Era deseo de tu padre que hubiese un periodo de duelo público —le explica Forested.

En ocasiones cree que este debía de odiar a su padre. Como segundón perpetuo en la línea sucesoria, tuvo que envidiar su poder.

—Pero este funeral es distinto —comenta Purdy.

—¿En qué?

—Lo mencioné en mi último informe —responde Forested.

Se pasa el día pasándole informes: unas gruesas pilas de folios llenas de actualizaciones burocráticas escritas en un lenguaje denso y absurdo («Por la presente los presentes asumirán la presentación y se regirán por los deberes arriba presentados...»). Perdiz no soporta leerlos...

—Ah, vaya, me lo habré saltado. ¿Puede alguien ponerme al día?

Purdy mira a los otros dos. Forested está muy moreno para vivir en la Cúpula. Tiene los dientes tan brillantes que parece que les haya sacado brillo. El pelo lo lleva tieso, como si se hubiera echado laca.

—Hoy vienen todos los dignatarios y los miembros de la alta sociedad. No está abierto al público. Pero lo vamos a retransmitir... en directo. Queremos transmitir una sensación de grandeza, mostrar el momento en que el pueblo reconoce de facto a los líderes del mañana, el comienzo de una nueva etapa.

Perdiz se recuesta y suspira. Reconocerá las caras de otros actos políticos y fiestas, de vivir en el bloque de pisos donde se crio o por ser los padres de sus amigos de la academia. Sacude la cabeza y dice:

—Esta vez no quiero sentarme al lado de Iralene. No me malinterpretéis, me

gusta Iralene, la respeto, pero la gente tiene que ir haciéndose a la idea de que no vamos a casarnos. Cuanto más se me vea con ella, más nos costará explicar mi relación con Lyda. —En Nochebuena estuvieron besándose un poco. Le puso la mano en la suave piel de la barriga, donde está empezando a crecer el pequeño—. Voy a casarme con Lyda y vamos a tener un hijo. Deberíamos ir lanzando esta idea y desmontando de paso las mentiras de mi padre.

Cuando sacude la cabeza, a Hoppes se le balancean los gruesos carrillos que le cuelgan de la cara. Es su asesor de imagen.

—Estamos preparando una historia que va a solucionarlo todo. Tenemos un plan, pero es demasiado pronto. Mi gente está trabajando diligentemente, confíe en mí.

—¿Y qué tal si nos limitamos a contar la verdad? —Perdiz siente una oleada de calor por dentro. Su padre funcionaba con mentiras, les contaba cuentos de hadas para que pudieran dormir por las noches: cuentos de un mundo dividido entre puros y miserables—. ¿Qué os parece si contamos la verdad de una puñetera vez?

Forested apoya los puños en la mesa y se pone en pie, inclinándose hacia Perdiz.

—La verdad es que has preñado a una chica y estás prometido con otra. Y ya tienes a tu concubina colocada en un bonito piso para que esté calladita... De tal palo, tal astilla...

—Yo no me parezco en nada a mi padre.

Perdiz lo fulmina con la mirada y espera que esto lo haga retroceder, pero no es así. El otro lo mira como si estuviese pidiéndole a gritos que le pegue.

Purdy decide romper el incómodo silencio. Se rasca la nuca y dice:

—Lo que yo no entiendo es cómo puede no interesarle una chica como Iralene. La hicieron para usted.

—Literalmente —ironiza Perdiz.

—Yo creo que es un gran partido —sigue Purdy—. A veces uno necesita que le pongan un espejo delante. ¿No os parece, compañeros?

—Sí, desde luego —dice Hoppes.

Forested asiente.

Perdiz siente una presión fuerte en el pecho.

—Estoy enamorado de Lyda y, por mucha presión de grupo que me hagáis, no pienso desenamorarme, ¿entendido? Así que mejor guardaos vuestras opiniones, que nadie os las ha pedido...

Purdy hace un aspaviento para pedir calma.

—Ya lo solucionaremos. Todo saldrá bien.

Eso es lo que peor lleva, esas sonrisas alegres para defenderse y tapar las mentiras. Ya no lo soporta. Siente como si le fuera a estallar el pecho y se echa hacia delante.

—Yo conozco la verdad y pienso gobernar con ella por bandera. Mi padre fue el mayor genocida de la historia —dice Perdiz. Esa es la verdad que tanto tiempo lleva reprimiendo. Qué bien sienta darles un toque de atención y sentirse poderoso por una

vez—. La gente lo sabe aunque finja lo contrario. Les hicieron tragarse una mentira y viven con ella desde entonces. Y seguro que les reconcome por dentro. Tienen que estar más que preparados para reconocerlo. Es la única forma de avanzar: admitirlo y empezar de cero.

—Ay, madre... —dice Hoppes, que se ha sacado un pañuelo del bolsillo y se lo está pasando por el labio superior y la frente.

—¿De qué serviría? —pregunta Forested con los ojos desorbitados—. ¿Es que pretendes que los miserables y los puros caminen de la mano hacia un bonito futuro?

—¿Tanto daño haría que nos fuésemos preparando para cuando salgamos de la Cúpula y tengamos que crear una vida nueva fuera? Porque, en fin, no vendría mal un poco de compasión por los supervivientes, ¿no? —Perdiz y Lyda han estado redactando planes, cosas sencillas que pueden ir haciéndose para mejorar la vida de los del exterior: agua potable, comida, educación, medicamentos...—. ¡Podríamos cambiarles la vida!

—Qué noble por tu parte... —masculla Forested.

Perdiz no soporta su condescendencia.

—A ver, por favor —interviene Purdy—, paremos el carro un momento.

Perdiz está harto de retrasar las cosas, de rehuir los conflictos. Ha llegado la hora. Decide, no obstante, cambiar el tono de voz para parecer lo más relajado posible.

—Mirad, he estado pensando... ¿qué tendría de malo reunir un consejo formado por gente del interior y del exterior?

Formarían parte él mismo, Lyda, Pressia... y también Bradwell, e Il Capitano. Podrían hacer verdaderos progresos.

—Dios —exclama Forested, que va un momento a la puerta para comprobar si está cerrada y luego regresa a su sitio.

—¿Qué tiene de malo un consejo? ¿Qué tiene de malo un poco de progreso? —repite Perdiz.

Tienen que avanzar; por eso más que nada decidió entregarse a la Cúpula, y por eso mismo mató a su padre, para forzar la máquina y poder sacar algo de esperanza.

—No, no y no —dice en voz baja Hoppes—. Su pueblo es este, Perdiz, el de la Cúpula. Les gusta la normalidad, la estabilidad. No puede irrumpir en sus vidas y arrasarlo con todo.

A Perdiz le entran ganas de levantarse de golpe y volcar la mesa. Se cruza de brazos para intentar contener su corazón palpitante.

—¿Y por qué no? A lo mejor esa es la única forma de reconstruir.

Forested se ríe.

—¿Qué tiene tanta gracia? —Perdiz siente un odio repentino hacia él que hace que se le encienda la cara de rabia. Preferiría que le pegara o al menos le llevara la contraria, pero... ¿mofarse?

—Como analista que soy —interviene Hoppes—, tengo que decirle que eso que llama «mentira»...

—Un término con el que no puedo estar más en desacuerdo —lo interrumpe Purdy.

—Esa «mentira» —continúa Hoppes, entrecomillando la palabra con un gesto de las manos— ha creado el marco que permite a la gente aceptarse, mirarse a los ojos, quererse los unos a los otros y seguir adelante con sus vidas. Si les quita eso... en fin... no sé...

—¿Qué no sabes? —le urge Perdiz.

Forested sonríe y dice:

—Si los despojas de esa mentira se autodestruirán, eso es lo que estamos diciendo. ¿Qué tal un poco de compasión por la gente de dentro de la Cúpula, eh?

La sala se queda en silencio. Jamás tendrá a esos tres hombres de su parte... Pero, en teoría, hay gente en la Cúpula que sí lo está, la organización Cygnus, la que tenía un plan para hacerle subir al poder, un plan que su madre intentó activar desde el exterior. ¿Dónde está ahora, si puede saberse? A Perdiz no le vendrían mal unos cuantos refuerzos. Ni siquiera es capaz de discernir si Forested está diciéndole la verdad. ¿Será cierto que la mentira mantiene al pueblo unido o es tan solo una estratagema para que Perdiz no hable?

—Quiero ver a Glassings —dice de pronto.

—¿A Glassings? —se extraña Hoppes.

—Mi antiguo profesor de Historia Mundial.

Glassings es uno de los líderes secretos de las células durmientes, parte de Cygnus, el mismo que le dio a Perdiz la pastilla con la que mató a su padre. En cierto modo, él fue quien lo metió en todo esto. Le gustaría que al menos volviera a aparecer en su vida.

—¿Por qué quieres verlo? —pregunta Forested. ¿Lo habrá puesto Perdiz sobre aviso al decir el nombre del profesor?

—Quiero hacerle unas preguntas sobre historia mundial —se apresura a mentir—. Me ayudaría saber cómo actuaron otros líderes antes que yo. Creo que es buena idea.

—Su padre fue un gran líder. ¿Qué más puede querer? —replica Purdy, esbozando una sonrisa nerviosa.

Quiere pedirles que arreglen un encuentro con Glassings pero no le gusta la mirada suspicaz de Forested, de modo que suspira con fuerza, fingiendo estar hastiado.

—Bueno, ¿entonces cuántos funerales quedan? —vuelve a preguntar.

Purdy consulta de nuevo la agenda. Va repasando fechas y cuenta en voz alta hasta siete.

—Eso es. Siete funerales más. No está mal.

—Y entonces podremos sacar a la luz la nueva historia: la ruptura con Iralene y las noticias sobre su nuevo amor, Lyda —tercia Hoppes—. Y a los dos meses o así, desvelaremos el tema del bebé.

«¿Piensan seguir postergándolo hasta el infinito?», piensa Perdiz.

—Lo de Lyda saldrá pronto, ¿no? Es cuestión de días, no de semanas, ¿verdad?

—Por supuesto —responde Hoppes.

—Anda, sal ahí fuera y haz tu papel, Perdiz. Muestra un poco de respeto —le ordena Forested.

—Vale, pero que Iralene no se ponga a mi lado. Además, no le vendría mal descansar un poco. Haced el favor de mandarla a casa.

Le preocupa Iralene, sometida como está a tanta presión, bajo un espantoso escrutinio, y más cuando sabe que su papel pronto cambiará. Perdiz le ha asegurado que siempre ocupará un hueco en su vida, como amiga, y un papel respetable en la sociedad, pero tampoco tiene muy claro cómo se lo tomará la gente.

—Sobre Iralene no podemos prometerle nada. Ya sabe que esto es un engranaje con muchas piezas —se excusa Hoppes.

Está aludiendo a Mimi, la viuda de su padre y madre de Iralene, que puede ser impredecible.

—No podemos consentir que Mimi haga con nosotros lo que le venga en gana. —El chico se levanta—. Yo soy el que está al mando —afirma, aunque le pone nervioso decirlo en voz alta—. Ya me habéis oído: esta vez no quiero a Iralene sentada a mi lado durante la retransmisión en directo.

Lyda estará viéndolo. Se la imagina tal como la vio por última vez: llevaba un camisón de algodón blanco y estaba cansada porque no había dormido bien, aunque también inquieta. «Me siento como un tigre enjaulado —le dijo—. No sé cuánto tiempo más podré soportarlo. ¿Cuándo volverás?» Perdiz le dio un beso y contestó: «En cuanto pueda». —No podía prometerle nada—. «Mi vida todavía no es del todo mía, pero pronto lo será. Muy pronto, te lo juro».

—Se acabó la reunión —decide entonces Perdiz.

A veces cosas tan nimias como poner fin a una reunión le hacen sentir de maravilla. No debería darse aires pero le gusta poder hacer una demostración de fuerza sin que nadie rechiste.

Forested da un par de zancadas hasta la puerta, donde llega el primero, y gira el pomo.

—Permíteme —dice, abriendo la puerta para que pase Perdiz.

Se encuentran con la fila de dolientes, todos impecablemente vestidos. Vuelven la cabeza y se quedan mirando a Perdiz, que oye un par de sollozos contenidos. Todos lo miran expectantes.

Forested lo coge del hombro y lo agarra con más fuerza de la cuenta. Se le acerca al oído y le susurra:

—En realidad te equivocas: tu padre no fue solo el mayor genocida de la historia: fue el más exitoso. No es lo mismo.

Perdiz apoya la mano en la puerta, deseoso de salir del cuarto.

—No pienso vivir sus mentiras por él. No soy su marioneta y menos todavía la tuya.

Forested le sonríe. De lo blancos que los tiene, los dientes parecen casi fosforescentes.

—Como si tú no tuvieras ya tus propias mentiras, Perdiz —le dice en voz baja, para que solo él lo oiga—. Puesto a admitir errores,  por qué no empiezas con los tuyos?

Il Capitano

Armadura

Il Capitano no tiene cuchillo.

—No lo necesito —le explica a Helmud—. De todas formas nos han dopado hasta las cejas.

El primer cambio que notó fue en la piel de los brazos de Helmud, que siempre le cuelgan por el cuello; al principio creyó que era ictericia pero luego, en cuanto la cuidadora le dijo que estaban dándole una sustancia que repelía las enredaderas y sus espinas, afiladas como incisivos, pidió que le subieran la dosis: «Aquí estamos dos corazones, dos pares de pulmones, dos cerebros... más o menos. Necesitamos ración doble, hay que tenerlo en cuenta».

Y ahora cualquiera diría por su piel que se ha tirado un verano entero en la playa; no está roja ni con ampollas, sino con un bronceado dorado casi metálico. Se acuerda de cuando, de pequeño, se bronceaba los brazos, la cara y la nuca, «moreno campesino», como solían llamarlo. Ambos hermanos siempre andaban llenos de polvo y tierra. Habían sido de esos niños que se pasan el día montando en motos de *cross*, subiéndose a los árboles, escarbando en el barro... Y él más que Helmud, quien, de hecho, de pequeño siempre había parecido un niño refinado, mientras que Il Capitano era el arquetipo del típico abusón, del bruto... No había tenido más remedio: desde muy joven tuvo que convertirse en el hombre de la casa.

Con las manos envueltas en toallas que ha robado del armario del cuarto, utiliza las enredaderas a modo de escala para llegar hasta la escotilla que, con el avión volcado de costado, ha quedado en la parte de arriba. Pero ¿dónde está? No ve que sobresalga, a pesar de que la dejó abierta cuando salió a buscar a Bradwell. Es probable que las plantas la hayan cerrado al abrirse camino por la aeronave.

Las enredaderas parecen sentir la sustancia química que emana de su piel y de la de Helmud porque, aunque no llegan a encogerse a su paso, no le atacan en ningún momento y parecen incluso apartarse ligeramente. Il Capitano oye cómo raspan el exterior del avión con las espinas. Le mata que se lo estén rayando...

Pero les tiene respeto a esas plantas, y no solo porque a punto estuvieron de matarlo, sino porque no son naturales.

—En este sitio hay algo que no está bien —le comenta a Helmud. Lo dice por el rebaño de bichos que hocican por la colina (¿qué son, jabalís gigantes?), pero también por los niños, todos con aspecto de tener menos de nueve años y, por tanto, de haber nacido tras las Detonaciones; por no hablar de que muchos se parecen entre sí. Aunque no le encuentra sentido sabe que algo no anda bien—. Nada, pero que nada bien. Aunque ¿quién soy yo para hablar?

—¿Quién soy yo? —dice Helmud.

¿Es una pregunta filosófica? Le gusta que su hermano solo pueda comunicarse repitiendo cosas. Se teme que, si pudiera expresarse de verdad, llevaría la conversación a un grado más profundo. El Capitano no es de mucho filosofar. Se ríe y le responde a su hermano:

—¿Que quién eres? Anda, Helmud, haz el favor de no perder la compostura, ¿quieres? No te metas en camisa de once varas... no sé si me entiendes.

—No sé si me entiendes —repite el otro.

El Capitano prefiere dejarlo estar porque Helmud está en uno de esos días en que quiere autoafirmarse y no es imposible hablar con él.

Un cuchillo no les vendría mal pero no le ha dado tiempo de buscar uno. Quería salir y ver su avión, ahora que ya ha reunido la fuerza suficiente para rondar de aquí para allá. Se ha escabullido sin que lo vean, pero ¿estará vigilándole alguien desde lejos? Puede ser. ¿Qué más da? Tiene un avión que arreglar y, con suerte, volver a poner en el aire. Y tiene gente a la que llevar a casa: Bradwell y Pressia. En cuanto piensa en ella, se acuerda del beso.

Madre mía...

La besó, y cada vez que lo piensa, siente el corazón como retorcido en el pecho, todo doblado y del revés: un corazón de monstruo. Le latirá por Pressia toda la vida, siempre la querrá. Tal vez Bradwell haya sido capaz de darle la espalda, pero él sería incapaz. Sin embargo es un dolor que tendrá que aceptar y enterrar en su interior para siempre. Ha sobrevivido mucho tiempo bajo el peso de su propio hermano, sabe lo que es llevar una carga. Se siente envejecido por ello, a pesar de ser todavía joven. Cuando estallaron las Detonaciones no era más que un crío, apenas mayor que Bradwell, pero se siente un adulto de mediana edad, quizá porque nunca tuvo mucha infancia. Sin padre y con una madre internada que murió joven, se precipitó hacia la madurez siendo todavía un niño.

Solo espera que Pressia no se quede tocada para siempre por lo que le ha hecho a Bradwell: lo ha salvado, eso es innegable, aunque, en cierto modo, también lo ha matado. Un golpe de gracia... El Capitano le vio la cara a la chica cuando se dio cuenta de lo que acababa de hacer, y supo a quién quería de verdad. Se acabó, y tiene que fastidiarse. El Capitano debe seguir con su vida, por muy mal que se sienta. La nostalgia, por ejemplo, es algo que puede arreglarse, pero ¿y los asuntos del corazón? Como mucho, forman tejido cicatrizante. Tal vez algún día le esté agradecido a Pressia por haberle endurecido el corazón.

—Las cicatrices son buenas, ¿no te parece, Helmud? Es la manera que tiene el cuerpo de hacerse una armadura.

Helmud no dice nada; quizás el que calla otorga.

El Capitano sigue abriéndose camino por las enredaderas y, tras tantear unos minutos, encuentra el borde de la escotilla.

Sabe lo que le espera: el olor a podrido de las raciones de comida, su sangre reseca y el caos del aterrizaje forzoso. El *bucky* trasero —uno de los depósitos que

sirven para mantenerlo en el aire, como un dirigible— se estropeó en pleno vuelo; empezó a entrarle aire y el avión se vino abajo. Es posible que el resto de *buckys* se hayan roto por el impacto, aunque no lo sabrá hasta que no arranque el avión y se activen los indicadores.

Tira de las enredaderas hasta que logra soltarlas lo suficiente para abrir la puerta.

Ha ido solo a mirar, para volver a estar dentro del artefacto. En ningún otro sitio sobre la faz de la Tierra se ha sentido más poderoso, con más control. Echa un vistazo hacia el interior de la aeronave. Las plantas ahogan tanto la luz que no ve más que un agujero negro. No huele a podrido. Tal vez los roedores hayan conseguido entrar y se hayan comido los restos.

Mete primero las piernas y le dice a Helmud que se agarre. Baja el peso doble de ambos hasta que las botas dan en el suelo y el aparato se balancea ligeramente.

Le encanta ese puñetero trasto.

—¡Nena, ya estoy en casa!

El avión parece estar sumergido en agua. Las enredaderas tapan las ventanas y bloquean la luz del sol. Recorre el pasillo entre los asientos y se agacha para entrar por la puerta de la cabina. Va hasta la consola de mandos y pasa las manos por las palancas, los interruptores y las pantallas. Están sospechosamente limpios; de hecho parece que acaben de sacarles brillo. También han cambiado el cristal roto del parabrisas. Lo toca: no, no lo han cambiado; lo han arreglado de alguna forma. Nota la ondulación por donde se abría la grieta, y cómo el cristal está ligeramente difuminado solo por esos puntos.

¿Quién ha estado allí? ¿Los hombres de Kelly? Puestos a arreglar el cristal, ¿habrán reparado el *bucky* trasero?

Se siente esperanzado. ¿Estará operativo del todo? No puede moverlo de allí, eso está claro, porque las enredaderas lo tienen bien anclado al suelo gracias a su enorme fuerza colectiva.

—A lo mejor conseguimos volver a poner en el aire esta monada —le dice a Helmud—. Anda que no se estaba bien aquí a los mandos, ¿eh, Helmud?

—¿Eh? —cuestiona este.

—Tú no lo pillas... no como yo —le dice a su hermano—. Tú no entiendes, Helmud.

Este cambia el peso de lado en la espalda y responde:

—Tú no entiendes Helmud.

Y tiene razón. Il Capitano creía entenderlo porque pensaba que era un descerebrado, una marioneta grotesca empotrada para siempre en su espalda. Pero en los últimos meses Helmud ha cambiado, de un modo u otro ha vuelto a su ser..., o puede que en realidad siempre haya sido más complejo de lo que Il Capitano creía.

—Tienes razón, tienes razón —le dice a su hermano. Baja la vista y ve el sitio que se llenó de comida y de su sangre reseca, donde se quedó tirada una taza de estaño—. Podía haber muerto aquí.

—Podía haber —repite Helmud.

Y entonces recuerda la cara de Pressia sobre él —su hermoso rostro— y la manera en que le cogió la cabeza y lo miró a los ojos. Tenía miedo de que muriese y quería salvarlo. Y él quiso creer que eso era la prueba de su amor por él; tal vez por eso la besó y le dijo que la quería. Confundió su ternura con amor. Antes de eso siempre le había asustado la idea de confesárselo. Había desperdiciado el tiempo siendo un cobarde mientras Bradwell actuaba y le ganaba la partida. En aquel momento, sin embargo, se despojó de sus miedos y escogió vivir con todas las de la ley.

Ahora se pregunta si no debería habérselo dicho antes; quizás esperó demasiado. Pero entonces Helmud empieza a canturrear algo a sus espaldas, una vieja canción de amor —«Me quedaré donde estoy y esperaré por siempre hasta convertirme en piedra»—, y se da cuenta de que no habría cambiado nada, de que, de todas formas, Pressia no se habría enamorado de él. Siente que se le atora el pecho, pero se niega a compadecerse de sí mismo.

—Cállate ya, Helmud. Nadie quiere oír esa canción de mierda.

—¡Cállate, mierda! —le chilla a su vez su hermano.

—¿Me estás llamando mierda?

—¡Nadie!

—Que te den, Helmud, ¿me oyes? Si no fuera por ti, a lo mejor Pressia se hubiese pillado de mí. ¿Es que no te das cuenta? ¿Te crees que así se va a enamorar de nosotros alguien alguna vez? Estamos enfermos. ¿Me oyes? Somos monstruos, y siempre lo seremos.

Helmud le pega con la cabeza en el hombro.

—Si no fuera por ti...

—Si no fuera por mí, tú estarías muerto.

—¡TÚ estarías muerto!

—Ya lo sé, lo sé perfectamente. ¿Qué te crees, que no sé que nos necesitamos? Hace tiempo que te habría matado si no fuese lo mismo que suicidarme.

—¡Suicidarme! —grita Helmud como el que lanza una amenaza.

—No hables así. No te pongas dramático. Anda, cállate.

—Cállate. Cállate. Cállate. Cállate.

Il Capitano echa la espalda con fuerza contra el metal y Helmud deja escapar una bocanada de aire.

—Cállate —chilla una vez más Helmud.

Il Capitano se deja caer y se queda sentado en el suelo, sintiendo una punzada de culpabilidad por haber empujado a su hermano con tanta fuerza. Odia la culpa; el sentimiento sigue siendo nuevo para él. Antes de conocer a Pressia no le pasaba —o sí, pero no sabía reconocerla como tal—, y ahora le gustaría que desapareciera.

Mira las ventanas, todas con una cortina de vegetación. ¿Qué sentido tiene volver a casa si no puede estar con Pressia, ni allí ni en ninguna parte?

—¿Sabes qué es lo que lo destroza todo, Helmud? El amor. El amor es lo que nos destroza. —Deja caer la barbilla contra el pecho—. ¿Tú que crees, Helmud? Pero no repitas lo que yo digo. ¿Qué piensas realmente?

Helmud se queda callado por un momento antes de decir:

—Piensas. Realmente piensas.

El Capitano cierra los ojos. ¿Qué creía que iba a poder decirle Helmud sobre el amor y la destrucción?

—No sé lo que quieres decir, Helmud. —Pero entonces le viene: como si de veras estuviesen conectados el uno con el otro, de algún modo primigenio—. ¿A lo mejor que ya estamos destrozados, así que qué importa un poco más de destrucción?

—¿Qué importa un poco más de destrucción? Ya estamos destrozados.

Y entonces oye un ruido, el crepitar de las enredaderas, unas botas por encima de sus cabezas y voces. ¿Serán los otros, que vienen a reclamar el avión? ¿Los habrán seguido hasta allí? ¿Vendrán armados? No tienen escapatoria.

—Estamos atrapados —le dice a su hermano.

¿Cuántos serán? Dos, puede que tres... o incluso más.

—Atrapados —susurra Helmud.

Perdiz

In memoriam

Mientras recibe las condolencias, las ganas de confesar la muerte de su padre se acrecientan. El duelo le llega como en una cadena de montaje. Está flanqueado por dos guardias; a su derecha, Beckley, en quien ha llegado a confiar, se ha ofrecido a apartar a la gente pero Perdiz quiere ser un líder accesible: real y humano. Y tal vez forme parte de su penitencia. Su propio duelo está tan lastrado por la ira que apenas cuenta como tal, de modo que tiene que aceptar el de los demás, como si fuese un depósito o una especie de almacén.

Busca por la larga fila a Arvin Weed. Si este es el funeral reservado a dignatarios, Weed tiene que estar allí. Eran amigos en la academia, no muy íntimos, pero amigos. Arvin era el cerebritito de la clase, y lo cierto es que ha demostrado ser más inteligente de lo que nadie imaginaba. Era el médico personal del padre de Perdiz, el que habría de trasplantarle el cerebro en el cuerpo de su hijo: el plan paterno para conseguir la inmortalidad que pasaba por la muerte de Perdiz. Weed fue el encargado de hacerle la autopsia a su padre y certificó por escrito que la muerte fue debida a causas naturales, pero desde entonces no lo ha visto. Se pregunta si Weed sabrá la verdad, si ha encubierto el asesinato de Perdiz y puede confiar en él. No le vendría mal un aliado...

Por lo demás Weed es probablemente el único al que puede preguntarle por las «pequeñas reliquias» de su padre, los cuerpos que este suspendía —que congelaba en vida— y guardaba en el edificio donde Perdiz vivía antes de la muerte de su padre. Arvin puede saber quiénes están allí atrapados y cómo liberarlos. El abuelo de Pressia se cuenta entre ellos, así como Jarv Hollenback, apenas un crío. Por Navidades el padre de Perdiz solía despacharlo con los Hollenback —ambos profesores de la academia—, y había acabado cogiéndole cariño a toda la familia.

El señor Hartley, un antiguo vecino suyo, es el siguiente en la cola, y detrás van su mujer, el capitán Westing y los Elmsford, cuyos gemelos tienen la edad de Perdiz; los conoció de la academia pero ahora están en las Fuerzas Especiales. Los padres tienen los ojos llorosos... ¿sienten su pérdida o porque Perdiz les recuerda que, en cierto modo, ellos han perdido a sus hijos? No sabría decirlo...

Le dan apretones con ambas manos, con fuerza, palmaditas en el hombro y abrazos tan pegados que huele los maquillajes y las colonias. Lloran, se sacan pañuelos de bolsillos y bolsos y se suenan las narices.

Algunos vienen con sus hijos porque puede ser la única vez que estén tan cerca del nuevo líder, del heredero.

—Dadle la mano —les dicen a sus hijos—. Venga.

—Lo sentimos mucho.

—Es una pérdida terrible.

—Se te ve muy entero. Tu padre estaría orgulloso de ti.

Quiere decirles que tienen razón; que su padre estaría orgulloso de él. Cuando a un asesino lo mata su propio hijo —al que siempre había tachado de débil e inútil—, ¿no es un motivo para estar orgulloso, justo antes de morir?

Perdiz sigue odiándolo. ¿Se puede odiar a alguien por obligarte a matarlo? Obligado, así se sintió. Aunque no tiene sentido, ahora mismo es por eso por lo que más lo odia.

Ahora ve a una madre joven con un niño de la mano que se tiene que apoyar en la vitrina de cristal que rodea el féretro de su padre para no perder el equilibrio. Cuando solloza se le contraen las costillas bajo el vestido negro que lleva. Un cámara del equipo de grabación saca un primer plano de su cara bañada en lágrimas y de su hijo, que parece ser consciente de que es una ocasión lúgubre.

Su padre no merece semejante demostración de afecto.

«Yo lo maté —quiere decir Perdiz—. Yo lo maté, y deberíais estarme agradecidos».

Y entonces, cuando menos se lo espera, tiene delante a Arvin Weed.

Perdiz le da la mano y tira de él para forzar un abrazo.

—Quiero pedirte un favor —le susurra al oído—. La gente suspendida en hielo. ¿Sabes algo? —Eso es todo lo que acierta a decir antes de que se deshaga el abrazo.

Weed asiente.

—Bien.

Perdiz mira la cola de dolientes y a los guardias..., y no muy lejos ve a Foresteed, que está hablando con Purdy. ¿Cómo decirle lo que quiere decirle con tanta gente?

—Echo de menos la academia —le dice—. ¿Cómo están los Hollenback? —El señor Hollenback daba ciencias y su mujer artes domésticas en la academia de chicas—. ¿Y sus hijos?

Weed asiente como dando a entender que hay una relación entre la gente suspendida y los Hollenback.

—Yo diría que bien.

—A ver si puedes comprobarlo. Sobre todo por el pequeño Jarv. Lo echo de menos...

Se acuerda de cuando encontró al niño entre las filas de camas con forma de huevo donde tenían metidos a los críos, con tubos en la boca y escarcha por toda la piel.

—Siento mucho tu pérdida —le dice Weed—. Me imagino que será casi imposible superar algo así.

¿Se refiere a la muerte de su padre o a que fuera él quien lo mató?

—Me alegro de verte, Arvin. —Y como si le embargara la emoción, vuelve a acercarlo hacia sí y le da otro abrazo—. Belze, un hombre mayor —susurra—. Sácalo también de la suspensión.

Lo suelta. Weed asiente y hace ademán de irse pero Perdiz lo retiene:

—Espera. ¿Sabes algo de nuestros antiguos profes de la academia?

—¿Cómo?

—Sí, hombre... nuestros profesores. ¿Mantienes contacto con alguno? —Quiere que Arvin mencione a Glassings.

Pero este niega con la cabeza:

—No tengo tiempo para esas cosas, pero dudo mucho que veas a ninguno por aquí.

Tiene razón: a los profesores no se los considera tan de la élite como para estar entre la marabunta de invitados. Arvin se aleja. A Perdiz le gustaría haber tenido más tiempo con él, y más intimidad.

El siguiente es un niño de diez años con un traje azul marino y una corbata a rayas. No dice nada y se limita a hacerle un saludo militar.

—Tranquilo, chico —le dice—. Descansa. —El niño sigue allí, congelado. ¿Dónde están sus padres?—. Puedes relajarte.

Un cámara se fija en la escena y va corriendo a sacar un primer plano del niño.

Ahora tiene que quedarse allí y aceptar el saludo. Pero es evidente que el chico está esperando a que él le responda del mismo modo. No piensa hacerlo. No quiere que lo consideren un líder militar ni que lo relacionen con la guerra mundial ni la aniquilación. Alarga el brazo y le revuelve el pelo al chico.

—Ya puedes irte, anda —le dice amablemente—. Está a punto de empezar la misa.

El niño se lleva la mano a la cabeza para tocar donde acaban de tocarlo, como si lo asombrase sentir un contacto personal.

Los cámaras enfocan a Perdiz, que se queda mirando al infinito y se niega a mirar directamente a las cámaras. «La verdad —se dice—. Es hora de la verdad».

Por fin la cola se dispersa y llevan a Perdiz hasta la primera fila del auditorio.

Allí se encuentra con Iralene, y con la conmoción que le provoca: su postura tan erguida, su piel de nata contra el vestido negro de luto (de los que parece tener reservas ilimitadas) y sus perfectos rasgos tintineando sobre la dulce tristeza de su expresión. Les ha insistido en que no quería verla allí pero ahí la tiene. La educaron para ser la esposa perfecta, una que hace lo que le dicen. Se ha preparado tan concienzudamente para el papel que parece siempre dispuesta, aunque se trata de una fachada tras la cual oculta sus motivos. Perdiz rara vez sabe qué quiere de verdad. ¿Le han pedido que se vaya y ella se ha negado educadamente? Es más que posible. Iralene puede convencer a la gente para que haga o deje de hacer cualquier cosa, con tal templanza que uno se va pensando que la ha convencido de algo y no al revés.

Tiene a su madre sentada a la izquierda, parecen cosidas la una a la otra. Con unos ojos posiblemente desencajados de miedo, Mimi inspecciona la sala como si estuviera perdida. El sitio a la derecha de Iralene está vacío, por supuesto reservado para Perdiz.

Se inclina hacia ella para susurrarle:

—Les he dicho que te mandaran a casa, que ya has aguantado demasiados funerales. De verdad, puedes irte si quieres.

Iralene le pone la mano en la rodilla y le dice, señalando a su madre y al propio Perdiz:

—Los dos me necesitáis.

—Yo estoy bien, no te creas. —Echa un vistazo a su alrededor, buscando otro sitio, pero están todos ocupados.

—Tu padre lo habría querido así —esgrime ella, sonriendo con tristeza.

Eso es lo que lo confunde: Iralene sabe que ha matado a su padre, fue ella la que le dio la pastilla venenosa. ¿Por qué, entonces, cree que él puede desear hacer las cosas como su padre hubiese querido?

—Ojalá hubieran invitado a Glassings.

El nombre del profesor la descoloca por un momento.

—He oído que ya no va a clase y que ha vaciado su despacho —le susurra.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho? —pregunta él.

—Tengo algún que otro amigo, Perdiz. Tu padre se aseguró de que un buen puñado de niñas de la academia se relacionaran conmigo. ¡Debía tener a alguien a quien pedirle que fuera mi dama de honor!

—¿Dama de honor? Iralene, ya sabes que...

—No he dicho que fuera a casarme contigo... ¿o sí? —Se lleva la mano al pelo para asegurarse de que lo tiene perfectamente liso.

Perdiz se desabrocha la chaqueta del traje.

—Perdona, no pretendía...

—Glassings aparecerá cuando lo necesites, esté donde esté escondido.

—Eso espero —dice Perdiz, aunque le inquieta que Glassings haya desaparecido. Dentro de la Cúpula no hay muchos sitios donde esconderse... por no decir ninguno.

Alguien de la fila de atrás alarga el brazo y le aprieta el hombro. Perdiz se vuelve y ve a uno de los arquitectos y antiguo amigo de su padre, Walton Egert, *Gertie*.

—Tienes que ser fuerte, Perdiz, ¿me oyes? Sé fuerte, hijo.

El chico lo mira por encima del hombro y le dice:

—Gracias, Gertie, te lo agradezco.

De haber estado su padre vivo, no le habrían permitido llamarlo por su apodo, pero es un juego de poderes, la forma que tiene Perdiz de decirle: «Ahora estoy por encima de ti, de modo que déjate de condescendencias».

Gertie lo capta y responde:

—Claro, de nada. —Vuelve a sentarse, rígido como un palo y mirando a ambos lados para ver si alguien más lo ha oído.

Unos cuantos apartan la mirada para no acrecentar su bochorno. En ese momento Perdiz se da cuenta de que tendrá que repetir esa misma jugada mil veces más, de muchas formas distintas.

Gente importante sube al estrado a hablar de la dedicación de su padre, de su

inteligencia y visión, pero sobre todo de lo mucho que le deben por salvarles la vida. Los discursos que hacen en los funerales siempre lo incomodan, y hoy no es ninguna excepción.

Uno de los asesores de su padre se acerca al micrófono y dice:

—Willux nos salvó a todos y cada uno de la muerte y la mutilación. No tenemos que vivir entre esos miserables: ¡son todos unos asesinos, unos violadores, unos monstruos! Fuimos elegidos. Y debemos ser siempre merecedores de esa elección. — Acto seguido levanta la mano y señala a Perdiz—. Ahora tenemos un nuevo líder, el único hijo que le sobrevivió. Sé nuestro líder, guíanos y protégenos. Estás aquí, en estos tiempos convulsos de tristeza y duelo, en una época de cambio para nosotros. Gracias por dar un paso adelante y ocupar el puesto de tu padre.

Toda la sala se vuelve para mirar a Perdiz. Los cámaras lo apuntan con sus aparatos. Aunque sabe que se ha puesto colorado, el frío que siente por dentro no cesa. Tiene la cara helada y mueve los ojos de un objetivo a otro. Iralene le pega un codazo suave. Asiente entonces y le hace un gesto al hombre del estrado. Las cámaras se alejan de él, y solo entonces vuelve a respirar.

Se dice que lo único que tiene que hacer es levantarse cuando Forested acabe de hablar y decir su parlamento: «Estoy aquí en representación de mi familia, ahora que mi padre ha muerto. Pero ha llegado la hora de sanar. Gracias por venir, y espero que todos avancemos hacia el futuro con confianza y esperanza». Son las únicas frases que pudo consensuar con Hoppes, no soportaría decir nada más. «Ya casi estamos», se dice para sus adentros, al tiempo que oye la voz de Gertie en la cabeza: «Sé fuerte, hijo». Pero solo consigue que se le revuelva el estómago.

Forested coge el micrófono y dice lo de siempre:

—Ellery Willux fue el intelectual más brillante de su generación, un hombre de ciencia, con visión y espíritu innovador...

La modulación de su voz es perfecta. Se le empañan los ojos en el momento preciso pero manteniendo siempre la mandíbula firme, con bravura. En cierto momento es tal la emoción contenida en su voz que Perdiz se pregunta si querría de verdad a su padre. Willux era muy carismático, incluso siendo el cerebro tras las Detonaciones. ¿Cómo, si no, habría amasado un poder tan desproporcionado?

Todavía oye la voz de Forested resonando en su interior: «Tu padre no solo fue el mayor genocida de la historia: fue el más exitoso». ¿A eso es a lo que algunos de los congregados allí rinden culto?

Mientras habla, los ojos de Forested van rondando por el público hasta que se clavan en Perdiz.

—Ojalá nunca olvidemos lo que hizo por nosotros y llevemos su legado al futuro.

A Perdiz le suda la espalda y le entran picores. Lo último que quiere es que se lleve el legado de su padre al futuro.

Y ahora le toca a él coger el micrófono, como si fuera el mismísimo encargado de «llevar el legado de su padre al futuro»... y en teoría así es.

Se levanta y tiene que pasar por delante de una hilera de fotografías ampliadas, instantáneas que empiezan en los días de cadete de su padre, cuando estaba en los Mejores y Más Brillantes; cuando conoció a los Siete, se enamoró de su madre y posiblemente empezó a desvariar: mostrando ya quizá los primeros síntomas de sus manías, de su narcisismo y, tal vez, un poco de su clásica paranoia. Seguían otras tantas de cuando fue el ingeniero jefe de la construcción de la Cúpula, posando al lado de un presidente u otro, y así hasta fotografías más recientes de él en la Cúpula, dando discursos o al frente de las tropas de élite más nuevas de las Fuerzas Especiales.

Y luego hay una de Willux con un brazo alrededor de cada uno de sus hijos. Perdiz tiene un aspecto desgarbado, bajo para su edad pero con el entrecejo fruncido de un adulto. Sedge, en cambio, pasó pronto a la pubertad. Se lo ve alto y con espaldas anchas. Está muy recto y sonríe a la cámara, los tres delante de un árbol de Navidad. Debió de ser la primera foto tras las Detonaciones. Tienen cara de haber sobrevivido, de haber superado algo. Están a salvo... ¿será alivio?, ¿orgullo?

Perdiz se encamina hacia el atril que han preparado para la retransmisión. Mira hacia el público pero apenas ve con el destello de las luces. Logra distinguir a Mimi, que está mirándolo con los ojos empañados. A su lado, Iralene le dedica una sonrisa de labios tirantes y un gesto de ánimo. Foresteed está de pie, apoyado en una pared, cerca de Purdy y Hoppes.

«Como si tú no tuvieras ya tus propias mentiras, Perdiz. Puesto a admitir errores, ¿por qué no empiezas con los tuyos?»

Tose en la mano y luego abre la boca para recitar su parlamento: «Estoy aquí en representación de mi familia, ahora que mi padre ha muerto. Pero ha llegado la hora de sanar». Pero cuando empieza a hablar las palabras que se le antojan más sencillas son: «Yo maté a mi padre».

Le entra el pánico. ¿Qué piensa decirle a toda esa gente? Las cámaras están enfocándolo, y es como estar rodeado de ojos gigantes. Al otro lado, Lyda está viéndolo por televisión. Ella y todo el mundo. Es la primera vez que va a dirigirse al pueblo de la Cúpula.

La primera vez.

La verdad.

No importa qué quiera Cygnus de él ni qué espere Glassings. Al fin y al cabo nadie se ha puesto en contacto con él desde la muerte de su padre. ¿Por qué? No lo sabe, pero sí que ahora está al mando, que es el líder. Ha llegado su hora de gobernar.

Se imagina a Bradwell viendo esa grabación algún día. ¿Y si acaba en su baúl con el resto de cosas viejas que guarda? Oye a Pressia preguntarse en voz alta si tendrá el valor que hace falta para hacerlo y a Il Capitano, que le grita: «¡Dilo!, ¡cuéntaselo! ¿De qué tienes miedo? Lo peor ya nos ha pasado a nosotros».

Maldita sea... Un día también él será padre... y no queda mucho. Su propio hijo verá ese momento grabado en un futuro lejano.

Vuelve a repasar al público con la mirada y ve de nuevo a Gertie, que parece demasiado mayor para parecer tan abochornado, pero así es, porque se apresura a mirarse los pies. Perdiz no quiere tener que ir transmitiendo mensajes a todos y cada uno de los Gerties de la Cúpula, uno por uno. No, maldita sea: ha llegado la hora.

Abre la boca una vez más. «Si los despojas de esa mentira, se autodestruirán». No puede permitir que la mentira persista. Tiene que ser capaz de mirarse al espejo.

—Gracias por venir —dice, y mira de reojo a Hoppes, que parece agradablemente sorprendido.

A su asesor le gusta que se muestre más cercano, pero la cara de Foresteed se ensombrece, porque sabe que no es bueno que se haya desviado del guion. A esa clase de gente le gusta la estabilidad, la normalidad...

Perdiz respira hondo y se agarra al estrado con ambas manos.

—Os voy a contar toda la verdad sobre mi padre. Él fue el cerebro tras las Detonaciones. Fue un genocida. —Perdiz nota que el ambiente de la sala se tensa y todo se queda en silencio—. He estado fuera de la Cúpula y he conocido a gente que sabe la verdad, inclusive mi propia madre, antes de que mi padre la matase también a ella y a mi hermano. Yo fui testigo. —De pronto eso se le antoja lo más importante: dar testimonio. Le viene una imagen mental de su madre y Sedge, de la explosión. Mira hacia el atril y de vuelta al mar de caras pálidas que lo miran con ojos desencajados. Ve a Iralene, que tiene los ojos brillantes de las lágrimas y que mueve la cabeza mínimamente, como pidiéndole que pare, pero ya es imposible—. Si tuvo que salvaros fue solo porque él mismo hizo estallar el mundo tal y como lo conocíamos. Mi padre os salvó porque quería calcinar la tierra entera y empezar de cero.

Foresteed ha echado a andar por el pasillo hacia el fondo de la sala... ¿para buscar al encargado de las cámaras, tal vez?

Tiene que darse prisa.

—¿Y por qué empezar de cero solo? Además de tener una clase inferior de miserables fusionados y defectuosos como sirvientes, ¿por qué no tener una población más o menos escogida de ovejas afines a las que llevar en rebaño a la nueva versión del planeta que mi padre quería gobernar en solitario? Vosotros fuisteis su rebaño. —Sacude la cabeza—. Aunque no... él no era ningún pastor ni nada parecido. No eráis sus ovejas, sino su público. Todos somos cómplices, porque dejamos que se produjeran las Detonaciones. Tenemos que ser honestos con nosotros mismos. ¿Cómo podremos avanzar si no somos capaces de al menos reconocer la verdad del pasado?

La madre de Iralene, Mimi, se ha levantado del sitio y está avanzando por el pasillo al grito de:

—¡No lo permito! ¡No pienso permitirlo!

Iralene la sigue como puede.

Empieza a levantarse más gente que quiere irse, y se empujan unos a otros para

salir cuanto antes.

Perdiz ha perdido de vista a Foresteed entre las luces del fondo del auditorio, pero ahora oye su voz:

—¡Corten el micro! ¡Córtenlo!

Y entonces se alzan muchas voces pero Perdiz prosigue:

—Se lo debemos a los supervivientes de ahí fuera (a esos a los que llamamos miserables) y a nosotros mismos. Somos mejores que todo esto: podemos mudarnos al Nuevo Edén con todos nuestros muertos. Ya es hora de asumir nuestra responsabilidad, y de poder por fin sentir libremente nuestra culpa. Solo así tal vez, y digo tal vez, nos perdonen. Quiero que todos y cada uno de vosotros sepáis que...

Le han cortado el micro y ahora se apagan los focos. Ya puede ver a la gente. Los que siguen en sus asientos están petrificados, con las caras transidas por la conmoción y los ojos desencajados del miedo. El niño que lo saludó antes está al lado de su madre, que se ha tapado los oídos con las manos.

Se ha hecho el silencio. Los cámaras dejan sus aparatos, ya apagados.

—Quiero que todos y cada uno de vosotros sepáis que voy a tender un puente entre puros y miserables, desde el interior de la Cúpula hasta el exterior. Voy a arreglarlo todo para cuando nos mudemos al Nuevo Edén. No... —Foresteed está corriendo hacia él; seguramente le gustaría llamar a los guardias pero él no los controla, solo responden ante Perdiz—... no somos tiranos ni opresores. Tenemos que contar la verdad para poder perdonarnos a nosotros mismos y albergar la esperanza de que nos perdonen aquellos a los que abandonamos, aquellos a los que dejamos morir.

Foresteed ha llegado a su lado, jadeante por la carrera tras los bastidores. Lo agarra del brazo y lo hace retroceder un poco.

—Está bien —le dice tranquilamente Perdiz—, ya he terminado.

Baja del escenario, se afloja la corbata y se va por el pasillo central. Los escoltas corren para alcanzarlo y lo flanquean. Atraviesa la antesala y empuja las puertas dobles para salir.

Pero no está fuera. Nunca lo está.

Por un segundo no sabe adónde ir; aunque claro que lo sabe: quiere saber si Lyda ha visto la emisión, ver a la única persona que lo entenderá, que sabrá que ha hecho lo correcto.

Le depare lo que le depare el futuro, piensa construirlo en torno a ella. Esa es la siguiente verdad que tiene que calar en la gente. Le ganará el pulso a Hoppes. Verdad a verdad, paso a paso... hasta que solo quede una: que mató a su padre. Esa se la guardará.

Lyda

Origami

El técnico es de extremidades largas, nervudo y alto. Lyda se lo imagina fuera de la Cúpula como un cazador o un recolector. Se le ocurre que no le iría mal fuera, pero entonces, cuando coge el orbe roto —el que le regaló Perdiz por Navidad—, se fija en lo suaves y pálidas que tiene las manos. La delicadeza con la que sujeta el artefacto le hace comprender que está asustado... ¿de ella? Se ha presentado tan rápido que seguro que su petición ha pasado por algún canal especial. ¿Sabrá que ella es la...?, ¿qué?, ¿amante, querida? ¿Qué es?

Lyda conoce las palabras que la gente utiliza para hablar de las chicas que se quedan embarazadas sin haberse casado, como ella: perdidas, deshonradas, mancilladas... Chicas que, en teoría, se habían enamorado y se habían dejado «engañar». Lyda solo ha oído rumores. De vez en cuando desaparecía alguna en la academia, y si volvía, lo hacía con una de esas pelucas brillantes (porque le habían afeitado la cabeza) y con la cara pálida y atemorizada: llegaban como versiones reducidas de sí mismas, como muñequitas de porcelana.

A todas sin falta las internaban en el centro de rehabilitación. Lyda se acuerda perfectamente: su celda solitaria con la luz falsa, la ristra de pastillas, los especialistas con sus carpetas, incluida su madre, que trabajaba allí y que apenas la miraba a la cara por la vergüenza que sentía. ¿Qué pensará ahora su madre? No ha ido a verla a pesar de que lo más seguro es que sepa que su hija está allí, en el piso que le ha puesto Perdiz... Perdiz y el poder con el que de repente se ha encontrado.

Y Lyda también tiene un poder extraño, lo comprende ahora mientras mira las manos temblorosas del técnico, aunque no lo entiende. A lo mejor las chicas que están perdidas, como ella, tienen fama de ser unas alocadas, de haber roto con la sociedad de un modo irreparable y de que, en consecuencia, las normas ya no les conciernen. ¿Es posible que entrañe cierta libertad su condición de perdida (por mucho que esté allí encerrada, a resguardo de la opinión pública)? ¿O es solo su vínculo con Perdiz lo que le confiere poder? No sabe interpretar el nerviosismo del técnico.

Le ha crecido el pelo. Se remete un mechón por detrás de cada oreja.

—Gracias por venir tan rápido —le dice, para ponerlo a prueba—. ¿Responde siempre tan rápido a todas las incidencias?

—¡Es que estos orbes son especiales! —explica con el cacharro en la mano—. No se reciben muchas llamadas para esto. Yo trabajé haciendo los prototipos. —Se llama Boyd, lo tiene impreso en una identificación que lleva en la camisa—. Fue el primer trabajo que tuve al salir de la academia.

El orbe es un pequeño dispositivo electrónico que le permite a Lyda cambiar la

decoración del cuarto —incluso las vistas que se ven desde las ventanas—, de modo que de repente el piso parece existir en una versión de El Cairo, París, las islas Canarias, los Alpes suizos y así hasta el infinito, todo en el Antes.

—¿Entonces sabe cómo funciona de verdad? —le pregunta Lyda.

—Sí, claro. No creo que lleve mucho tiempo repararlo. —Se lleva el orbe a la mesa de cristal del comedor y saca un puñado de herramientas—. ¿Le importa si trabajo aquí?

—Claro, no hay problema. ¿Quiere algo de beber?

Boyd levanta la vista por un instante y se apresura a apartarla.

—No... no, gracias, estoy bien. Gracias por preguntar, pero no, gracias. Se ha puesto colorado, de modo que se sienta y baja la cabeza sobre el orbe.

Se le ve tan alterado que Lyda se pregunta si el hombre habrá creído que quiere ligar con él, intentar seducirlo. Puede que algunos la consideren más un peligro que una mujer digna de lástima. La verdad es que lo preferiría.

Se sirve un vaso de agua para ella y va a sentarse al otro lado de la mesa.

—Explíqueme cómo funciona.

—Es muy complicado. Si quiere, mientras, puede usted ver la retransmisión del funeral. En el trabajo estábamos todos viéndolo, pero como me han llamado para esta urgencia...

—¿Qué urgencia? Yo no dije nada de que fuera urgente.

—Si no fuese por eso, no me estaría perdiendo el programa... Es obligatorio verlo. Se retransmite en directo para todos los hogares. Creo que usted debería...

—Yo ya no hago lo que debo hacer. Es lo bueno de ser una paria social...

El hombre echa hacia atrás la cabeza y se apresura a asentir pero dice:

—Aun así deberíamos tenerla puesta. Ellos saben las que están encendidas y las que no. Me sentiría más cómodo si la pusiéramos. En fin... ya sabe...

Lyda se levanta y va hasta el televisor pero no lo enciende. Sabe lo que va a ver: a Perdiz viviendo una mentira; estará con Iralene, tal vez incluso salgan cogidos de la mano. En Nochebuena le prometió que la farsa pronto se acabaría, que alguien estaba encargándose del tema para que pudieran aparecer juntos. Solo un par de días, le prometió hace unos cuantos, la última vez que se vieron, hará una semana como mucho. Con el cuarto ambientado en El Cairo y una vista de las pirámides bañadas por la luz de la luna tras la ventana del cuarto, él le confesó que había matado a su padre. No entró en detalles, solo le dijo que no había querido pero no había tenido más remedio. Ahora entiende esa clase de cosas, después de vivir con las madres y de comprender la supervivencia al nivel más básico. Aun así aquella confesión le provocó una especie de fisura por dentro. Había sido lo correcto, sí, y no dudaba de que Perdiz se había visto obligado, para sobrevivir o enmendar los errores del pasado o hacer posible el cambio dentro de la Cúpula. Pero también había estado mal: aunque hubiese sido un acto noble; eso era inmutable y no tenía más vuelta de hoja. Además de ser un acto que cambia a una persona... Perdiz está distinto desde

entonces, ya lo había notado antes de que le confesase lo que había hecho. En cuanto se lo dijo, sin embargo, Lyda comprendió que esa era la razón del cambio, por muy imperceptible que fuese. «Lyda, algo bueno tiene que salir de todo esto —le había dicho—. Seguro». Era evidente que deseaba que de algo malo saliera algo bueno.

Y sí, era cierto que se lo habían impuesto todo al volver a la Cúpula y que Iralene era parte del lote; no había sido culpa suya. Pero, aunque lo cree así, a veces Lyda se pregunta si Perdiz ha luchado lo suficiente por ella. La belleza de Iralene es innegable, de esas que a ella le habría gustado tener pero que nunca estuvo a su alcance. Prefiere no darle muchas vueltas.

—¿Va a encenderlo? —vuelve a insistir Boyd.

Lyda lo ignora, sin embargo. Se acerca más a la pantalla y ve su propio reflejo. Se le ha puesto la cara algo más redonda y se le han ensanchado los labios, como si todo su cuerpo supiera lo que está por llegar.

El zumbido del sistema de filtrado del aire es continuo pero aun así nota la falta de aire y siente que apenas puede respirar. Sigue teniendo náuseas de vez en cuando. Las estanterías están llenas de libros sobre el embarazo y el parto. Ella no es Lyda: es un receptáculo que lleva un Willux.

—Si quiere lo enciendo, pero sin volumen, Boyd. ¿Podrá soportarlo? —Perdiz le ha contado lo que se dice en esos funerales por su padre, y no soporta semejante derroche de idolatría.

—Yo creo que deberíamos...

Se queda mirando al técnico fijamente. Sigue teniendo la fiereza que le enseñaron las madres, una cualidad que siempre había poseído pero a la que nunca antes había recurrido.

—Está bien, de acuerdo —se achanta el hombre.

En cuanto enciende el televisor aparece Perdiz estrechando manos y recibiendo pésames. Un presentador va informando de quiénes componen la fila, cómo han servido a la Cúpula o cuál era su relación con Willux. Le quita el volumen.

—¿Podría reprogramar el orbe? —le pregunta a Boyd.

—¿En qué sentido? ¿Para qué?

El hombre recorre el cuarto con la vista, y Lyda comprende que está buscando cámaras de vigilancia. Perdiz le aseguró que había prohibido todo tipo de aparatos de grabación en el piso. Aun así Lyda (y seguramente Boyd también) tiene sus dudas.

—Quiero que añada un mundo nuevo. ¿Es posible?

—Si se han inventado los algoritmos, sí. Hay muchos métodos simplificados. En realidad está pensado para que cualquier persona no iniciada pueda escoger entre distintas opciones sin armarse mucho jaleo. Willux quería que con el tiempo todo el mundo pudiera permitírseles y saber usarlos. Todavía están muy caros para andar regalándolos como si fuesen caramelos, pero van en camino. ¿Adónde le gustaría que la llevarsen?

Ve en su mente la ceniza transportada por el viento, las sombras frías junto a la

linde del bosque atrofiado y la nieve... Ay, sí, esa nieve gris revoloteando desde el cielo...

—Quiero ir fuera.

Boyd se queda parado, con las manos congeladas en mitad de un gesto.

—¿Fuera? —pregunta con la voz medio ahogada.

Lyda entorna los ojos sin dejar de mirarlo y responde:

—Sí.

—Pero ¿para qué? —El hombre mira de reojo el orbe y luego el televisor, como si las caras de la pantalla pudieran verlo allí en el cuarto y oír su conversación. Lyda también mira. Un niño pequeño está haciendo un saludo militar ante Perdiz. El crío, con esa mano tan bonita y esa cara tan perfecta, limpia y tersa, le parece casi irreal—. ¿Cómo es ahí fuera? —le pregunta Boyd en un susurro.

—Es difícil de explicar. Como yo no recordaba el Antes, me impactó el viento y lo rápido que puede mover las cosas. Y el sol de verdad que, aunque está ensombrecido, es alucinante... Y la luna también... como una bombilla encendida en medio del cielo. La gente, las alimañas y los terrones, las deformidades, lo grotesco... No puede imaginarse qué belleza hay en sus vidas. Todo está sucio y es real. No hay nada falso ni estéril... es vida. ¿Sabe a lo que me refiero?

Al hombre se le han humedecido los ojos y le ruedan dos lagrimones por las mejillas. No se molesta en enjugárselos.

—Me acuerdo. Yo soy algo mayor que usted... sí. Sé de lo que habla. Me encantaba trepar a los árboles, y una vez hasta me caí de uno y me partí un hueso de la mano. —Cierra el puño—. A veces, cuando me tiendo en la cama por la noche, me acuerdo de cómo era caerse desde lo alto y aterrizar sobre la tierra húmeda. Te quedabas sin respiración, se te iba todo el aire de los pulmones... Pero te quedabas allí tal cual, mirando el azul del cielo. Había nubes, grandes nubes esponjosas que parecían surcar los cielos a toda prisa. —Sacude la cabeza—. Maldita sea...

Lyda va hacia la mesa y pone una mano sobre la del hombre.

—Quiero el mundo detonado, quiero su verdad —le dice, y pasa a tutearlo—: ¿Podrías hacérmelo? Viento, ceniza, tierra, nubes oscuras, todo quemado, chamuscado y roto.

—No sé —le dice mirando de reojo a Foresteed, que acaba de terminar su discurso y está bajando del estrado en la pantalla—. No creo que deba...

—Pues yo creo que debes hacer lo que yo te diga —insiste Lyda. No sabe si le funcionará esa técnica. ¿El técnico está por encima de ella en la escala social porque es una perdida, o por debajo porque su hijo es un Willux? En la Cúpula las jerarquías son muy estrictas, pero esto es nuevo para ella. Baja el tono de voz para intentar sonar más distante y menos vacilante—. ¿Tú sabes quién soy yo? ¿Sabes quién está al mando?

Le toca el turno a Perdiz; va a recitar su parlamento, que acabará como siempre: «Espero que todos avancemos hacia el futuro con confianza y esperanza». Lyda lo

ayudó a escribir esa frase. No estaría de más hacérselo ver a Body. Se acerca al televisor y sube el volumen.

Pero Perdiz no está diciendo lo de siempre, sino que está contándole a la gente que su padre fue un genocida; está llamándolos ovejas... No... ovejas no. Su público. Está diciéndoles que son cómplices y que quiere que reconozcan la verdad. ¿Cómo, si no, van a alcanzar el futuro? El corazón de Lyda empieza a martillearle en el pecho. Se lo debemos a los supervivientes... a nosotros mismos. «Somos mejores que todo esto». Sigue hablando, sobre el Nuevo Edén, sobre ser perdonados... La pantalla se pone en blanco.

Lyda apenas puede respirar. Perdiz lo ha hecho: ha contado la verdad. Está entre emocionada y aturdida. Ha sido una declaración de intenciones. Tiene ganas de contárselo a las madres y al resto de miserables. Quiere gritarle a Bradwell, Pressia, Il Capitano y Helmud: «¡Lo ha hecho!».

Aunque también tiene miedo. Vendrán cambios, una mudanza gigante que lo removerá todo. El futuro. Se lleva una mano a la barriga. Acaba de empezar su segundo mes de embarazo. Se siente hinchada, el primer síntoma de que su cuerpo va a empezar a inflarse. El futuro, el mundo en que vivirá su hijo, acaba de adquirir una nueva forma.

Vuelve a la mesa y mira a Boyd.

—¿Tú has...? —No acierta a terminar la frase pero quiere asegurarse de tener un testigo, de que no se ha vuelto loca.

—Sí —dice Boyd.

—Todo va a cambiar... —le dice, aunque en las entrañas no tiene claro si será para bien o para mal—. ¿Puedes creértelo?

Boyd se pone en pie. Parece incómodo con su altura y sus brazos más largos de la cuenta. Se lleva las manos a la boca y sacude la cabeza.

—¿Qué pasa, Boyd?

No se mueve.

—¿Qué tienes? —Aunque es un extraño, Lyda lo coge de las muñecas y le quita las manos de la boca—. Cuéntame.

Cierra los ojos lentamente y vuelve a abrirlos.

—Es demasiado pronto —susurra—. No estamos preparados.

—¿Estamos? ¿Quiénes?

El hombre se lleva la mano derecha al bolsillo y luego se la estrecha, como si acabaran de conocerse. Lyda siente algo contra la palma de la mano, algo que le ha puesto allí. Lo agarra, se lo guarda en la mano y va a sentarse a una silla del comedor. Se encorva lentamente y por el cristal de la mesa ve un trocito de papel: el origami de un cisne.

Alza la vista para mirar a Boyd: es uno de ellos. Forma parte del movimiento revolucionario del interior, de las células durmientes aliadas de la madre de Perdiz, las que querían derrocar a la Cúpula. Es como si hubieran respondido a una oración

muda. Se siente conectada con algo mayor, más allá de Perdiz y de ella misma.

Cierra el puño con el cisne dentro y se mete la mano en el bolsillo. «¿Demasiado pronto? ¿No estamos preparados? —se dice—. ¿Se habrá equivocado Perdiz de medio a medio?» Se queda atribulada.

—Pero es bueno... Va a contarles también lo nuestro. Era lo que tenía que hacer: contar la verdad.

Boyd mira hacia la mano que Lyda se ha metido en el bolsillo.

Ahora le da miedo el cisne, de modo que lo saca, le da la vuelta y ve en un ala el principio de una palabra. Lo desdobra y lee el mensaje: «Glassings necesita tu ayuda. Sálvalo».

Pero ¿no se supone que es el profesor quien tiene que ayudarlo a él? Perdiz ha estado esperando poder ponerse en contacto con Glassings, ha intentado localizarlo. Lo necesita... ¿y ahora resulta que antes tiene que salvarlo? La organización que hace unos segundos parecía poder ayudarlos de pronto se ha vuelto frágil.

—Me prometió que iba a...

Contarle a todo el mundo lo de ella y el crío. Le prometió que podrían estar juntos en público. Pero sabe que ahora todo ha cambiado. Ha contado la verdad... demasiado pronto. Sin embargo, ¿acaso habría alguna vez un momento ideal para decir lo que tenía que decir? Ahora está enfadada y asustada. ¿Qué le ha pasado al futuro?

Boyd no le pide que termine la frase porque sabe que no hay nada que él pueda hacer.

Lyda se guarda el cisne en el bolsillo y mira al técnico.

—Se lo daré pero, a cambio, tienes que hacerme un favor.

—Desde luego.

—Programa el orbe como te he pedido. ¿Serías tan amable?

—Sí, señorita Mertz, por supuesto. Haré lo que usted me diga. Ese es mi trabajo.

Perdiz

Contagio

Perdiz nota el cambio nada más salir a la calle. Todo está distinto: siente el aire cargado como nunca antes y el ruido de las voces ahogadas se alza tras las ventanas de todos los bloques de pisos. En la Cúpula la mayoría de las ventanas se mantienen siempre cerradas a cal y canto porque los edificios están climatizados. Además, ¿para qué abrir una ventana? En realidad para lo único que sirve es para invitar a la gente a saltar, y las tasas de suicidio de la Cúpula ya son suficientemente altas.

Así y todo oye aullidos y chillidos: silenciados, sí, pero por todas partes. Y sabe por qué: los ha despojado de su mentira, la misma que les ha permitido funcionar en el mundo que los rodea. «Si los despojas de su mentira, se autodestruirán», le advirtió Forested. ¿Será cierto, o es solo que están enfadados con él? Sin embargo, al menos cuenta con las células durmientes, las de Cygnus, que habrán visto la retransmisión y estarán frotándose las manos. Parte del ruido pueden ser gritos de alegría, ¿no?

Cuando dobla la esquina, Beckley y otros dos guardias le van al paso y lo escoltan.

—¿Adónde vas? —le pregunta Beckley.

—Al piso de Lyda. Tengo que verla.

—No creo que sea buena idea.

Perdiz se saca la corbata por la cabeza, hace una bola y se la guarda en el bolsillo de la chaqueta del traje.

—Cuando quiera tu opinión te la pediré.

Pasan por delante del restaurante Smokey's, donde ha debido de darse cita mucha gente para tomar el *brunch* mientras veían juntos la retransmisión. Justo entonces alguien ve pasar a Perdiz por la cristalera y grita:

—¡Eh, mirad! ¡Está pasando por aquí!

No le gusta nada ese tono hostil. Aligeran el paso pero por la puerta doble del Smokey's empieza a salir gente y a seguirlo.

—¿Por qué me persiguen? ¿Qué esperan que pase?

—Tú sabrás: eres tú quien los ha llamado ovejas —replica Beckley.

Uno de los guardias jóvenes interviene:

—Voy a pedir refuerzos. —Saca un walkie-talkie y da el nombre del siguiente cruce de calles.

—¿Refuerzos? Pero si no pasa nada —replica Perdiz amagando una sonrisa—. No es más que gente tomando el *brunch*.

El grupo, en principio pequeño, llama la atención de otros que salen de tiendas, una tetería, un gimnasio o un banco. Un cajero se queda mirando a Perdiz desde detrás de una ventana con rejas. La mayoría no dice nada, como si esperase a que

diera otro discurso, pero también hay quienes lo llaman por su nombre.

—Limitate a seguir andando —le aconseja Beckley con tranquilidad.

—¿Cómo? ¿Que los ignore sin más?

—Sí —responde con rotundidad el escolta.

Perdiz se detiene y baraja la idea de no hacer nada pero no le parece que sea una opción. Se da la vuelta y levanta las manos en el aire.

La muchedumbre también se para. Algunos se dan media vuelta y desaparecen, mientras que la mayoría se detiene en seco.

—No sé qué queréis pero ya he dicho lo que tenía que decir. Hoy no diré nada más.

Se vuelven y se miran los unos a los otros como si todos esperasen que hablara alguien primero.

Por fin una madre joven que lleva a un crío de la mano le pregunta:

—Perdiz, ¿cómo debemos actuar ahora?

—¿Respecto a qué?, ¿a la verdad? Podéis probar a aceptarla.

Un hombre con un traje gris oscuro grita:

—¡Di que no es cierto!

—Es mejor que nos movamos —le susurra Beckley.

Perdiz le contesta al hombre del traje gris:

—Lo que he dicho es la verdad, y no pienso retirarla. Es más, pienso guiarnos hacia el futuro con esa verdad por bandera.

—Pero somos puros —dice una anciana que lleva un bolso de ganchillo agarrado contra el pecho—, esa es la única verdad. ¡Somos puros! Nos merecemos lo que tenemos.

—Sí, ya, pero...

Otro hombre da un paso adelante. Tiene una barriga abultada y la mandíbula recia. Lleva un traje negro oscuro con una chapa de la cara de Willux, como si el padre de Perdiz estuviese presentándose a la reelección o algo por el estilo.

—¿Cómo se te ocurre llamar «genocida» a tu padre, malcriado? —Lanza un escupitajo blanco que cae a los pies de Perdiz, y de pronto todo apunta a que la muchedumbre podría volverse contra él.

Los guardias actúan con rapidez. Uno le encaja un golpe con la culata del fusil al hombre del barrigón, que se cae al suelo y se queda a cuatro patas, boqueando.

—¡Quieto! —le dice Perdiz.

—Deja que hagan su trabajo —replica Beckley.

El otro guardia pega al hombre con la pistola en la espalda. Perdiz comprende entonces que es probable que estén codificados para actuar así ante cualquier agresor.

La mayoría de la gente se gira en redondo y se apresura a perderse de vista, metiéndose en las tiendas o por algún callejón. Otros, sin embargo, no se mueven del sitio.

El hombre que está tirado en el suelo, doblado sobre un costado, mira desafiante a

Perdiz. Tiene el labio partido y, al toser, salpica de sangre el suelo.

Un guardia le pone los brazos en la espalda y lo esposa con una cincha de plástico bien apretada. Levantan al hombre entre los dos. Tiene los dientes ensangrentados.

Beckley saca el arma, la empuña con las dos manos y apunta a los que quedan.

—Les rogamos que se dispersen. Por favor, procedan a dispersarse.

El resto sale disparado.

—Vámonos —ordena Beckley.

Perdiz sacude la cabeza. No da crédito a lo que acaba de pasar.

—No quiero acallarlos así. Quiero que la gente pueda expresarse, aunque no estén de acuerdo conmigo.

—Ahora mismo no puedes hacer nada —le responde Beckley.

Una mujer con un mono blanco y un cubo en la mano aparece de la nada, se arrodilla y, sin mediar palabra, se pone a frotar la sangre del hombre que ha quedado en el suelo, dejando un manchurrón de lejía. Perdiz se acuerda de Bradwell, de sus clases de Historia Eclipsada y de lo rápido que se blanquea la verdad.

En esos momentos se detiene un coche, un sedán azul marino muy distinto de los carritos de golf que utiliza la mayoría de la gente. Cuando se abren las puertas, empiezan a bajarse un grupo de guardias, que flanquean a Perdiz y lo escoltan hasta el coche.

—Llévame a casa de Lyda —ordena Perdiz nada más sentarse en el asiento trasero, entre dos fornidos hombres.

—¿Qué te crees, que esto es un taxi? —le dice Beckley desde el asiento delantero.

Las puertas se cierran. El coche sale despedido hacia delante, se monta en el bordillo y atraviesa un parque público, rodando sobre césped sedoso y entre árboles de mentira.

—¿Adónde me lleváis?

—Se ha iniciado el protocolo de aislamiento. Estamos llevándote a la sala de operaciones.

—¿A la sala de operaciones?

—Tu padre debía tener unas instalaciones blindadas en el interior de la Cúpula, y la sala de operaciones lo está.

—¿De veras crees que la gente se ha enfadado tanto, que puede ser peligrosa?

Beckley no aparta la vista de la carretera.

—Te olvidas de que esta gente fue la que se dio de codazos para hacerse un hueco en la Cúpula. En el fondo no tienen nada de ingenuos.

Un guardia emite una especie de balido.

—Bee, bee, bee.

Lo hace tan bajo que Perdiz no está seguro de haberlo oído. ¿Es cosa suya o está mofándose de su discurso? ¿A quién se le ocurre llamarlos ovejas?

—¿Quién tiene acceso a la sala? —pregunta a regañadientes Perdiz, en un intento

por mantener la dignidad.

—A veces tu padre hacía reuniones allí pero dentro hay una cámara aparte solo para él. Es el sitio más seguro de toda la Cúpula. La han modificado para que solo tú puedas entrar, con escáneres de retina y de huellas digitales.

—Una sala de operaciones... No puedo creer que mi padre tuviera una cámara acorazada solo para él.

—Que ahora es tuya...

—Eso sí que es una herencia... —Perdiz ve la cara de su padre justo antes de morir, esos ojos desencajándose ante la certeza de que su hijo está matándolo—. ¿Por qué yo no sabía nada de esto? ¿Una cámara para él solo? Y si había un atentado o algo, ¿qué pensaba hacer?, ¿recogerme o dejarme tirado en la academia?

Beckley no responde, bien porque no lo sabe, bien porque prefiere no tener que decirle la verdad.

El chico se acuerda de unas vacaciones de invierno con los Hollenback. Si los supervivientes se hubiesen rebelado y los hubieran atacado, ¿habría muerto con ellos?

—Quiero que Lyda Mertz también pueda entrar. Reconfigurado.

—¿Lyda Mertz? ¿Está seguro, señor? —le pregunta otro guardia.

—Más seguro que nada en el mundo. —Es la única persona en la que puede confiar. Si le pasara algo a él, Lyda podría entrar. No piensa tener un búnker al que solo pueda entrar él, no tiene intención de ser de esa clase de personas—. Que alguien la traiga a la sala de operaciones. Tengo que verla.

—De acuerdo.

Perdiz se queda mirando por la ventanilla. Han salido por el otro lado del parque. La gente está echándose a la calle. Hay quienes vagan sin rumbo fijo, mientras que otros se abren paso a empellones entre la muchedumbre, como si hubieran perdido a alguien. Se oyen gritos y llantos. Ve a una mujer petrificada en el sitio a la que le ruedan lágrimas por las mejillas.

Se han iniciado varias peleas. Una mujer está cogiendo a otra del brazo, retorciéndole la piel, mientras que en el suelo hay dos jóvenes pegándose.

—Con suerte, lo pagarán con el de al lado —comenta Beckley.

Perdiz no las tiene todas consigo.

—Han estado reprimiendo mucha culpabilidad y rabia durante muchísimo tiempo. ¿Y si esto no fuera más que el principio? —Por un callejón aparecen unos guardias corriendo en formación, mientras que al otro lado de la avenida surge otro grupo—. No quiero que corra la sangre.

—¿De veras creías que podías hacer lo que has hecho sin que se derramara sangre?

—Yo lo que quiero es que haya paz, Beckley, es lo único que busco. Tanto aquí dentro como fuera.

—Pues eso suele pagarse con sangre.

Perdiz reconoce algunas caras aquí y allá; no puede ponerle nombre a ninguna,

pero en la Cúpula tampoco hay tantas. Van circulando y, con el tiempo, acaban resultando familiares. Es posible, no obstante, que no sea capaz de ubicarlas ahora porque tienen un aspecto muy distinto: son rostros desesperados, desamparados y perdidos.

Un puñado de gente ve el alargado coche oscuro y da por hecho que en el interior va alguien importante, de modo que se ponen a perseguirlo durante un par de manzanas, gesticulando como locos, furiosos. Un chiquillo muy rápido salta sobre el maletero y se pone a aporrearlo con el puño.

—¡Reduzca! ¡Hay un niño encima del coche! —grita Perdiz.

—¿Y qué quiere, que entre? —pregunta el chófer.

—¡He dicho que reduzca!

El chófer aminora la marcha pero da un fuerte culetazo para que se descuelgue el niño, que acaba en el suelo, aturdido.

Perdiz mira por el parabrisas trasero: el chico se ha quedado tirado de espaldas, pateando el suelo, mientras los demás siguen corriendo, gritando y peleando. Entre el caos, distingue a un hombre mayor con pajarita que está plantado en medio de la calle. Lo reconoce: es Tommy. Es lo único que recuerda, su nombre de pila, y que era el barbero de su padre. Se ha vestido con sus mejores galas para ver el programa. Lleva una chaqueta deportiva doblada sobre el brazo. Con la barbilla pegada al pecho, se frota los ojos. ¿Está llorando? A continuación se balancea ligeramente y se queda mirando hacia arriba, como esperando ver el cielo.

Rodeado de escoltas, lo llevan desde el coche hasta los ascensores reservados para la élite de la Cúpula. La sala de operaciones está sepultada en el corazón de la misma, en el subterráneo más bajo. Cuando se abren las puertas, salen a un edificio de pasillos laberínticos que resuenan con fuerza con el aporreo de los tacones de las botas.

Un guardia abre la puerta de la sala de operaciones tras teclear varios códigos en un teclado encajado en la pared. Al abrirse deja a la vista una mesa grande de caoba rodeada de sillones de cuero. Las paredes están recubiertas de pantallas negras, que entre lo oscuras y lo vidriosas que son, tienen aspecto de estar mojadas.

El joven guardia entra el primero.

Perdiz lo sigue, rodea la mesa y pasa una mano por el respaldo del sillón que está a la cabecera. Es el de su padre; allí estuvo en otros tiempos su cuerpo. Vuelve a aparecérselle la cara de este: la piel supurante y roja y, en algunos puntos, casi ennegrecida por la necrosis, así como las manos, curvadas hacia dentro, temblando con una parálisis permanente. Willux estuvo décadas excediéndose con los medicamentos para potenciar sus habilidades mentales. Con el tiempo acabó pasándole factura y le provocó una degeneración rauda de las células. Perdiz intenta recordarse que su padre se lo buscó él solito, pero eso no parece acallar su

culpabilidad. No hay manera de darle esquinazo.

—¿Ha entrado alguien aquí desde que murió mi padre?

—No. Teníamos órdenes muy estrictas, debíamos limitarnos a reconfigurar los códigos. No nos estaba permitido entrar. Solo debíamos reajustar el sistema para que tú pudieses pasar.

Perdiz se pregunta si aquella sala está pensada realmente para protegerlo o si forma parte de un plan de contención, de una forma de quitarlo de en medio si no hace justo lo que la Cúpula le pide. ¿Es algo que su padre soñó para su sucesor o es una trampa de Foresteed para poder hacerse con el mando? Siente que le recorre la espalda un río de sudor, aunque al mismo tiempo piensa en su padre y en el líder que fue durante tanto tiempo. ¿Tuvo que vivir siempre con esa clase de dudas y sospechas? ¿Por eso gobernaba con mano de hierro?

Mira al guardia que ha abierto la puerta. Nunca ha tenido muy claro en quién puede confiar. A Beckley le ha costado ganarse su confianza, y aun así vacila por momentos. Pero ahora que ha confesado la verdad sobre su padre, Perdiz está incluso menos seguro de a quién ha afectado la noticia y quién puede volverse en su contra. Así son los puros, no de naturaleza rebelde precisamente. Con todo, tiene que ser cauteloso. Le lanza una mirada a Beckley, en un intento de calibrar qué opina él de esos escoltas. Perdiz no quiere entrar en la sala para que lo aíslen allí y lo ataquen.

Beckley le devuelve una mirada tranquilizadora.

—¿Todo bien? —le pregunta.

—Sí. —No le queda más remedio que confiar en los que lo rodean, son todo lo que tiene—. Vamos a ver esa cámara.

Beckley le hace un gesto al guardia, que tantea la parte de debajo de la mesa, tal vez para pulsar un botón oculto. Acto seguido una pared se divide en varios paneles que se pliegan unos sobre otros.

Hay una puerta.

Puede que al otro lado estén los secretos de Willux. Nunca llegó a entenderlo. Cuando era pequeño, su padre nunca estaba; hasta cuando se encontraba en la misma habitación que él, andaba maquinando cualquier otra cosa en su cabeza. No recuerda tener la sensación de su padre mirándolo de verdad. Era más que distante, parecía casi hueco... Aunque no siempre había sido así... Mucho tiempo atrás debió de tener algo para que su madre se enamorase de él. ¿Era divertido?, ¿reflexivo?, ¿tal vez incluso vulnerable?

Perdiz también es plenamente consciente de que tras la puerta puede haber pruebas para ofrecer al pueblo: la demostración de que su padre fue el cerebro que lo planeó todo, y de que la gente del exterior necesita toda la ayuda que puedan darle.

Se acerca a la puerta y pregunta:

—¿Qué hay que hacer?

—Tiene que mirar directamente al haz de luz del escáner de retina —le explica el más joven—, y luego presionar la mano contra el cuadro para verificar las huellas

digitales.

La luz es azul, un rayo que surge de una pequeña lente con forma de cámara en la pared. El cuadrado es de cristal pero también tiene un resplandor azulado.

Perdiz se pega al haz azul. En el interior de la lente se oye un chasquido. Aprieta la mano contra el cuadrado de cristal y oye más chasquidos. A continuación lleva la mano al pomo pero la puerta se abre automáticamente. El cuarto está oscuro.

Beckley se adelanta para acompañarlo.

—Espera fuera, por favor. Esperad todos fuera, en el pasillo.

—De acuerdo —dice Beckley, que ordena al resto de guardias que salgan de la sala.

Perdiz entra en el cuarto oscuro y tiene la sensación de que es relativamente pequeño y está atestado de cosas. Gracias a la tenue luz que llega de la sala de operaciones, distingue las paredes de la cámara, que están recubiertas de algo que parece titilar. Le recuerdan a alas, a los pájaros de la espalda de Bradwell y a cómo le suena la camisa cuando se remueven por debajo.

¿Qué hizo su padre, llenar la habitación de alas batientes? Quiere acabar con aquello y salir del cuarto pero no puede. Ya ha llegado demasiado lejos, y se notaría que tiene miedo.

Aunque no es lógico, tiene la sensación de estar a punto de entrar en la mente de su padre. Siempre ha creído que este guardaba secretos infinitos, que parecía tan ausente porque había una versión de él que se negaba a compartir. Un yo secreto.

Y Perdiz ha desvelado ya tantos secretos, de destrucción y muerte, tantas capas de mentiras, que no quiere saber nada más.

Se estremece pero decide traspasar el umbral.

Al instante las luces se encienden y la habitación se ilumina. La puerta se cierra de golpe tras él.

Las paredes están recubiertas de hojas de papel, de cientos, miles... Algunas son satinadas y gruesas y otras claras y finas.

El cerebro de su padre se vio afectado por las potenciaciones; se deterioró, hasta el punto de estar dispuesto a sacrificar a su propio hijo para seguir con vida.

—Mi padre estaba loco —susurra Perdiz entre sus labios resecos.

Las hojas satinadas son fotografías, mientras que los papeles están llenos de la caligrafía de su padre. Cuando se acerca a una pared, ve la cara de su madre posando junto a un bebé envuelto en una manta. Sedge está a su lado, mirando al crío. Es Perdiz, de recién nacido.

Mira el folio pegado a la pared junto a la fotografía. Es una carta en la que se lee:

«A mi querida esposa:

Me acuerdo de ese momento. ¿Yo estuve, o solo recuerdo haber contemplado esta fotografía? Nuestras vidas se solapan así. Todavía te extraño, y te extrañaré siempre. Eres mía, no lo olvides: mía.

Ellery».

Perdiz mira la siguiente hoja: «A mi querida esposa»... Y la siguiente: «A mi querida esposa»... Y luego encuentra otra que empieza así: «Querido Sedge: ¿Qué ha pasado? ¿Por qué te has alejado de mí? ¿Por qué...».

¿Su hermano se alejó de su padre? ¿Cuándo fue eso?

«Perdiz: Mira qué pequeño eras. Cuando entraba por la puerta, siempre gritabas y cantabas. Cómo has crecido, un chico de la academia ya...».

Alarga la mano para coger la carta, arrancarla de la pared y hacerla una bola. ¿Su padre se dedicaba a escribirles cartas? Construyó un álbum de fotos visitable, una exposición... Y se lo guardó para sí durante años.

Va cogiendo una fotografía tras otra: una suya en la que sale con cinco años montando en bici, una de su hermano Sedge vestido con un traje de hockey, una de sus padres vestidos para una ocasión formal.

En su interior se revuelve el odio y el amor por su padre. ¿Quién fue Ellery Willux? ¿Resulta que al final los quería? ¿Es aquel mausoleo la prueba de que era incapaz de demostrarlo?

Perdiz arremete contra la pared y arranca todas las cartas que puede, y van cayendo al suelo. Va de una pared a otra, tirando de aquí y allá. Se le contrae el pecho y siente el corazón como en un puño. La respiración se le convierte en un jadeo. Se lleva el puño al pecho.

—Maldita sea —dice.

Tambaleándose, llega a la única silla de la cámara, tras el escritorio de su padre. Se deja caer sobre ella y repasa lentamente la habitación. Eso es todo lo que siempre quiso de su padre: una demostración de amor, un gesto de afecto. ¿Y se pasó la vida construyéndolo?

Oye que llaman a la puerta.

—¡Os he dicho que esperéis fuera! —grita, y al cabo intenta respirar.

¿Estará dándole un infarto? Dios Santo, ¿es que su padre pretende matarlo con toda esa mierda?

—Soy yo, Lyda.

Lyda... Se levanta de un brinco de la silla y va a la puerta. Gira el pomo y, como antes, las puertas se abren automáticamente.

Ahí está. La hace pasar, a ella y a su cara, sus pestañas, sus labios entreabiertos.

—¡Has contado la verdad! —exclama asombrada.

Por un segundo no sabe bien de qué está hablando: le parece muy lejano lo que ha dicho en el funeral.

—Tenía la esperanza de que estuvieses viéndome. —La atrae hacia sí y huele su aroma a lavanda—. Les he dicho que te trajeran aquí, que quería verte. Entra conmigo.

—¿Qué es este sitio?

Perdiz le pone la mano en la nuca y la hace pasar al cuarto. Lyda se queda

mirando el suelo repleto de fotos y cartas y las paredes con restos de cinta adhesiva.

—Perdiz... ¿era la habitación de tu padre?

—Su cámara secreta.

Lo alivia que ella esté allí, es como un antídoto para la locura ermitaña de su padre: aporta cordura a esa habitación. Lo mejor que puede hacer es centrarse en la chica y dejar que todo lo demás se emborrone detrás de ella.

—¿Por qué te haría algo así?

—¿Me haría? ¿Qué quieres decir?

Alza la vista hacia él, sorprendida. Se nota que está guardándose algo, que no quiere decir nada que pueda herirlo, pero no se le da muy bien disimular.

Y entonces lo comprende, y vuelve a mirar el cuarto, aunque esta vez viéndolo con los ojos de ella. ¿Será todo un montaje en realidad? Su padre tuvo que estar trabajando en esto durante años, mucho antes de planear usar el cuerpo de su hijo para seguir con vida. ¿Es el cuarto una especie de cebo? ¿Lo decoró con esas fotografías y esas cartas dichas en un intento de llegar al corazón de su hijo? O quizás, en un principio, lo pensó para llegar a Sedge, que era el heredero legítimo...

¿Es todo una patraña? ¿Una trama para ganarse sus simpatías? ¿Un último chantaje emocional?

—¿Crees que lo hizo para confundirme?

Lyda va hacia el escritorio de Willux y su superficie brillante. La rodea y retira la silla.

—No lo hagas —dice Perdiz.

—¿Por qué?

—No sé... es solo que...

—¿El qué?

—Este cuarto, que me da la impresión de que está contagiado. ¿No lo sientes a él aquí dentro?, ¿su presencia? Es como si no hubiera muerto; o al menos no aquí. El aire del cuarto está cargado de él.

Perdiz se pregunta si el contagio que siente es su propia culpabilidad tóxica. Mira las caras de su familia, que lo observan con mirada acusadora. Él, que en otros tiempos fue un bebé, ahora es un asesino.

—Ahora la cámara es tuya.

—Pero ¿y si no la quiero?

Se acerca a Perdiz, se arrodilla y coge otra foto suya de pequeño: lleva un gorrito de lana y tiene la cara toda rosada. Y es su padre quien lo lleva en brazos.

—Eras muy guapo de pequeñito —le dice.

Lyda se levanta y le tiende la foto. Perdiz se queda un minuto mirándola y, en una oleada inesperada de añoranza, quiere retroceder en el tiempo, ser todavía aquel bebé. Quiere repetirlo todo.

Pero no puede permitir que su padre lo manipule. Lo han conducido hasta aquí, pero utilizará el cuarto con sus propios fines. Empleará los secretos de su padre

contra él e intentará deshacer lo hecho.

Le devuelve la fotografía a Lyda, va hasta el escritorio y dice:

—¿Qué más tendrá escondido por aquí?

No piensa sentarse de nuevo en esa silla. La retira de la mesa y apoya las manos contra la superficie satinada. Y entonces el escritorio se enciende.

Ante él surge un mapa del mundo con puntitos azules que parpadean, todos salvo uno que está en la Cúpula, que permanece encendido.

—¿Qué leches...? —susurra Perdiz.

Lyda se le acerca y contempla el mapa.

—Esto es el mundo y aquí estamos nosotros.

—Ya, pero la cuestión es qué representan todas estas lucecitas parpadeantes...

—¿Qué representan o a quiénes? —plantea Lyda.

A Perdiz se le eriza la piel.

—Podrían ser sitios que también salvó. ¿Significará que hay más supervivientes en otros rincones del mundo?

—Toca uno a ver qué pasa —sugiere la chica.

Perdiz piensa en Hideki Imanaka, el padre de Pressia, que pertenecía a los Siete. En el pecho de su madre todavía latía el tatuaje que demostraba que estaba vivo. Quizá pueda encontrarlo así. Una de las luces coincide con el archipiélago de Japón. Perdiz alarga la mano para tocarlo.

De unos altavoces ocultos surge un ruido de electricidad estática y luego una voz:

—Perdiz. —Es la voz de su padre y, por un segundo, cree que está vivo, que el asesinato no se consumó. Mira hacia la puerta de la cámara pero está cerrada. Lyda lo coge de la mano. ¿Ha vuelto su padre de entre los muertos? ¿Es inmortal?—. Hijo mío.

—No.

Perdiz siente un mareo y tiene que agarrarse al escritorio con ambas manos y sentarse en el sillón de su padre.

La voz paterna prosigue:

—Con tu huella dactilar, ese diminuto remolino que llevas desde tu nacimiento, has encontrado esta cámara, este mapa, mi mundo... Has liberado mi voz con un solo toque. Y eso significa una sola cosa: que tú estás vivo y yo estoy muerto.

—Lyda —susurra Perdiz—, no puedo escuchar esto...

La chica lo agarra del brazo.

—No pasa nada, venga. Tenemos que hacerlo.

—Con ese toque, acabas de transmitir a los demás el mensaje de que he desaparecido y tú estás al mando. ¿De verdad creías que me contentaba con una sola Cúpula que cuidar?

Perdiz quiere taparse los oídos con las manos pero no puede moverse, y apenas respira. Mató a su padre pero ahí sigue...

—Si abres los cajones del escritorio, verás una lista de mis enemigos, que ahora

son los tuyos. Encontrarás la verdad que durante tanto tiempo he escondido a todo el mundo, a ti inclusive. Verás así la ironía sencilla y honesta de todo lo que he intentado conseguir. Con suerte entenderás la fragilidad de lo que has heredado. Es posible que me odies, y lo comprendo. Yo también odiaba a mis padres. Así son las cosas. Vi el fin, Perdiz, e intenté ahorrártelo. Puedes creer lo que quieras pero así es como actúa un padre. —Se produce una pausa. ¿Acaso Willux visualizó su propio fin? ¿Cuál?—. Otra cosa —dice su padre. ¿Piensa despedirse diciéndole que lo quiere? ¿Y qué desea realmente Perdiz de su padre muerto? Willux baja la voz y añade—: Una pregunta: ¿hay sangre ya en esa huella digital?

Se produce una nueva irrupción de estática, desaparece la voz de su padre y se hace el silencio.

Perdiz se queda mirando al vacío, más allá del mapa con las lucecitas azules. Nota la respiración muy arriba, como atorada en la garganta. Se mira el dorso de las palmas, en concreto las huellas dactilares, esos diminutos remolinos intrincados que son suyos y nada más que suyos. Su padre sabía que si Perdiz estaba escuchando la grabación era porque probablemente lo había matado.

—Sabía que lo harías —le susurra Lyda.

—No —dice Perdiz.

—Sigue teniendo el poder. —La voz de la chica es fría, puede que temerosa.

Levanta la cabeza y se vuelve para mirarla.

—No, lo he matado.

La cara de Lyda está pálida y rígida.

—Lo sigue teniendo... —Se lleva las manos a la garganta y cierra los puños. Perdiz hace ademán de levantarse para acercarse pero Lyda se aparta—. Te ha cambiado, Perdiz. Una parte de tu padre sabía que lo harías, sabía que eras capaz de matarlo, y te ha cambiado desde lo más profundo de tu ser.

Retrocede hasta apoyarse en una pared, donde las fotografías chirrían bajo su peso.

—¿Y qué más podía hacer? ¿Dejar que me matara él a mí?

—No —dice Lyda sacudiendo con fuerza la cabeza—, es solo que...

—¿Que qué?

Recuerda la sensación que tuvo nada más hacerlo, cómo se le quedaron entumecidas las manos y no se sentía las piernas; no podía pensar, aunque le latía el corazón con fuerza, como si fuera lo único que le quedaba en el cuerpo. Y vuelve a experimentarlo todo porque nunca ha visto a Lyda asustada de él como ahora, y lo ve claramente en su cara.

—Lyda... —susurra.

—No sé... Es otro secreto, y nos hemos criado con muchos secretos y mentiras. ¿Cómo podemos seguir viviendo esta vida, Perdiz? No sé si voy a poder... —Respira hondo y se apresura a llevarse la mano a la barriga, al bebé, al futuro...

—Sin ti me quedaría solo. No me des la espalda, por favor.

—No pienso darte la espalda. —Mira a su alrededor como si quisiera añadir: «De todas formas tampoco tendría donde ir». Pero entonces se lleva la mano al bolsillo del abrigo—. No estamos del todo solos. —Saca un trozo de papel arrugado y Perdiz se acerca para cogerlo—. Están aquí... las células durmientes: Cygnus.

Es un origami de un cisne.

—¿Han contactado contigo?

—Léelo.

Perdiz desdobra un ala y lee: «Glassings necesita tu ayuda. Sálvalo».

—¿Quién te lo ha dado?

—El técnico que vino a arreglarme el orbe.

—¿Que salvemos a Glassings de qué? ¿Dónde se ha metido, si puede saberse?

—Eso es todo lo que sé. —Lyda suspira y se frota los ojos—. ¿Vas a abrir esos cajones o no?

—¿El qué?

—Que creo que deberías hacerlo.

—Me he pasado la vida observando a mi padre, cómo lo miraba la gente y cómo les hablaba él. Sin querer lo he asimilado todo, y creo que, en cierta medida, debí de pensar que algún día la vida de mi padre sería la mía. Porque, en fin, era mi padre... —Se detiene de golpe y respira hondo. Teme echarse a llorar—. No es solo que lo haya matado, Lyda, ni que me haya convertido en un asesino. —Se frota el pulgar contra las yemas de los dedos al pensar en lo que ha dicho su padre de la sangre en las huellas dactilares—. Es que tengo miedo de convertirme en él.

—Abre el cajón.

Perdiz no quiere discutir con ella, no ahora. Lleva un dedo al cuadradito azul que hay en el primer cajón del escritorio, y este se abre y deja ver una fila de carpetas.

Coge la primera y la pone sobre la mesa. Tal y como le ha dicho su padre en la etiqueta se lee: «Enemigos». Cuando la abre, se encuentra con un buen montón de fotos de personas, acompañadas por una página con datos: actividades sospechosas, familia, amigos, filiaciones.

Hojea el montón mientras Lyda se le acerca para poder ver las caras. Se detiene al llegar a Bradwell. La chica ahoga un grito y Perdiz sabe que es porque también ha reconocido el escenario: el bosque donde mataron a su madre y a su hermano. En la toma Bradwell aparece gritando, con las venas del cuello tensas; está en movimiento, y Perdiz se da cuenta de que la fotografía debió de tomarla la cámara de uno de los soldados de las Fuerzas Especiales que los atacó. Se hizo unos minutos antes de que su padre matara a Sedge y a su madre.

—Sigue —le urge Lyda—. ¿Quién más está?

Pasa a la siguiente fotografía, donde aparecen Il Capitano y Helmud, en el mismo sitio y el mismo día. Cierra la carpeta y vuelve a meterla en el cajón.

—Estos no son mis enemigos —dice Perdiz. Es un alivio: su padre estaba equivocado.

Hay otra carpeta. La saca:

«Nuevo Edén».

La abre y lee por encima los planes —manuscritos en los garabatos desmañados de su padre— para esclavizar a los miserables, como una clase infrahumana que serviría a los puros en cuanto la Tierra volviese a ser habitable.

—Una nueva esclavitud para un Nuevo Edén.

La siguiente carpeta se titula «Reversión». A su padre le gustan las referencias más simbólicas, de modo que esa palabra tan práctica inquieta a Perdiz. La abre de par en par para que los dos puedan leerla bien.

Lo primero es un informe oficial de un comité formado por científicos y médicos. Aunque la lista de los firmantes es larga, el nombre de Arvin Weed salta a la vista. Lo señala.

—Mira.

—Ya lo he visto.

«Por las muestras recogidas y la incubación de las mismas en un entorno simulado, concluimos que, en general, nuestros especímenes dejan que desear. De los veinte, doce murieron en los diez primeros días. Cuatro contrajeron tumores cancerosos que arraigaron casi inmediatamente y parecían crecer bien en los tejidos sanos. Dos de estos cuatro se recuperaron de los cánceres pero murieron por otros tumores en menos de un año. Los cuatro supervivientes —un macho y tres hembras— tampoco han dado buenos resultados. Dos son estériles. El macho ha contraído una enfermedad ocular que lo ha dejado ciego. Tanto él como una de las hembras tienen asma y los pulmones afectados. No es de esperar que puedan unirse al resto de la población de la Cúpula. El macho se encuentra en la unidad de cuidados intensivos, mientras que la hembra tiene problemas mentales y actualmente está internada en una celda de aislamiento del centro de rehabilitación. Los otros dos han sido sometidos a estudio y evaluación. Se les ha devuelto a la vida pública previa eliminación de los recuerdos del estudio.

En conclusión, creemos que, con el tiempo, quienes han sobrevivido en el interior de la Cúpula, debido a la falta de exposición al exterior y a las enfermedades en general, se han hecho más vulnerables. Si nos mudamos al Nuevo Edén, perderemos a un gran número de personas durante el primer año. Los que sobrevivan serán superados en número por los del exterior de la Cúpula. Con todo, cuanto más esperemos a vivir en el Nuevo Edén, más vulnerable será nuestra población a los elementos que podrían matarnos.

Entre tanto, los supervivientes de las Detonaciones han sufrido una purga que ha dejado con vida solamente a los que tienen más habilidades para adaptarse y sobrevivir. Los que han sobrevivido tienen sistemas inmunes superiores. La Operación Purificación de Miserables contiene la información más detallada de los supervivientes de todos los estudios observacionales que hemos llevado a cabo».

Su padre rodeó la palabra «miserable» y escribió al margen otras dos: «raza superior».

Perdiz se acerca el folio a los ojos y estudia la caligrafía de su padre.

—Al final resulta que mi padre sí que creó una raza superior, pero fue la que no quería.

Menuda ironía. Y lo supo antes de morir, por eso decía que había visto el fin y que estaba intentando salvar a Perdiz.

—¿Pensaba entonces que debíamos vivir aquí para siempre? —pregunta Lyda—. No puede ser. Nuestros recursos son limitados. ¿Qué pensaba, dejar que los puros muriesen como chinches?

—No lo sé. —Perdiz pasa las páginas hasta el final. En la última página hay un

puñado de ecuaciones científicas... nada que pueda entender—. ¿Qué demonios será esto?

—Como si en la academia nos enseñaran ciencias a las chicas... —comenta Lyda con pesar—. Guárdalo, puede ser importante.

Perdiz dobla el folio y se lo guarda en el bolsillo. Después echa un vistazo por el resto de carpetas hasta que, de pronto, tensa la espalda.

Saca una con el título: «Protocolo para la aniquilación».

—¿De qué? —pregunta Lyda—. Pero si ya lo había aniquilado todo...

—Todo no...

Perdiz abre la carpeta y se encuentra una lista de instrucciones sobre cómo activar un proceso por voz. En un dibujo de esa misma cámara se señala un pequeño cuadrado de metal en una de las paredes. Ambos alzan la vista y lo ven, disimulado en la pared, del tamaño de un enchufe. Con un par de órdenes, el metal se retraerá y dejará a la vista un botón. Si se pulsa, «despedirá un gas inodoro al exterior de la Cúpula»; está basado en «monóxido de carbono», pero es más potente e «inducirá el sueño», afectando a los pulmones hasta provocar una silenciosa muerte masiva. El gas mataría a todas las criaturas vivientes a ciento cincuenta kilómetros a la redonda. Willux escribió que la activación por voz solo reconocería su propia voz pero luego se ve que lo tachó y que añadió el nombre de Perdiz.

—¿Le enseñó al ordenador a responder a mi voz?, ¿para matar a todos los seres vivos en ciento cincuenta kilómetros a la redonda?

—Pero si ellos son la superraza —interviene Lyda—, ¿por qué querría matarlos?

—A lo mejor era su plan B.

Vuelve a guardar la carpeta en el cajón y lo cierra de golpe.

Lyda se gira y se queda mirando las fotografías del suelo.

—Tú y tu padre sois muy distintos. Tú no eres él y nunca lo serás.

—No tuve más remedio —susurra—, tuve que matarlo... —Se echa hacia delante y se mece ligeramente. Luego se frota los ojos.

—Ven a casa conmigo. Tengo una sorpresa para ti —intenta animarlo Lyda.

¿Es su forma de decirle que ya no le tiene miedo, que en realidad no ha cambiado, que no le dará la espalda? La chica se vuelve y lo rodea con los brazos. Se quedan así abrazados con fuerza, y le gustaría congelar el tiempo, en ese justo momento, ahora mismo.

Una llamada a la puerta los saca de sus ensoñaciones.

—La situación está empeorando por momentos —le informa Beckley.

Perdiz no suelta a Lyda.

—¿Cómo que empeorando?

—Te necesitan.

Perdiz no se siente ningún líder. Su padre sigue llevando la batuta desde la tumba.

—No sé si yo puedo hacer algo.

—Está habiendo bajas... cada vez más.

Perdiz suelta a Lyda, corre a la puerta y la abre. Al otro lado está Beckley, que parece sin aliento. Sus ojos van de Lyda a Perdiz, como dardos.

—¿Están matándose unos a otros?

—No.

—¿Entonces?

—No están matándose unos a otros, sino a sí mismos.

Pressia

Deber

Fedelma está conduciéndola por el largo corredor con el suelo de piedra. En cada puerta por la que pasan hay una ventanita por la que Pressia va atisbando laboratorios, gente concentrada en delicados trabajos científicos, tubos de ensayo, maquinaria.

—¿Qué hacen? —pregunta.

Fedelma se detiene y la mira.

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé.

Una parte de ella, sin embargo, se pregunta si no será que no quiere saberlo, como si la verdad fuese demasiado escalofriante y estuviera ignorando deliberadamente lo evidente.

—Estoy segura de que puedes imaginarte cuál es nuestro reto más importante y cómo queremos superarlo. Ya has visto a los niños, y sabes lo que podemos hacer con simples enredaderas. ¿Es que no te has fijado en los jabalíes de los prados? ¿Eh? — De pronto parece enfadada—. Y a mí. Has visto a las que son como yo.

Pressia mira de reojo la barriga de la cuidadora y lo entiende: Fedelma no ha elegido su embarazo, sino que es su deber. ¿Cuántos hijos habrá tenido? ¿Cuánto tiempo piensan seguir así?

—Yo no fui al colegio —le dice Pressia—. Todo lo que sé me lo enseñó mi abuelo, que era un cosecarnes, un empleado de funeraria. ¿Cómo quieres que sepa lo que está pasando en esos laboratorios?

—Llegaste aquí con una fórmula y uno de los viales de bionanotecnología más potentes que ha conocido la humanidad. ¿Esperas que me crea que no entiendes lo que hacemos aquí? Esto es un juego de niños comparado con lo que tú has sacado a la luz.

Hace ademán de seguir avanzando por el pasillo pero Pressia la coge del brazo.

—No lo sé, te lo juro.

Los ojos de Fedelma escrutan el rostro de Pressia. Aunque todavía no la cree del todo le dice:

—Willux salvó Newgrange, el sitio sagrado. Le prometió a Kelly que así sería. Solo treinta llegamos a tiempo al interior del túmulo.

—Pero ¿y toda esta tierra verde, este edificio, los laboratorios? ¿Qué pasa con todo esto?

Quiere saber lo avanzados que están. ¿Podrán reparar una aeronave y echarla a volar?

—Willux salvó un radio de cinco kilómetros. Y espero no tener que contarte

precisamente a ti el efecto que tuvieron las Detonaciones. En eso no te puedes hacer la tonta. —Mira de reojo el puño de muñeca de Pressia—. Tú las viviste, ¿no es cierto?

—Apenas las recuerdo pero a veces me vienen fogonazos. Sé que hubo unos ciclones gigantes de fuego que lo arrasaron todo. Y la ceniza voló por todas partes y empezó a llover negro. ¿Sobrevivió alguien fuera de Newgrange?

—Sí, otros veinte, lo que sumaba un total de cincuenta. Sin embargo luego, con las enfermedades, nuestra población volvió a disminuir.

—¿Y entonces qué hizo Kelly?

—Todo lo que pudo.

—Este sitio no se parece en nada al sitio del que provengo. Las comecenizas, por ejemplo. Ha inventado todo tipo de cosas, ¿no es así?

Cuanta más información recabe de Fedelma, más podrá compartir con Il Capitano y Bradwell. Si quiere que este último la perdone, tal vez el primer paso sea hacerle ver que es valiosa, que todavía tienen que confiar el uno en el otro si quieren regresar.

—Él ya tenía un gran historial en ingeniería genética, en concreto en cuestiones relacionadas con plantas y clonación a escala molecular. Fue el inventor de la agrifectura, la razón de que nuestras enredaderas funcionen como un sistema defensivo.

—Clonación. —En líneas generales sabe qué significa: réplicas, copias...—. ¿Cómo la hacéis?

—Pues utilizando nuestro propio ADN para crear clones —explica Fedelma—. Pero cada embrión sigue necesitando un útero en el que desarrollarse y todas las mujeres debemos colaborar. Yo voy a seguir llevando niños hasta que, con el tiempo, ya no me sea posible. Incluso aunque muera en el proceso, merece la pena arriesgarse. —A continuación añade, como a la defensiva—: ¡No podemos correr el riesgo de extinguirnos!

Pressia siente que un escalofrío le recorre la columna. «Mira en el espejo, busca a tu igual. ¡Corre y encuéntrate! ¡Atrapa tu reflejo!» Los niños hablaban literalmente. Busca tu igual: busca una copia de ti mismo. Pressia aminora el paso; va pensando en las caras de los críos, en los que parecían dos gotas de agua casi idénticas. Así, hasta que, de pronto, se detiene en seco.

Fedelma se da la vuelta.

—¿Estás juzgándonos? Todos tenemos que hacer sacrificios. ¡Es la única forma de ser útil!

—No estoy juzgando a nadie. Yo entiendo bastante de sacrificios —le dice Pressia, que está pensando en Bradwell y en cómo le negó el sacrificio que él quería—. Los jabalíes... —balbucea mientras intenta encajar todo el puzle.

—Sí, unos empalmes de genes. Están configurados para ser domésticos como ganado pero también bravos. Si los necesitamos, atacarán a quien nos ataque.

—¿Y quién va a atacaros?

Fedelma se acerca a ella y, aunque no hay nadie a la vista, baja la voz:

—Hay que tener cuidado. Más allá del radio de cinco kilómetros, el territorio que hemos marcado con enredaderas, están los que quieren entrar... los que matarían por tener lo que tenemos aquí.

—¿Y quiénes son?

—No son muy distintos de los que tenéis en vuestro lado del planeta.

—¿Y cómo sabes tú qué tenemos en nuestro lado del mundo?

—Él nos salvó y sabe que estamos aquí. Lleva la cuenta de los que somos, y es probable que haya más como nosotros.

—¿Quién? ¿Willux?

—Tenemos suerte de estar vivos.

—¿Willux y Bart Kelly siguen en contacto? ¿Siguen... siendo amigos? —Pressia aprieta los párpados y sacude la cabeza—. Willux sabe que estáis aquí. ¡Vivos!

—Chist. —Fedelma le coge la mano y se la pone en la barriga. Pressia siente entonces una patada por dentro—. Tenemos que proteger el futuro. ¿Lo entiendes o no?

Pressia aparta la mano.

—¿Dónde está Bart Kelly?

Fedelma suspira y responde:

—Quiere que lo esperes.

Se vuelve y sigue caminando por el pasillo.

Pressia la sigue. Doblan una esquina y se detienen ante una puerta que da a una pequeña estancia.

—Es aquí. Espera —le dice Fedelma al tiempo que abre la puerta.

A Pressia le da un vuelco el corazón. ¿Estará allí Bradwell? ¿Le hablará? ¿La mirará siquiera? Intenta pensar en qué decirle pero no sabe ni por dónde empezar. Entra.

La habitación es pequeña, poco más grande que un vestidor, sin ningún mueble. Il Capitano está allí, apoyado contra la pared y con la cabeza de Helmud descansando en su hombro. Tiene un párpado hinchado y rojo... ¿los primeros indicios de un ojo amoratado? ¿Cómo le habrá pasado? Il Capitano se incorpora y la saluda como si tal cosa. Helmud sonrío y también le dice hola.

Iba con tanto miedo a encontrarse con Bradwell que se le ha olvidado que las cosas con Il Capitano están tensas desde que le confesó su amor y la besó. ¿Y ahora qué? Se siente turbada, tímida. Il Capitano la mira de reojo y se apresura a apartar la vista.

—Hola —les dice, y nota que se pone colorada.

Lo que hizo Il Capitano fue tan dramático, tan emotivo... y valiente, también valiente. Por eso lo admira: por ser duro pero aun así tener un corazón sensible. Todavía recuerda el beso.

—Kelly vendrá aquí directamente —les anuncia Fedelma antes de irse y cerrar la

puerta.

—Bradwell no está. No sé dónde anda —dice Il Capitano a la defensiva, como si ella solo quisiera ver a Bradwell y no a él.

—Me alegro de veros. Veo que no estás desangrándote ni muriéndote. Es todo un avance.

—Y estamos dorados, como las estatuas callejeras.

—Dorados —dice Helmud.

—Ya veo —contesta Pressia mirando sus propios brazos.

—Te queda bien —le dice Il Capitano, que al punto clava la vista en el suelo.

—Capi —le dice Pressia, aunque no está segura de qué va a decir: «¿Espero que las cosas no se enrarezcan entre nosotros? ¿Espero que podamos seguir siendo...?»

Pero entonces vuelve a abrirse la puerta. Pressia sabe que es Bradwell antes de girarse. El frufrú de sus alas es grave y sonoro. Oye a *Fignan* pitando a sus pies.

—Esperaré aquí fuera. —Es su voz.

Se vuelve y ve sus rápidos ojos negros, sus mejillas levantadas por el viento y el tinte también dorado de su piel. Las alas son largas y desiguales, pero al mismo tiempo musculosas y bellas.

—No quepo —le dice a su cuidador, un joven visiblemente nervioso—. ¿Es que no lo ves?

—Lo siento, lo siento mucho. Esperaré fuera contigo.

Antes de que se cierre la puerta, Bradwell mira a Pressia y da la impresión de querer decirle algo. La chica abre la boca para preguntarle cómo está. Pero él se da la vuelta, la puerta se cierra y ya no está.

Il Capitano

Bacterias

—¡Jabalíes! —va diciendo Bart Kelly mientras atraviesan los campos—. ¡Me gustaría empezar con los jabalíes!

Pressia mira de reojo a Il Capitano, que se encoge de hombros.

—¡Jabalíes! —repite Helmud.

Il Capitano le da un codazo a su hermano y le susurra:

—Calla.

Bradwell va andando unos pasos por detrás del grupo. Es todo costillas y hombros, los más grandes y anchos que haya visto Il Capitano... salvo por las Fuerzas Especiales. Los pájaros de la espalda, sin embargo, están recubiertos por esas alas amplias y espesas, tan grandes que le suben por el cuello y le arrastran por detrás, deshilachadas como dobladillos viejos y gastados. *Fignan* lo sigue con su motor a todo trapo.

A cada tanto las alas se le arquean hacia atrás y dejan a la vista los gruesos huesos angulosos y desmesurados, así como el denso plumaje de los pájaros. Il Capitano lo compadece: él sabe lo que es llevar algo auestas para siempre. Con todo, Bradwell lo tiene más fácil que él, ¿no? Al menos los pájaros de su espalda no hablan.

Kelly es quien lo hace ahora. Desandan el camino yendo hasta los jabalíes y los guía colina arriba mientras les da una charla sobre la Irlanda del pasado: sus monumentos, sus fértiles tierras, su rica historia, sus poetas. Il Capitano no tiene ningún interés en hacer un circuito turístico por el pasado; quiere saber adónde los está llevando y el estado en que está la aeronave. Cuando los encontraron en la cabina, Il Capitano plantó batalla, pero resultó que los guardias no querían matarlo, solo sacarlo de allí. Lo golpearon lo justo para someterlo y luego lo escoltaron de vuelta a su habitación. Les preguntó por la nave —si la habían arreglado, si podía volar—, pero se negaron a responderle.

Kelly va abriendo la marcha en todo un derroche de energía y tesón, con una mochila de cuero balanceando a un lado. Los prados están vacíos y el viento los azota. Hace que le lloren los ojos, sobre todo el que tiene hinchado y medio cerrado.

Il Capitano aprendió a montar en bici en un prado parecido a aquel. Su madre le enrolló toallas bajo los brazos y alrededor de las costillas y corrió a su lado hasta que tuvo impulso suficiente para seguir solo: viento en el pelo, los ojos desencajados del miedo, los botes sobre la hierba. Cuando se acuerda, se imagina así de ligero, y no solo sin el peso de su hermano sino sin el peso de la vida.

Están acercándose a un establo que hay en lo alto de una colina. *Fignan* avanza por la hierba en pendiente, iluminando el terreno con sus luces desde la parte de arriba de su caja negra.

—¿Adónde nos lleva, si puede saberse? —interrumpe Il Capitano a Kelly—. ¿Al avión?

El hombre se vuelve y lo mira como si fuera la primera vez que lo ve.

—Me han dicho que te encontraron allí dentro. Nos va a llevar un par de días tenerlo listo para volar. Querías hacerle una visita, ¿eh?

—De visita nada: es mi avión —aclara.

—Es MI avión —recalca su hermano, que da la impresión de estar contradiciendo a Il Capitano, a quien le da mucho coraje que Helmud haga eso delante de la gente.

—¿Ah, sí? —Bart Kelly se detiene y medita al respecto—. Yo tenía entendido que lo habíais robado.

Se vuelve y sigue la marcha colina arriba, en contra del viento. Il Capitano oye cómo el aire se cuele por las alas de Bradwell.

—Alguien tenía que robarlo. Willux calcinó la Tierra entera. Me debía una.

—Había otras opciones.

—¿Ah, sí? Me gustaría saber en cuáles está pensando.

—¿Cómo sabe que lo robó? —pregunta Pressia, aunque parece conocer la respuesta.

Il Capitano se siente al margen. Mira de reojo a Bradwell para ver si él sabe algo pero su expresión es férrea e ilegible.

Kelly no responde y, al cabo de un rato, llegan al establo. Se detiene ante la entrada, levanta una pesada tranca y abre la puerta de par en par.

—Yo sé cosas, tengo mis contactos —dice por fin Kelly.

El establo tiene varias ventanas altas por las que se cuelan haces de luz que bañan de sol el aire polvoriento. Lo siguen al interior, con *Fignan* en cabeza. A un lado hay unas cuadras estrechas —veinte o más—, todas llenas de jabalíes enormes, con costillas tan anchas como las de una vaca. Por lo demás, tienen los lomos arqueados y el espinazo tan marcado que parece una cordillera de puños que surgen de la piel, separados por nódulos de carne. Poseen unas pezuñas gruesas y oscuras y unos grandes colmillos amarillentos que se curvan a ambos lados de los hocicos gomosos.

—¿Contactos? —pregunta Il Capitano. Solo hay una persona con quien pudiera tener contacto y que supiese sobre el avión, ¿no?—. Mantienes relación con Willux.

—Bueno —contesta Kelly limpiándose las manos y cruzando luego los brazos sobre el pecho—, la tuve, pero ya no.

—¿Y eso por qué? —pregunta Bradwell, a quien la voz le sale rasgada de no usarla.

—Porque está muerto.

—¿Muerto? —se sorprende Pressia.

El viento sopla de golpe y amaina en el acto. Es como el espectro de Willux: un único aliento que llega y desaparece. La madre de Il Capitano creía en fantasmas. Por un momento le parece increíble que haya muerto, aunque en realidad siempre ha pensado en él como en la propia muerte. Las madres llaman muertos a todos los

hombres pero Willux era el poso donde se asentaba todo. Il Capitano sabe que es verdad, que ha muerto. Y en el fondo está bien que por fin haya desaparecido.

Se hace el silencio mientras asimilan la noticia. Solo llega un ruido, probablemente gruñidos de jabalíes procedentes del fondo del establo, aparte del ligero zumbido del motor de *Fignan*. Il Capitano siente que Helmud está conteniendo el aliento. Mira a Pressia y Bradwell, que parecen no dar crédito.

—¿Cómo lo sabe? ¿Está seguro? —le pregunta la chica a Kelly.

Este asiente con rotundidad.

—¿De verdad... ha muerto? —tartamudea Bradwell, que tiene el gesto atribulado.

—Eso he dicho. ¿Tanto os cuesta creerlo?

Bradwell asiente; parece tener dificultades para respirar.

—No, es que... no me esperaba que pasase así, tan discretamente, y de modo tan contundente. Esperaba... —Se coge la pechera de la camisa—, yo quería...

—Sí —dice Pressia como retomando su pensamiento—, debería ser algo más significativo, debería ser más como un...

—Un alivio —termina Bradwell—, o un final.

Pero lo dice sin mirar a Pressia. Se da la vuelta y se aparta del grupo. Il Capitano se pregunta si su amigo está decepcionado. El hombre que ordenó el asesinato de sus padres ha muerto, y él no ha participado. Es injusto.

—Perdiz —dice Pressia entonces.

¿Será verdad que ha sido el puro quien ha organizado el golpe? Se lleva las manos a la boca. No debería haber dicho su nombre.

Kelly la mira con recelo.

—Sí, el hijo pequeño de Willux. Él está al mando ahora.

—¿Perdiz? —dice Bradwell con un resoplido. Se vuelve y añade—: ¿Está seguro?

A Il Capitano también le sorprende:

—¿Y cómo ha sido?

Recuerda la última vez que habló con Perdiz, en el vagón del metro atrapado bajo tierra. Creyó que no le quedaba mucho tiempo de vida y confió en él, no tuvo más remedio. En cualquier caso tampoco se imagina al chico con tanto poder. Il Capitano sabe de primera mano que el poder es capaz de corromper cualquier alma.

—Lo ha conseguido —susurra Pressia casi para sí—. ¡Está dentro! Perdiz cambiará las cosas.

—O puede que salga a su padre —apunta Kelly.

—No, él lo odiaba.

—Ya, pero ¿hasta dónde se atreverá a llegar? —pregunta Bradwell con un eco afilado de rabia en la voz—. ¿Cuánto presionará para conseguir el cambio? ¿Realmente tiene lo que hay que tener? La única forma de lograr algo es estar dispuesto a arriesgarlo todo. ¿Será capaz?

Se hace el silencio por un momento. Pressia no sabe qué responder, ni ella ni nadie. Bradwell está cuestionando el calado de la convicción de su medio hermano. Es posible que ni el propio Perdiz lo sepa. Y ella tampoco tiene claro hasta dónde llega la suya. Cuando hundió la aguja en los pájaros de la espalda de Bradwell: ¿lo hizo llevada por un momento de debilidad o de convicción?

—A veces el hombre hace el poder —comenta Kelly—, y a veces es el poder el que hace al hombre.

Pressia sacude la cabeza y cuestiona a Kelly:

—¿Cómo es posible que tenga usted contacto con la Cúpula?

—Sabes que Willux y yo nos conocíamos desde hacía mucho. —Mira a Pressia y añade—: También conocía a tus padres, eso no es ningún secreto.

—Entonces, antes de las Detonaciones, ¿estaba en buenas relaciones con Willux? —pregunta Bradwell en voz baja, como para disimular su rabia latente—. ¿Por eso sobrevivió aquí? ¿Por ser un favorito?

Fignan emite un zumbido mientras gira sobre sus ruedecillas nudosas por toda la estancia, recabando datos sobre aquel lugar nuevo para él. Se acerca a las cuadras de los jabalíes, aunque no demasiado.

—Me puso sobre aviso, lo justo para que me diera tiempo a refugiarme en Newgrange. Así que sí, puede que ayudase que fuimos amigos en el pasado, pero no solo era amigo de él —le dice Kelly a Pressia—. Tu madre murió hace poco. Su tatuaje dejó de latir. Era un pulso fuerte que de repente se paró. —Respira hondo y añade—: No sé que pasó.

—Yo estaba con ella. —El viento azota el pelo de Pressia, que cruza los brazos para guarecerse del frío y la humedad—. Willux mató a Sedge y a ella al mismo tiempo.

Kelly respira hondo y se le encienden los carrillos. Parece consternado a la par que furioso.

—¿Cómo la encontró? ¿Creía que estaba a salvo!

—Nos utilizó a Perdiz y a mí para dar con ella. Fuimos sus cebos.

Kelly retrocede un par de pasos, en un intento por recobrar la compostura.

—Lo siento —masculla pero no está claro por qué, si porque Willux utilizara a su propio hijo como cebo o por la muerte en sí.

—En otros tiempos fue muy amigo de mi madre, ¿no? —le pregunta Pressia.

Il Capitano sabe que la chica está ansiosa por conocer detalles de la vida de su madre. No era más que una cría cuando las separaron.

—Todos lo fuimos.

—¿Y qué hay de mi padre? —pregunta Pressia—. ¿Sabe dónde está?

Il Capitano no soporta verla así de vulnerable. La pobre está desesperada por encontrar a su padre, por mucho que no sea más que una ensoñación en su mente. La entiende; él nunca conoció al suyo y vivió toda la infancia a la sombra de un hombre cuyos rasgos jamás podría ver.

Kelly empieza a dar vueltas.

—Sé que hay más como nosotros, reductos de supervivientes igual que el nuestro. Y creo que Willux estaba en contacto con muchos. Si tu padre sobrevivió, fue porque Willux quiso que así fuera... para bien o para mal.

—¿Qué quiere decir con «para mal»?

—Yo lo único que sé es que los latidos de tu padre siguen palpitando en mi pecho...

Pressia se lleva la cabeza de muñeca al pecho y la protege con la mano buena.

—Willux no protegía a nadie porque sí —interviene Bradwell—; debía servirle de algo. Ha estado trabajando para él todo este tiempo, ¿no es así?

—Supongo que sabrás por experiencia propia que es más conveniente estar del lado de Willux —esgrime enfadado Kelly, que acto seguido hace un gesto con los brazos pidiendo que dejen el tema—. Empecemos con los jabalíes. Antes de las Detonaciones me dediqué a montar varios laboratorios por Irlanda y Reino Unido. Uno de ellos, que financié gracias a mis contactos con Willux, estaba dentro del radio de cinco kilómetros que pensaba salvar. Me especificó dónde debía estar si quería sobrevivir. Lo conocía lo suficientemente bien para saber que no era ninguna broma. Solo pude llevar conmigo a mis familiares más cercanos porque me dijo que no me permitiría más. —Los jabalíes gruñen y remueven la tierra con las pezuñas—. Cuando lo pienso ahora me entran náuseas. ¿Podría haber alertado a alguien que hubiese podido cambiar el curso de los acontecimientos? No lo sé... —Se pasa las manos por el pelo.

Il Capitano está convencido de que esa idea no lo deja dormir por las noches; reconoce los síntomas de la culpa galopante, de tú a tú, desde dentro.

—Había unos turistas visitando el monumento... e hice pasar a todo el que pude al túmulo. Nos salvamos, así como los alrededores, pero muchos murieron luego por alguna enfermedad, incendios o, para ser sinceros, pura desesperación; entre ellos, una de mis hijas y mi mujer. —Da un paso y se queda bajo un rayo de sol, con briznas de heno revoloteando a su alrededor, todo dorado—. Mi hija murió primero y luego mi mujer, de desesperación.

—Sabemos lo que es. Todos nosotros lo hemos vivido.

Pressia mira de reojo a Bradwell pero este se niega a devolverle la mirada.

Il Capitano quiere que el chico la mire al menos una vez. ¿Es que no puede concederle ni eso? Le parte el corazón ver la mirada de Pressia. Helmud debe de sentir el sufrimiento de Il Capitano porque este nota entonces cómo su hermano se inclina hacia el otro lado, como intentando que deje de pensar en ella, por su bien.

—Los jabalíes —dice Kelly, recordándose a sí mismo el motivo de la visita. *Fignan* vuelve a acercarse a los animales, que primero muestran su perplejidad y luego dirigen sus hocicos hacia él—. Los jabalíes pueden ser violentos e impredecibles, pero, una vez mezclado su ADN con el de las vacas, se vuelven más corpulentos y dóciles, hasta el punto de ser incluso domesticables. Aunque también

atacan si se les ordena.

—¿Cómo? ¿Con palabras, con señales? —pregunta Bradwell.

—Ambas cosas.

Il Capitano se hace cargo de la amenaza. Kelly los ha llevado allí por alguna razón. ¿Estará tendiéndoles una trampa?

—De modo que primero te ganas un poco de lástima por las muertes de tu mujer y tu hija y luego nos informas amablemente de que nos puedes ensartar como una brocheta en cualquier momento. —Il Capitano va hasta la puerta de una cuadra, donde un jabalí emite un gañido corto y agudo—. ¿Lo he entendido bien?

—La palabra correcta sería «cornear», no ensartar —lo corrige tranquilamente Kelly.

Fignan se aparta de los animales y vuelve a los pies de Bradwell.

—Los jabalíes han sido un experimento exitoso. —Sacude la cabeza y mira por una ventana—. Otros, en cambio, han sido un error garrafal.

¿Peor que esos jabalíes que atacan si se les ordena? ¿Qué habrá ahí fuera? Nadie tiene agallas de preguntarlo.

Il Capitano tiene tan cerca al jabalí que distingue sus pelos como alambres, los pliegues ennegrecidos del hocico, la curva pronunciada de sus cuernos... Se imagina la punta del asta perforándole la caja torácica y desgarrándole el pecho.

—Podría hacerlo con un hombre, ¿verdad? Mezclar los genes entre especies. ¿Por qué no con los humanos? —indaga Pressia con un repunte de sospecha en la voz—. ¿Le entregó a Willux sus estudios?

Fuerzas Especiales. Il Capitano los ve en su cabeza como aquella primera vez, cuando los descubrió moviéndose sigilosamente entre los árboles: algunos tenían la musculatura de un alce o un ciervo mientras que otros parecían poseer la masa carnosa de los osos..., y cómo alzaban las caras al viento, con las aletas de la nariz tensas al detectar distintos aromas. Animaloides... Se acuerda de su amigo Hastings: ¿es en realidad una alimaña creada genéticamente por encargo de Willux, basándose en los estudios de Kelly?

—Hay que hacer lo que hay que hacer —se excusa Kelly.

Las alas de Bradwell se arquean y se ensanchan cuando replica:

—Pues hay gente que hace lo correcto.

—La investigación es investigación. Cómo la usara luego Willux no es cosa mía, el pecado fue de él.

Il Capitano reconoce ese tipo de lógica porque la ha probado consigo mismo. El pecado es pecado, individual y colectivo. Y su vida está plagada de ellos.

Bradwell se acerca a Kelly:

—Usted sabía para qué la usaría.

El hombre levanta la mano y chasquea los dedos. Los jabalíes se ponen en guardia y remueven casi al unísono las cabezas con sus pesados cuernos.

—¿Qué tal si retrocedes un poco?

Bradwell mira los jabalíes, que tienen todos los ojos clavados en la mano de Kelly. El chico da media vuelta, va hacia la puerta del establo y se queda mirando el cielo.

Il Capitano se envalentona también:

—¿Por qué no nos dices lo que quieres y punto?

—Es probable que quiera lo mismo que tú.

—¿Y qué es?

—Que me dejen en paz.

—Pero Willux lo salvó —replica Bradwell—, y ha seguido portándose bien con él.

—Ha muerto —dice Pressia—, y ahora Perdiz está al mando. Todo está a punto de cambiar.

—Desde luego tienes más fe en la raza humana que yo... —comenta Kelly.

—Bueno, es que nosotros no queremos que nos dejen en paz. Queremos que la verdad salga a la luz. Y que se haga justicia.

Pressia sacude la cabeza cada vez más lentamente. Por un momento parece que eso es todo lo que va a contestar, pero de pronto parece no poder contenerse:

—No. Queremos el vial que perteneció a mi madre y la fórmula que encontramos. Y queremos regresar con ambas cosas... para salvar vidas.

Bradwell la mira por fin y, por un segundo, Il Capitano cree que el chico va a dejar atrás toda su ira y su rencor y va a correr a besarla. Pero no dice nada. Él siempre ha querido que se conozca la verdad, ni más ni menos: para completar la misión de sus progenitores. Willux planeó el asesinato de sus padres antes de las Detonaciones y obligó a Arthur Walrond, un amigo de la familia muy apegado a Bradwell, a acabar con su vida. Los tres están muertos. Y la madre de Pressia, otro tanto.

—A mí no me importaría un poco de venganza a la antigua usanza. Y no creo que esté solo en esto.

Sus palabras llaman la atención de Kelly.

—Le di a Willux lo que quería pero he estado también trabajando en otro agente, relacionado en parte con las enredaderas espinosas: una bacteria viva pero casi indetectable que puede comerse el material resistente a la radiación de la Cúpula.

—¿Y cómo funciona? —quiere saber Il Capitano.

—Actúa a una velocidad increíble. —El hombre se mete las manos en los bolsillos.

—¿Estás diciendo que tienes algo que podría destruir la Cúpula? —pregunta Il Capitano, con el corazón martilleándole el pecho.

—¿Destruir la Cúpula? —pregunta Helmud para cerciorarse.

—Eso es justo lo que estoy diciendo.

—Pero eso no es lo que queremos —interviene Pressia—. Necesitamos a la Cúpula. Si nos devolvéis el vial y la fórmula, podremos llevárselos a Perdiz, que

encontrará a algún científico de confianza que pueda ayudarnos. Podremos revertir las fusiones, sin efectos colaterales, y volveremos a ser todos iguales.

—Incluida tú. Por fin podrás deshacerte de esa cabeza de muñeca —le dice Bradwell a Pressia—, y ser una pura. ¿Qué es más egoísta, tu deseo de repararte o la venganza?

—Eso no es justo. Yo quiero que Wilda y el resto de niños sobrevivan. Quiero salvar a la gente.

—Pero admítelo —insiste el chico—, de paso te curarías a ti misma.

Il Capitano se coge la cabeza con ambas manos. Se siente mareado.

—Pero, Pressia, podemos derrocar a la Cúpula. Por eso he sobrevivido, ¡esa es mi misión! ¡Por Dios, podemos acabar con todo esto de una puñetera vez!

—Eso no es acabar, es más destrucción. —Los ojos de Pressia dejan ver claramente su enfado, aunque al mismo tiempo los tiene llenos de lágrimas. Se queda mirando fijamente los tablones del suelo del establo—. Ahora que Perdiz está al mando, podemos actuar de otra manera. Y curar a la gente de sus fusiones. —Se vuelve hacia los dos hermanos y les dice—: Creo que incluso podríais llegar a ser cada uno una persona.

Il Capitano nunca ha creído en una posibilidad así. ¿Podrían Helmud y él ser puros? ¿Podrían separarlos y repararlos? «No —piensa—, eso es imposible». La sola idea lo aterra; aunque es lo que siempre ha querido, se niega a creerlo.

—Y podrías quitarte esas alas que tanto odias. —Bradwell hace amago de responder pero Pressia alza la mano y prosigue—: Vale, mira, no tienes por qué quererlo para ti, pero piensa en la gente. No respondas por ellos, déjalos que tengan la oportunidad de contestar por sí mismos.

—Pressia —susurra Bradwell, pero no añade más. Es un susurro suave, como si estuviera rogándole... ¿el qué?

—Lo que dice tiene sentido —apunta Kelly—. La gente que vive en la Cúpula padece la culpa del superviviente, y odian a los de fuera porque se odian a sí mismos. Pero si les damos un nuevo papel, para que os salven paternalistamente, bueno, no sé, tal vez así puedan redimirse y sentirse unos héroes.

—Y tal vez así los supervivientes los perdonen si por fin hacen algo bien. ¿No lo entiendes? —le dice Pressia a Bradwell—. Podría funcionar.

—¡Por encima de mi cadáver! —exclama este.

—¿Por qué no? ¡Podríamos empezar a reconstruir el mundo!

—No pienso dejar que los puros se vayan de rositas —dice Bradwell con la voz desgarrada de la rabia—, y menos aún que queden como héroes. Después de lo que han hecho, ¡no, nunca jamás!

Il Capitano lo entiende, y aunque en su fuero interno está de acuerdo con el chico, sabe lo que está pensando Pressia: ¿qué importa quién quede como un héroe si hay una oportunidad de empezar de cero? Vuelve a hacerse el silencio. Kelly aguarda la siguiente pregunta, e Il Capitano sabe cuál debe ser:

—Entonces, ¿qué nos estás proponiendo exactamente?

—Os daré el vial y la fórmula y os pondré de nuevo en el aire, siempre y cuando os llevéis la bacteria. Si decidís no utilizarla, no hay nada que yo pueda hacer. —Mira a Pressia un momento y luego a los otros chicos—. Pero si queréis lo vuestro tendréis que llevaros lo mío.

De nuevo en el aire... Eso es justo lo que Il Capitano quiere en ese momento: surcar los cielos.

—Si nos decidimos, ¿cuánto tardaría en sacarnos de aquí? —le pregunta Pressia.

Kelly hace una pausa para asimilar lo volátil de la conversación y luego responde:

—Bueno, como ha visto Il Capitano, el avión está casi arreglado. Necesitaríamos un par de días, y pensar que hay que salir a una hora determinada si queréis aterrizar durante el día. No mucho...

Kelly abre la mochila que lleva, rebusca en ella y saca un pequeño estuche metálico. Presiona un cierre y abre la tapa. El interior está recubierto de terciopelo y horadado para albergar una placa cuadrada y lisa: dos trozos de cristal sujetos entre sí por un fino reborde de metal soldado. Lo coge y lo pone a contraluz, iluminando motitas rojas: la bacteria.

—Entonces ¿qué? ¿Os lo lleváis a cambio de la fórmula, el vial y un billete de vuelta a casa? —les pregunta Kelly—. Es una oportunidad de oro... para todos.

Il Capitano se adelanta casi sin darse cuenta.

—Espera —susurra Pressia, pero ya lo ha cogido.

—Una oportunidad de oro —le dice Il Capitano.

—Para todos —recalca Helmud.

Lyda

Diecisiete

—No vamos a ir en coche —anuncia Beckley—, atraeríamos más la atención. Está vigente el toque de queda. Será más seguro limitarnos a ir andando.

Beckley y otro guardia flanquean a Lyda y Perdiz mientras atraviesan el pasillo camino a los ascensores.

—¿Cuántas bajas ha habido? —pregunta Lyda.

—Solo en la última hora van diecisiete. Lo bueno es que ha habido suicidios que no se han consumado.

—¿No podríamos designar a gente para vigilar? —quiere saber Perdiz.

Entran en un ascensor y las puertas se cierran, revelando el reflejo de los chicos en un borrón gris. A Lyda no le gusta el aspecto que tienen, ambos pálidos y asustados; lo que más la sorprende es lo jóvenes que parecen. La sala de operaciones daba la impresión de que Perdiz poseía cierto poder, pero la realidad es bien distinta. Ahora ve su aspecto raquítico y lo agarra de la mano, pero no por amor, sino por miedo. No le gusta ese sentimiento. No hace tanto estaba en medio de la naturaleza salvaje y era una cazadora. ¿Ya ha conseguido la Cúpula hacerla más frágil y asustadiza? Suelta la mano de Perdiz y se cruza de brazos, como si tuviera frío.

—¿A quién quieres que pongamos a vigilar? —pregunta Beckley visiblemente frustrado—. ¿Cómo podemos saber quién está estable y quién no? Es imposible averiguarlo.

Se bajan del ascensor y no tardan en volver a la calle, que está vacía a excepción de los guardias apostados cada cien metros.

—Ley marcial —les explica Beckley—. Por ahora.

—¿Puedes llevarnos a casa de Lyda?

Beckley suspira y responde:

—Pero solo por esta noche. Luego os trasladaremos a otra ubicación. Tenemos que hablar de cosas.

—¿Cómo lo hacen? —pregunta Lyda.

—Hay más armas que antes en la calle. En puntos repartidos por toda la Cúpula se guardan arsenales secretos por si sufrimos un ataque del exterior. Al parecer han asaltado algunos.

Lyda piensa en Sedge. Así fue como se mató, en teoría, pegándose un tiro. Pero sabe, por supuesto, que Perdiz tiene que estar pensando en la muerte real de su hermano: en su cabeza estallando mientras su madre se arrodillaba para besarlo. No ha conseguido librarse del estremecimiento que le produce la mancha de la imagen, y nunca lo hará. Perdiz le contó en Nochebuena lo que sintió en aquel momento: la explosión de sangre, y que todo se quedó en silencio, incluso el sonido de su propio

chillido. Estaba furioso y mareado.

—Otros se abren las venas en bañeras calientes y se desangran. Los hay que han conseguido llegar hasta las azoteas y saltar. A algunos los hemos conseguido salvar a tiempo.

—¿Y dónde están ahora... los que habéis conseguido salvar a tiempo? —indaga Lyda, aunque teme saber la respuesta.

—Si el centro de rehabilitación ya estaba lleno, ahora, como la cosa vaya a peor, se va a desbordar.

—Ese sitio solo sirve para darte más ganas de matarte —comenta Lyda. Las paredes blancas, el falso sol proyectado sobre ellas, los vasitos de papel con agua y pastillas—. Es horrible, una tortura.

Toman uno de los ascensores reservados para la élite que comunican los distintos niveles de la Cúpula. Y allí están: otra vez la pareja sombría. Miran al frente. Lyda piensa en los retratos de los Willux que había por el suelo de la cámara de la sala de operaciones: casi siempre vestidos con ropas elegantes y mirando a la cámara con sonrisas forzadas. Y siente un abismo de tristeza al pensar en el resto de fotos: una madre, sus hijos, una familia que fue y ya no existe. Eran todos tan dolorosamente guapos, tan jóvenes: soplando velas de tartas de cumpleaños, saludando desde muelles llenos de aparejos de pesca. Es una vida que ni ellos ni su hijo tendrán: ni en la Cúpula ni fuera.

—Tal vez sea una primera reacción pero con suerte la gente se calmará pronto —sugiere Perdiz—. Quizá solo necesiten un poco de tiempo.

—No sé... No es solo que haya habido bajas, es que sus familiares y sus amigos están enfadados por sus muertes —replica Beckley—. Y los suicidios vienen a sumarse a su propia rabia subyacente.

—Pero una rebelión furiosa no sería tan mala cosa —opina Lyda—, si realmente están procesando lo que ha pasado.

—La gente de la Cúpula no es rebelde por naturaleza. Precisamente por eso entraron aquí, Perdiz, tú mismo lo dijiste: son ovejas.

—¿Qué es lo quieren? —le pregunta Perdiz.

—Que se restablezca el statu quo.

—Solo pueden rebelarse contra sí mismos —dice Lyda—. Aquí el suicidio es la única forma de ira, odio y desesperación socialmente aceptada.

—Tienes que detenerlo —le dice Beckley a Perdiz.

—¿Cómo? Pero si ya he dicho la verdad, y ahora no puedo negarla.

—Tienes que ceder un poco —sugiere Beckley.

—No pienso retirar lo que dije.

El guardaespaldas saca el walkie-talkie y pregunta a alguien si han despejado ya los monorraíles. La voz al otro lado de la línea le informa de que todavía tienen que volver un par de trenes a la estación pero no llevan pasajeros.

—Dejad que sigan circulando hasta que ordenemos lo contrario.

Salen del ascensor, directamente al andén del monorraíl. Beckley le dice al otro escolta que se quede detrás para asegurarse de que no los siga ningún pasajero.

Caminan en silencio por el túnel reverberante. Por encima, a lo lejos, escuchan el gemido de las sirenas, que se solapan unas a las otras, perforando el aire nocturno.

Perdiz

Tren

Beckley consulta el letrero digital que anuncia qué trenes llegan al andén.

—El siguiente no es el nuestro; es uno rápido. Tenemos que esperar otro.

Perdiz y Lyda lo siguen hasta el fondo del andén para entrar al primer vagón cuando llegue el suyo.

Lyda lo coge de la mano y ambos se quedan mirando al frente, hacia la embocadura del túnel. Él escruta con los ojos la oscuridad, como si pudiera encontrar allí una respuesta. Los suicidios se le antojan irreales. No puede estar pasando... pero aun así la culpabilidad lo abrumea. Es culpa suya, no hay otro culpable. Aprieta la mano de Lyda y ella le devuelve el gesto. Por lo menos no está solo.

Justo entonces avanza hacia la vía un hombre que viste una sudadera negra con cremallera; la lleva abierta y por debajo le sobresale una camiseta interior blanca suelta.

Beckley se vuelve y les hace señas a Lyda y Perdiz de que no se muevan; los chicos obedecen.

—La estación está cerrada; tiene que salir del andén y continuar por arriba —le dice Beckley al hombre, que tiene la mirada perdida.

—No hay adonde ir —dice.

—¿Qué hace aquí abajo? Está cerrado, señor.

—Ya sabe por qué estoy aquí.

Perdiz suelta la mano de Lyda, se adelanta y coge a Beckley del brazo. ¿Ha venido ese hombre para tirarse al tren? El guardaespaldas lo mira como preguntándole si quiere manejar él mismo la situación. Un líder asume el control en momentos así, se dice Perdiz, que le hace entonces un gesto de asentimiento a Beckley.

El chico da un paso hacia el hombre pero mira a Lyda antes de actuar. ¿Qué debe decirle? La chica alza una mano, como dándole su bendición.

—Sí, es cierto que está habiendo problemas pero todo va a solucionarse. Las cosas volverán a la normalidad —intenta tranquilizarlo Perdiz—. Tiene que tomárselo con calma.

El hombre se da cuenta entonces de que quien le habla es Perdiz Willux. Su cara se contrae, como si estuviera padeciendo un dolor físico.

—Ya me lo tomé con calma. ¡Con una calma que otros no tuvieron! —Se queda mirando la única vía que hay—. Yo lo supe desde el principio, lo supe y no hice nada al respecto.

—Perdiz —le susurra Lyda. ¿Quiere advertirlo? ¿Tiene miedo del hombre? Si se le acerca, ¿intentará llevárselo también por delante?

—Debe sobrellevarlo como mejor pueda, como hemos hecho todos —insiste Perdiz acercándose al hombre mientras Beckley y Lyda se quedan atrás—. Teníamos que sobrevivir.

—Mi hermana ya se ha suicidado —dice el hombre casi orgulloso—. Se tragó las pastillas antes de que pudieran detenerla.

—Tiene que ser valiente —prosigue Perdiz intentando mantener la calma—. No será fácil, pero tiene que aguantar.

Perdiz oye el rugido lejano del monorraíl a sus espaldas. El hombre también lo oye. Vuelve la cabeza como un resorte y se queda mirando el túnel y luego de nuevo a Perdiz.

—No. Valiente es hacer lo que voy a hacer ahora. Lo valiente es acabar con la mentira —dice, y se le dibuja una sonrisa horrible en los labios—. Hasta ahora he sido un cobarde.

—No diga eso. Podemos conseguirle ayuda, ya verá —lo anima Perdiz. Le alivia ver que el hombre da un paso atrás, justo cuando el tren se acerca a toda velocidad.

—Ya, claro, ayuda —responde el hombre que, acto seguido, sin mediar palabra, salta al paso del tren, con el faldón negro de la sudadera encogiéndose como papel quemado.

—¡¡No!! —chilla Perdiz contra el rugido del monorraíl, y el sonido sordo de la adrenalina en sus oídos, y el golpe enfermizo del tren acabando con la vida de otro hombre.

Y entonces las ventanillas del tren reluciente pasan una tras otra, todo blanco y perfecto, succionando el aire.

Perdiz hinca las rodillas en el suelo.

Los frenos chirrían, en una reacción retardada, y el tren se detiene ya en el túnel.

Lyda corre al lado de Perdiz y le dice:

—Has intentado salvarlo. Lo has intentado por activa y por pasiva, has hecho todo lo que has podido.

Lo coge del brazo y le rodea el cuello para abrazarlo.

Beckley está gritando por el walkie-talkie:

—Suicida en monorraíl, presuntamente muerto.

No es real.

Ni tampoco el grito que oyen sobre sus cabezas cuando corren por los callejones.

Ni el estrépito en la bocacalle.

Ni el gemido colectivo de las ambulancias.

Ni el siguiente ascensor que cogen ya dentro del bloque de pisos de Lyda. Ni el pasillo con su moqueta roja. Ni la puerta del apartamento. Ni Beckley o ese escolta nuevo que está apostado en la puerta.

Ni el sofá donde se sienta ni la mesa de cristal de la que Lyda coge el orbe.

Ni el orbe en sí.

Ha contado la verdad, y ahora la gente está suicidándose. No ha conseguido impedir que un hombre se tire delante de él al tren. Perdiz ha visto morir a mucha gente: a su hermano, a su madre... Ve pasar ante sus ojos esas muertes, empapadas en sangre. Y la de su padre, por su culpa; esa ni siquiera fue natural, fue un parricidio.

—Demasiadas —dice Perdiz—, ha habido demasiadas.

—Sí —dice Lyda—, demasiadas.

¿Volverá a ver a Glassings? Es Perdiz quien lo necesita a él, y no al revés. Y un plan, y a alguien que le diga qué hacer. ¿Es simplemente un sustituto de su padre? ¿Es en realidad un niño perdido, un huérfano? ¿Dónde está Glassings? Perdiz no puede salvarlo, ni a él ni a nadie, ya no.

—Necesitan tiempo para procesar lo que he dicho, ¿no es así?

—Sí.

—Dejarán de suicidarse. Solo son un puñado de personas que ya estaban sufriendo lo indecible...

—No vas a retirar lo que has dicho. Hiciste lo correcto, y sigue siéndolo. —Lyda esboza una sonrisa, pero es frágil, como si ya estuviese teñida de dudas—. ¿Te acuerdas de la sorpresa que te conté?

Apenas lo recuerda.

Lyda alza el orbe en el aire y lo toquetea para ajustarlo. Recuerda la primera vez que lo vio. Iralene lo sujetaba como si fuera una manzana, con las palmas unidas. Quería que Perdiz fuese feliz, ni más ni menos.

Y entonces el cuarto se oscurece y el aire se nubla, con un aspecto casi sedoso.

Pero comprende entonces que no es ni oscuridad, ni nubes ni seda.

Es ceniza.

Las paredes parecen ennegrecidas y el sofá donde está sentado da la sensación de estar calcinado. Las ventanas tienen aspecto de haber sido aporreadas por puños, abolladas y quebradas pero sin llegar a romperse.

Es el mundo de fuera de la Cúpula.

Y, en medio del aire lleno de hollín, revolotea *Freedle*.

Lyda se aovilla en su regazo, le echa las manos al cuello y apoya la cabeza. Él la atrae hacia sí.

—¿Te acuerdas? —pregunta la chica.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo...?

—Necesitaba volver.

Empieza a hacer más frío en la habitación, al fin y al cabo es invierno. El viento levanta la ceniza y la tierra, que se quedan girando a su alrededor. Y por fin algo parece real.

Pressia

Dientes y latidos

Es de noche y Pressia no consigue dormirse. Los perros salvajes aúllan a lo lejos, con unos gemidos tan agudos y desoladores que Pressia se imagina cómo tensan las costillas a cada aullido. ¿Acaso están acercándose?

Hace ya dos días que hicieron el trato con Kelly. En teoría el avión está listo y parten al día siguiente. El hombre le entregó a Il Capitano el estuche metálico con la bacteria y los acompañará al avión, que ya han llenado de provisiones, y, al igual que con la amarra que sujetaba la aeronave al ruinoso edificio del Capitolio, uno de los hombres de Kelly cortará la enredadera madre, que hará que el resto se suelte.

Vuelven a casa.

Pero ¿cómo se la encontrarán? Willux ha muerto y todo es distinto. Perdiz está al mando de la Cúpula, ha tomado el poder. ¿Cómo lo hizo? ¿Estuvo en posición de ordenar la muerte de su padre, de dar un «adelante» final? ¿O murió sin más durante el sueño, una muerte plácida que Pressia no puede evitar pensar que no merecía?

Si Perdiz está realmente al mando, ¿se difuminarán los límites entre ambos mundos, las fronteras que son la propia Cúpula?

Tienen que volver para salvar a Wilda y al resto de niños. Con suerte la Cúpula colaborará con ellos. Y Hastings también está fuera, al cuidado de los supervivientes que viven en el parque de atracciones del Crazy John-Johns... si sigue con vida, claro... Perdió una pierna y mucha sangre; tienen que volver para recogerlo y llevarlo con ellos.

Desde el encuentro con Kelly su puerta ya no está cerrada. Tal vez sea para crear un ambiente de confianza. Aunque, de todas formas, ¿dónde habría de ir?, ¿a la noche oscura plagada de aullidos?

Por la ranura de la puerta se ve la luz del pasillo que, de tanto en tanto, cuando pasa algún cuidador, se oscurece por un segundo y vuelve. La alarma roja destella en la pared. Pressia se queda mirándola como si fuera una estrella lejana. En la chimenea el fuego se ha apagado y solo quedan cenizas, un montículo de brasas, igual que el lugar que considera su hogar. Hace frío en la habitación pero está bien arropada bajo las mantas, que guardan el calor.

Bradwell la ha llamado egoísta pero, después de todo lo que han pasado, ¿encima quiere venganza? Medita sobre cómo el cambio en su cuerpo —esa inmensa capa de alas— lo ha convertido en un extraño. Ya lo ha visto antes: en las gentes que acudían a su abuelo para que les cosiese la carne, personas que ya sufrían alguna deformación o fusión y se habían adaptado; a veces, en cambio, era esa segunda herida —una pierna aplastada en los escombros, una mano mordida por una alimaña o cualquier deformidad nueva— la gota que colmaba el vaso, como si el alma solo pudiera

cambiar la imagen de su cuerpo una vez, aunque fuese de forma radical, pero ¿una segunda o una tercera?

¿Sigue siendo Bradwell la persona de la que se enamoró? Tal vez quiera creer que ha cambiado porque es más fácil que pensar que es el mismo pero no la ha perdonado..., o ya no está enamorado de ella. Es muy distinto...

Sabe que nunca se sometería a ninguna intervención para quitarse las alas, y menos aún si se ha diseñado en colaboración con la Cúpula. Fue una locura por su parte mencionarlo siquiera en el establo, pero lo que dijo iba en serio: él no debe decidir por el resto de supervivientes.

Se vuelve en la cama hacia la pared, cierra los ojos y se obliga a soñar. Últimamente ha soñado con bloques de cemento en movimiento, como si en su fuero interno sintiera nostalgia del hogar.

Pero a los pocos minutos se dispara una alarma en la distancia, un gemido cada vez mayor. Se vuelve hacia la puerta y nota las pisadas que corren por el pasillo.

Los perros ya no aúllan. ¿Qué les habrá pasado?

Pressia se levanta de la cama y se viste a toda prisa. Cuando está poniéndose las botas, Fedelma abre la puerta y le dice:

—¡Vamos! ¡Nos están atacando! ¡Tenéis que iros ya!

—¿Irnos?

—A casa. Al avión. —La cuidadora lleva una mochila pequeña en la mano.

—Pero podemos quedarnos y ayudar. —Pressia se apresura hacia la puerta.

—Han conseguido llegar a los niños: faltan tres. No podéis ayudarnos. Debéis iros.

Pressia ve algo brillante a su lado, un cuchillo en su otra mano. Fedelma se lo da por el mango.

—Cógelo. La enredadera está marcada con rojo, la que tenéis que cortar.

—¿Cómo voy a verla?

—Le han dado una linterna a los hermanos.

—¿A Il Capitano y Helmud?

—Están esperando a los pies de la escalera.

—¿Y Bradwell?

—Se ha ido solo. No ha sido muy inteligente por su parte pero no ha habido manera de detenerlo. Ya tenemos bastantes problemas.

Fedelma rebusca en la mochilita y saca un estuche metálico igual que el que contiene la bacteria de Kelly, aunque este es más fino y alargado. Lo abre y le muestra a Pressia el vial: la única muestra que queda del trabajo de su madre, la poderosa poción que les inyectó a los pájaros de Bradwell, el vial que rescataron del búnker de su madre. Está en un hueco recubierto de terciopelo, con un papelito doblado al lado.

—¡El vial y la fórmula! —exclama Pressia.

—Pues claro —dice Fedelma, que a continuación cierra el estuche y se asegura de

que la tapa ha encajado bien—, ¿no pensarías que íbamos a quedárnoslo?

La cuidadora vuelve a guardar el estuche en la mochila y se la tiende luego a Pressia, que se pasa las asas por ambos hombros y guarda el cuchillo entre el cinturón y los pantalones.

—Gracias por todo.

—Tened cuidado ahí fuera. No dejes que huelan tu miedo: los atrae.

—¿A quiénes?

—Tuvimos tantos muertos... muchísimos. Y Bart Kelly pensó que podía crear una especie nueva para hacer el bien, una raza que matara a los seres violentos que nos asediaban. Pero crecieron con una voracidad desmedida. Y sí, al principio mataban a nuestros enemigos, pero ahora los desmuertos se han vuelto en nuestra contra. Tened cuidado. —Fedelma abre los brazos para darle un abrazo rápido y brusco a Pressia y luego se aparta—. Sobre todo con la niebla. A veces tiene un latido.

Un latido.

—¿Los desmuertos? Utilizó a muertos para crear una raza y criarla...

—Nos arrebatan a nuestros pequeños. ¡Busca dientes en la oscuridad!

—Y la niebla tiene un latido... —Pressia está entre confundida y asustada.

—No puedo explicártelo mejor. Vamos.

Pressia baja corriendo las escaleras, de dos en dos. En el último rellano se encuentra con Il Capitano y Helmud junto a una puerta, esperándola con la linterna en la mano.

—¿Estás lista? —le pregunta Il Capitano.

—¿Te han hablado de lo que nos espera ahí fuera?

—Lo suficiente.

—Suficiente —coincide Helmud.

—Estoy lista.

—Echo de menos mis pistolas. Ojalá me las hayan llevado al avión.

—Ojalá lleguemos al avión —tercia Pressia.

Il Capitano empuja la puerta.

La niebla tiene un latido.

Busca dientes en la oscuridad.

Por los campos hay gente rondando con linternas, llamando a los niños perdidos.

—¡Carven!

—¡Darmott!

—¡Saydley!

Algunos de los gritos provienen del bosque. Su propia linterna ilumina los prados y la espesura cercana.

—No debemos transmitir miedo. Los que se llevan a los niños... lo huelen.

—Como los perros.

—¿Adónde habrán ido? Ya no aúllan.

—Yo no quiero saberlo, ¿y tú?

—No quiero saberlo —dice Helmud.

—Fue Bart Kelly quien creó esos bichos, los que se llevan a los niños.

—Entonces se lo tiene merecido.

—No tiene por qué —responde Pressia.

—¿No nos lo tenemos merecido nosotros, Helmud? —pregunta Il Capitano a su hermano—. ¿No recogemos lo que sembramos?

—Recogemos. Sembramos. Recogemos. Sembramos. Recogemos...

Il Capitano no le dice a su hermano que se calle, sino que le deja seguir, una y otra vez, cosa poco habitual en él.

Tampoco Pressia le dice nada. Sembramos. Recogemos. Sembramos. Recogemos. Es un encantamiento pegadizo. Tal vez los mantenga a salvo. Si no otra cosa, al menos les hace aligerar el paso a su ritmo.

Se adentran en el bosque, por donde aparecen las primeras enredaderas; a Pressia todavía le dan miedo. Se mantiene apartada de las zonas donde están más pobladas y retorcidas. Las sombras a ambos lados del camino son oscuras. Las voces que llaman a Carven, Darmott y Saydley han quedado atrás. ¿Serían idénticos... los tres? ¿Cómo será tener un reflejo especular vivito y coleando de uno mismo, gemelo hasta en el ADN? ¿Seguirán con vida?

Pressia presta atención por si los oye, por si están por ahí fuera, perdidos sin más.

—¿Te han dicho cómo son? —le pregunta Il Capitano.

—¿Los niños?

—¿Qué niños? Ah, no. Las creaciones de Kelly. Los muertos que cría.

—Recogemos. Sembramos —sigue a lo suyo Helmud—. Recogemos. Sembramos.

—No —dice Pressia ajustándose las asas de la mochila—, no sé qué aspecto tienen.

Considera la posibilidad de contarle que la oscuridad tiene dientes y la niebla un latido, pero la avergüenza saber esas cosas sin importancia y no haber pedido una descripción, lo que en esos momentos le parece lo más práctico y obvio.

Remontan la ladera. El avión ya no queda lejos. De hecho Il Capitano eleva el haz de la linterna a través de los árboles e ilumina el claro donde los tres estuvieron a punto de morir entre las enredaderas.

—Recogemos, sembramos, recogemos, sembramos —dice cada vez más rápido Helmud.

Se abren paso entre los últimos árboles y se encaminan hacia el claro. La niebla se extiende.

La niebla tiene un latido.

La intensa luz de la linterna ilumina el aire brumoso.

Del otro lado del claro les llega un grito. ¿Humano? Cuesta distinguirlo. ¿De niños? Carven, Darmott y Saydley... Pressia se imagina encontrarlos allí en medio,

envueltos en espinas.

Il Capitano apaga la luz y la oscuridad se cierne sobre ellos. Entonces Pressia siente la mano del otro en la suya. Es áspera y callosa.

—Por aquí —le dice. Oye que Helmud se remueve nervioso en la espalda.

Otro grito.

Poco a poco los ojos se le van haciendo a la luz de la luna.

Se paran junto a un seto de árboles. Cuando Il Capitano la suelta, echa de menos al instante la sensación de esa mano segura que la agarraba.

—Están aquí.

—Acuérdate: nada de miedo. No hay miedo.

—Recoge, siembra —susurra Helmud.

Pressia asiente pero es incapaz de controlar su miedo. Nadie puede.

—Intentemos pasar al lado —susurra Il Capitano—. El avión está a menos de quince metros. Es factible.

—¿Y si tienen a los niños?

—Nosotros tenemos que salvar a más gente que a tres niños perdidos.

—Pero ¿dónde está Bradwell?

—Con suerte ya estará allí.

—¿Y si no está?

Il Capitano no responde.

—Tenemos que actuar rápido —dice en cambio.

—Vamos —dice Pressia.

Los hermanos echan a correr y ella, tras coger impulso en un árbol, los sigue. Es difícil avanzar entre los árboles con tan poca luz, pero no tarda en ver —sin aliento y a toda prisa— el perfil redondo del avión, bien anclado a la tierra por las raíces de las plantas.

Oye otro grito y se vuelve.

Solo hay árboles y una niebla cada vez más espesa.

Y luego una sombra rápida.

Mira hacia delante y sigue corriendo pero de pronto tropieza y se cae. Al volver la vista ve a un perro salvaje, muerto y mutilado.

Los perros ya no gimen porque no pueden: están muertos.

Il Capitano la llama en un ronco susurro. Pressia se pone de pie como puede pero no logra verlo con la niebla. En apenas unos segundos se ha espesado tanto que se ve rodeada de blanco.

Otro grito agudo y luego uno más, a modo de respuesta.

Se mueve todo lo rápido que puede, aunque ahora, con tan poca visibilidad, cuesta más. Tiene que ir con la mano y la cabeza de muñeca por delante para tantear el camino entre los árboles.

«Yo soy la siguiente presa», piensa mientras se desuella las manos con la corteza de un tronco. Tiene que proteger el estuche metálico de la mochila; debe llegar al

avión.

Oye una pisada tras ella. Se vuelve en redondo pero no hay nada. Mantiene los ojos muy abiertos por si sirve de algo, aunque no es el caso: blanco, nada más que blanco a su alrededor.

Va avanzando por los árboles hasta que algo le roza la mochila. Pega un bote hacia delante para apartarse de lo que quiera que sea.

—¡Capi! —grita—. ¡Capi! —Miedo, está dejando traslucir su miedo.

Ve el haz de la linterna pero, con tanta bruma, solo ilumina más niebla.

—¡Capi! —Tal vez pueda guiarlo hasta ella con la voz.

En ese momento aparece un brazo largo y fino que la coge del codo. Pega un grito e intenta zafarse. Es una extremidad salpicada de cicatrices hechas con puntos gruesos y apresurados que le recorren las venas. Consigue soltarse, pero le ha agarrado con tanta fuerza el brazo que el dolor se le dispara hasta el hombro. Así y todo logra mantenerse en pie.

De pronto oye unos extraños sonidos guturales: una llamada, una respuesta, y luego algo más, por delante y por detrás.

—¡Capi! —grita—. ¡Aquí!

La luz sigue pasando cerca de ella. Los gritos resuenan a su alrededor, en todas direcciones. ¿Cuántos son? ¿Qué les han hecho a los niños? ¿Dónde está Bradwell?

Una mano la coge del otro hombro. Esta vez tira del brazo ajeno hacia ella y aparece un rostro: una mandíbula recia de carrillos protuberantes y demacrados recubiertos por una fina piel quemada. Al abrir la boca deja a la vista sus dientes amarillentos y la piel se estira, tensa, brillante y mojada por la humedad. Emite un chasquido con la boca. Tiene ojos ciegos pero voraces. Quiere arrastrarla a la niebla para que esté tan ciega como él.

Se imagina los dientes desgarrándole la carne y el músculo. Intenta liberar el brazo pero aparecen otros de la niebla espesa y la atrapan agarrándola con fuerza. ¿Cuántos son? ¿Cinco, seis? No sabría decirlo. La tiran al suelo, donde, aunque se revuelve y patalea, la mantienen con la espalda pegada a la superficie. Nota cómo se le clava el estuche metálico que contiene el vial y la fórmula. El suelo está frío y calado. Consigue llamar a gritos a Il Capitano:

—¡Capi! ¡Capi!

¿Está o no está?

—¡Pressia! —chilla este a su vez.

La chica se vuelve hacia la dirección de la voz y ve solo la linterna que se cae, rebota un par de veces y se apaga.

Susurra el nombre de su amigo mientras dos caras se ciernen sobre la suya. Tienen sangre reseca por la piel, como en manchurroneos... tal vez de las espinas, de los perros salvajes o...

—¿Dónde están los niños? —les pregunta.

Pero no parecen entenderla. Uno alarga el brazo y le toca la frente con una mano

fría y huesuda. Pressia se retuerce pero la mano no se despegaba de su cara. Aprieta los labios y entonces uno le coge la cabeza, se la agarra con una fuerza increíble para que no la mueva y le presiona un lado de la cara contra el suelo.

Sin embargo, esos bichos desprenden una calma extraña, con sus movimientos lentos y pausados. Pressia tiene la esperanza de poder averiguar su punto débil o de que se distraigan por un momento.

Ahora empiezan a tararear una melodía torpe y sin gracia. Uno le toca el pelo suavemente provocándole un escalofrío.

Quizá no quieran matarla.

Quizá simplemente la quieren.

Y decide entonces pelear con toda su fuerza. Lanza las piernas al aire y le da a uno en el pecho. Acto seguido rueda hacia un lado y se libra del otro, pero este le pega un zarpazo en el brazo. Aunque tiene el hombro luxado consigue ponerse en pie. No ve bien la desorienta y la marea. El corazón le palpita a cien por hora. La niebla tiene un latido: es el suyo, que le martillea con fuerza el pecho.

Saca el cuchillo y lo blande delante de ella. Corre entonces una leve brisa que aligera la niebla y le permite verlos —aunque solo sea unos instantes— moviéndose a su alrededor. Son cuatro y, aunque está claro que no ven el cuchillo, reaccionan ante la energía que desprende. Están contrahechos, con extremidades irregulares y paso vacilante. Tienen marcas, quemaduras y queloides nudosas de las Detonaciones, aunque también cicatrices de puntos. Las conoce bien: su abuelo, el de la funeraria, el cosecarnes, era conocido por su delicado trabajo. Los puntos de esos bichos se dieron aprisa y quedaron hechos un desastre. Las cicatrices les rodean la espalda y en algunos casos les bajan por brazos y torsos.

Olisquean el ambiente, ¿puede que oliendo su miedo, o el pequeño metal donde concentra sus esperanzas? ¿Llegan más atraídos por el olor? Los «desmuertos» de Kelly... tienen algo animaloide. ¿Los crearon para ser carnívoros feroces? ¿Para tener una sed de sangre insaciable? Están prácticamente desnudos, salvo por una especie de rudimentarias capas de musgo que deben de protegerlos del frío. Ve entonces que una de las hembras se ha alejado del resto como si hubiese olido algo en otra parte.

Pressia retrocede y, a cada paso, el dolor del hombro se le acrecienta. Saben que está moviéndose, de modo que avanzan rápido hacia ella y se detienen: ¿sentirán de algún modo el cuchillo? ¿Es la niebla? ¿Será que la humedad del aire los conecta como si fuera una telaraña?

—¡Capi! ¡Helmud! —chilla—. ¿Dónde estáis, maldita sea?

Y entonces oye un eco apagado:

—¿Dónde estáis, maldita sea?

Helmud... Al menos está vivo, aunque su voz suena ahogada. ¿Sería a él a quien ha olido la hembra? ¿Más presas?

Pressia embiste a los bichos emitiendo fieros gruñidos y luego se vuelve y echa a

correr todo lo más que puede sin ver bien. Se guarda de nuevo el cuchillo en el cinturón y empieza a avanzar con la mano buena por delante, a tientas. Cada vez que toca un árbol, se agarra a él y lo rodea. Los oye a sus espaldas y tiene la impresión de que su jadeo está pegado al suelo. ¿Van a cuatro patas?

—¡Helmud! ¡Grita algo!

—¡Grita algo! ¡Grita algo! —dice Helmud.

Está acercándose.

—¡Sigue gritando!

—Gritando —chilla Helmud.

Y entonces oye el rugido y vuelve a desenfundar el cuchillo. La niebla se disipa lo suficiente para ver que un bicho tiene a Il Capitano y a Helmud contra el suelo, con una garra en el cuello del primero.

Pero el bicho ha debido de sentir a Pressia, ¿por la vibración a través del aire espeso? «La niebla tiene un latido».

Esta vez actúa con decisión: corre hacia el bicho blandiendo el cuchillo y este se aparta de un salto de los hermanos; pese a los ojos glaseados, tiene los sentidos al cien por cien y logra repudiar su ataque. Y entonces, de un rápido zarpazo, coge a Pressia de la muñeca con tal fuerza que se le cae el cuchillo. Se ha quedado sin nada.

Il Capitano boquea intentando respirar y consigue ponerse en pie. Helmud imita el boqueo, aunque tal vez sea solo por hacerle eco.

Sin embargo han atraído a los otros cuatro bichos y están empezando a rodearlos.

—Gracias —le dice Il Capitano, todavía sin aliento y con la voz desgarrada.

—¿Por qué? —pregunta Pressia, que se pega el brazo a las costillas—. ¡Pero si nos van a comer!

—Cierto.

—¡Comer! —grita Helmud con todas sus fuerzas—. ¡Comer!

Los bichos le responden con gañidos y graznidos. Dan vueltas en círculo alrededor de los tres, unos a cuatro patas y otros de pie. La cortina de niebla se abre y se cierra y deja entrever un grueso muslo lleno de puntos por aquí, un trozo de musgo en un lomo por allá o el brillo del blanco de unos ojos.

—Quiero que sepas una cosa —le dice Il Capitano.

—¿El qué?

—Yo no habría hecho lo que ha hecho Bradwell: yo te habría perdonado sin pensármelo dos veces.

Pressia lo mira de hito en hito, intentando verle la expresión a través de la niebla.

—Si tú fueras la persona que hubiese de estar siempre a mi lado, yo jamás, jamás te dejaría.

En eso es en lo que quiere creer Pressia: en un amor que no te deja, pase lo que pase. Es una declaración que sale de la boca equivocada. Y como si Il Capitano le leyera el pensamiento, le dice:

—No te preocupes, tú no tienes que sentir lo mismo por mí. Es que tenía que

decírtelo.

—Lo entiendo, sí —responde. «Sí, sí, sí», quiere decirle, porque le ha hecho sentirse mejor, un poco perdonada.

—Menos mal que hay niebla. Así no tendremos que ver cómo matan al otro.

—¿Matan? —susurra Helmud.

Los bichos empiezan a gruñir, un rugido bajo y profundo. Le entran ganas de llorar, aunque no porque tenga mucho miedo —que también—, sino porque Il Capitano se merece que lo quieran como él la quiere a ella. No está bien morir así, es injusto. Quiere decirle que lo quiere. ¿Por qué no? Van a morir... Pero no puede hacerlo si no es verdad. Verdad verdadera.

—Eres muy bueno —le dice en lugar de eso—, en realidad estás lleno de bondad. Y también Helmud.

—Ajá... entiendo. —La voz se le quiebra, y Pressia teme haberlo empeorado.

Los bichos se atreven ahora a acercarse más y a lanzarles zarpazos. A Pressia le desgarran el pantalón y el abrigo, mientras que otro le raja la mejilla a Helmud, cuya sangre corre cuello abajo. Il Capitano le pega un puñetazo a uno pero el resto aúlla y le grita en la cara.

En un momento en que la niebla se despeja, Pressia apunta bien y le da una patada a uno con las botas, aunque no tarda en levantarse como si tal cosa.

A continuación siente un brazo alrededor de una pierna y luego de la otra que la hacen caer al suelo con todo su peso. Il Capitano es el siguiente en caer. Forcejean, patalean y lanzan zarpazos a su vez pero de poco sirve. Los rostros de los bichos aparecen y desaparecen en la niebla: cicatrices, dientes, ojos ciegos.

—¡Yo no quiero morir así! —grita Pressia, y entonces piensa en Bradwell; no quiere morir sin su perdón.

—¡Yo no quiero morir! —chilla Helmud.

—¡Pressia! —la llama Il Capitano al tiempo que intenta arrastrarse hacia ella—. ¡Pressia!

Pero de nada sirve. Los bichos están diseñados para ser fuertes y despiadados. Pressia se acuerda del perro salvaje mutilado. Tendrá su mismo aspecto, lo sabe, en cuestión de minutos.

Y entonces oye la voz de Bradwell:

—¡Fuera! ¡Apartaos!

Está luchando contra un bicho pero, al oírlo, los demás vuelven el hocico en su dirección. Echan a correr hacia la agitación de moléculas, hacia el nuevo latido. Pressia ve entonces las lucecitas de *Figman* parpadeando en la niebla.

—¡Corred! —grita Bradwell—. ¡Id al avión! ¡Ahora voy yo!

—¡No lo conseguirás! —responde Pressia.

Il Capitano echa a correr y le grita mientras se encamina hacia el avión:

—¡Confía en él! ¡Voy a ir cortando las raíces para que podamos despegar! ¡Vamos!

—¡No! —chilla Pressia.

Su miedo está haciendo que algunos de los bichos se vuelvan hacia ella. Oye los gruñidos cada vez más cerca.

En ese momento escucha los forcejeos denodados de Bradwell, que despliega las alas y las bate. *Fignan* emite una alarma estridente que nunca antes le ha oído.

—¡Vete! —le grita Bradwell—. ¡Vete, Pressia!

—¡No pienso dejarte solo!

Con el batir de las alas está generando una brisa que disipa la niebla, haciendo que se levanten y se despeje una capa tras otra. Logra distinguir a más bichos y le pega una patada en la barriga al que tiene más cerca, que está a cuatro patas. Este emite un gemido pero rápidamente se pone en pie. Las alas de Bradwell siguen dispersando la niebla, disipando y disipando. Y de pronto los seres parecen como perdidos y realmente ciegos. Otro extiende las manos y tantea el aire.

—¡Sigue batiendo las alas! —le grita sin aliento—. Necesitan la niebla para sentir dónde están ellos y dónde nosotros.

Bradwell las bate entonces con más fuerza y la niebla empieza a rachear a su alrededor. Las alas... nunca las ha visto extendidas del todo, con esa envergadura y esa fuerza. Quiere decirle que así es como estaba destinado a ser: que por muy mal que estuviera hacerle aquello, por muy malo que pareciese, ahora es esa persona, y no hay nada más hermoso.

Los bichos se alejan a todo correr y retroceden hasta los árboles, en busca de la niebla que da sentido a su mundo.

Bradwell deja de batir las alas y las pliega en la espalda. Y entonces se quedan a solas, mirándose el uno al otro a través de la bruma cada vez más ligera.

Lyda

Un cuento de hadas

Lyda y Perdiz llevan días sin comer ni dormir bien: desde que el hombre se tiró al tren. La cifra de suicidios sigue en aumento. Perdiz ha exigido tener una reunión con Foresteed porque quiere datos claros, más estadísticas y un plan para acabar con lo que ya se ha convertido claramente en una epidemia.

Están en el despacho de Foresteed, un dechado de objetos y recuerdos consagrados al pasado y a la Cúpula.

—Es la primera vez que vengo aquí —le susurra Perdiz.

También es la primera visita de ella, claro está. El ayudante de Foresteed les ha dicho que esperen sentados pero no pueden evitar dar vueltas de un lado para otro y contemplarlo todo. De las paredes cuelgan carteles de reclutamiento de la Ola Roja de la Virtud: hombres jóvenes con las mandíbulas muy rectas, codo con codo, y una ciudad humeante al fondo: «¡ALÍSTATE YA! ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE...». Entre el batiburrillo de cosas hay también un tríptico enmarcado que celebra la inauguración del museo de la Ola Roja de la Virtud. Lyda lee el texto por encima, que le trae vagos recuerdos de su propia infancia:

En el interior del mueso actores de carne y hueso interpretan pasajes de tiempos difíciles en los que criminales con ideas peligrosas rondaban las calles; cuando el feminismo no era el mejor estímulo para la femineidad; cuando los medios de comunicación saboteaban sistemáticamente al Gobierno por las grandes reformas que llevaba a cabo; cuando el Gobierno no tenía capacidad para proteger a todos y cada uno de los ciudadanos de bien y trabajadores implacables de los perniciosos y los bandidos, ¡y mucho, mucho más...! No se pierdan tampoco las representaciones históricas en el césped aledaño, ¡con sonido envolvente! ¡Animen a los soldados de la Ola Roja mientras combaten contra manifestantes, criminales y otros elementos dañinos! Prepárense para alucinar con nuestro sistema carcelario en expansión, nuestros centros de rehabilitación, nuestros asilos para los enfermos... ¡Traigan a sus estudiantes para que vivan una experiencia educativa única! Familias, ¡pasen tiempo juntas, unidas por el oscuro pasado reciente y nuestro esperanzador futuro de fantasía! Compren en nuestra tienda regalos patrióticos de la Ola Roja de la Virtud. La entrada para menores de 12 años es gratuita.

Lyda siente un escalofrío.

Perdiz se le acerca y le dice:

—Yo fui de pequeño, ¿y tú?

Sacude la cabeza y responde:

—Mi padre no me dejaba. Creo que tenía sus propias ideas sobre la Ola Roja de la Virtud, por mucho que intentara disimularlo. Es posible que por eso mismo no esté ya entre nosotros.

Lyda va hasta una vitrina de cristal que protege unas ediciones en cuero de *El manual de la Academia de Chicas*, *El manual de la Academia de Chicos* y *El Nuevo Edén: Prepara tu corazón, tu mente y tu cuerpo*. Este último se entregaba a todos los

hogares de la Cúpula y contenía directrices para cuando llegase la hora de volver a vivir fuera, así como listas de atributos que había que cultivar y exaltar: lealtad, devoción, corazón puro. Lyda recuerda el ejemplar de su familia, siempre colocado en la repisa de la chimenea, en un lugar bien visible para cualquier visita.

En otro mueble expositivo hay uniformes viejos y recortes de periódicos sobre la construcción de la Cúpula. En uno se ve una foto del padre de Perdiz en la ceremonia de inauguración, cortando la cinta.

—¿Forested ha estado casado alguna vez? ¿Tenía familia? ¿No lograron entrar?

—No lo sé, la verdad. Yo por entonces no lo conocía.

—Lo echa de menos: los asilos, las batallas, las cárceles. Añora la opresión de las masas.

—Está mal de la cabeza —comenta Perdiz.

Lyda pasa ahora a inspeccionar el escritorio de Forested. Hay una montaña de autorizaciones paternas para las potenciaciones —con las firmas de los padres garabateadas, como si tuvieran elección...—, y entonces le llama la atención una carpeta con su nombre en la etiqueta. De pronto todo se le antoja más personal y la inquieta. Levanta la tapa con toda la parsimonia del mundo: contiene su evaluación psiquiátrica del centro de rehabilitación.

—Pero... —susurra.

Perdiz está en la otra punta del cuarto, enfrascado en los artículos de periódico sobre su padre. Lyda se apresura a coger la carpeta:

Razón del internamiento: se cree que Lyda Mertz ha sufrido un trauma emocional debido a haber participado tanto en un robo como en la desaparición de un compañero de clase, Perdiz Willux.

Bajo el encabezado «Fuentes de información» hay una lista con todos aquellos a los que entrevistaron y prestaron declaración: sus profesores, la señorita Pearl y el señor Glassings; varias compañeras de clase, su madre, su pediatra. Le siguen sus declaraciones resumidas y a continuación una lista de pruebas psicológicas, todas tachadas. ¿Por qué? Porque seguramente las pasó: no estaba loca.

El equipo que la entrevistó cuando la ingresaron en el centro la describe durante la entrevista:

La señorita Mertz se mostró alterada y nerviosa [...] se distraía fácilmente con la imagen de la ventana y no paraba de frotarse las manos contra las rodillas. Le daba vergüenza su pelo afeitado y lo llevaba cubierto con un pañuelo. No mantenía contacto ocular prolongado [...] costaba sacarle las palabras [...] Le resultó doloroso hablar de su padre y de su fallecimiento. No quiso hablar de las dificultades de ser criada por una madre soltera. Solo conversó brevemente sobre la vida en la academia, que describió de «buena» y en la que dijo haber sido «feliz, más o menos».

Había sido más o menos feliz pero solo porque no sabía lo que era la felicidad. No lo entendía porque nunca había tenido la libertad para tomar sus propias decisiones o escoger su vida. La libertad y la felicidad van de la mano: una no puede realmente existir sin la otra.

Se recuerda en aquella época: aquella chica en el centro de rehabilitación asustada y callada, abochornada y avergonzada. No quiere volver a sentirse así.

Lyda lee más jerga médica densa sobre su diagnóstico, que no parece nada acertado.

Y al final están las conclusiones:

Pronóstico a corto plazo: Creemos que dado el pensamiento ilusorio, la desobediencia activa, la falta de respeto por las normas y las leyes, el reciente historial de actividad criminal y el profundo nivel de negación, es una amenaza para ella y para los demás.

No, menea la cabeza, no es verdad. Es una patraña.

Pronóstico a largo plazo: Creemos que es poco probable que la señorita Mertz sea capaz de volver a integrarse en una sociedad normal. Las perspectivas de encontrar pareja —a tenor de sus deficiencias psicológicas— son remotas. No creemos que pueda recuperarse para estar al nivel de un miembro de la comunidad plenamente participante y contribuyente. Sugerimos —en función de la última revisión— que sea declarada inapta para tener pareja. Recomendamos fervientemente que no se le conceda el derecho de procrear, pues entendemos que su debilidad psicológica puede tener origen genético por parte de padre.

Resolución final: Institucionalización de por vida.

Lyda deja la carpeta en la mesa y se aparta. Vuelve a sentirse atrapada, como en el centro de rehabilitación. Recuerda las sombras de pájaros falsos que revoloteaban por el cuadrado de luz que supuestamente servía para recodarles a los pacientes la existencia del sol. Quiere llamar a Perdiz y enseñarle la carpeta pero se ve incapaz. Todavía le quedan restos de la vergüenza de entonces. Unos profesionales dijeron eso sobre ella: «no apta para tener pareja», «que no se le conceda el derecho de procrear»... Prefiere ocultárselo. ¿Por qué vocear que aquella resolución existió, aquel futuro ahogado ya?

¿Por qué estará en el escritorio de Foresteed?

—Es poco probable que la señorita Mertz sea capaz de volver a integrarse en una sociedad normal —murmura.

Y se pregunta si no es lo más cierto que ha leído nunca. Ahora que ha vivido en la naturaleza salvaje, ¿podrá volver a sobrevivir dentro, por mucho que Perdiz esté a su lado?

Va hacia él. ¿Lo necesita allí de un modo que fuera no lo necesitaba? Por un tiempo fue tan temeraria, intrépida y fuerte... Echa de menos las lanzas, a las madres, el olor del bosque y la forma que tiene la ceniza de girar en el aire.

—Perdiz —acierta a decir.

Este se vuelve y se queda mirándola, con un rostro entre angustiado y cansado.

—¿Qué pasa?

Pero justo entonces la puerta se abre y Foresteed —esbelto y bronceado— entra a grandes zancadas en la habitación.

—¡Sentaos! Poneos cómodos.

—Eso es imposible. Queremos conocer el nuevo tanteo de suicidios. ¿Sigue

creciendo?

Forested se sienta a la mesa. Mira la carpeta como si supiera que no está en el mismo sitio que la dejó y le lanza una mirada de reojo a Lyda, que aparta la vista y se sienta en un sillón de cuero.

—Las cifras no han hecho más que empeorar —dice Forested—. Y nuestras instituciones están desbordadas. No dan abasto para atender a los que han hecho una chapuza. —A punto está de reír.

—Haré todo lo que esté en mis manos para mejorar la situación —interviene Perdiz—. Bueno, todo menos retirar lo que dije. Eso no puedo hacerlo.

—Claro que no. El daño ya está hecho, ¿no?

Perdiz se mira las manos. Le reconcome la culpabilidad. Lyda ha intentado decirle que él no podía saber que la gente iba a matarse, que no es culpa suya. Pero no ha servido de nada.

Forested tamborilea con los dedos sobre el escritorio, con unos nudillos que parecen martillos.

—Creo que hay unas cuantas cosas que pueden hacerse.

Perdiz se sienta y se inclina hacia delante.

—¿Cuál es el plan?

—Tienes que devolverles parte de la verdad, Perdiz. Hacerles sentir que hay algo de lo que se les prometió que va a pasar, y que puedan reconocer. Y sería estupendo que fuese algo que los distrajera y al mismo tiempo les diera un motivo de celebración. —Forested coge la carpeta con la evaluación psicológica y da golpecitos con ella en la mesa—. Purdy y Hoppes tienen una sugerencia estupenda y quieren que te pida que consideres...

—¿Purdy y Hoppes? ¿No tendrían que estar trabajando en la historia para que Lyda y yo podamos estar juntos?

—Como podrás imaginar, eso tendrá que esperar. —Forested mira a Lyda—. No es el momento.

La chica se pone colorada: vuelve a ser la madre soltera, la vergüenza para su familia y su escuela. Se apresura a recordarse que está orgullosa de ser quien es y de lo fuerte que se ha hecho, pero al parecer la vergüenza no atiende a lógicas. ¿De dónde le viene? ¿Por qué es tan incontrolable y repentina? Forested da la impresión de saber justo lo que hay que decir para desencadenarla.

—No pasa nada —dice Lyda intentando sonar confiada—. No tenemos ninguna prisa. La prioridad es salvar vidas.

Forested hace como si no la hubiera oído.

—La cosa es seria, Perdiz. Purdy y Hoppes quieren que te pregunte si estás dispuesto a rectificar ligeramente el curso de los acontecimientos. Un personaje público tiene mucho que ganar si mantiene lo que ha prometido a la gente... Y desde el punto de vista del romanticismo...

Perdiz parece saber qué va a sugerirle Forested.

—No.

—¿No qué? —pregunta Lyda. Es como si quisiera excluirla de la conversación—. Pero si todavía no te lo ha preguntado.

—Sé lo que me va a pedir y la respuesta es no.

—Perdiz, la gente está suicidándose. ¡Está muriendo! Hay niños que encuentran a sus padres en bañeras llenas de sangre. Si puedes hacer algo sin tener que retractarte de decir la verdad, deberías hacerlo. Es tu deber. —Lo coge de la mano.

—Pero, Lyda, ¿es que no ves lo que quiere sugerir?

—No, no lo entiendo.

—A la gente se le contó un cuento de hadas y quieren su «vivieron felices y comieron perdices» —explica Foresteed—. Quieren algo que les dé la impresión de que las cosas vuelven a ser como eran... aunque no sea cierto.

—¿Un cuento de hadas? ¿Vivieron felices?

—Han sido Purdy y Hoppes los que lo han sugerido, no ha sido idea mía —se excusa Foresteed mientras sigue dando golpecitos con la carpeta—. Pero en realidad no está tan mal, teniendo en cuenta que no tenemos otra. ¿Por qué no les das una boda? La que les prometiste.

Lyda mira a Perdiz y le suelta la mano. Entrelaza los dedos y se queda mirándose los.

—Iralene. —Quiere asegurarse de que lo ha entendido.

—Iralene —repite Foresteed.

—Una boda: la de Perdiz e Iralene —dice Lyda con apenas un hilo de voz. Se lleva la mano a la frente y siente la piel fría y empapada.

Foresteed se apresura a seguir hablando:

—Podemos emitir un comunicado de prensa en menos de una hora. Tenemos la sensación de que como mínimo podría distraerlos y acabar con este reguero de muertes. Debemos hacer algo. —Respira hondo y suspira—. ¿Es que queréis que vuestro hijo nazca en un mundo tan inestable, con tanta violencia y muerte?

Lyda lo odia solo por haber mencionado a su hijo. De pronto se siente protectora y contesta:

—Esto no tiene nada que ver con mi hijo.

—Bueno, pues entonces piensa en los de la gente, en los que van a crecer sin padres... como tú, que perdiste a tu padre siendo tan pequeña.

Sabe que Foresteed intenta manipularla y lo odia por ello, pero echa de menos a su padre y quiere que esas muertes innecesarias paren de una vez. El hombre le dedica una sonrisa grotesca.

—Es solo una fábula. Quieren un cuento de hadas, un «y vivieron felices». ¿No puede ser un matrimonio temporal hasta que las aguas vuelvan a su cauce?

—Exacto —apunta Foresteed.

¿Por qué entonces siente tal abismo de tristeza abrirse en su interior?

—No tenemos por qué hacerlo —le dice Perdiz—. De verdad.

—Hay gente que se ha tirado de tejados. Ha habido disparos en dormitorios. — Mira a Perdiz. No pueden hacer nada más. El chico respira hondo pero no le dice nada. Lyda entonces se dirige de nuevo a Foresteed—: Hágalo. Dígales lo que quieren oír, a ver si funciona.

Se hace el silencio y luego Lyda le susurra a Perdiz:

—Ya está bien de tanta sangre en tus manos. Se acabó.

Pressia

Espejo

El aire está cargado y el motor ruge, mientras la aeronave se zarandea con el viento. El viaje les llevará cincuenta horas. Ha comprobado varias veces que el estuche metálico sigue en su sitio y ha pasado la mano por el vial y la fórmula: ambos están intactos, por suerte; se ha convertido en un tic. Gran parte de ese tiempo ya ha pasado pero el resto de horas —¿cuántas exactamente?— se extienden ante Pressia en un sinvivir. Por un lado, solo se ve la vista del océano destellante por la escotilla; por el otro, el avión es peligroso. El Capitano es un novato a los mandos, y se enfadó al ver que iban a volver sin sus armas. Parecía perdido y desesperado:

—¿Cómo demonios espera que vayamos a ninguna parte sin armas?

Se calmó lo suficiente para despegar. De vez en cuando lanza una boya de seguimiento con láseres reflectantes que, al arrojarla, produce un sonido ensordecedor, ilumina las escotillas e incluso hace tambalearse el avión. Pueden morir allí mismo, en el aire: caer en picado, estrellarse y hundirse silenciosamente hasta el fondo marino. La perspectiva la asusta pero es tanto el tiempo que lleva temiendo la muerte que ya no ejerce el mismo influjo que ejercía sobre ella.

Eso sí, la sensación de hundirse que tiene en el pecho —desasosegada y espantosa— se la produce Bradwell, que está justo al otro lado del pasillo. Aunque le ha salvado la vida todavía no han hablado.

¿Qué siente al verse atrapada en un espacio reducido con alguien que la odia? Le dan ganas de encogerse, de hacerse más pequeña, diminuta, hasta desaparecer.

Tiene la esperanza de que Bradwell baje la guardia en algún momento, de que se relaje y se abra un poco. Pero incluso mientras duerme parece enfadado, con el ceño fruncido hasta en sueños, que tal vez sean pesadillas. Mueve la pierna de arriba abajo, inquieto. Le cuesta hasta estar sentado: se le nota rígido e incómodo, con las alas echándole los hombros hacia delante y forzándole a estar encorvado.

El Capitano y Helmud están en la cabina, con *Fignan* haciéndoles compañía. El primero va cantando canciones antiguas pero no de amor, esta vez no. Pressia da por sentado que anda con pies de plomo. Todos lo están.

Pero no hay tiempo para andar con pies de plomo los unos con los otros. Tienen que hablar sobre el paso siguiente.

—¡Bradwell! —lo llama Pressia.

El chico no se mueve.

—Bradwell.

De nuevo nada.

Se desabrocha el cinturón para sacudirlo por un hombro.

—Bradwell, ¡despierta!

Este se despierta como lo hacía en la cabaña musgosa donde se recuperó cuando estuvieron a punto de morir congelados en el suelo del bosque, sacudiendo brazos y piernas y boqueando para coger aire.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Tenemos que hablar.

Bradwell mira a su alrededor con los ojos muy abiertos y luego por la escotilla, posiblemente aturdido de verse en un avión sobrevolando los mares.

—No quiero hablar de nosotros. No puedo.

—Sobre nosotros no —le dice, aunque ojalá pudieran charlar sobre qué son el uno para el otro. ¿Lo harán alguna vez?—. Tenemos que trazar un plan. Vamos a hablarlo con Il Capitano y Helmud.

El chico se frota los ojos y asiente:

—Tienes razón.

Bradwell sigue a Pressia hasta la cabina, donde Il Capitano sigue cantando y Helmud le acompaña tarareando por lo bajo la melodía. Es bonito. *Fignan* da la impresión de estar en modo sueño, como si la melodía lo arrullase. Da pena interrumpirlos.

Aunque está abierta, llama a la puerta.

Il Capitano calla en medio de una nota.

—Creía que estabais dormidos.

—Yo sí —dice Bradwell.

Ambos entran en la cabina pero el chico apenas cabe; tiene las costillas, el pecho y los hombros mucho más anchos, por no hablar de las alas, ese gran volumen plegado a la espalda.

—Tenemos que ir a ver cómo está Hastings —dice Pressia, que se coge al respaldo del asiento vacío del copiloto.

—Pero para eso tendríamos que tocar tierra en el Crazy John-Johns, volver a subir y aterrizar de nuevo —objeta nervioso Il Capitano.

—Tampoco podemos dejarlo allí —replica Bradwell.

—No estaba proponiendo que lo abandonásemos, solo digo que es arriesgado. Si hacemos un aterrizaje forzoso como el de la otra vez, ahora no habrá quien nos ayude. Y tendríamos que volver a pie hasta casa por un territorio del que salimos con vida por los pelos.

—No tenemos alternativa —dice Pressia—. Nos necesita y es posible que nosotros a él también.

—¿Para qué?

Pressia suspira antes de decir:

—Voy a entrar en la Cúpula. Tengo que hablar con Perdiz para poder dar la cura a la gente adecuada de dentro. —Lleva la mochila puesta todo el rato.

—Estás dando por hecho que hay «gente de dentro adecuada» —apunta Bradwell.

—Gente adecuada —dice Helmud con optimismo.

—No todos pueden ser malos. Y ahora que Perdiz está al mando seguro que...

—Yo no estaría muy seguro de nada. Kelly sabía que Willux estaba muerto y que Perdiz estaba al mando, pero ¿por qué no sabía nada de que se hubiese establecido un nuevo orden en la Cúpula?

—A lo mejor no ha tenido tiempo todavía —esgrime enfadada Pressia—. Tal vez esté tramando un plan, o quizás ha empezado a hacer cambios sustanciales, pero contárselo a Kelly (a un océano de distancia) no está entre sus prioridades. Tú crees en Perdiz, ¿no? —le pregunta a Il Capitano.

—Yo nunca me fío de nadie. He sobrevivido a fuerza de no confiar en otros seres humanos.

Pressia lo entiende, para algo es una de las que lo ha decepcionado: no lo quiere como él a ella.

—¿Entonces cuál es vuestro plan? ¿Derrocar a la Cúpula y provocar una guerra civil? ¿Más sangre y más muerte? —les pregunta.

—Si quieres ponerte de su parte, no te cortes —le dice Bradwell a Il Capitano—. No es ningún secreto lo que sientes por ella. Haz lo que quieras.

La asombra que lo haya dicho en voz alta, tan campante. Mira de reojo a Il Capitano, que se ha ruborizado. Tose en la mano y mira por el parabrisas. Están atravesando un banco de nubes.

—Tú lo único que quieres es demostrar que has tenido razón todos estos años —objeta Pressia—. Eres capaz de anteponer la justicia a la paz, aunque suponga más gente muerta.

—Yo no quiero demostrar que tengo razón. La tengo, lo que es muy distinto. La verdad es importante —dice Bradwell—, y la historia también.

—Il Capitano hará lo que crea mejor: justicia o paz... Confío en su criterio.

—Paz —dice Helmud, dando su voto.

A Pressia le alegra que esté de su parte.

—Bien, gracias.

—¿Capi? —le urge Bradwell.

—No, no pienso elegir entre vosotros dos. Tenemos que estar unidos en esto.

Bradwell se queda mirando por el cristal mientras Pressia se queda contemplando su perfil, las dos cicatrices gemelas que le recorren la mejilla.

—Mi madre murió agarrada a la camisa de mi padre. Seguía con los ojos abiertos, mirándolo, como si estuviera rogándole que no muriera. Pero murieron puros... por dentro. —Se golpea el pecho—. Murieron como vivieron, luchando por desvelar la verdad. —Se frota los nudillos de ambas manos y añade—: ¿Y qué soy yo? —Se le remueven las alas en la espalda—. Soy un cuento de hadas que les cuentan los padres a sus hijos para asustarlos y que vivan sus vidas con miedo. No soy real.

Pressia nunca ha pensado en el momento en que él encontró a sus padres muertos. Se lo imagina de pequeño corriendo por toda la casa mientras los llama a gritos y el pánico va en aumento. A veces se olvida de que una vez fue un niño: el mismo al que

mandaron a vivir con sus tíos, el que atravesó corriendo una bandada de pájaros cuando estallaron las Detonaciones, el que logró volver a casa de sus padres y al baúl de la cámara acorazada, el que se valió por sí mismo durante años. Quiere a ese niño, y quiere al hombre en que se ha convertido, con toda su complejidad y su cabezonería.

—Eres real, eres la misma persona.

Sacude la cabeza.

—No, Bradwell ha muerto...

—¿Qué significa eso?

—Lo que me ha mantenido con vida todos estos años han sido la verdad y la justicia. He podido mirar hacia esa Cúpula blanca y su cruz destellante siempre que he querido y con eso tenía todo lo necesario para seguir viviendo. Ellos mataron a mis padres, y luego se metieron en su burbuja perfecta y destruyeron el mundo. Soy un miserable, y eso es lo que me hace puro. Pero ahora, con todas esas sustancias metidas en mi cuerpo, ¿qué soy?

—Sigues siendo tú —se limita a responder Pressia. Le gustaría decirle más cosas, contarle que es real, que le quiere. Pero tiene la espalda rígida y los ojos clavados en el cielo: se ha aislado—. Tienes todas las razones del mundo para odiarme.

—Yo no te odio, aunque ojalá pudiera.

—Mirad, alguien tiene que ceder —interviene Il Capitano.

Se hace el silencio en la cabina.

—Esto es lo que yo pienso ceder —dice por fin Bradwell—: los puros quedarán como héroes por encima de mi cadáver. —Mira a los otros dos a los ojos antes de dar media vuelta y salir de la cabina.

Pressia se queda mirando el parabrisas, donde estuvo el reflejo del chico; ahora no es más que una pantalla negra que vibra con los intervalos nubosos. Ha bajado la guardia; ha hablado sobre sus padres muertos. Ojalá hubiera dicho otra cosa, pero ¿qué?

Mira el reflejo de Il Capitano, que la ve en el cristal y le sonrío tristemente.

—Lo siento... por todo. No tendría que haberlo presionado.

—No, qué va, no pasa nada.

Helmud alarga la mano y le acaricia el pelo ligeramente antes de avergonzarse y apartar la vista.

Ahora Pressia ve su propio reflejo y se acuerda del pillapilla al que jugaban los niños en el prado y de la canción que cantaban: «Mira en el espejo, busca a tu igual. ¡Corre y encuéntrate! ¡Atrapa tu reflejo!».

Alza la cabeza de muñeca. ¿Quién sería sin ella? ¿Sería más ella misma o menos? No acierta a imaginarse cómo debe de ser para Bradwell tener un cuerpo que no es el suyo. Piensa en su propio ADN, las instrucciones para construirla a ella y solo a ella: su cabello, su piel, su sangre.

Y recuerda entonces el cepillo de su cuarto, que nunca tenía un pelo por la

mañana. ¿Habrán cogido su ADN? ¿Harán réplicas de ella que algún día vivirán por ahí? La idea la aterra de un modo que no entiende. «Encuéstrate. Encuéntrate». Ni siquiera sabe quién es, ni Bradwell tampoco. ¿Acaso alguien se conoce a sí mismo?

—Volamos sobre tierra —anuncia Il Capitano.

—¡Tierra! —dice Helmud como ordenándole a su hermano que aterrice—. ¡Tierra!

Pressia se quita la mochila y se la pone por delante. Se queda mirando el abrupto horizonte por el parabrisas. Desde allí todo parece tranquilo y lleno de paz. Pero sabe que es un hervidero de alimañas y terrones, que la propia tierra está viva, odiosamente viva. Tal vez las ganas de venganza aniden en todos...

Perdiz

Qué suerte tenemos

La voz de su madre:

—¡Perdiz! ¡Ha venido tu amigo!

Abre los ojos.

¿La voz de su madre? No... no puede ser, está muerta. Aunque era así como le llamaba cuando algún amigo se presentaba en casa. Recuerda su habitación de pequeño: las sábanas con los camioncitos, el reloj con forma de pelota de béisbol, un juego de bloques de construcción esparcido por el suelo...

Y su madre asomando en el umbral, con el balanceo de su melena, y su sonrisa...

No es la voz de su madre ni la de Lyda. Está en el dormitorio del piso donde se ha criado en la Cúpula. Duerme en la litera de abajo. Su hermano lo hacía en la de arriba. No le gustaba que Perdiz llorara por las noches y le mandaba callar. Su madre había desaparecido, presuntamente muerta. Deberían haberle dejado llorar las veces que quisiera.

El cuarto de su padre está vacío. Nunca entra.

Lo mató.

El recuerdo lo despierta del todo.

La puerta se abre y asoma Iralene.

—Ha venido Arvin Weed —le anuncia—. ¿Quieres que os prepare algo de beber, un refrigerio o algo? —Le da vueltas en el dedo al anillo de compromiso.

—¿Qué hora es? —le pregunta incorporándose en la cama.

—Estás hecho un dormilón. ¡Ya es mañana!

Después de volver a casa y de que Iralene le diera un abrazo, le dijo que se sentía mal y que le vendría bien hablar con Arvin Weed, que era ahora su médico; en realidad lo único que quería era sondearlo de nuevo respecto a Glassings y a la gente que seguía suspendida, así como enseñarle la hoja con las ecuaciones científicas que encontró en la sala de operaciones de su padre. En cuanto Iralene le confirmó que había concertado una cita con Weed se fue al dormitorio, se echó y, tras días sin dormir, se sumió en pesadillas inquietantes. Antes solía soñar con encontrar el cadáver de su madre en cualquier parte (debajo de las gradas del estadio, en el laboratorio de la academia) pero esa noche ha soñado que estaba inmerso en la rutina de su día a día cuando, de repente, se encontraba con una montaña de cuerpos; había un par que se movían, sangrando pero aún vivos, y se levantaban y se le acercaban como podían. Tenían la voz del hombre que se tiró al tren: las Autoridades lo habían identificado como Eckinger Freund. Y los moribundos empezaban a llamarlo embustero, aunque Perdiz no lograba discernir si lo odiaban por la verdad que había contado sobre su padre o por la nueva mentira, la de casarse con Iralene.

—¿Vienes a hablar con Arvin o voy yo a darle conversación mientras te arreglas? Se frota los ojos, vuelve a tenderse y se lleva una mano al corazón. Tiene puesta la misma ropa del día anterior. Siente náuseas.

—No, está bien, ya voy yo. —Iralene se dispone a salir cuando le dice—: Espera. La chica se vuelve con una sonrisa en los labios.

—Me encanta la cara que tienes cuando te despiertas...

—Iralene, estamos solos... Me prometiste que no... —Le pidió que no se pusiera romántica con él salvo en público.

—¿Es que una chica no puede ensayar? —replica, y se sienta.

—¿Ha subido el recuento de víctimas desde que sacamos el comunicado de prensa?

Iralene respira hondo: los suicidios le dan miedo. La cara se le petrifica.

—Beckley me ha informado de que esta noche no se han producido más casos.

—Bien. —Si va a tener que renunciar a su libertad, y a gran parte de la verdad, mejor que sirva para salvar vidas—. Dile a Arvin que estaré con él dentro de nada, ¿quieres?

—Claro. —Sonríe y cierra la puerta.

Se cambia de ropa. No debería ponerle nervioso ver a Arvin; en otros tiempos no era más que un empollón, un conocido que alguna que otra vez le dejó los apuntes. Pero Arvin ya no es nada de eso. Ayudó a regenerarle el meñique, y parecía estar al frente del equipo que le borró la memoria: en ambos casos, siguiendo órdenes de su padre. Y es probable que también lo hubieran designado a él para llevar a cabo el trasplante cerebral. ¿Habría llegado a hacerlo?

Nunca lo sabrá. En lugar de la operación, Arvin practicó la autopsia a su padre e informó a las Autoridades de que la muerte había sido provocada por la degeneración rauda de células; a la opinión pública le contaron que había luchado como un valiente contra un desorden genético.

Se mira el meñique y flexiona la mano. El dedo se dobla y se extiende en perfecta sincronía con el resto. Tiene que reconocer que hizo un trabajo increíble. Ya que ha venido, Arvin querrá revisar sus terminaciones nerviosas y la reconstitución de su memoria. Saca la hoja con la información científica de donde la escondió y se la mete en el bolsillo.

Va al cuarto de baño, se echa agua en la cara y se seca con una toalla de mano. Se queda mirándose unos instantes en el espejo, y no está seguro de quién se supone que es. Se siente como un embaucador; sabe que cederá a la mentira, y lo hará porque Lyda le susurró: «Ya está bien de tanta sangre en tus manos. Se acabó». Pero sabe que la sangre no ha hecho más que empezar.

¿Y Lyda? ¿Y el hijo de ambos? ¿Cuánto tiempo tendrán que vivir esa otra vida? Después de la reunión con Forested pidieron que los dejaran unos minutos a solas. Se abrazaron y Lyda le dijo: «Perdiz, estás haciendo lo correcto. —Y se apresuró a añadir—: Tengo miedo».

Le confesó que él también. Y ahora añora la sensación de su cuerpo cálido mientras se acurrucaban juntos en su abrigo, con la ceniza revoloteando a su alrededor como nieve negra. Echa de menos la forma que tiene de mirarlo, que siempre parece sincera. Le encanta que Lyda sea frágil y fuerte a la vez. Por un lado, en su interior está produciéndose la delicada tarea de crear a un humano, pero, por otro, su carácter se ha fortalecido de un modo que no sabría explicar.

La verdad sobre su padre, una de tantas... ¿Cuántas mentiras más tendrá que ofrecer a modo de sacrificio para apaciguar al pueblo de la Cúpula? ¿Cuántas?

Sale del baño, recorre el pasillo y entra en el salón. Arvin está mirando la carpeta de vestidos de novia de Iralene.

—Creo que este es bien bonito —le dice señalándole la página abierta—. Aunque eso es lo de menos.

—¿Y por qué va a ser lo de menos? —pregunta Iralene ofendida.

—Pues porque tú estás guapa con cualquier cosa —le dice Arvin, en un ejemplo perfecto de su forma de ser: puede haber querido decir que en realidad le da igual, pero le da la vuelta con un cumplido. ¿O lo dice de verdad? Es cierto que Iralene está guapa con cualquier cosa. Es perfecta, por eso está donde está.

Y en ese momento lo comprende: lo tienen donde querían tenerlo. Está interpretando la vida que su padre quiso para él. Iralene, con su cabellera sedosa y su sonrisa luminosa, está preparando la boda. Perdiz va a ir con ella hasta el altar para acallar sus remordimientos. Intentó ser un líder pero se lo han arrebatado todo.

Y entonces se disparan las sospechas en su interior: ¿realmente han sido tan dramáticas las cifras que le han dado? La muchedumbre furiosa, el ruido de las sirenas, el hombre que se tiró al tren: todo parecía real. De hecho, fue bastante espontáneo, de lo menos planeado que ha visto en la Cúpula. Aun así no puede confiar en Foresteed, que pudo haber visto en los disturbios una oportunidad para culpar a Perdiz y someterlo. Tal vez ese hombre no sepa lo que es la conciencia, pero sí es capaz de verla como una debilidad en los demás: una de la que poder aprovecharse y sacar partido. ¿Cuánto hay de real? ¿Es todo una conspiración para hacer que Perdiz se pliegue a lo establecido? ¿Estará también Weed en el ajo?

—Siento interrumpir.

Arvin e Iralene alzan la vista. Su antiguo compañero le tiende la mano y se la estrecha.

—¿Cómo te encuentras?

—He tenido días mejores.

Iralene coge las carpetas de la boda y dice:

—Os dejaré charlar a solas.

Perdiz imagina las sesiones de adiestramiento a las que sometieron a Iralene: clases sobre el arte de ser invisible y saber quitarse de en medio educadamente.

—Sentémonos aquí. —Perdiz lleva a su invitado a los sofás y se acomodan uno frente al otro.

—¿Qué tal el meñique? ¿Has notado calor, entumecimiento, picor?

—No, nada.

Weed alarga el brazo por encima de la mesa de centro, coge el dedo de Perdiz y lo dobla.

—¿Lo sientes todo bien?

—Sí, aunque a veces sigo pensando que no lo tengo. Y luego me miro la mano y me sorprende verlo.

—La gente que ha perdido algún miembro suele decir que todavía lo siente. Las terminaciones nerviosas siguen enviando mensajes al cerebro, como si aún existiera. Se llama «miembro fantasma».

—Entonces, ¿lo mío qué es: el fantasma del fantasma?

—Lo de regenerar partes del cuerpo es una ciencia nueva. Quién sabe si esto que cuentas se convertirá en una observación común.

Perdiz se pregunta si el médico está hablando de Wilda, la niña a la que secuestraron, llevaron a la Cúpula y purificaron. Ya no tiene ni cicatrices, ni marcas, ni fusiones... ni siquiera ombligo. Solo podía decir lo que le habían metido en la cabeza para que dijera, una amenaza por parte del padre de Perdiz.

—¿Y tiene pensado regenerar muchos miembros, doctor Weed?

—Yo soy de los buenos, Perdiz. Y lo sabes. —Aparta la vista de él y repasa la habitación con la vista.

—¿Ah, sí?

Arvin ríe y se recuesta en el sofá.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Me he acordado de la vez que me dijiste que vivía demasiado en mi cabeza. «¿Qué te pasa, Weed, es que nunca eres visceral? ¿No tienes entrañas o qué?» ¿Te acuerdas?

Perdiz no guarda ningún recuerdo de eso.

—Será la pérdida de memoria.

—No, no te acuerdas porque lo dijiste sin pensar. Y me pinchaste la barriga con un dedo, y todo el mundo se rio de mí.

—Lo siento, Weed. No pretendía fastidiarte.

—Todo lo que decías pretendía algo. Eras el hijo de Willux, y tenías un salvoconducto para hacer lo que te viniese en gana.

—¿Ah, sí? —dice Perdiz a la defensiva—, porque yo recuerdo una vez en que me iban a dar una paliza y tú no te levantaste para defenderme precisamente... Te limitaste a seguir con la nariz metida en tus libros. ¿Y sabes qué? Que tenía razón: vives demasiado en tu cabeza.

—Pues tú deberías probar a confiar un poco menos en tu instinto visceral y un poco más en tu cabeza. Si no fuese por eso, ahora no estaríamos en este lío.

Está culpándole de los suicidios, y con razón. No tiene sentido negar que ha sido Perdiz quien los ha desencadenado. Pero ahora levanta una mano: Weed ha ido

demasiado lejos. Ya no puede permitir que la gente le hable así, ni siquiera un amigo de toda la vida.

Weed tose y se pasa la mano por la camisa para alisarla. Se produce un silencio hasta que por fin retoma su papel de médico.

—¿Y qué hay de tu memoria?

—Sigo teniendo lagunas... Sobre todo del tiempo que estuve fuera.

Se acuerda de casi todo, de Pressia, Bradwell, Il Capitano y Helmud y de las madres y sus hijos fusionados. Recuerda el chasquido del meñique cuando se lo cortaron de cuajo y cómo se quedó allí, desconectado. Y hay cosas que le siguen viniendo como en manchas de color: sobre todo su madre y Sedge muriendo en el suelo del bosque; y estar con Lyda en la cama con el dosel de bronce, aovillados bajo su abrigo, con el calor de sus cuerpos.

—Ya sabes cómo es esto: hay cosas que te gustaría recordar y otras que te gustaría olvidar...

—Y tanto —dice Arvin con una leve sonrisilla.

¿Sabe Weed que es un asesino? En tal caso, casi preferiría que lo dijera abiertamente.

—¿Y tanto?

Arvin apoya los codos en las rodillas y baja la voz para decirle:

—Dime para qué me has hecho venir en realidad.

—Lo primero: ¿dónde está Glassings?

—¿Durand Glassings? ¿Nuestro profe de Historia Mundial? Ya me preguntaste por él en el funeral. ¿Sigues con eso?

—Sigo.

—¿Y cómo quieres que lo sepa?

—Forested me ha dicho lo mismo, pero alguien tiene que saberlo.

—Yo no, desde luego. —Weed lo mira con una cara tan inexpresiva que no sabe interpretarla.

—Quiero saber si has logrado sacar con éxito a gente de la suspensión, tal y como te pedí.

—Verás, es que no es fácil. Belze es muy viejo. Ya estaba muy débil cuando lo pusieron en suspensión, y encima nada más salir de una operación. ¿Y sabías que solo tiene una pierna? El muñón acaba en un amasijo de cables. No se le puede sacar de golpe de la suspensión. Te lo digo porque si lo estás haciendo por tu hermana, no creo que sea muy positivo que muera en el proceso.

—¿Cómo sabes que está relacionado con Pressia?

—Tengo acceso a todo tipo de documentos. De hecho, a algunos nos pica la curiosidad y nos gustaría saber qué pasó en realidad en el búnker de tu madre. ¿Llegaste a conseguir los viales y algún otro material?

—Yo creía que solo lo querías para mi padre, en un último intento por curarlo, y dado que no los consiguió a tiempo...

—Podría hacer muchas cosas con ellos..., puedes creerme. —Arvin se levanta y se pone a pasear por la estancia.

—¿De veras? ¿Estás seguro, Weed?

—¡Por Dios, Perdiz! Tengo todo lo que hace falta para purificar pero luego se malogran.

—Ya he visto tus «manualidades» —comenta Perdiz con cierto sarcasmo.

—¿Te refieres a los miserables que trajimos? —pregunta Weed, que va hasta la ventana y se queda mirando a la calle—. Eran simples experimentos.

—No, ¡eran personas!

Weed se vuelve y replica:

—Y sus sacrificios no habrán sido en vano si consigo la fórmula y el último ingrediente. Podría arreglar a todos los miserables sin los efectos secundarios que mataron a tu padre. ¿Qué te crees, que los de las Fuerzas Especiales van a salir bien parados? Eran nuestros amigos de la academia, Perdiz.

—Es que no sabía que tuvieses este lado altruista. Desconocía que Arvin Weed fuese un filántropo. Cuando estabas..., cómo decirlo, supervisando mi tortura, no me lo imaginaba...

—Las órdenes son las órdenes. Habrá quien diga que fui más obediente que el propio hijo de Willux. Puedes decir lo que quieras sobre él, pero tu padre era un genio. No puedes ni imaginarte de lo que era capaz su cerebro. Deberías mostrar algo de respeto.

—Weed, tanto en tu cabeza como en tus vísceras, sabes que mi padre era un genocida. ¡Tienes que saberlo!

Arvin asiente y se rasca ligeramente la frente.

—Puedo hacer algo bueno —afirma con una voz inquietantemente tranquila—. Puedo salvar gente, quiero hacer bien lo que tu padre hizo mal.

Perdiz sacude la cabeza.

—¿Crees que puedes retomar las cosas donde las dejó mi padre? —Se levanta ahora, da la espalda a Weed y cruza los brazos sobre el pecho—. Sé que fuiste tú quien preparó la pastilla —le dice en voz baja, aunque es incapaz de mirarle a los ojos.

Con esa frase acaba de reconocer que utilizó la pastilla para matar a su padre, así como la posibilidad real de que Weed fuese su cómplice en el asesinato. Es posible que no sean tan distintos como parecen, unidos como están por un momento histórico: un homicidio.

—No podría haberlo hecho sin ti —le dice volviéndose y mirándole por un momento antes de bajar la vista.

—Te aseguro que no sé de qué me hablas —dice Weed.

Perdiz no soporta ya las mentiras y la negación. Se acerca al médico, le empuja y lo coge por el hombro:

—¡Maldita sea! Si tanto admirabas a mi padre, ¿por qué lo hiciste?

Weed lo mira rebosante de odio. Se libera de la mano de Perdiz.

—Te he dicho que no sé de qué me estás hablando —repite fríamente.

Y entonces Perdiz sabe la respuesta; ya la ha dicho Arvin: «Quiero hacer bien lo que tu padre hizo mal». Desea tomar el mando.

El médico va hasta el sofá y se deja caer en él con todo su peso.

—Tú no sabes nada, Perdiz. Es la misma mierda de siempre: tú dando vueltas por ahí, haciendo de hijo de Willux, pero sigues sin hacer los deberes.

Perdiz vuelve a sentarse frente a él. Junta las palmas de las manos con fuerza.

—Eso no es del todo cierto. He estado en la cámara secreta de la sala de operaciones de mi padre y he aprendido mucho. De hecho tu nombre aparecía en un documento.

—¡Pues claro! Estoy metido en todo el meollo, Perdiz, y hace mucho tiempo. Ya cuando estábamos juntos en la academia, empezaron a atraerme a su núcleo más íntimo.

—Bueno, Weed, pues si es verdad que no sé nada, ¿qué tal si me iluminas un poco? Venga, cuéntamelo todo.

—Pues, por lo pronto, tu hermana y sus amigos han robado uno de nuestros aviones, que, por supuesto, estaba intervenido. Conocemos la ruta que han seguido y sabemos con toda probabilidad con quién han entrado en contacto allí (aunque eso sí: cómo han conseguido averiguar dónde estaban estos supervivientes es un misterio), y al parecer ellos sí que han hecho los deberes.

Perdiz hace caso omiso de la indirecta.

—¿De qué diablos estás hablando? ¿Un avión?

—Sí, para cruzar el océano Atlántico. Ya están volviendo.

Perdiz se ríe: no tiene sentido.

—¿El Atlántico? ¿En avión? Imposible.

—Aterrizaron en Newgrange, uno de los sitios favoritos de tu padre. Si has estado en la cámara secreta sabrás que salvó varios lugares sagrados y a la gente que tuvo la suerte de estar allí en esos momentos.

Newgrange. Perdiz rememora las clases de Glassings sobre antiguos túmulos funerarios y la obsesión de su padre por las cúpulas desde que era pequeño.

—Pero Pressia, Bradwell, Il Capitano y Helmud... ¿han ido hasta allí y han vuelto?

Arvin asiente.

—¿Por qué no me lo ha dicho Foresteed?

—Seguro que está en los informes.

—¡Yo no leo esos dichos informes! —exclama el chico, más para sí mismo que para su interlocutor.

—¿Lo ves? Ahí tienes la prueba de lo que te decía.

—Newgrange. En avión... —El mundo parece abrirse. Los chicos... han cruzado el océano—. Dios Santo —susurra—. Pero ¿han regresado ya? Suena peligroso.

—Lo que sé es que llegaron hasta allí y ahora mismo están de vuelta. La cuestión es por qué. ¿Qué creían que encontrarían allí? ¿Y lo consiguieron?

—¿Foresteed está siguiendo su avance?

—A él no le importan mucho ni tu hermana ni sus amigos. Tiene otros intereses.

—¿Como cuáles?

Arvin se sonríe.

—Pregúntale tú mismo.

—Arvin, mira, creo que entre los dos podríamos formar un consejo para mantener conversaciones entre gente de fuera y de dentro. Podemos ayudar a que se entiendan las dos partes. En eso precisamente es en lo que se equivocó mi padre. La gente está suicidándose, pero si conocieran a los de fuera, si conocieran a Pressia...

Weed lo corta:

—Eso es muy bonito, Perdiz, pero no funcionaría.

—¿Por qué no?

—Mientras los miserables lleven su parte de la historia en la piel, no habrá paz. El sentimiento de culpa, Perdiz. No se puede vivir con eso sin querer culpar a las víctimas y exonerarse uno mismo. Está en la naturaleza humana.

—Pero...

Weed menea la cabeza con una sonrisa en los labios.

—Voy a ponerte un ejemplo: tú quieres sacar a esa gente de la suspensión. ¿Se puede saber qué piensas hacer con ellos, eh? Hay algunos con deformidades, otros son incluso miserables. ¿Qué harás luego? ¿Darles un trabajo?, ¿ponerlos de cajeros en un supermercado?

—¿Y por qué no?

—Me he pasado los últimos días cosiendo muñecas abiertas, mirando heridas de bala como abismos, lavando estómagos... Por tu culpa.

—Un momento —dice Perdiz. Es la segunda vez que Weed le endilga las muertes y no es del todo justo—. Mi padre no tenía que haberlos atiborrado de mentiras.

—Entonces, mientras yo arreglaba tu entuerto, ¿tú te has dedicado a racionalizarlo todo? ¿A eso has consagrado tu tiempo?

—No, te he dicho que estuve en la cámara secreta, y ahora sé que mi padre sabía que se había equivocado, y que se acercaba el fin.

—Y ahí es donde viste mi nombre, ¿no es eso? —Weed se pasa la mano por la cabeza y se frota la sien—. Claro, ya me acuerdo de ese informe. Da mucho que pensar. Resulta que, después de todo, no somos la raza superior. Imagínate la cara que puso tu padre cuando lo vio. —Weed sonríe pero la sonrisa se le desvanece en segundos.

—De entrada tampoco entiendo qué le hizo pensar que éramos superiores. Nunca lo entenderé...

—¿Eso es lo que quieres de mí? ¿Que psicoanalice a tu padre?

—Eso no se lo pediría ni a mi peor enemigo. Pero lo que sí sé es que cuando a mi

padre no le gustaba una verdad, siempre encontraba la forma de cambiarla. —Perdiz se lleva la mano al bolsillo y saca la hoja con los datos científicos que cogió de los archivos de Willux. No quiere enseñársela a Weed, pero ¿a quién más puede mostrársela?—. Explícame esto.

Weed coge el folio, lo mira por encima y se lo devuelve.

—Es una receta.

—¿Para hacer qué?

—Gente.

—No entiendo. ¿Gente?

—¿Cómo vas a entenderlo? Tú estás haciendo una persona a la vieja usanza: dejando preñada a una chica.

—Sabes perfectamente cómo se llama. No es «una chica» cualquiera. Límitate a explicarme los datos, ¿quieres?

Weed sonríe, contento de haberle provocado, y vuelve a recostarse.

—Era la receta para hacerlos desde cero. Una pizca de ADN de puro, una pizca de la raza más fuerte, los miserables. Una clonación por aquí, una crianza por allá.

—¿Le diste tú la receta?

Weed se ríe.

—Esto es material muy avanzado. A saber de dónde lo sacó... Pero de nosotros no. Esto es tecnología punta.

—De modo que pensaba construir su propia superraza desde cero.

—No es que pensara construirla, sino que ya está en proceso. De hecho, yo estaba contigo cuando los viste.

—¿Los vi? ¿A quiénes?

—Tal vez esa sea una de las lagunas que todavía no has despejado. Además, estabas ligeramente drogado. Fue cuando te llevamos al lavado.

—¿Te refieres a cuando casi me ahogas?

—Tu padre prefería el término «bautizo».

—¿Qué es lo que vi? ¿Dónde?

—A los bebés... las filas y filas de bebés diminutos.

Y entonces Perdiz se acuerda... con todo lujo de detalles: una cristalera como la de una maternidad gigante, pero donde todos los bebés eran prematuros, diminutos, muy arrugados; algunos berreaban mientras otros dormían plácidamente. Bebés. Él iba tendido —no, atado con correas— y lo llevaban... lo llevaban en una camilla.

—Un Nuevo Edén se merece sus propios Adanes y sus propias Evas —dice Weed—. Willux también renegó de la gente de la Cúpula: somos débiles y vulnerables, con pulmones delicados y corazones irritados. Hacia el final empezó a odiarnos, Perdiz. Y cuando saliste fuera y lograste sobrevivir, se sintió orgulloso de ti, y eso que no te habían dado toda la codificación que le habían metido a tu hermano. Estabas ahí solo, en bruto, solo y sobreviviendo. Tenías que haber oído cómo hablaba de ti...

Weed parece asqueado por el recuerdo. Y a Perdiz le cuesta creerlo. Su padre

siempre dio muestras de sentirse muy decepcionado por su benjamín. Aunque luego se acuerda de la sala de operaciones y de todas esas fotos de su infancia y esas cartas de amor... Tal vez a su padre se le daba muy bien ocultar el amor y el orgullo.

Así y todo no está seguro de qué pensar. Lo que sentía su padre por él es tan retorcido y tan imposible de definir...

—Él nunca me dijo que estuviese orgulloso de mí. Jamás en la vida.

Salvo al final, antes de morir —sabiendo que Perdiz lo había envenenado—, cuando le dijo: «Tú eres mi hijo. Eres mío». Aquello hizo que Perdiz por primera vez sintiera que su padre se veía reflejado en él. Cuando lo piensa ahora, es como si Willux estuviera diciéndole que los dos eran iguales, e incluso que Perdiz estaba condenado a convertirse en su padre, lo que, viniendo de él, habría supuesto todo un cumplido.

—Él solo se quería a sí mismo.

—Bueno, el caso es que esos nuevos Adanes y Evas se convirtieron en su pueblo, en su esperanza. Para él eran el futuro. —Weed se levanta—. Deberías verlo con tus propios ojos.

—¿Y qué pasa con el pequeño Jarv Hollenback? ¿Lo has sacado de la suspensión? ¿Ha vuelto con sus padres?

Weed asiente.

—¿Y los Hollenback están contentos de tenerlo de vuelta? —Es una pregunta tonta pero Perdiz quiere oír algo bueno: algún efecto positivo de su presencia allí, aunque sea pequeño.

—Bueno, la señora Hollenback...

—¿Qué le pasa?

—Que está en el hospital.

—¿No habrá intentado...?

—Y casi lo consigue.

Se acuerda de la última vez que la vio: en la cocina, con las manos llenas de harina y el miedo en la voz: «Qué suerte tenemos —dijo—. Qué suerte la nuestra». Y de lo mucho que la mujer quería creérselo. La señora Hollenback, la profesora de historia del hogar como forma de arte... La recuerda entonando una canción sobre un muñeco de nieve. ¿Cómo habrá intentado suicidarse? No quiere ni pensarlo... Pero si Jarv había vuelto, ¿por qué ahora? ¿Dónde habrían quedado su resistencia, sus ganas de vivir?

—Quiero verla... ya, antes de nada. —Se frota las manos, pensando en culpa y sangre—. Y luego quiero ver la maternidad. Y no quiero que Forested me cuente más historias sobre la escalada de muertos ni más datos. Me gustaría ver a la gente.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Weed parece apreciar el gesto.

—De acuerdo.

—¿Crees que la boda puede ayudar... en algo? No sé... ¿Tú crees que solo necesitan una distracción?

—Se lo has arrebatado todo. La boda les dará algo en lo que centrarse, para poder recuperar el norte. —Perdiz asiente aunque tenía la esperanza de que Weed le hubiese dado alguna razón para echarse atrás—. Además, ¿quién no querría casarse con Iralene?

Perdiz lo mira y siente un entumecimiento repentino.

—Tú ya sabes de quién es mi corazón.

Weed se rasca la cabeza y se encoge de hombros.

—Sobre gustos no hay nada escrito.

—Quiero que me lleves a la clínica —dice Perdiz—. Tengo que ver las cosas con mis propios ojos.

Weed ladea la cabeza y le dice:

—Y yo quiero hablar con tu hermana, Perdiz. Si no se estrellan en ese avión, quiero saber lo que sabe.

—¿Crees que se estrellarán?

—A saber si llevan un piloto de verdad a bordo. Las posibilidades son más bien remotas, ¿no te parece?

Perdiz no está tan seguro. Recuerda al instante lo mucho que Il Capitano quería a su coche. Se volvería loco por un avión. Apostaría cualquier cosa a que es él quien va a los mandos. ¿Se le dará bien? No sabría decirlo, pero siente una inyección de confianza en Il Capitano, basada tan solo en la fuerza de voluntad de su amigo.

—Yo no puedo decirte qué sabe o deja de saber mi hermana.

—Tú confía en mí. Sabe algo. ¡Algo sabe!

Il Capitano

Crazy John-Johns

Il Capitano va en el asiento del piloto, echado hacia delante porque tiene a Helmud a la espalda. *Figman* está en el de copiloto, proyectando mapas brillantes del territorio que sobrevuelan. Van escrutando el horizonte en busca del parque de atracciones Crazy John-Johns. Le gustaría no tener que volver, pues la última vez estuvieron a punto de morir allí. En su recuerdo todavía ve a Helmud por encima de su hombro apuñalando todos los ojos de terrones que veía parpadear en la tierra, así como sus moles surgiendo del suelo, la pierna de Hastings mordida por los dientes de un cepo, y cómo tuvieron que cortársela para liberarlo... media pierna menos. Y su coche, ¡cómo quería a ese puñetero trasto! Pero allí se quedó varado.

Hastings... ¿Habría sobrevivido a la cirugía de la pierna? Pudieron ir mal muchas cosas: un cirujano torpe que sajó sin querer una arteria principal, pérdida de sangre, deficiencias higiénicas que derivaron en infección.

¿Y si resulta que está muerto?

Mierda.

El paisaje sigue igual de polvoriento y estéril. La última vez fue un aterrizaje forzoso. Ahora le gustaría hacerlo bien pero anda distraído pensando en lo que dijo Pressia: que tal vez un día fuese posible que Helmud y él se separaran. El vial tiene propiedades para regenerar células. Podría utilizarse en Helmud, en la parte donde las costillas de su hermano están ligeramente encajadas con las suyas, y por donde las piernas se funden con el cuerpo de Il Capitano. Se imagina un procedimiento para regenerar a su hermano trozo por trozo, mientras los van separando el uno del otro, operación tras operación. ¿Sería posible?

Helmud lleva tanto tiempo formando parte de él que no se imagina cómo sería volver a estar solo. Se dice que sería la leche. Quiere ser ese hombre: ese hombre propio. Pero cada vez que lo piensa siente también un dolor en el pecho, como si el corazón de Helmud —que palpita siempre justo por detrás del de Il Capitano— sintiera la traición y aplicara una presión punzante, de corazón a corazón.

Si funcionase, ¿le serviría a Pressia para verlo como una persona normal, un hombre por sí solo... alguien de quien pudiera enamorarse?

Está detrás con Bradwell en la parte de los pasajeros. Ojalá pudiera albergar cierta esperanza al pensar que esos dos no van a volver a estar juntos. Pero sabe que no tiene ninguna oportunidad con Pressia, con o sin Bradwell.

Ella tiene lo que quiere —el vial y la fórmula— e Il Capitano tiene la bacteria. Cuando estaba en su cuarto le pidió cinta a un cuidador para pegarse el estuche plano y cuadrado en la espalda, justo delante del pecho de Helmud.

—Comprueba, Helmud —le dice.

Nota enseguida cómo los dedos de su hermano tantean el estuche.

—Comprueba —dice este.

Es cierto que no tiene sus armas pero jamás en la vida ha estado más armado.

El Crazy John-Johns empieza a dibujarse entre la ceniza. El avión desciende conforme va dejando que entre aire en los *buckys*. Ve el cuello larguirucho de la montaña rusa sobresaliendo en el aire lleno de hollín, así como el ti vivo volcado; sin embargo todavía hay demasiada ceniza para distinguir la cabeza partida del gigante Crazy John-Johns, con su cara siempre sonriente de payaso, su nariz bulbosa y su cráneo calvo. El polvo es demasiado espeso. ¿Por qué será?

—¡Algo no va bien! —les grita a Pressia y Bradwell.

—Algo —susurra Helmud.

Fignan emite una serie de pitidos nerviosos.

—¿Qué pasa? —grita Pressia a su vez.

Sobrevuelan el parque de atracciones y luego empiezan a girar hacia atrás. Una alambrada alta rodea el parque pero la tierra que linda con ella está moviéndose como si los terrones estuvieran saliendo a la superficie, surgiendo de la tierra. Algunos se dirigen a grandes zancadas hasta la valla, mientras otros la zarandean con las zarpas.

—¡Los terrones se han sublevado! —Los supervivientes están defendiendo el parque con pistolas de aire comprimido y dardos. Los terrones tienen el punto débil en los ojos, su parte más humana. Cuando los alcanzas en los ojos, se desploman y los demás los devoran a todo correr—. No van a poder con todos. ¡Son demasiados! ¡Los hay a cientos!

Il Capitano no ve a Hastings y se le empieza a hacer un nudo en el estómago. Pressia lo ha convencido de que lo necesitan. Es un morador de la Cúpula, una creación de la élite de las Fuerzas Especiales. Pero lo desintervinieron, por supuesto, comprometiéndolo así ante los puros, aunque siempre puede decir que lo hicieron contra su voluntad. Podría regresar a la Cúpula como mensajero de guerra. Además, es amigo de toda la vida de Perdiz. Seguro que el chico lo acepta de vuelta, ¿no?

—¡Ve a Fandra! —grita Pressia.

—¡Y a Hastings! —grita a su vez Bradwell.

A Il Capitano no se le había ocurrido mirar en la montaña rusa pero ahí están, subiendo por los raíles como si fuesen escalas. Hastings va encorvado y tiene mala cara, aunque sigue siendo alto y musculoso. Parece que lleva una prótesis oculta bajo la pernera del pantalón, salvo por una cuña de metal: su pie actual. Con el armamento alojado en los brazos, se detiene —con el viento pegándole en la cara y agarrado por un brazo a la montaña rusa— y dispara contra los terrones. Con su buena puntería, acierta a unos cuantos, que se retuercen y caen al suelo. Son demasiados, sin embargo. Fandra va subiendo tras él. Tiene el cabello más brillante que una bandera dorada; aunque lo lleva recogido atrás, algunos mechones le van dando en la cara.

—¡No puedes aterrizar, con tantos terrones! ¡Nos rodearían! —grita Bradwell.

Tiene razón. Hastings y Fandra están trepando para llegar hasta ellos.

—¿Qué quieren, subir a todo el mundo por aquí? —pregunta a gritos Il Capitano.

—¡Son demasiados! —chilla Bradwell.

Entre la ceniza y el polvo Il Capitano acierta a ver cuerpos que corren de acá para allá. Bradwell tiene razón: hay más supervivientes que la última vez. *Fignan* ha extendido sus patas y está intentando recabar datos de la gente que hay abajo. Da un número aproximado —setenta y dos—, la proporción de hombres y mujeres y sus edades aproximadas.

—¡Ahora no, *Fignan*! —le dice Il Capitano.

—¡Ahora no! —recalca Helmud.

Aquello significa que hay más gente que ha arriesgado su vida para llegar hasta allí: mala señal. Ha pasado algo en la ciudad. «¿Y ahora qué? —piensa—. ¿Qué más?» Siente una náusea, un miedo familiar que le oprime el pecho.

—¡Necesitamos a Hastings! —grita Il Capitano.

—¿Por qué están atacando? —pregunta Pressia—. La música los disuadía. ¿Qué ha pasado con la música?

—No la oímos con el ruido del motor —explica Il Capitano.

La música mantenía a raya a los terrones, a pesar de que no era más que una tonta melodía pegadiza del parque de atracciones: «*Dinky dinks and diddly dinks...*». Pero los supervivientes la utilizaban para disuadir a los terrones retransmitiéndola por unos viejos altavoces antes de abrir fuego. Los bichos habían llegado a temerla.

—No es nada, es solo que no podemos oírla. Estamos aquí aislados —dice Bradwell.

Il Capitano pulsa un botón y el aislamiento se rompe al abrir unos centímetros una ventanita. Oye movimiento, probablemente de Pressia y Bradwell corriendo a la abertura.

Al principio solo se oye el rugido del viento pero luego oyen un grito... y otro.

—No creo que eso sea música —insiste Pressia.

—Sin música... —chilla Bradwell, y luego susurra lo que todos saben— morirán.

Il Capitano vuelve a sobrevolar el Crazy John-Johns, esta vez tan bajo que ve las caras retorcidas y derretidas de los caballos del tiovivo. Y distingue también varios terrones embistiendo con sus pesados cuerpos la alambrada y recibiendo los disparos de aire comprimido, que levantan nubes de polvo de sus pechos y espaldas. Hay como una docena sacudiendo la valla, que está cediendo por el peso.

Y justo entonces se cae del todo, al salirse de los postes y plegarse sobre sí misma. Los terrones la sobrepasan y se dispersan por el parque.

Los supervivientes empiezan a gritar y a salir disparados de un lado a otro.

—¡Me cago en Dios! —dice Il Capitano.

—¡Dios! —dice Helmud.

Oye que Pressia chilla:

—¿Qué crees que estás haciendo?

Bradwell aparece por la puerta de la cabina.

—Han entrado.

—Ya lo sé.

—¡Dios! —repite Helmud.

—Tenemos que acercarnos a la montaña rusa —sugiere Bradwell— e intentar aupar a Hastings.

—Y a Fandra.

Pressia aparece también en la cabina y dice:

—No va a querer venir con nosotros. La conozco y no querrá dejar a los demás. Está subiendo por alguna razón, pero no para escapar.

Bradwell mira por el parabrisas.

—Será mejor que te des prisa.

—Voy a acercarme todo lo que pueda —promete Il Capitano.

—Todo —corroborra su hermano.

Deja entrar más aire en los *buckys*. La aeronave se inclina por un momento hacia un lado y Pressia y Bradwell se tambalean y tienen que agarrarse a las paredes. El viento arrecia desde el oeste y el aparato se inclina hacia ese lado.

—Si despliego las patas de aterrizaje, podrá agarrarse.

Hastings ha llegado a lo alto de la montaña rusa, con Fandra a la zaga. Ambos están agarrados con fuerza. El aire de ceniza revolotea a su alrededor.

—Con este viento va a ser más difícil pegarse —masculla Il Capitano.

—Tú puedes, Capi.

—La última vez lo estrellé. ¡Lo estrellé!

¡Dios Santo! Lo estrelló, y podían haber muerto. Se acuerda de lo cerca que pasó el suelo bajo sus pies. Cuando quiso prepararse para aterrizar, todo se volvió negro.

—Bradwell tiene razón —insiste Pressia—. Tú puedes. Lo sabemos.

—Lo sabemos —lo anima también Helmud.

Il Capitano aprieta con más fuerza los mandos y se inclina hacia delante. Vuelve a describir un círculo. Los terrones están infestando el parque. Hay varios apiñados en torno a un cuerpo... ¿de un superviviente?, ¿de otro terrón? Están dándose un festín.

Por delante Hastings y Fandra esperan en lo alto de la montaña rusa, con sus ropas ondeando al viento.

Y entonces se tambalean. Se miran el uno al otro y luego abajo.

—¿Qué pasa? —pregunta Pressia.

—Los terrones —explica Bradwell.

Il Capitano ve que se ha congregado un grupo nutrido a los pies de la montaña rusa y arremeten contra ella con los hombros.

—No podemos dejar a Fandra. No podemos abandonarles.

—¿Y qué alternativa tenemos?

—Es demasiado horrible tener que imaginar que van a morir todos. Es demasiado.

Pressia tiene los ojos llenos de lágrimas; se lleva la mano a la cara y se mete la

cabeza de muñeca bajo la barbilla. Il Capitano quiere reconfortarla pero no puede; aunque pudiera apartar las manos de los mandos, no la tocaría delante de Bradwell.

Pero justo cuando él también empieza a dejarse llevar por el horror —con los terrones devorando a los supervivientes en el parque de atracciones bombardeado—, unas mínimas notas se elevan en el aire: *Fignan*. Está emitiendo una grabación que debió de hacer la última vez que estuvieron allí.

Todos se vuelven para mirar a *Fignan*, que, ante la repentina atención, baja la voz.

—¡*Fignan*! ¡Lo tienes! —le grita Pressia.

La caja despliega su hilera de luces, orgullosa.

—Y también puede retransmitirlo en alto, ¿verdad? —le pregunta Il Capitano a Bradwell.

—En alto —dice Helmud.

—Sí, pero... —empieza a decir Bradwell.

—Tenemos que dárselo —decide Pressia.

—Esperad. Tiene que haber otra forma.

—¡Pero *Fignan* puede salvarlos! No sabemos qué ha podido pasarle al sistema de sonido del parque.

—Pero no podemos dárselo así sin más. Contiene información muy importante. No hay otro como él.

—Es nuestro deber, si no, morirán. Lo necesitan.

Y entonces las luces de *Fignan* parpadean y vuelve a emitir la melodía: ligera, suave y acelerada.

—Id a la puerta de salida y preparaos para aupar a Hastings y bajar a *Fignan*. Ya me las arreglaré yo para mantener estable este cacharro.

—Sigue poniendo la música, *Fignan* —le pide Pressia, que lo coge y se lo lleva a la parte de atrás del avión—. Lo más fuerte que puedas.

—Ten cuidado —le dice Bradwell siguiéndola. *Fignan* se ha convertido en un buen compañero para él, un viejo amigo.

La caja pone la música a todo volumen hasta que las notas resuenan estridentes y penetrantes, incluso a pesar del rugido de los motores. Il Capitano despliega las cuatro piernas largas que sirven para estabilizar el aparato en el suelo. Hastings sigue teniendo la fuerza, la agilidad y la velocidad codificadas; con suerte tendrá energías suficientes —pese a haber perdido sangre e incluso una extremidad— para agarrarse. Las patas de aterrizaje emiten un sonoro zumbido al encajar en su sitio.

Il Capitano siente que entra una fuerte bocanada de aire por la parte de atrás: Pressia y Bradwell han abierto la puerta. En cuanto Il Capitano deja pasar más aire en los *buckys*, el avión se inclina, se mece y se desliza hacia Hastings, quien se ha enganchado con la pierna que le queda al último peldaño de la montaña rusa, que se tambalea con los golpes frenéticos de los terrones a sus pies. No podrá saber si ha bajado la velocidad lo suficiente para que se agarre Hastings porque, al pasar, se

quedará por debajo del casco.

Lo último que acierta a ver es a Fandra, que está mirando a los terrones de abajo, y a Hastings, que extiende ambas manos para subirse.

Perdiz

Carbón

Arvin Weed conduce a Perdiz y Beckley por un ala del centro médico. Va explicándoles que la señora Hollenback comparte una habitación que debería ser individual.

—Ahora mismo no podemos hacer otra cosa. De todas formas, hemos trasladado temporalmente a los otros dos pacientes para que... tengáis más intimidad. Esto parecía una casa de locos —le cuenta Weed—. Llegó un momento en que teníamos camas hasta en los pasillos.

El comentario le oprime el pecho a Perdiz; le gustaría que su padre muerto siguiera cargando con la culpa, pero ¿cuánto tiempo puede seguir con eso? «Racionalizar», así lo llamó Weed, y tenía razón.

Solo ve a un par de integrantes del personal médico, discutiendo los historiales de unos pacientes. Todas las puertas por las que pasan están cerradas. Se siente culpable por haber pensado que Foresteed había inflado los datos de la epidemia de suicidios. Tal vez solo quería una razón para no creerlo y no tener que aceptar la culpa.

—¿Sabe la señora Hollenback que voy a visitarla?

—He pedido que la preparen para la visita y le he preguntado a varios especialistas si lo creían conveniente. Al parecer piensan que puede hacerle mucho bien. Ella te quería como a un hijo, ya lo sabes.

Perdiz lo que sabe es que lo aceptaba en su casa y era amable con él, pero es cierto que también albergó siempre la sensación de ser en cierto modo una carga.

—Se portaba bien conmigo —se limita a decir.

Llegan hasta la puerta de la habitación. Su nombre aparece en el historial médico, un soporte enganchado a la puerta cerrada: HOLLENBACK, HELENIA. MUJER, EDAD 35.

¿Solo treinta y cinco años? Siempre le ha parecido mucho mayor.

Weed se aposta a unos palmos de la puerta. A Perdiz le extraña entonces lo adulto que se le ve: médico, científico, genio. Arvin lo odia desde hace tiempo: es lo que ha deducido Perdiz de la acalorada discusión que tuvieron en su piso. Así y todo, no puede evitar que lo impresione: él parece ya un adulto mientras que Perdiz tiene la sensación de estar fingiéndolo.

—Tus padres deben de estar orgullosos de ti —le dice Perdiz, tal vez con ganas de hacer tiempo (le asusta el estado en que va a encontrarse a la señora Hollenback) —. ¿Cómo andan?

Puede que Perdiz no esté seguro de la filiación de Arvin pero de lo que no hay ninguna duda es de que sus padres estaban en la lista de su madre: la de Cygnus, la de los buenos.

—Pues ahora están refriados.

—¿Refriados? Espero que no sea nada serio.

—Nada serio, no —dice Arvin, que acto seguido le pone una mano en el hombro y le dice—: Suerte ahí dentro.

—Me quedaré aquí fuera montando guardia —anuncia Beckley.

Perdiz asiente, respira hondo y llama a la puerta.

—Mejor abre la puerta sin más —le aconseja Weed—. Tiene la voz muy débil y no va a poder decirte que pases. Yo estaré en el mostrador de las enfermeras.

—Espera. ¿No vas a decirme cómo intentó matarse?

Weed sacude la cabeza.

—Ya te lo contará ella si le parece —dice, y se aleja por el pasillo.

Perdiz pone la mano en el pomo, lo gira lentamente y entra en la habitación, que reluce de lo limpia que está, con todo muy blanco y muy iluminado. Deja atrás dos camas, las de los pacientes que han trasladado para la visita de Perdiz; de las barras cuelgan correas sueltas, una imagen que le resulta escalofriante.

Oye la voz de la señora Hollenback en un susurro ronco:

—¿Eres tú?

Se acerca a la cortina que rodea la cama y alarga la mano... Y entonces se acuerda de su propia madre, del recuerdo borroso del cuartito donde Pressia y él la encontraron, de la cápsula con la tapa de cristal, su cara serena, sus ojos abriéndose... Retira la cortina y dice:

—Sí, soy yo.

Encuentra a una mujer muy delgada y pálida con los ojos hundidos en las cuencas. Lleva puesto un camisón del hospital que le queda tan grande por el cuello que tiene que llevarse una mano al pecho para sujetárselo, como si estuviera jurando ante un tribunal. Lo más perturbador de todo, sin embargo, es el aspecto de su boca: ennegrecida por completo, los labios parecen de ceniza y, al sonreír, tiene hasta los dientes negros, como si hubiera masticado carbón. La boca parece un pozo sin fondo.

La mujer alarga la mano y Perdiz se apresura a acercarse para cogérsela. Tiene la mano huesuda y fría, igual que un niño en invierno.

—Ay, Perdiz —le dice con la voz desgarrada.

No sabe si se lo ha dicho con cariño o como el principio de una reprimenda. Ha sido una especie de madre para él. En los últimos años ha sido ella la que le ha puesto regalos bajo el árbol de Navidad, la que le ha dado una cama caliente y ha compartido con él sus raciones de domingo. Julby y Jarv lo trataban como a un hermano mayor.

—¿Cómo está?

—Estoy bien... Estoy viva, ¿no? —El gesto del rostro se le tensa en una sonrisa dolorosa.

—Cuando se ponga usted bien comeremos todos juntos, su familia, Iralene y yo —le dice, queriendo hacer cualquier cosa por compensarla—. ¡Le debo muchas comidas!

La mujer sacude la cabeza y repite:

—Ay, Perdiz.

—Usted es como de mi familia.

La mujer vuelve a recostar la cabeza en la almohada y susurra:

—¿Y qué sabemos aquí de familia?

—Usted me enseñó lo que era una familia... Y Jarv ha vuelto a casa, ¿no es así?
¿No quiere volver a casa con Julby y Jarv?

—Jarv. —Aprieta el camisón de papel con el puño, lo retuerce con fuerza y cierra los ojos—. ¿Sabes por qué no está bien? ¿No lo sabes?

—No —musita Perdiz.

—Ha salido a mí —le explica abriendo los ojos y volviendo a fijarlos en él—. Estoy mal por dentro, enferma... Si me abriesen en canal, Perdiz, solo encontrarían podredumbre. ¿Me entiendes? Llevo muriéndome desde que entré en la Cúpula. Podrida por dentro, eso es lo que estoy.

—Eso no es verdad. Ha sido una madre y una profesora estupenda. Todo el mundo la quiere.

La mujer meneaba la cabeza.

—No me conocen.

—Yo sí, ¡yo sí la conozco y la quiero!

—¿Sabes lo que hice para acabar en esta cama de hospital?

No está seguro de querer saberlo.

—Eso es algo personal. No tiene usted que contármelo si no quiere.

—Me tomé todas las pastillas que pillé: las de Jarv, las de mis migrañas, las de Ilvander de la espalda, hasta las de calmar a Julby cuando le da una de sus rabietas. Me las tomé todas. Me quería morir, lo necesitaba. Pero no me dejaron. Me lavaron el estómago y me dieron píldoras de carbón para limpiarme. Pero no hay manera de limpiarme... no es posible. Jamás.

—Señora Hollenback... No...

Esta alarga la mano para cogerlo por la manga de la camisa.

—Contaste la verdad. Eso me despertó...

Perdiz no quiere echarse a llorar pero nota cómo se le tensa el pecho de la culpabilidad.

—No quería decir lo que dije... al menos no como usted lo entendió. Yo no quería, señora Hollenback. De haber sabido que iba a pasar esto, no habría...

—¿Sabes a quién abandoné yo y dejé morir al otro lado de la Cúpula? Mi padre era amigo de un hombre que tenía sitios reservados para él, su mujer y sus dos hijas. Pero una de ellas era una revolucionaria y se negaba a entrar. Yo escuché cómo hablaban nuestros padres. El hombre le dijo: «Si al final sale mal, nos llevaremos a una de tus hijas con nosotros, en lugar de a la nuestra. Ojalá pudiera ofrecerte algo más». Éramos tres hermanas. ¿A quién escogerían mis padres? Yo tenía ventaja: era la única que sabía que competíamos. No se lo conté a mis hermanas y, en lugar de

eso, tramé un plan con Ilvander, que ya tenía un puesto dentro. Le dije a mis padres que estaba embarazada porque sabía que nunca descubrirían que era todo un montaje para ser la elegida. Aunque estaba muy mal visto, sabía que me escogerían a mí si llevaba un crío dentro. Y luego las cosas se precipitaron, mucho antes de lo que todos esperaban. Me llevaron y mis hermanas se quedaron fuera con mis padres, y es posible que todos murieran. Tú lo dijiste: somos todos cómplices. Yo también soy una asesina, Perdiz, como tu padre. Yo los dejé morir, tendría que haber muerto con ellos...

El chico se queda aturdido por la historia y solo acierta a mascullar:

—No diga eso. El suicidio nunca es la respuesta.

—No era un suicidio, era una muerte que debía desde hace mucho tiempo.

A Perdiz está entrándole el pánico. ¿Cómo puede arreglarlo?

—Mi boda es un acontecimiento por el que mirar al futuro. Quiero que venga... toda su familia... y que se sienten en primera fila.

—Dijiste la verdad.

—¿Y si en realidad mentí?

—No mentías.

—¿Y si le digo que... —por unos segundos no respira. ¿Será capaz de contarle la verdad y de asumir parte de culpa para liberarla un poco?—... yo también lo soy?

—Tú eras muy joven, no entendías lo que estaba pasando... aunque nosotros tampoco. No.

—Es usted la que no me entiende. Yo lo maté. Soy un asesino.

La señora Hollenback escruta su rostro y le pregunta:

—¿Lo mataste?

Perdiz no está seguro de si ha entendido de quién habla.

—Tenía que detener a mi padre. —Ahora que ha dicho esas palabras en voz alta quiere contárselo todo—. No me dejó más remedio. Planeaba...

La mujer le tapa la boca con una mano mientras que con la otra se lleva un dedo a los labios ennegrecidos. Tiene los ojos colmados de lágrimas. Sacude la cabeza y deja caer las manos sobre la cama. Se queda mirando el techo mientras susurra:

—Perdónanos. Perdónanos a todos.

Pressia

Humo nuevo

Pressia tiene medio cuerpo fuera del avión; está intentando darle a Hastings la caja para que se la pase a su vez a Fandra. Después de eso tendrá que tirar del chico hacia dentro. El viento revuelve el pelo de Pressia y se lo mete en la boca, le azota las mejillas y se le cuele en los ojos. Coge con fuerza a *Fignan* y lo baja hacia Hastings, confiando siempre en Bradwell, que está sosteniéndola por la cintura, con unas manos que le son familiares a la par que extrañas. Las alas le crepitan por las embestidas del viento racheado.

—Está bien —le asegura Bradwell—. Te tengo. Sigue.

Fignan está emitiendo la sintonía del parque temático a tal volumen que ya ha hecho retroceder a algunos terrones. Aun así todavía hay quienes siguen zarandeando los pilares ruinosos de la montaña rusa. Hastings tiene los brazos extendidos, mientras que Fandra está aovillada a su lado y se encoge cada vez que los terrones embisten la base.

—¡Más espacio! ¡Que vaya más lento! —le grita Pressia a Bradwell. Le sienta bien gritarle después de la pelea que han tenido y de la distancia que los separa.

—¡Hace lo que puede! —le grita este a su vez.

Conoce tan bien su rostro —las cicatrices alargadas, los párpados, las pestañas— que se imagina perfectamente la cara que está poniendo, en una mueca de esfuerzo por cogerla, con el ceño fruncido. Está tan cerca que ve las arrugas de los nudillos de Hastings, con la arena fina pegándole en las mejillas y el brillo de las armas de los brazos.

De repente el viento levanta el extremo delantero de la aeronave. Da la sensación de que Hastings estuviese cayéndose. Quiere tirarle la caja a Fandra con la esperanza de que la coja, pero no puede arriesgarse.

—¡No hemos podido! —chilla.

Un zumbido más sonoro le confirma que Il Capitano está al tanto y va a dar la vuelta para hacer un nuevo intento. Ha faltado tan poco...

Bradwell vuelve a subirla al interior y se sientan a recuperar el aliento.

—A lo mejor puede volver a acercarse de cara al viento —dice Bradwell sin mirarla apenas—. Hemos estado a nada.

—Sí, muy cerca —corroborra Pressia.

Y al decir esas palabras, le entran ganas de decírselas a él respecto a su relación. Estaban muy cerca, enamorados. Y ahora aquello: el silencio prolongado, la tensión, la decepción. Quiere volver a sentir el hormigueo cuando él pasa a su lado, y no ese golpe seco de miedo que experimenta ahora. Estar allí tan cerca de él debería hacerla sentir segura, feliz, aunque esté a punto de sacar medio cuerpo fuera de un avión a

decenas de metros del suelo.

—Esta vez lo conseguiremos —dice Bradwell.

Pressia asiente. Para ellos, en cambio, no hay esperanza, ¿verdad? Mira atrás, hacia el parque de atracciones, la montaña rusa que parece una serpiente gigante troceada, el horizonte gris. Fandra tiene allí su hogar, y Pressia va a ayudarla a salvarlo. Echa de menos el suyo propio; por sucio y destrozado que esté, no le queda mucho para volver y eso le produce un extraño alivio.

El avión avanza y se aproxima a los brazos extendidos de Hastings.

Pressia se dirige de nuevo a la apertura y alarga el cuerpo hacia el chico, con Bradwell cogiéndola con fuerza por las caderas. La nave pega una breve sacudida hacia delante y luego, casi en un alto total, Pressia puede dejar caer a *Fignan* a tan solo unos centímetros de las manos de Hastings.

—¡Lo tiene! —chilla.

Hastings se apresura a volverse y darle a Fandra la caja negra, que sigue emitiendo su música hipnotizadora. La chica lo mira a través de la maraña de pelo, de la arena, la tierra y la ceniza, y le sonrío. Este se gira entonces y se cuelga de una pata del avión. Se balancea por un momento y luego busca los ojos de Pressia para decirle que está preparado para subir.

—A la de tres —le dice.

La chica asiente.

Bradwell la coge con más fuerza aún.

—Uno, dos, ¡tres!

Hastings salta de la pata del avión y coge la mano de Pressia, que tira de él con todas sus fuerzas. Bradwell dobla los brazos y tira a su vez. A sus pies el suelo es un borrón. El viento le llena los pulmones y el ruido del avión ruge en sus oídos: es abrumador. La mirada de Hastings rebosa confianza y determinación, y ella misma siente la intensidad de su propia fuerza, mientras tiran entre los dos del otro, hacia la seguridad del avión. Pressia es el eslabón que salva a Hastings del cielo y del suelo. Bradwell los arrastra hasta bien adentro, se cae hacia atrás con sus enormes alas y Pressia acaba encima de él, mientras Hastings sale rodando, su prótesis metálica repicando contra el suelo.

—¡Sigue, Capi! ¡Lo tenemos! —grita Bradwell—. ¡Sigue!

El soldado se incorpora y se apresura a volver hacia la puerta abierta de la cabina. Hace ademán de subir la mano pero la deja caer, sin fuerza, y tiene que sentarse en el suelo y apoyarse en la pared, con la ayuda de la pierna buena.

Bradwell cierra la puerta de la cabina, le pone el seguro y se sienta en el borde del asiento.

Pressia corre hacia la escotilla. Los terrones se alejan atropelladamente de la música de *Fignan*, arrastrando sus pesados cuerpos hacia el otro lado de la alambrada rota. Ve a Fandra y cruzan una mirada. Pressia extiende la mano sobre el círculo de cristal. Su amiga le hace un gesto con la cabeza y le sonrío. En sus labios lee un

«¡gracias!». Le gustaría parar el tiempo y poder confiarse a ella, contárselo todo, pero el avión se aleja ya a toda velocidad y se escora hacia la izquierda.

—¿Está todo el mundo bien?

—¿Bien? —repite Helmud.

—¡Todos bien! —anuncia aliviado Bradwell.

—Menos mal que lo hemos conseguido —le dice Pressia a Hastings.

Acto seguido ve parte de la prótesis. Ella misma se especializó en hacerlas cuando trabajaba en el cuartel general de la ORS, y ve que, aunque parece un trabajo concienzudo, las articulaciones no son muy flexibles. La pantorrilla está compuesta por dos piezas de metal arqueadas. Sin duda habrán tenido donde elegir entre tantas atracciones caídas.

—Sí, lo hemos conseguido —dice Hastings respirando todavía trabajosamente—, pero no estamos bien, no todos estamos bien.

Bradwell se incorpora y pregunta:

—¿Por qué hay más supervivientes en el parque de atracciones?

—Tuvieron que dejar la ciudad, ya no era segura.

—Nunca lo ha sido —le recuerda Pressia.

—Ahora es peor. Ataques... nuevos ataques.

—¿De qué clase? —quiere saber Bradwell.

—De las Fuerzas Especiales, aunque ni tan siquiera son tropas potenciadas. Por lo que cuentan los miserables, la Cúpula ha enviado soldados que no son más que niños mínimamente musculados. Las fusiones de las armas de los brazos son tan recientes que tienen la piel de alrededor levantada. —Hastings traga saliva—. No sé qué estará pasando en la Cúpula pero es preocupante.

—¡Pero ahora Perdiz está al mando! —interviene Pressia—. ¡Las cosas tendrían que estar mejor!

—¿Que Perdiz está al mando? ¿Es que Willux ha...?

—Muerto, sí —termina la frase Bradwell—. Esto no me gusta. ¿De qué clase de ataques estamos hablando?

—De ataques cruentos —explica Hastings—. Los niños soldado están matando a todo el que pillan por la ciudad, es una auténtica carnicería, aunque las madres han entrado en acción y están diezmándolos. Ambos bandos están sufriendo muchas bajas.

Pressia siente una especie de puñetazo en el estómago. «Perdiz —piensa—, ¿cómo es posible que esté pasando todo esto?»

—¿Y qué más? —pregunta mientras se sienta—. Cuéntanoslo todo.

—Lo que os he dicho es lo único que sé. Yo no lo he visto de primera mano.

Pressia se niega a mirar a Bradwell. ¿Culpará a Perdiz?

—Tenemos los medios para derrocar a la Cúpula, Hastings —le dice el chico.

El otro no entiende.

—¿Cómo? Eso es imposible.

Bradwell le explica lo de la bacteria que les ha dado Bart Kelly.

—Ahora es nuestra. —La amenaza se queda pendiendo en el aire.

Pressia se recuesta y se queda mirando el techo curvado. Los motores son ruidosos, y el avión cabecea y se eleva.

Vuelve a mirar por la escotilla; están pasando a toda velocidad por el terreno yermo: rocas, carrocerías oxidadas de camiones, rastros de carreteras, escombros calcinados. No tardan en llegar a Washington y sobrevolar la torre caída, el edificio del Capitolio y su cúpula derruida, así como lo que en otros tiempos fue la Casa Blanca, ahora reducida a cascotes de piedra blanca llena de musgo: todo mármol y caliza. Y se ve entonces una cebra brincando por la hierba alta que da paso a los pantanos y los bosques. El avión sobrepasa una colina.

El corazón empieza a latirle con más fuerza. Respira hondo y deja escapar el aire. Se están acercando. ¿Qué verá entonces? Derramamiento de sangre.

Cierra los ojos. Tal vez Hastings se equivoque, quizá no se haya enterado bien y no haya habido ninguna masacre. Ya han sufrido demasiadas muertes.

Pero entonces oye gritar a Bradwell:

—Mirad eso.

Aunque no quiere abrir los ojos, lo hace, y allí está el horizonte ennegrecido: tiznado por las columnas de humo nuevo. Su ciudad está ardiendo.

Perdiz

Berreo

Al salir al pasillo se encuentra con el brillo de los azulejos y el resplandor de los fluorescentes. Pasa delante de Beckley como una exhalación.

—¿Estás bien? —le pregunta este mientras intenta alcanzarlo.

No se detiene para contestarle.

«Perdónanos. Perdónanos a todos».

Weed aparece de nuevo, le pone una mano en el hombro a Beckley y le dice:

—Danos un minuto. —A continuación pregunta a Perdiz—: ¿Qué te pasa?

El chico sacude la cabeza para intentar aclarársela.

—Nada, estoy bien.

—No es cierto.

Perdiz apoya una mano extendida sobre la pared, fría al tacto.

—Creí que podría endilgarles la culpa a los demás diciendo la verdad, que me haría mejor persona, me eximiría o algo así. —Ve los ojos de su padre, cuando se le desencajaron al comprender que lo había envenenado—. Soy uno más... O no —dice, y siente que le falta el aliento—, soy peor.

Arvin lo coge por un brazo y le dice en un susurro ronco:

—¡Calla!

—Sé lo que soy ahora. No he procesado las mentiras de mi padre, de las que todos fuimos cómplices... la culpa.

Arvin se le acerca y le susurra al oído:

—Calla de una puñetera vez. —Tiene el rostro rígido de la rabia—. Dios santo, ¿has dejado que esa mujer te embauque?

Perdiz se tambalea, confundido por la repentina rabia de Weed.

—No, lo que pasa es que estoy dándome cuenta de que...

—¿Quieres irte a casa? ¿Todo esto es demasiado para tu constitución delicada?

—Déjame, Weed.

Aunque lo cierto es que ha dado en el clavo: Perdiz no tiene ninguna gana de ver la siguiente generación de su padre, las filas y filas de clones. No tiene cuerpo para algo así.

—Llamaré un coche para que te lleven a casa. ¿Es eso lo que quieres?

—No.

—Tienes que saberlo: solo puedo llevarte donde tú me pidas —susurra Weed—. ¿Sabes a lo que me refiero?

Perdiz no está seguro. ¿Acaso sigue las órdenes de alguien más, y solo las exigencias de Perdiz pueden estar por encima de estas?

—Vale —dice el chico—, sigamos. Llévame a ver a los bebés.

Arvin llama a Beckley y, entre los dos, sin hablar, lo conducen por una serie de pasillos hasta un ascensor que los lleva a otra planta.

Aparecen en un corredor custodiado por guardias apostados cada quince metros. Perdiz recuerda ese olor: el aroma dulzón del desinfectante.

—¿Para qué tantos guardias?

Beckley los observa sin apartarse del lado de Perdiz.

—Esta planta está reservada para casos especiales —explica Weed.

—¿Especiales en qué sentido?

—¡Es gente que merece una segunda oportunidad! —Una vez más la voz de Weed suena forzada. ¿Creerá que están grabándolo? Se detiene y añade—: ¿Quieres dar media vuelta? No hay ningún problema.

Aunque tiene la impresión de que es todo un montaje, decide decir lo que Weed le ha aconsejado:

—Exijo ver a los bebés.

Arvin asiente sin asomo de emoción alguna.

Siguen andando y pronto doblan por un pasillo con ventanas a un lado. Cuando se acerca al cristal, ve ante él las filas de incubadoras diminutas. Las criaturas son tan pequeñas que caben en la palma de una mano. Algunas duermen, otras patalean. Se ve que hay quienes berrean con las bocas abiertas pero la cristalera debe de estar insonorizada porque no oye nada. Dentro y por encima de las incubadoras hay pantallas que muestran rostros humanos, caras que miran fijamente a los niños, les sonríen y les guiñan los ojos; las bocas también parecen moverse, como si cantaran.

En ese momento aparece una enfermera que va inspeccionando una fila tras otra.

Perdiz pone la mano en el cristal y lo siente caliente.

—¿Qué va a pasarles?

—Se criarán en un entorno perfectamente estructurado donde recibirán la mejor educación, el mejor entrenamiento físico y todo el afecto posible.

—¿Y padres que los quieran?

Weed no responde; se limita a mirar por encima de su hombro como si hubiese alguien más con él.

—¿Quieres que te escolten ya hasta el exterior?

Perdiz piensa en Lyda... y en su hijo. Tiene la sensación de estar en un tren que se aleja a todo trapo de ellos: un compromiso, una boda... ¿Cómo se apeará?

Y entonces, a lo lejos, un grito retumba al fondo del pasillo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Perdiz.

—¿Qué ha sido qué? Puedo mandar que alguien te acompañe a la puerta.

Perdiz lo ignora y se encamina hacia el sonido. Beckley le sigue los pasos. Los guardias se ponen tensos y se llevan la mano a la pistola pero no llegan a desenfundar.

Justo cuando Perdiz dobla la esquina, un guardia lo coge del brazo, mientras otros le impiden el paso, codo con codo.

—Quitadle las manos de encima —les ordena Beckley.

—¿Señor? —le pregunta uno a Weed—. ¿Debemos impedirle el paso?

—Lo que él diga está por encima de lo que digamos nosotros. Si él exige pasar, puede hacerlo.

Se oye otro chillido.

—¡Maldita sea! ¡Exijo pasar!

El guardia lo suelta y los demás se echan a un lado.

—¿Todavía seguís torturando a gente? —le pregunta Perdiz a Weed—. ¿A eso te referías con darle una segunda oportunidad?

—Los protocolos de tu padre siguen vigentes. No podemos pararlo todo porque ahora estés tú al mando... ¿Qué quieres, que detengamos la Cúpula de un frenazo?

—¡Maldita sea, Weed! ¡Las torturas tienen que acabar!

—Los enemigos de tu padre pueden convertirse en los tuyos.

—No me importa. Esto se ha acabado. Quiero que termines con todo esto. ¿Está Forested al tanto?

Weed asiente.

—Él supervisa el día a día hasta que tú superes tu... —hace una pausa en un intento de dar con la palabra adecuada— proceso de duelo... por no hablar de tu boda. Estás muy ocupado.

—Yo no soy ningún pelele que podáis hacer desfilar por bodas y funerales, Weed. Estoy al mando, ¿te enteras? ¡Estoy al mando de todo! Dile a Forested que quiero reunirme con él.

Se oye otro chillido. Perdiz corre hacia el sonido, pasando por grandes estancias vacías, con repisas llenas de pistolas eléctricas y pequeños artilugios que no reconoce. En algunas hay cámaras instaladas mientras que otras están completamente vacías. En otra ve unas bandejas metálicas con jeringuillas en fila y esposas en las paredes.

—Sigues haciendo cambios. ¿Es que no comprendes que esta gente no es capaz de procesarlos?

—¿Quién eres tú, Arvin Weed? ¿Quién coño te crees que eres? ¿Es que quieres que siga con todo esto? ¿Por respeto a mi padre?

Un chillido no muy lejano, un grito gutural de hombre. Perdiz corre hasta una puerta pero está cerrada con llave.

—Ábrela ahora mismo.

Weed se acerca a un panel que hay junto a la puerta e introduce el código. Al tiempo que abre grita:

—¡Alerta!

Hay tres personas vestidas con trajes de cirujano ligeramente salpicados de sangre. Esposado a una pared hay un hombre. Perdiz ve que la sangre le chorrea por los brazos, recubiertos de incisiones precisas. Sobre la mesa que tiene enfrente hay una pistola eléctrica, una barra metálica e instrumental quirúrgico.

—¡Apártense de él! —grita Perdiz.

Todos dan un paso atrás.

Y entonces ve al hombre de cuerpo entero; le han abierto por todas partes y vuelto a coser. Le han dado tal paliza que tiene la piel toda amoratada. La cara está tan hinchada que es irreconocible... o casi.

A Perdiz le late el corazón tan fuerte en los oídos que es casi ensordecedor. Se acerca al hombre y le dice...

—Señor...

Este abre los ojos y, efectivamente, es él: Glassings, su profesor de Historia Mundial, el hombre que daba clases sobre hermosos barbarismos.

—Perdiz —dice a través de unos labios hinchados y partidos.

—Profesor —musita el chico, que a continuación se vuelve y grita—: ¡Quítenle eso! ¡Ahora mismo! Quiero que lo lleven a mi piso y a ninguna otra parte. Y quiero que le pongan asistencia médica veinticuatro horas al día. ¿Están oyéndome? ¡Ya!

—Pero es tu enemigo —interviene Weed.

Perdiz cierra el puño, coge impulso y le pega tan fuerte en la mandíbula que el médico se tambalea, se apoya en la pared y se desliza hasta el suelo, desde donde se queda mirándole, aturdido. Perdiz está igual de perplejo; había olvidado que está codificado con fuerza, velocidad y agilidad, por mucho que no lo potenciaron tanto como a los soldados de las Fuerzas Especiales, aunque sí mucho más que Weed, a quien solo lo sometían a potenciación cerebral.

Mira al resto y ordena:

—¡Traed a un médico! ¡Moveos! —Vuelve con Glassings y le dice—: Se va a poner bien. —Pero este ha perdido el sentido y tiene la cara flácida.

No soporta seguir en ese cuarto. Mira todo el instrumental y las caras inexpresivas de los torturadores que quedan.

—Asegúrate de que cumplan las órdenes —le pide a Beckley antes de irse hacia la puerta dejando atrás a Weed, que sigue frotándose la mandíbula.

—¿Adónde vas? —le pregunta el guardaespaldas.

—Tú quédate aquí y asegúrate de que lo tratan con respeto. Por favor, que no...

Pero no es capaz de terminar la frase. Mira de reojo a Weed y se convence de que está riéndose de él por lo bajo. Le gustaría pegarle otro puñetazo.

Sin embargo se vuelve y se va. Glassings. Quiere a ese hombre. Cuando hace años comprendió que no le importaba nada a su padre, pensaba en su profesor como en una figura paterna... Y ahora no soporta ver lo que le han hecho.

Oye la voz de Beckley. —«¡Con cuidado! ¡Mucho cuidado!»— y luego echa a correr por el pasillo por donde ha venido. A pesar del dolor en los nudillos le ha sentado de maravilla pegarle a Weed. No sabe adónde se dirige pero sigue corriendo hasta que llega ante la cristalera.

Apoya los puños y la frente contra el cristal y mira todos esos cuerpos envueltos en mantas y las caritas que surgen de ellos.

—Voy a ser padre —dice en voz alta.

Y siente el miedo: por lo que la señora Hollenback se hizo a sí misma, y por lo que le han hecho a Glassings, y por el futuro; pero más que nada, en ese momento, le asusta la piel delicada de esos críos, sus dedos diminutos y sus ojos apenas entreabiertos. Aparta los puños de la ventana y se los lleva a los bolsillos. Ya no le está permitido tener miedo.

Perdiz

Inseparable

Están en los jardines de la academia, rodeados de arbustos falsos, parterres falsos y gorjeos de pájaros falsos en árboles falsos. Pese a que es invierno, en el jardín mantienen el aspecto primaveral. A Perdiz le parece una falta de honestidad tremenda. Todavía está conmocionado por su visita al centro médico. El esplendor del jardín —el alegre brillo de los brotes y el resplandor encerado de las hojas— solo sirve para recordarle la fealdad que se esconde bajo la superficie de todo lo de la Cúpula.

Está esperando con Beckley a que lleguen Iralene y los fotógrafos, que en teoría van a sorprenderlos en plena cita (como si no fuera todo un montaje...). Está de los nervios, y ella encima llega tarde. Quiere irse de allí ya.

—Cuida de que Glassings esté bien atendido. Asegúrate de que tiene enfermeras que se vayan relevando por turnos, y todo lo que necesite, ¿de acuerdo? —Beckley asiente—. Y cuando digo que hemos acabado con esto, es que hemos acabado.

Se siente culpable. Por mucho que Lyda le insistiera para que siguiera con la charada, se le antoja una traición. Ahora, sin embargo, no puede echarse atrás. ¿Y si volviera a subir el número de suicidios? Solo podría culparse a sí mismo. Y ya ha cubierto el cupo de culpabilidad hasta el punto de tener la sensación de que el pecho va a estallarle.

Está todo en silencio salvo por el canto de los pájaros. Perdiz se queda mirando el círculo central lleno de bultitos de un girasol y se pregunta si será un pequeño trasmisor. Ya no se fía de nada.

—Todavía no puedo creer el puñetazo que le has dado a Arvin Weed —comenta Beckley, que esboza una amplia sonrisa.

Perdiz se frota los nudillos y responde:

—Ni lo pensé. Lo hice sin más. —Observa la anchura de las espaldas del escolta y le dice—: A ti también te han codificado, ¿verdad? Me apuesto algo a que en el centro médico hay un molde de momia con tu nombre.

—Pues la verdad es que no me dieron gran cosa, nada de tecnología punta ni moldes de esos.

—¿A qué te refieres?

—A que hay una forma de codificar bien, con todas las protecciones incorporadas para que sea un proceso lo más seguro y específico posible, y luego, por un precio mucho más módico, puede hacerse en plan rápido. No creo que fuera muy bueno para mi salud en general pero, en fin, no soy un chico de la academia... A largo plazo soy prescindible.

Perdiz se acuerda de Wilda, de la niña de solo nueve años a la que purificaron en

la Cúpula; al poco tiempo su organismo empezó a fallar porque el proceso era demasiado potente y ella demasiado joven. ¿Qué le pasará a Beckley de aquí a diez años? ¿O a cinco? Perdiz se levanta y mira hacia las ventanas del dormitorio colectivo.

—Pues yo no creo que seas prescindible. Ni mucho menos. —Mira a los ojos de Beckley, que asiente mínimamente y aparta la vista.

Y en ese momento se oye la voz de Iralene, en la frecuencia aguda que utiliza cuando da órdenes. Al volverse, Perdiz se la encuentra enfundada en un vestido amarillo canario con vuelo que le acaricia las piernas con sus sedas. Tiene el talle bajo y parece más bien un traje de noche. Él no va vestido para la ocasión.

La sigue un pequeño cortejo de jóvenes con sonrisas perennes. La madre, Mimi, también la acompaña, con su cara de siempre, fría y enfadada. Media docena de fotógrafos aparecen tras ellas, apuntando a Perdiz con sus cámaras como si fueran armas.

—Buenas, Iralene. ¿Preparada? —Quiere aligerar las cosas.

La boca de la chica se convierte en una O perfecta de sorpresa. Sonríe y entonces, en un gesto al que no le encuentra mucho sentido, se quita los zapatos de tacones amarillo canario, los coge entre los dedos y corre hasta él con los brazos abiertos. Si no los abriera también se darían de bruces, de modo que no le queda otra opción y, en cuanto lo hace, Iralene da un saltito para que tenga que cogerla y volver a ponerla en el suelo.

—¡Has trabajado tanto que apenas hemos pasado tiempo juntos! ¡Poquísimo! —Ladea la cabeza y lo mira fijamente.

Los cámaras disparan sus objetivos y sus flashes.

—No los mires. En teoría no sabemos que están aquí.

Las amigas de Iralene (pese a que no conoce a ninguna y se pregunta si las habrán contratado como extras) están cuchicheando y pegando grititos de admiración como si estuvieran viendo gatitos recién nacidos. A Perdiz lo repatean.

—¿Tienen que hacer esos ruiditos?

—¡Por fin estamos solos! Vamos al columpio de madera al lado de la pérgola.

—Vale.

Caminan cogidos de la mano.

—¿Cómo estás? ¡Cuéntame todo lo que me he perdido!

—A ver... pues la señora Hollenback ha intentado quitarse la vida atiborrándose de pastillas. Luego están los bebés prematuros... aunque de eso no puedo hablar. Ah, también hay gente torturando a otra gente, Glassings incluido. Cuando lo vi parecía medio muerto. Y le he pegado un puñetazo a Arvin Weed.

—¡Para ya! —le increpa de pronto la chica, acalorada—. ¡Déjalo!

—Me has preguntado.

Ya han llegado al columpio. Vuelve a ponerse los zapatos, lo que le parece tan inexplicable como que se los haya quitado. Se sienta en el columpio y se queda

congelada, mirándolo con una sonrisa amorosa.

Es incapaz de devolvérsela y, en cambio, siente náuseas. Vuelve a mirar hacia los dormitorios. El ala de los nuevos está muy iluminada, mientras que el resto de plantas están a oscuras y no se ve movimiento. ¿Habrán ido los tres cursos superiores a una de esas deprimentes excursiones al zoológico? De pronto lo echa todo de menos, y quiere volver a ser pequeño, a no saber nada. ¿Tan mal estaría?

—¡Empújame, anda! —le pide Iralene con una voz que se parece más a la de la pequeña Julby Hollenback que a la suya propia.

—¡Eso, eso, empújala! —corean sus amigas.

Mimi los mira con desdén.

Se siente tan manipulado en su fuero interno que por un segundo es incapaz de moverse. Se niega a hacer lo que le dicen.

Aunque ya lo ha hecho, hace tiempo que subió a ese barco. «Ya está bien de tanta sangre en tus manos», oye en su cabeza el susurro de Lyda. Se recuerda que si está tragando con todo ese cuento de hadas no es por ellos, sino para salvar vidas.

Se coloca detrás de Iralene, coge las cuerdas por encima de la cabeza de la chica, tira hacia atrás y suelta el columpio. Después de unos cuantos impulsos más, Iralene empieza a volar. Ahora entiende lo del vestido. Está pensado para ondearle por las piernas a la perfección mientras se balancea en un columpio de madera.

—¿Es que no eres feliz? —le grita, y es probable que lo que quiera decir sea: «Sonríe, por favor. ¡Al menos intenta sonreír!».

Fuerza una sonrisa, un gesto doloroso, o peor, porque Beckley está allí y está viéndolo. Las jóvenes aplauden.

—¡Cuéntame algo! Pero que sea agradable.

A Perdiz lo único agradable que se le ocurre es Lyda. La echa de menos. Ojalá fuera ella la del columpio. Hace un esfuerzo, no obstante, e intenta darle conversación. Si dice lo correcto, tal vez acaben antes.

—Me pregunto adónde habrán llevado a los chicos de la academia. Los de primero están pero el resto no.

—A saber... Seguro que a alguna excursión educativa.

—Ya —dice Perdiz, y mira de reojo al guardaespaldas, que ha vuelto la cara al oír la pregunta. ¿Por qué?—. Beckley, ¿tú sabes dónde están los mayores? —No le responde—. ¡Beckley! ¿Qué pasa?

—¡Mira, un pájaro! —chilla Iralene. ¿Intenta distraerlo?—. ¡Un pájaro de verdad! —Señala hacia las ramas de un árbol.

Perdiz la sigue con la vista y ve que tiene razón, que es real. A veces se escapan del aviario e incluso intentan anidar en los árboles pero, al no tener qué comer, mueren al poco tiempo.

—¡Qué bonito! ¡Cógemelo, Perdiz! ¡Atrápalo para mí!

—Se atrapan mariposas, Iralene, no pájaros.

—¡Pero tú puedes! ¡Hazlo por mí!

—No, en realidad no puedo. —Se aparta del columpio para acercarse a Beckley

—. Anda, dime qué pasa con los chicos de la academia.
El escolta no lo mira cuando responde:
—No me está permitido.
—¿Tengo que pedirte que me lo digas como si fuera una orden?
Beckley asiente y dice:
—Pues sí, eso me temo.
—Vale, entonces, dímelo, maldita sea: ¡es una orden!
—Lo que he oído son solo rumores, de modo que no sé si es verdad o no.
—¿El qué?
—Que Foresteed está atacando. Que ha reclutado a todos los chicos de dieciséis años para arriba y ha empezado una codificación masiva. Ya hay algunos fuera, y se han unido a las Fuerzas Especiales del exterior. Al resto siguen preparándolos.
—¿Y a quién están atacando?
—A los miserables.
Perdiz siente como si la cabeza fuese a estallarle. Se presiona las sienes con la mano.
—Pero ¿por qué? Por el amor de Dios...
Beckley se encoge de hombros.
—Al parecer robaron un avión y ha tenido que intervenir para neutralizar la situación antes de que supongan una amenaza más seria...
El avión que Pressia, Bradwell, Il Capitano y Helmud robaron... Pero, aun así, ¡no tiene ningún sentido atacar!
Se fueron al otro lado del Atlántico. Weed le dijo a Perdiz que a Foresteed no le importaban ni Pressia ni el avión.
—¡No puede atacarlos! ¡No tiene autoridad!
—En realidad es el líder del ejército, y como has estado tan ocupado...
—¡No estoy ocupado, maldita sea! ¿Crees que me gusta ir a funerales y a sesiones de fotos?
Piensa en Pressia y en el resto de sus amigos. No pueden volver y encontrarse de bruces con un ataque de la Cúpula. Los necesita: vivos, de una pieza.
—Informa por radio: quiero una reunión con Foresteed ¡inmediatamente!
—¡Perdiz! —lo llama Iralene—. Dame otro empujoncito.
El columpio se ha parado y el vestido ya no revolotea; se ha quedado mustio como una flor marchita.
—Ya tienen fotos de sobra. Lo siento, Iralene, pero tengo que irme.
Se aleja a toda prisa y Beckley lo sigue de cerca.
Iralene lo llama a gritos:
—¡No, Perdiz! ¡El pájaro! ¡Ven a cogérmelo! ¡Es un agapornis, un inseparable!
¿También el pájaro forma parte del montaje? ¿De veras alguien esperaba que lo atrapase y se lo regalase?

—Aquí fuera moriré. Que alguien lo lleve al aviario.

—¡Nooo! —chilla Iralene.

Perdiz echa un último vistazo atrás y ve que el pájaro remonta el vuelo hacia lo que debería ser el cielo.

Lyda

Segunda piel

Lyda ajusta el orbe para que el salón parezca parte de una casa de campo de las afueras, predetonaciones. Jamás compartiría con nadie su mundo de cenizas aparte de con Perdiz. No lo ha visto desde su reciente encuentro con Foresteed, cuando le dio permiso para casarse con Iralene... ¿o en realidad le rogó? Aunque si se hubiese negado, ¿le habría importado a un hombre como a Foresteed? Visto ahora, está convencida de que los dejaron esperando adrede, para que ella encontrara la carpeta con su evaluación psicológica. Fue una amenaza tácita: institucionalización de por vida.

Le han puesto a una mujer llamada Chandry para que cuide de ella. Está sacando un montón de ovillos y agujas de punto de una bolsa de tela.

—Bueno, ¿con qué te gustaría empezar? ¿Unas botitas? ¿Un gorrito? ¿Una mantita?

—¿Puedo preguntarle quién la envía? —la interroga Lyda intentando no parecer cortante.

—¡Es mi deber! Soy la encargada de prepararte para la llegada de tu retoño. —Le palmea la rodilla—. Además, hacer punto relaja. ¡Pon punto a tus problemas! —dice con una risilla—. Tengo amigas que están muy conmocionadas por los últimos acontecimientos, ¡pero yo no! ¡No mientras tenga mi punto!

Puede estar refiriéndose al discurso de Perdiz o a los suicidios... o a ambas cosas.

—¿Los últimos acontecimientos? —pregunta Lyda haciéndose la tonta.

—Ya sabes... Tú precisamente deberías...

Lyda «precisamente». Se pregunta si de algún modo Chandry la culpa.

La mujer se pone a hacer punto mientras va describiendo en voz alta todos los detalles de la labor.

Lyda la interrumpe:

—¿Y qué pasa con estar conmocionado? A veces sentirse así es la única forma correcta de sentirse.

El comentario altera visiblemente a la mujer pero sigue haciendo punto; seguramente no le gustaría contradecir su propia afirmación de que el punto relaja.

—¡Pues yo no! —dice, y sigue con la tarea, contándole a Lyda cómo tiene que coger las agujas.

Le tiende una muestra que ha traído de su casa. Parece importarle muy poco el hecho de que Lyda ya sepa hacer punto porque le enseñaron en la academia, como a todas las chicas. En cualquier caso no se lo dice y finge ser una alumna horrible. No es que no quiera acurrucar a su hijo en una manta hecha a mano: es que no quiere que nada ni nadie la relaje.

—También voy a darte un diario para el bebé, para que escribas en él las alegrías que te da... ¡desde ya, desde el útero!

—Las alegrías...

—¡Sí, las alegrías! Las cucadas que se te ocurran... Como, por ejemplo, si tienes antojo de batido de fresa, las cosas que anhelas. Todo eso lo puedes escribir en el diario. ¡Son cosas que algún día tu hijo querrá saber sobre vuestra experiencia fetal!

De lo que tiene antojo es de ceniza sobre la piel, y de cazar por los bosques al atardecer. Anhela el rumor desconocido de un terrón, del temblor de tierra bajo sus pies. No dice nada. Si cría a su hijo en la Cúpula, ¿cómo va a contarle esas cosas?

La pantalla del televisor está apagada. Ya ha visto demasiadas noticias; no paran de mostrar su entusiasmo ante el compromiso de Perdiz e Iralene al tiempo que informan de que todo lo demás va de maravilla. Tampoco mencionan las reyertas callejeras ni los suicidios. En lugar de eso se dedican a poner fotos de Perdiz e Iralene paseando por los jardines de la academia, cogidos de la mano, sonriendo.

Chandry se da cuenta de que está mirando el aparato.

—Ay, querida, mejor que no veas lo que ponen en esa caja tonta. Ya sabes que no te conviene. —Le sonrío con una compasión profunda y empalagosa.

A Lyda le entran ganas de abofetearla; no quiere su compasión. Dobla en dos lo que lleva tejido, coge las agujas y el ovillo y se lo tiende todo a Chandry.

—Ya no quiero seguir.

—¿Te encuentras mal? ¿Tienes antojo de batido de fresa? —le pregunta sin borrar la sonrisa.

—Me voy a mi cuarto.

—¡Eso! Es bueno que descanses los pies y te tumbes un poco.

Lyda coge el orbe, se va a su cuarto, cierra la puerta y sintoniza el decorado del mundo ceniciento. Se echa en la cama y se queda mirando el techo.

No podía impedirle que fingiera el compromiso. Algo tan tonto como una sesión de fotos puede llegar a salvar vidas. Aun así, se siente frágil, como hecha de cristal fino: en cualquier momento podría quebrarse en añicos. Recuerda haberse sentido así cuando estudiaba en la academia pero no fuera de la Cúpula: no entre las madres, cazando en los bosques. ¿Se le disipará toda la fiereza? ¿Está condenada a ser la persona que era dentro? ¿La Cúpula la define desde el momento en que pone el pie en ella?

Cuando oye que Chandry habla con el guardia y la puerta del piso se abre y se cierra, Lyda se pone a dar vueltas por el cuarto, buscando algo. Pero ¿qué? Al principio tiene ganas de hacer alguna manualidad, aunque no algo entrañable como su viejo pájaro de alambre. No, quiere hacer algo rudo que perdure.

Al abrir el vestidor se encuentra con una fila de perchas de alambre. Las saca y las deja en el suelo, que está manchado y lleno de hollín.

Se acuerda de la tontería que le hacían hacer cuando estuvo encerrada en el centro médico, esa esterilla inútil de rayas de colores, y en cómo la tejía y volvía a tejerla en

solitario. Se sienta entre las perchas y empieza a desenroscarlas para ponerlas rectas. Una vez que las endereza se pone a entrelazarlas.

¿Qué está tejiendo? No lo tiene claro. Se limita a entrelazar un alambre con otro hasta que el metal toma la forma de un rectángulo grande. No la relaja, y eso le gusta. La hace sentirse viva, y con el control de su vida. Todavía ve a Perdiz en la cámara de su padre, con las fotos de su familia desaparecida desperdigadas a sus pies. Sigue queriéndolo aunque sea un asesino. Pero, después de ver su evaluación psicológica, el deseo de salir de la Cúpula se ha acrecentado; quiere estar en el mundo real, sea como sea, por muy salvaje y desquiciante que parezca. Por mucho que todo saliese bien e Iralene se borrara del mapa, e incluso Lyda la relevase en el papel —tal y como Perdiz le ha prometido—, no puede quedarse allí y ser la mujercita feliz del líder, con sus perlas, sus botitas de bebé y sus libros de cómo ser mamá. La noche que yacieron bajo el abrigo, en el armazón de la cama de cobre de la casa sin techo, con solo el cielo gris sobre sus cabezas, él quiso que lo acompañase y ella se negó. Esta vez, sin embargo, será Lyda quien lo convenza para que vaya con ella; permanecerán juntos, el niño los mantendrá unidos, ¿no es eso? Eso es lo que hacen los hijos: unir familias.

Su padre previó el fin, pero ¿sabría también que con el tiempo no habría mucho de lo que vivir? La gente hará acopio de provisiones, montará guardia y luego saqueará, peleará y matará por las sobras. Son todos animales, y no está dispuesta a ser uno enjaulado.

Sigue retorciendo los alambres y apretando el tejido hasta que se le agarrotan los dedos. Tiene en la mano lo que parece un escudo tejido: bello, fuerte y también flexible. Se levanta y va hasta un espejo oscurecido por la imagen de la ceniza. Ve su reflejo sombrío. Se aprieta el metal tejido contra el cuerpo. La barriga le crecerá pero el metal es maleable, puede moldearse en torno a una barriga, por grande que sea.

Y entonces comprende qué ha hecho.

Una armadura.

Una segunda piel de metal.

Si alguien le pregunta, no es más que una manualidad, aunque para ella simbolice protección y control. Esa es ella: no es alguien que teje botitas para calmar los nervios; tal vez se sienta conmocionada pero, al mismo tiempo, es fuerte. No puede depender solamente de Perdiz, tiene que poder defenderse por sí sola. Esta es su protección.

La guarda en el fondo del vestidor, detrás de los pomposos vestidos de premamá.

Il Capitano

Aleteo

No es solo la ciudad: desde arriba, a varios kilómetros a la redonda, se ve que acaban de arrasarlo todo con fuego y, aunque en las esteras tampoco es que hubiese mucho que quemar, Il Capitano baja lo suficiente la aeronave para ver a unos cuantos terrones ennegrecidos brotando en arco desde la tierra, como un pez muerto que surge a la superficie de un estanque para coger aire. El resto está quieto, como si temiera levantar la cabeza.

Atraviesa los fundizales, que están vacíos e inquietantemente tranquilos. Los columpios de plástico ya estaban fundidos en bolas pero algunas de las casas que habían sido medio restauradas han vuelto a ser presa de las llamas. Unas lonas negras aletean con el azote de los vientos. El cuartel de la ORS y el bosque aledaño donde estuvo años cazando siguen humeando, perdidos entre grandes nubarrones acechantes.

El puesto de avanzada que estaba en el antiguo internado parece realmente asolado: las tiendas de campaña de los supervivientes están negras y se han caído sobre sí mismas, cual puños cerrados y calcinados. Las piedras de los edificios siguen en pie pero el fuego lo ha devorado todo por dentro. Se acerca lo suficiente para distinguir a algunas personas, que parecen ir buscando, medio mareadas, a los que han perdido. Tan solo un puñado alza la vista al oír el zumbido del motor. Pero no corren a refugiarse: se limitan a detenerse y volver las caras hacia el ruido. La casita donde Pressia cuidó a Bradwell hasta que se recuperó sigue allí, aunque el techo se ha venido abajo y ahora los árboles de alrededor, los que tenían ramas que se hundían en el suelo como raíces, no son más que troncos calcinados.

Por aquí y por allá, incluso las estructuras más pequeñas han ardidido o siguen humeando: las cabañas de los pastores y los recolectores, los cobertizos, los techos de madera de los altares hechos a mano, los postes que cercaban los cementerios. El humo sube y se arremolina en el cielo, donde el viento vuelve a lanzarlo contra la tierra en cortinas grises.

Al poco de recoger a Hastings, este ha entrado en la cabina y le ha advertido de que se preparase para la devastación. Le ha contado las historias de los supervivientes que lograron llegar al Crazy John-Johns. Il Capitano asiente.

—Si hay algo que conozco es la devastación, Hastings. No te preocupes.

—Te preocupes —había dicho Helmud, y tenía razón.

No estaba preparado para todo eso. Su hogar siempre fue un lugar quemado y calcinado pero que luchaba por volver a ponerse en pie. Ahora, sin embargo, es como si hubiesen eliminado de un plumazo toda la vida, la energía y la fuerza que se habían empleado en reconstruirlo.

Ve el terreno en pendiente donde los adoradores de la Cúpula construyeron una pira hace tiempo. Nada, ya no queda nada. Ahí aterrizará.

Va bajando muy poco a poco hasta que por fin le grita al resto:

—¡Preparaos para aterrizar!

—¡Preparaos, preparaos! —grita Helmud, que se agarra con tanta fuerza a su hermano que este se ve obligado a sacar los codos hacia fuera si quiere tener movilidad para manejar los mandos.

—Helmud, afloja un poco.

El avión se desliza suavemente y luego cabecea un momento al empezar a bajar. La tierra está acercándose a demasiada velocidad.

—¡Afloja! —le grita Helmud—. ¡Afloja!

Il Capitano decelera ligeramente pero los motores no suenan muy bien. No quiere ahogarlos, de modo que deja entrar más aire en los *buckys*... demasiado. El avión se hunde entonces y una pata de aterrizaje roza el suelo y deja a su paso un surco en la tierra que levanta un penacho negro de ceniza. El avión se apoya en la otra pata y sigue resbalando hacia delante hasta que se inclina sobre las dos delanteras y se balancea por unos instantes con el morro a centímetros del suelo, hasta encontrar el equilibrio, meciéndose hacia atrás y hacia delante. Por fin se estabiliza sobre las cuatro patas.

Il Capitano deja escapar un suspiro de alivio y su hermano lo imita.

Acto seguido oye que abren la puerta trasera. Que salten fuera si quieren. Él no tiene ninguna prisa por ver más. Se toma un tiempo para apagar los motores. No sabe cuándo volverá a volar. Pasa la mano con cariño por las paredes de la cabina.

—¿A que vamos a echarlo de menos, Helmud?

—Echarlo —dice Helmud como si estuviera listo para seguir adelante.

Bajan con el resto a tierra firme, que está apelmazada por el frío. No hablan. ¿Qué podrían decir? El humo es tan espeso que tienen que taparse la boca con la manga y los rodea con una negritud similar a la blancura de la niebla de Irlanda. Hace que les ardan los ojos y se les salten las lágrimas.

Pressia describe un círculo intentando asimilar la destrucción a través de las ondas de humo.

—¿Dónde están Wilda y el resto? ¿Cómo vamos a encontrar a nadie así?

Bradwell despliega sus amplias alas y se envuelve en ellas, con tan solo la cara y su mandíbula prominente por fuera. Il Capitano siente de pronto como si las piernas se le hundieran y el peso de Helmud se duplicara, hasta el punto de que debe apoyar una rodilla en el suelo.

Hastings tiene las piernas muy abiertas para equilibrar el peso entre la de verdad y la prótesis.

—El verano pasado compré los libros para todo el curso escolar —dice este rompiendo el hielo.

Al principio Il Capitano no entiende a qué viene el comentario pero entonces

Bradwell añade:

—Yo recuerdo dar clases de Historia Eclipsada. Lo tenía todo anotado. Sabía lo que hacía y por qué.

Y entonces Il Capitano lo pilla: Hastings y Bradwell se preguntan qué demonios ha pasado con todo lo que una vez creyeron como cierto.

—Yo hacía juguetes de cuerda, y a veces aleteaban, pero nunca conseguí que volara ninguno —comenta Pressia.

—Yo llevaba un diario. Iba probando bayas con los reclutas para ver cuáles eran venenosas. Tenía mi propio sistema y hacía dibujos y todo. Se me daba bien.

—Se me daba bien —repite Helmud como si así lo resumiera todo.

En otros tiempos, antes de las Detonaciones, todos eran buenos. Il Capitano siente una oleada de rabia como nunca antes y golpea con los puños el suelo helado. Siente cómo le palpita por dentro el deseo de venganza.

Bradwell es el primero en reconocerlo:

—Vamos a por ellos.

—La bacteria es un regalo. Nos han dado un regalo.

Siente el tacto de la gruesa cinta que sujeta el estuche de la bacteria en su espalda.

—Un regalo.

—No, ¡antes tenemos que hablar con Perdiz! —se niega Pressia—. Algo ha debido de ir mal. Él no puede ser el responsable de todo esto, creedme.

Esta vez tiene a alguien que la respalda sin vacilación.

—Perdiz no lo permitiría jamás —corrobora Hastings—. Yo lo conozco, éramos muy amigos. Confiad en mí.

—Erais amigos, tú lo has dicho —replica Il Capitano—. Yo sé de primera mano lo que es tener poder y cómo puede comerte el coco. Lo ves todo distorsionado.

—Distorsionado —repite Helmud. Sabe de lo que habla su hermano: él se llevó la peor parte.

—Tenemos que intentar entrar. Ciñámonos al plan —insiste la chica.

—Ese nunca fue el plan —contesta Bradwell.

—Bueno, el mío sí.

Bradwell se acerca a Pressia y le dice:

—¿Lo hueles? ¿Sabes a qué huele?

La chica mira a Il Capitano, Helmud y Hastings.

—¿A humo?

—No. ¿Qué surca el viento?

—No —intenta impedirlo Il Capitano.

—Pelo y carne, Pressia, eso es lo que está ardiendo. ¿Cuántas veces piensas perdonar? ¿Cuántas veces vas a caer en la trampa de pensar que se puede razonar con ellos? Son asesinos. Y Perdiz o es demasiado débil para detenerlos o es uno de ellos. En cualquiera de los casos...

—Tú también eres hijo de tu padre, Bradwell —esgrime Pressia—. Y de tu

madre. Y ellos no intentaban matar a Willux, sino que creían en la verdad. Esa era su religión, ¿o me equivoco? Tú mismo lo dijiste. Creían que serviría para liberar a la gente. ¿Es que tú no lo crees?

Bradwell cierra los ojos y deja que el aire humeante se le cuele entre las alas y se las abra ligeramente por detrás.

—No, ya no lo creo.

Pressia se mete el puño de muñeca bajo la barbilla y se tapa la boca con la mano.

—Puedo ir yo sola.

—Mejor que por ahora no nos separemos —sugiere Il Capitano—. Al menos hasta que sepamos a qué nos enfrentamos, hasta que nos situemos.

—¿A qué nos enfrentamos? —pregunta asustado Helmud.

Pressia no parece convencida, de modo que Il Capitano prueba otra estrategia:

—Aquí hay gente que nos necesita, Pressia. ¿Es que no quieres ayudarlos? Querías buscar a Wilda y al resto de chicos. ¿Ya no?

Se mira la cara de la muñeca que tiene por mano y la ladea para que cierre los ojos. ¿Tiene miedo de que hayan muerto?, ¿de que sea demasiado tarde para llevar la cura a la Cúpula, encontrar a los niños y salvarlos?

—No pienso dejarte ir allí —sentencia Bradwell—. No pienso permitirlo.

Il Capitano ve cómo se dibuja la sorpresa en la cara de la chica. Pressia mira entonces a Bradwell y luego repasa con la vista al resto, antes de apresurarse a apartar la mirada. ¿Está confesando algo Bradwell..., su amor? Il Capitano siente un vahído.

—Antes de irnos, la gente sabía que Il Capi había montado unos hospitales de campaña en la ciudad. Con el puesto de avanzada arrasado, lo más normal es que hayan llevado allí a los niños.

No queda ningún hospital de campaña. Esa es la verdad, pero Il Capitano no se lo dice. Puede que ella lo sepa o puede que albergue esperanzas.

—Vale, empecemos por allí —consiente finalmente Pressia.

Él sabe, sin embargo, que es probable que solo esté ganando tiempo antes de decidirse a irse por su cuenta y riesgo.

Pressia

Llamando y llamando

Pressia ya tiene claro que deben separarse; cuando llegue la hora, se escabullirá. Es lo más fácil: sin discusiones, ni peleas. Tiene que encontrar a Perdiz y averiguar la verdad.

Cuando Bradwell le ha preguntado si sabía a qué olía el aire, le han entrado ganas de volverse y abofetearlo. Recuerda perfectamente el olor a carne y pelo quemado de los días en que la ORS mandaba, así como de su primera infancia, de las Detonaciones. Ha emborronado los recuerdos durante mucho tiempo pero ahora ve a la perfección los incendios, que eran peores que los de ahora, porque la radiación los avivaba (¿o sería que las explosiones hicieron que todo prendiera como la yesca?). Los ciclones de fuego lo arrasaron todo a su paso e hicieron que la gente se precipitara al agua, moribunda ya. Su abuelo la cogió en brazos y, con una sola pierna, fue abriéndose camino por la destrucción. La ayudó a cruzar un río empedrado con cadáveres.

Han sobrevolado ese mismo curso de agua con el avión; lo ha visto bordeado de hielo, con un filo blanco, y se ha acordado de lo que sintió cuando le faltó poco para ahogarse en sus aguas: la fría oscuridad que la rodeaba y la sensación de ser salvada por unas manos invisibles que la subieron a la superficie. ¿Lo habrá visto también Bradwell por su ventanilla, se habrá fijado en el sitio donde a punto estuvieron de morir congelados? ¿Recordará el tacto de sus pieles desnudas, una contra la otra? Ella sí, y nunca lo olvidará; con solo pensarlo siente calor por todo el cuerpo.

Y Bradwell luego ha dicho... ¿que no puede dejarla ir? Lo que ha querido decir es que no piensa permitirselo, no que no pueda: está diciéndole lo que puede y no puede hacer. La ha mirado por un momento y después una última vez más pero ella ha fingido no darse cuenta. Si él no puede perdonarla, tendrá que ponerse una coraza en el corazón y hacerse fuerte. Mientras tanto, irá trazando su plan.

Desde luego, no logra sacudirse de la cabeza la pregunta que la mortifica: «¿Esto lo ha hecho Perdiz?». Se lo va repitiendo a cada paso. Tiene que creer en él. ¿En qué más, si no, puede confiar? Ve a lo lejos un soto de árboles retorcidos y calcinados. ¿Estaban allí antes? Sabe que sí pero han quedado reducidos a radios chamuscados. Se siente mayor; esos árboles muertos, como tantos otros monumentos a la destrucción, le llaman la atención uno por uno: cada uno ha sufrido lo suyo, una conmoción que los ha convertido en algo que no pretendían ser; cada uno forma parte ahora de una pérdida mayor.

Caminan entre los árboles raquíuticos rumbo a la ciudad, valiéndose de lo poco que queda de estos para parapetarse. Parecen cactus, despojados y aislados. Los sedimentos remontan por los troncos en el lado del viento predominante. En las raíces

con forma de araña de los árboles volcados se engancha todo lo que arrastra el viento, en su mayoría basura y podredumbre que rondan por estas tierras baldías en busca de descanso, un sitio donde detenerse y poner punto final. Se queda mirando a través de las ramas bajas por si ve algún destello de siluetas o algún cambio de color.

—Hastings, ¿algo? —pregunta cada tantos minutos.

El soldado tiene los sentidos codificados pero el humo que colapsa el aire le limita la visión y el olfato.

—Tenemos que seguir —dice este.

—¿Nos están siguiendo? —pregunta.

—Son débiles y no son muchos pero no debemos pararnos.

Más de una vez oyen pisadas y un rumor de arbustos. ¿Serán de las Fuerzas Especiales? ¿Estarán siguiéndoles la pista? Si son soldados, no abrirán fuego.

Ya luego, de nuevo en campo abierto, Pressia ve rastros de sangre por la tierra. Ha sido el escenario de una batalla: se ven las estelas de los cuerpos que se han llevado a rastras. Pero ¿de quiénes? ¿De las madres y sus hijos o de las Fuerzas Especiales? Pasan por delante de un montículo de residuos formado contra un terraplén; es posible que fuese parte de una autovía, o tal vez una especie de presa. El caso es que allí se queda atrapado todo lo que no se lleva el viento. Da un repaso con la mirada: una camioneta sin faros, un carrito de la compra, vigas de cemento partidas, barras metálicas, así como tierra, ceniza y cosas tan destrozadas que ni se reconocen. Alguien hizo la camioneta, alguien la condujo, alguien empujó el carrito y alguien echó el cemento. Y allí, bajo un manto de lodo reseco, un balón pinchado. Casi oye al niño que le daba patadas. La visión la deprime aún más.

Al cabo de un rato atraviesan otro caos de sangre: esta vez, sin embargo, no han retirado los cuerpos. Los cadáveres cubren el suelo, con sus miembros sajados y las heridas de bala abiertas y oscuras por la sangre reseca.

Siguen avanzando.

Ya en la ciudad, Pressia distingue en la distancia la cruz de lo alto de la Cúpula. En algún punto de esos callejones y calles llenos de escombros, les dará esquinazo. Sin embargo, le cuesta centrarse en la Cúpula. El Capitano tenía razón: cada vez está más desesperada por encontrar a Wilda y a los niños. No puede irse hasta saber que están a salvo. Cuando se acercan a la zona donde estaban los hospitales de campaña, empiezan a llamar a Wilda por su nombre mientras avanzan.

Al principio la lluvia parece un milagro, porque despeja el humo, enfría los escombros y empapa todo lo que aún arde, pero no se contenta con eso; pronto va a más y empieza a arreciar mientras siguen buscando a Wilda y a los niños, llamando y llamando por las calles vacías. Tienen la ropa y las botas empapadas. A Pressia se le pega el pelo a la cara. Bradwell lo lleva mejor: las alas no se le calan.

La pira para deshacerse de los cadáveres se ha apagado y, aunque deje de llover, llevará bastante tiempo hasta poder conseguir leña seca para volver a encenderla.

Se cruzan con un grupo de supervivientes que están cavando una fosa común,

junto a una montaña de cuerpos apilados a un lado. Al menos con la lluvia el suelo ya no está helado y cede un poco a las embestidas de las palas.

Conforme se adentran en la ciudad, empiezan a oír los gritos de los nuevos huérfanos y de los padres que llaman a sus hijos. Quemaduras, verdugones y ampollas recientes recubren las viejas cicatrices: una capa de dolor reciente sobre dolor antiguo. Pressia cuida con más celo que nunca de la mochila y su contenido; el vial y la fórmula podrían repararlos a todos de nuevo, ¿no es así?

—¡Wilda! —sigue llamando Pressia a gritos; su voz una más en el coro de los que van buscando a los desaparecidos—. ¡Wilda!

Hastings no se aparta del grupo en ningún momento para dejar bien claro que no es una amenaza sino tal vez incluso un prisionero. Pressia pregunta a los supervivientes con los que se cruzan si han visto a los niños.

—Puede que tuviesen temblores, incluso que fuesen a cuestras, que los llevase alguien.

Los supervivientes se limitan a mirarla con cara inexpresiva y a encogerse de hombros.

Pero entonces ve a un hombre que reconoce del puesto de avanzada. Tiene una salpicadura de metal en los brazos y un engranaje alojado en la mandíbula.

—Perdone. —El hombre alza la vista—. Estamos buscando a unos niños que se alojaban en el edificio principal del puesto de avanzada. Tenían temblores y es probable que vayan con enfermeros. Usted estaba allí, tiene que saber de quiénes le hablo.

—Ya no están —responde el hombre con un chasquido del engranaje que tiene en la mandíbula.

—¿Qué quiere decir con que... ya no están? —Pressia se le acerca más para preguntarle—: ¿Han muerto? —Siente que se le hincha el pecho del miedo.

—Se llevaron a los niños a cuestras y siguieron. A saber dónde estarán... Aunque poco importa... No hay adonde ir. Estaban por todas partes. Querían matarnos a todos. Yo he matado a uno abriéndole la cabeza con una piedra. —El hombre se mira las manos, engarzadas de metal, con los dedos agarrotados, como si todavía cogieran la piedra. Los ojos le bailan de un lado a otro, como locos—. Y era un chiquillo, solo un crío. Un niño muerto, muerto y ensangrentado. —Mira a Pressia y añade—: Podría haber sido mi hijo. Y esa es la cosa, que se parecía a mi propio hijo, si hubiese nacido bien y siguiera con vida.

«¿Esto lo ha hecho Perdiz?»

—Lo siento, lo siento mucho —le dice Pressia.

El hombre la mira ahora con los ojos despejados, como si acabara de despertar.

—Iban a llevarlos a la ciudad, a los niños que temblaban en las espaldas, a esos niños paliduchos y temblones. A la ciudad, en busca de ayuda. Pero he visto que de la ciudad también sale humo, así que a saber dónde habrán ido... ¿Quién sabe?

El hombre sigue su camino arrastrando los pies.

A Hastings, con su audición potenciada, se le da bien distinguir los gemidos de la gente bajo los restos de las chabolas caídas y localizar a quienes se han quedado atrapados. Se van parando y escarbando y encuentran cuerpos, algunos vivos y otros muertos por el humo inhalado. El Capitano se dedica a los supervivientes, curando heridas y haciendo cabestrillos. Mientras escarba, sacando piedras y rocas, Pressia sigue llamando a Wilda. Se ha convertido en una canción, en una plegaria. Tiene la voz ronca y rota.

Wilda. Lo ha gritado tantas veces que ya no parece un nombre, sino dos sonidos entrelazados que se repiten como un eco.

Prosiguen la marcha, pasando por delante de gente que apenas aguanta en pie. Ve a un amasoide sentado sobre los escombros: tres mujeres que le suenan de algo. Una está tan quemada que no saldrá con vida. ¿Qué les pasará a las otras dos que están fusionadas con ella? No sobrevivirán a la muerte. Una aprieta un trapo húmedo contra los labios de la víctima mientras la tercera mira al vacío.

Pressia, Bradwell, Il Capitano y Hastings ayudan a acarrear a los muertos a la fosa común. Van doblados contra el viento helado, aunque sudando del esfuerzo y con las manos casi entumecidas. De vez en cuando uno se hace a un lado para recobrar energía, con la respiración fatigada; a veces lloran, pero vuelven, siempre vuelven y siguen con la tarea.

Los adoradores de la Cúpula están devastados; y no solo porque ya no crean en ella, sino porque el duelo los ha asolado por dentro y se han quedado vacíos.

Un hombre con una pierna torcida y la cara moteada de cobre les dice que entre los muertos hay soldados de las Fuerzas Especiales.

—Sus cuerpos están por allí... Los hemos despojado de las armas que tenían conectadas a los ligamentos. Y hasta hemos conseguido que algunas funcionen. Pero los cadáveres los tenemos tapados. No podemos ni verlos...

Hay tres bultos envueltos bajo una única sábana oscura y manchada de sangre reseca. Pressia comprende que no quieren ver los ojos muertos del enemigo mirándolos fijamente.

—Ahora están mandando a gente muy joven —prosigue el hombre—. Da la impresión de que se han quedado sin chicos en edad para ser soldados y están mandando a sus hermanos pequeños.

A Pressia le viene a la cabeza la imagen de unos brazos con armas alojadas demasiado grandes para su fino armazón.

—Cuidado, todavía rondan algunos por ahí. No son muchos pero tienen buena puntería.

La chica sigue llamando a Wilda mientras pasan entre los puestos del mercado negro, que han quedado reducidos a la nada, tanto las lonas como las carretillas y las chabolas. Todo el género está tan quemado que ni se reconoce en los montículos donde sigue apilado. Los supervivientes están escarbando en ellos.

Pressia oye un gemido y se acerca a un montón de piedras —lo que antes era una

casa hecha a mano— y se pone a escarbar.

—¡Aquí hay alguien vivo! —grita, y los demás se reúnen a su alrededor, procurando no pisar la montaña porque supondría demasiado peso.

La ayudan sin embargo a ir quitando las piedras que les va pasando.

—¡Oigo una voz!

Il Capitano y Helmud se han manchado las caras de ceniza. Bradwell la tiene colorada del frío, mientras que Hastings, por su parte, aunque no ha llorado (porque es posible que su programación se lo impida), tiene aspecto de sentirse perdido y destrozado por dentro.

Ya casi ha llegado al gemido. ¿Quitará la última piedra y verá la cara de Wilda? Envuelve una piedra con la mano y tira de ella hasta que logra sacarla.

Y ve entonces la cara de una mujer, pálida y con los labios azules. Coge aire y la visión se vuelve vidriosa. Está muerta... pero ¿y el gemido? ¿Sería esta mujer una de las cuidadoras?

—¡Wilda, Wilda! —sigue gritando aún sabiendo que no puede ser ella... ¿o sí?

—Pressia —le dice Il Capitano como si la advirtiera de algo. Tal vez sepa que desea de todo corazón encontrar a la niña.

Y entonces quita las piedras suficientes para ver a un perrillo gris que la mira con los ojos desencajados y temblando de arriba abajo. La mujer lo protegió pegándolo contra su cuerpo. Pressia alarga la mano y coge al animal por debajo de las costillas huesudas.

Lo levanta en alto, le frota las orejas y, en cuanto se pone en pie, salta de sus brazos al suelo y sale disparado.

Se queda con los brazos vacíos y la sensación de que se le va a salir el corazón del pecho. Se sienta en el suelo.

Bradwell se le acerca y le pregunta:

—¿Te vale ya?

—¿Cómo?

—Que si has visto suficiente...

Se siente mareada y con náuseas.

—Si voy y encuentro a Perdiz e intento averiguar qué está pasando allí dentro, y si consigo llegar a los laboratorios y ponerlos a trabajar en la cura mientras vosotros seguís buscando... No sé, seguid buscando... y ya está... a Wilda y...

Se queda sin aire, como si se le hubiese estrechado la garganta. Se lleva la mano al pecho.

Bradwell se coge la cabeza con ambas manos y le responde, sin dar crédito:

—Pero, Pressia, después de todo lo que hemos visto, de todos estos cadáveres y toda esta destrucción, ¿quieres ir a «averiguar lo que está pasando»? ¡Yo creo que ya sabemos perfectamente lo que está pasando! Que hay que pararle los pies a Perdiz, que es peor que su padre... sea porque es demasiado débil para impedir que pase o porque lo ha ordenado él mismo.

Pressia sacude la cabeza.

—Tenemos que intentar hablar con él, debemos intentar ayudar a los niños.

—¡Maldita sea, Pressia! ¡Wilda y el resto de niños han muerto!

El aire parece chasquear como un látigo a su alrededor. Parpadea y siente una especie de impulso eléctrico en la cabeza.

—Wilda está muerta —susurra Bradwell.

—Eso tú no lo sabes —le dice Pressia en un hilo de voz. Luego mira a Il Capitano y le dice—: Díselo, Capi.

Pero este se queda mirando el suelo, y entonces Pressia comprende que también él lo cree.

Se levanta y coge a Il Capitano por la manga del abrigo:

—¿Cuánto hace que...? ¿Cuánto tiempo llevas ocultándomelo? Capi, dímelo. ¿Cuánto?

—Hombre, nunca creí que hubiera muchas posibilidades, pero al ver que cada vez había más muertos...

—Calla —le pide en voz baja.

—Pressia, deberíamos escuchar a Bradwell. Él ha...

—Calla —le dice Helmud.

Wilda y los niños no han muerto. Solo están perdidos, eso es todo. Pressia se echa a llorar y se aleja encaminándose hacia un puesto volcado del mercado. La niña es una superviviente, igual que ella. Si está muerta, entonces parte de Pressia morirá también.

—No —dice volviéndose hacia el grupo—, vosotros no sabéis si han muerto. No se puede tirar la toalla cuando se trata de gente.

Bradwell sacude la cabeza.

—Sigamos avanzando de todas formas —propone ella.

Y eso hacen, aunque al poco tiempo comprenden que solo hay más muertos que enterrar. Entre Bradwell, Il Capitano y Hastings cargan con un amasoide muerto —dos hombres voluminosos—. Están enfrascados en el esfuerzo, incluso Helmud.

Pressia sabe que la única forma de ayudar de verdad a la gente es llevar el vial y la fórmula a la Cúpula. Los mira por última vez —a Il Capitano con Helmud colgándole del cuello, el brillo cenizo de las alas de Bradwell y a Hastings cargando con el grueso del peso del amasoide— y acto seguido se mete por un callejón y echa a andar a paso rápido. No va a correr; se parecería demasiado a una huida. Dobla por una calle y luego por otra.

Las voces de los hombres y las mujeres que llaman a los niños resuenan por todas las calles, solapándose. Y también los niños. Los niños perdidos. Son llamadas que no concuerdan. Da la impresión de que las voces son cada vez más fuertes, más insistentes. «¡Wilda, Wilda, Wilda!» No es capaz de abrir la boca para llamarla por su nombre porque se vendría abajo. En lugar de eso el nombre de la niña le retumba en la cabeza.

Ve a un niño de unos doce años o así, aunque es difícil saber la edad. La mayoría de los supervivientes están raquíticos. Camina también a paso ligero, a pesar de tener una pierna fusionada en una especie de nudo, como si la articulación de la rodilla fuese en parte de metal y se le hubiese oxidado hasta quedarse encasquillada. Tiene un lado de la cara recién escaldado. No alza la vista al pasar pero Pressia le pregunta:

—Perdona, ¿podrías hacerme un favor?

—Este mundo no funciona con favores. ¿Qué puedes darme?

Tiene cosas valiosas —el vial y la fórmula— pero al chico de poco le sirven. Se mete la mano en el bolsillo del abrigo y rebusca. Saca una lata de carne y le dice:

—Necesito un mensajero.

El niño mira con avidez la lata.

—¿Cuál es el mensaje y para quién?

Perdiz

Pastilla

Perdiz recorre como una exhalación el pasillo del bloque de pisos donde vive, impulsado por la adrenalina. Le gustaría pegarle a Foresteed, igual que hizo con Arvin Weed, pero no serviría de mucho. Con él hay que ser racional, mantener la calma y mostrarse gélido.

Además, ¿quién se cree que es Foresteed? Ayudó a facilitar el asesinato, ¿y aun así se dedica a cumplir los deseos del muerto? Perdiz recuerda, sin embargo, cuando estuvo en la cámara secreta de su padre: ¿estará también él mismo cumpliendo los deseos de aquel?

Beckley va corriendo para seguirle el paso. No hablan. Perdiz le grita al guardia que está al otro lado del pasillo, junto a su puerta.

—¿Ha llegado Foresteed?

—Todavía no —le responde el otro apresurándose a abrirle la puerta.

Perdiz y Beckley entran en el salón, donde un médico está dándole instrucciones a una enfermera.

—¿Está Glassings? —pregunta Perdiz.

—Buenas días, Perdiz —lo saluda el médico.

—¿Dónde está? —insiste pasando a su lado a toda prisa y yendo hacia los cuartos por el pasillo.

Oye que Beckley le ordena al médico que no se mueva.

Perdiz no sabe por qué pero espera que hayan instalado a Glassings en su propia cama. Oye entonces una tos rasgada procedente de la antigua habitación de su padre, cuya puerta ha tenido cerrada desde que llegó a la casa tras la muerte de este.

Se acerca y pone la mano en el pomo pero no lo gira. Se queda congelado en el sitio, atravesado por un miedo momentáneo a encontrarse con su padre al otro lado. Sigue pareciendo tan vivo que tampoco le sorprendería encontrárselo en la cama, con los almohadones ahuecados a su espalda y leyendo informes.

—Para ya —se increpa en voz alta—. Está muerto. Ya está muerto.

Gira el pomo y abre la puerta. La única luz del cuarto es la de la lamparita de la mesilla de noche. Glassings pega un brinco en el sitio, como si esperara que entrasen unos extraños para torturarlo.

—Solo soy yo —lo tranquiliza Perdiz.

El profesor tiene la cara destrozada y los brazos amoratados. Le han entablillado ambas piernas y se las han elevado con almohadones para que estén por encima del corazón y riegue bien la sangre. Huele a pomadas y friegas de alcohol. Tiene la respiración somera y laboriosa. Ladea la cabeza para poder ver a través de las rendijas hinchadas que tiene por párpados.

Perdiz se acerca a la cama y se sienta en el borde. Se le hace muy extraño ver el cuerpo quebrado y destrozado de Glassings en la cama de su padre, con la cabeza apoyada en los almohadones de este.

—Va a quedarse conmigo hasta que se recupere del todo.

El profesor abre los labios y susurra:

—No voy a recuperarme.

—Por supuesto que sí.

Pero es cierto que Glassings no solo tiene aspecto de haber recibido una paliza, sino que parece también empequeñecido y enfermo. A Perdiz le preocupa de pronto que no esté bien.

—No éramos ningún secreto —le dice Glassings—. Supo todo el tiempo quiénes éramos.

—¿Habla de mi padre y Cygnus? ¿Que sabía quiénes erais?

Glassings sacude la cabeza y vuelve a toser, guiñando los ojos por el dolor en las costillas.

—Tómesele con calma. Ya hablaremos luego, primero tiene que ponerse bien.

—No —responde el otro, con la cara surcada por el dolor—, ahora. Es necesario que lo sepas ya. —Tiene la voz ronca, apenas audible.

—Vale. ¿Quién lo sabía?

Glassings inspira con un resuello.

—Forested.

—¿Que Foresteed sabía lo de Cygnus?

—Nos dejó hacer. Nos protegió sin que nosotros lo supiéramos.

Perdiz recuerda la pastilla en su bolsillo antes de matar a su padre y palparla con las yemas de los dedos.

—La pastilla.

—Creímos que estábamos robándola.

—Pero fue más fácil de lo que pensabais, porque él quería que la robaseis y me la dieseis. Foresteed quería que matase a mi padre. —Perdiz se levanta y se queda mirando el cuarto paterno. Siente que le falta el aire y le dan náuseas—. Él quería que yo matase a mi padre, que muriese de una vez por todas, y yo se lo puse en bandeja. —Oye la voz de Beckley en el salón y luego la de Foresteed, que ya ha llegado para la reunión. Una oleada de calor recorre el pecho de Perdiz—. Había una posibilidad de que lo pusieran al mando. Y luego, en el último minuto, mi padre decidió pasarme a mí el poder...

—Y ahora quiere quitarte de en medio —le cuenta Glassings, que alarga el brazo para coger el de Perdiz y apretarlo por un momento con fuerza, antes de que la mano se le caiga.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo él mismo. Seguramente pensó que yo no saldría con vida de sus torturas. Y cree que serás más fácil de deponer que tu padre.

Glassings tiene razón: Willux era una fuerza motriz protegida por todos los flancos, mientras que Perdiz se siente de lo más vulnerable. Aprieta los puños y luego se frota las sienes. Dios. ¿Qué va a hacer ahora?

—Te he fallado —le dice Glassings.

—No, yo a usted. —El profesor ha sido una figura paterna para él durante mucho tiempo. Lo recuerda con su pajarita, vigilando el baile, cuando se encontraron tras el escenario del salón de actos de la academia. Perdiz nunca tuvo el padre que quiso—. ¿Qué haría si fuera yo? —le pregunta—. Dígamelo.

Glassings sacude la cabeza.

—De poco te servirán mis consejos.

—Dígame algo, por favor... lo que sea.

—No dejes que lo sepa. Acaba con él cuando menos se lo espere. Hazte el tonto. El chico asiente.

—Teniendo en cuenta las notas que sacaba en Historia Mundial, no me costará mucho.

Glassings intenta sonreír pero tiene la cara demasiado hinchada.

—Descanse un poco —le aconseja Perdiz camino ya de la puerta.

—Tú puedes —lo anima el profesor.

El chico apoya por un segundo la frente contra el quicio de la puerta abierta en un intento por tranquilizarse. Oye un estallido de risa de Forested. ¿Habrás dicho algo gracioso el médico? ¿Se estará riendo de un chiste propio? Glassings cree en Perdiz, tiene que recordarlo, aferrarse a eso. No tiene mucho más.

Está a punto de salir por la puerta pero tiene una última pregunta:

—La pastilla... se diseñó para que tuviera un efecto retardado y para que el veneno fuese indetectable. ¿Alguien la robó para usted?

—Sí, uno de los nuestros.

—¿Quién?

—Arvin Weed.

—No, no puede ser.

Glassings cierra los ojos y sacude la cabeza.

¿Weed ayudó porque realmente está de parte de Cygnus o porque es un topo de Forested? Al fin y al cabo alguien ha tenido que estar pasándole información, y es mucha casualidad que Weed fuese quien les robara la pastilla. En cualquier caso Perdiz le ha pegado. Recuerda la sonrisilla estúpida que puso antes de que él perdiera los papeles y le pegase. ¿Acaso Weed llevó a Perdiz hasta Glassings para que lo salvase, mientras intentaba aparentar lealtad hacia Forested?

—¿Weed? ¿Está seguro?

—Weed —confirma Glassings.

Pressia

Aves migratorias

El humo ha empezado a disiparse pero el aire, como siempre, está cargado de cenizas. Oye una especie de chispazo y un chasquido cerca de las botas... ¿Fuerzas Especiales? ¿El rifle de un francotirador?

Corre y se agacha tras un barril de gasolina.

Por un callejón cercano resuena un gruñido.

Atisba desde detrás del barril y ve a una figura que va cojeando por el callejón, apoyando una mano en la pared de piedra. Emite otro gruñido. Apoya la espalda contra el barril y recuerda que todo empezó detrás de otro igual. Vio a un desconocido que estaba siendo atacado por un amasoide y lo distrajo tirando un zueco contra un barril. Aquel desconocido resultó ser Perdiz, su medio hermano, lo que no tuvo nada de casual: fue todo un montaje para que se encontraran, los condujeron el uno al otro, los utilizaron. No se arrepiente de aquel encuentro, ni siquiera después de todo lo que han pasado juntos, de todas las muertes. Visto ahora, parece inevitable.

Conforme la figura se acerca al final del callejón oscuro, se detiene... ¿por miedo de la luz? Se mueve como un miserable: con una cojera irregular causada por llevar un peso extraño alojado en el cuerpo, que suele ser otro cuerpo. ¿Será un superviviente?

Mira hacia atrás y escruta los escombros que rodean un edificio caído en busca de alguna señal de las Fuerzas Especiales, que han debido de dispararle.

Tal vez el francotirador haya oído también los gruñidos y esté esperando a que el amasoide o la alimaña salga. ¿Quién la atacará: la figura del callejón o un soldado de las Fuerzas Especiales oculto en alguna parte? ¿Los dos?

Lo que quiera que esté en el callejón levanta la cabeza como si la hubiera olisqueado, avanza como movido por un resorte hacia ella y se inclina hacia la luz. Pressia vuelve a esconderse tras el barril, deseando tener su cuchillo.

Luego oye un ruido extraño: un canto triste y lúgubre. Vuelve a mirar con cuidado y ve que la figura ha avanzado hacia la luz y ha quedado expuesta por completo. No es ni una alimaña ni un amasoide ni ninguna clase de superviviente.

Es un soldado, aunque no es puro. Es pequeño y, sí, joven, lo que le recuerda la conversación con el hombre que le dijo que esos soldados parecían los hermanos pequeños de los que habían venido primero. No es ni esbelto ni ágil y la musculatura, si bien potenciada, parece pesada y endurecida, casi calcificada, lo que le da un aspecto de rigidez. Lo más extraño de todo es que el soldado tiene quemaduras en la cara. Recuerda la vez que, no hace mucho, vio un muñeco de nieve en la ciudad, todo recubierto de los detritus de la calle. Parecía un miserable. Este de aquí es un soldado de las Fuerzas Especiales pero a la vez es un miserable. ¿Cómo es posible? Y

además, ¿para qué habrán hecho un soldado que no es puro? ¿Por qué hacerlo lleno de las deformidades del enemigo?

Los sonidos que emite son bajos, casi apacibles. Cuando levanta las manos, Pressia espera ver sus armas metálicas fusionadas.

Pero uno de los brazos no es más que un muñón ensangrentado. El otro está destrozado y ya no tiene armas. ¿Lo habrá despojado alguien de sus armas estando todavía con vida?

Le dice algo:

—Socorro, ayuda.

Alarga lo poco que le queda de brazo y camina hacia ella tambaleándose. Pressia agarra con fuerza la mochila para protegerla sobre todas las cosas.

Pero justo antes de caerse alguien le pega un tiro al soldado que le da en todo el pecho y le hace caer al suelo, a centímetros de ella.

Yace en el suelo y bajo él se forma un charco de sangre que se mezcla con el agua turbia de la calle. El cuerpo se retuerce un par de veces.

Pressia se acerca un poco sin dejar su parapeto y lo mira a los ojos para intentar transmitirle algo de paz.

—No durará mucho.

El chico alarga la mano en un último y denodado esfuerzo, se le agarra a la parte de arriba del brazo y le pellizca la piel.

Vuelve a hacer el extraño ruidito y luego la suelta y la mano se le cae al suelo. Ha muerto.

Sabe que lo más probable es que los supervivientes lo hayan despojado de las armas y él haya logrado librarse y escaparse, pero lo han perseguido y acaban de dispararle, es posible que hasta con su propio rifle. Pronto se acercarán para asegurarse de que está bien muerto.

Echa a correr entonces por el callejón hasta una pila de ladrillos, donde vuelve a esconderse.

Al poco, como era de esperar, unos supervivientes rodean el cuerpo y empiezan a quitarle unas armas como cuchillas que tiene en las botas y algo afilado de los hombros. Trabajan rápido y sin hacer ruido. Ya son expertos.

Se frota la parte dolorida donde le ha pellizcado el brazo y ve que tiene un desgarrón en el abrigo y un poco de sangre.

Vuelve a mirar calle arriba: los supervivientes han desaparecido y han dejado el cadáver tal cual.

Pressia no puede evitar mirar lo que ha quedado. El cuerpo está echado sobre un costado. Ve la cara del niño cubierta de metal, un antebrazo ligeramente peludo, como si fuera medio alimaña, y una joroba en la espalda que no es tal cosa: es una especie de bicho que vivía bajo la piel. ¿Por qué bajo la piel?

No es un puro sino un miserable, aunque nunca haya visto ninguno igual. Lo han sometido a potenciación pero aún así también lo diseñaron para ser un miserable.

¿Por qué haría nadie tal cosa? ¿Para qué? Pressia recuerda los horribles bichos de Irlanda: el latido de la niebla, los dientes en la noche, la idea de esa piel recosida, los ojos ciegos y lascivos. ¿Cuántos como aquel habrán muerto ya? ¿Cuántos seguirán sueltos?

Se levanta y echa a correr. La lluvia vuelve a arreciar pero se limita a encorvar las espaldas y seguir su camino. Va bombeando brazos y piernas, aporreando el suelo a su paso. Empiezan a arderle los pulmones del esfuerzo.

Está intentando encontrar la ruta más corta para llegar a la Cúpula. No tarda en reconocer las calles por las que pasa, su aire y su olor.

Son las mismas por las que corría de pequeña, y por fin se ve ante el esqueleto desolado de lo que en otros tiempos fue una barbería. Su abuelo le contó lo de las aves migratorias, que saben dónde está su hogar y siempre vuelven. Como ella.

Ha llegado a casa.

Lyda

Cuarto del bebé

En la Cúpula las cerillas no tienen muchas aplicaciones. Los fuegos, sean pequeños o grandes, no están bien vistos. Lyda recuerda muchas conversaciones sobre el tema entre su madre y sus amigas. Echaban de menos encender velas en las calabazas huecas cuando llegaba el otoño. «¿Cómo vamos a saber si no que estamos en otoño?», comentó una vez su madre. Y los hombres añoraban las barbacoas. Los fuegos artificiales del Cuatro de Julio se sustituyeron por un espectáculo de luces eléctricas.

Pero Lyda necesita cerillas, de modo que le dice a un guardia que le quiere preparar una cena especial a Perdiz.

—Quiero poner velas y todo... ¡para que parezca más romántico! ¿Podrías conseguirme unas velas y unas cerillas? Pero no digas nada, quiero que sea una sorpresa.

El guardia se las da a escondidas, envueltas en un papel marrón.

Lyda le guiña un ojo.

Las velas le dan igual. Guarda las cerillas en el bolsillo y se las lleva al baño. También coge un cuenco metálico y uno de los libros que Chandry le ha comprado: *Cómo montar el mejor cuarto para tu bebé*. Ya han puesto una cuna con su colchoncito, una mecedora, un cambiador y una cómoda pequeña, aunque en teoría todavía tiene que escoger los colores y los motivos: ¿estrellas de mar, elefantes, globos? El libro es para ayudarla a decidir.

Cierra la puerta.

El hollín del mundo simulado no es real, no puede sentirlo, pero le encantaría.

Cierra la tapa del váter, se sube encima, desenrosca el detector de humo — anudando tan solo unos cablecillos— y enciende el ventilador. Se sienta en las baldosas del suelo y empieza a rasgar las hojas del libro. Saca las cerillas del bolsillo y las va quemando, una tras otra, en el cuenco.

Las llamas le recuerdan a las madres, que solían cocinar sobre la hoguera. Se reunían en torno a bidones con fuego y hablaban en corrillos, con los niños fusionados a las caderas y a los hombros, cabezas sobresaliendo aquí y allá.

¿Y su propia madre? Se imagina su cara, un rostro adusto e inexpresivo. Su madre la quería, eso lo tiene claro, pero era un amor hacia dentro, un amor enterrado y del que avergonzarse porque... ¿porque un amor así te hace vulnerable?, ¿te debilita? ¿Por qué no ha ido a verla? ¿Tan avergonzada está de su hija?

Echa de menos a las madres y su amor fiero.

Echa de menos el frío, el viento y el fuego.

Palpa un poco la ceniza y se la frota por los dedos hasta que se le tiñen de negro.

Sabe lo que añora más: la lanza, y su peso en la mano mientras corría por el bosque.

Quiere una lanza.

Es imposible. ¿De dónde va a sacar algo que pueda convertir en una lanza? Aquí no. Necesita un palo largo y recto.

Pero... un momento.

Se levanta, sale del baño cerrando la puerta tras de sí y entra en el cuarto del bebé.

La cuna... con todos sus barrotes.

Una fila de lanzas... si logra sacarlos y tallarlos. ¿Cómo se sacan?

Necesita un martillo.

Va al salón, lo repasa con la vista y ve una lamparita con una base de mármol. La coge y la calibra en la mano: servirá.

Esta noche cogerá el diario del bebé de la mesita de noche y escribirá:

«Anhelo.

Anhelo.

Anhelo».

Perdiz

Una maravilla

De vuelta al salón Perdiz va pasando la mano por la pared del pasillo. En su cabeza resuena la voz rasgada de Glassings: «No dejes que lo sepa. Acaba con él cuando menos se lo espere. Hazte el tonto».

En realidad nunca ha sido el listo. Sedge ganaba todos los premios de la academia, tanto los deportivos como los académicos. Él era el hermanito canijo con notas mediocres. La parte de observaciones de su cartilla de notas estaba llena de eufemismos para describir sus decepcionantes esfuerzos de: «Si se aplicara más...». ¿Cómo le dices a Willux que su hijo no vale?

Arvin Weed, en cambio, era el niño prodigio. ¿Quería que su padre muriera? ¿Está de su lado? Perdiz no tiene claro si puede confiar en él. Ya no sabe de quién puede fiarse.

Entra en el salón y ve a Beckley de pie junto a la puerta de entrada. El médico se ha ido pero la enfermera está en la mesa del comedor organizando el papeleo médico de Glassings en una carpeta. El guardaespaldas le dice algo a la mujer.

—Voy a ver cómo está —responde esta, que acto seguido se quita de en medio.

A Forested se lo encuentra sentado en el sillón favorito de su padre, donde no estaba permitido sentarse a nadie más. Debe de haberlo arrastrado desde la esquina para acercarlo a la mesa de centro.

—Ese era el sillón favorito de mi padre. ¿A que es una maravilla?

Forested hace ademán de levantarse.

—No, no, por favor, no te levantes.

El otro frota el cuero de los brazos.

—Tu padre tenía buen gusto.

Perdiz toma asiento en una silla menos regia.

—¿Cómo van las cosas? —pregunta.

—Has sido tú el que ha convocado la reunión. Daba por hecho que querías discutir algo en concreto.

—Tengo entendido que ha habido ataques contra los supervivientes.

—Teníamos razones para creer que había que contener a los miserables.

—Quiero que paren.

—¿Cómo? —pregunta Forested como si fuera duro de oído.

—Que quiero que se detenga la represión —dice muy lentamente Perdiz.

Forested se revuelve en su asiento y lleva un talón a una rodilla.

—Yo estoy al mando de Defensa.

—Y yo estoy al mando de ti.

—O eso parece. —Forested sonrío.

—¿Qué quieres decir?

El otro saca un pequeño dispositivo portátil del bolsillo y le señala la pantalla a Perdiz, que ve su propia cara: está en el centro médico junto a la cama de la señora Hollenback. Sabe lo que viene ahora. Foresteed pulsa el *play* y le muestra un corte de su confesión: «Y si le digo que... —se produce una pausa, el momento en que Perdiz podría haber optado por callarse, pero dice—: Que yo también lo soy». «Tú eras muy joven, no entendías lo que estaba pasando... aunque nosotros tampoco», dice la señora Hollenback. «Es usted la que no lo entiende. Yo lo maté. Soy un asesino». La mujer aparece también en el plano, con su cara macilenta y su boca negra por el carbón. «¿Lo mataste?»

Y entonces dice las palabras que lo condenan: «Tenía que detener a mi padre. No me dejé más remedio. Planeaba...».

—Apágalo —le pide Perdiz, que no quiere oír lo que dijo luego la señora Hollenback pero Foresteed no se da ninguna prisa.

«Perdónanos. Perdónanos a todos».

—Se llama parricidio, y a la gente no le gustan esas cosas. ¿Crees que la Cúpula quiere que la gobierne un asesino?

Perdiz se siente mareado de rabia y vergüenza.

—Pero tú ya lo sabías. Y de hecho facilitaste el asunto.

—¿Cómo iba yo a predecir que lo harías? Hombre, matar a tu propio padre... eso requiere un alma muy podrida. No podía saber que la tenías.

—Tal vez me infravaloraste.

—No. Tú me infravaloraste a mí, Perdiz. Si muestro esta grabación al pueblo, exigirá que se te ejecute.

—¿Ese es tu plan?

Foresteed sacude la cabeza y se echa a reír.

—Si hay algo que aprendí de trabajar con tu padre son las ventajas de ser el titiritero y no el títere.

Perdiz se frota los nudillos. Le encantaría pegarle un puñetazo, arrancarle el portátil de la mano y destrozar la grabación, pero sabe que no es la única copia. Foresteed no es ningún tonto. Se siente impotente.

—Pues entonces finjamos que la reunión ha ido bien. Yo detendré el asedio a los miserables (como si siguiera tus órdenes) y acabaré con el programa de torturas. Y tú seguirás con la boda. Te concentrarás en probar tartas y cócteles. Espero que estés tomando buena nota de todo, Perdiz, porque si no haces lo que yo diga...

El chico siente que se le sube la sangre a la cabeza.

—¿Si no qué?

—¿Conoces la colección de enemigos que tenía tu padre encerrada en sus cámaras frigoríficas? ¿Sus pequeñas reliquias?

Perdiz vuelve la cabeza. No soporta la visión de la cara bronceada y los dientes destellantes de Foresteed.

—¿Sabes por qué tu padre mantenía con vida a sus mayores enemigos?

Sacude la cabeza. No quiere saberlo.

—De vez en cuando los sacaba de paseo, para torturarlos y recordar viejos tiempos. Cuando le apetecía... Yo creo que la gente debe ser castigada por sus crímenes. Y si el pecado es realmente horrible, creo que ha de ser una penitencia muy dolorosa. —Forested se inclina hacia delante—. ¿Quién sabe? A lo mejor un día yo me hago mi propia colección de «pequeñas reliquias».

—Suenan muy interesantes.

Forested frota el cuero de los brazos del sillón una vez más y luego se pone en pie.

—Bueno, ha sido muy agradable charlar contigo. Espero que se repita pronto.

—Desde luego. Muy pronto —contesta Perdiz.

Il Capitano

Chiquillo

Al principio Il Capitano cree que el niño está siguiéndolos porque está perdido y desorientado y no tiene donde ir. Decide ignorar a ese crío que cojea con una pierna rígida y tiene la cara medio quemada. Están buscando a los huérfanos, por mucho que sepa que lo más normal es que hayan muerto; no necesita tener más almas perdidas sobre su conciencia.

Tampoco tiene valor para decirle al chico que se pierda, por lo menos por ahora...

—¿Dónde está Pressia? —pregunta entonces Bradwell—. Llevo un rato sin verla.

Il Capitano y Helmud miran a su alrededor. Sigue lloviendo con fuerza y el viento esparce el agua por toda la calle. Hastings se queda parado y olisquea el aire.

—Hastings, ¿adónde ha ido? —le pregunta ya nervioso Bradwell, que se sube a una montaña de escombros para ver mejor—. ¡Hastings! —repite impaciente.

Y el niño se adelanta y le estira de la manga a Il Capitano.

—Ahora no —le dice.

El niño se acobarda pero dice:

—Tengo un mensaje de ella.

—¿De quién? —pregunta Bradwell corriendo hacia el niño, que se asusta de su corpulencia y de sus enormes alas.

El chiquillo retrocede y tiene que intervenir Il Capitano, que pone una rodilla en el suelo y le dice con calma:

—Cuéntanos.

—Cuéntanos —dice Helmud como repitiendo un estribillo melodioso.

—La chica a la que buscáis, Pressia Belze.

Se sabe el nombre completo, un dato que no es nada baladí allí. Hastings baja de los escombros y todos forman un corro.

—¿Qué dice el mensaje? —le pregunta Il Capitano.

—Que tenía que irse, debía partir.

—¿Adónde? —le grita Il Capitano.

—¡Ya sabemos adónde! —chilla a su vez Bradwell.

—¿Adónde? ¿Adónde? —le dice Helmud al niño, de nuevo con su cancioncilla.

—No me lo ha dicho. Me dijo que vosotros lo sabrías.

—Lo sabemos —sentencia Hastings.

—Ha dicho que mandará un mensaje cuando entre —prosigue el niño—, y que va a encontrar a su hermano y él la ayudará a mandarlo.

—¿Qué clase de mensaje?

—Me dijo que os diría si atacar o no, que sabrías a que se refería y que hará un dibujo en el mensaje.

—¿De qué clase? —pregunta Il Capitano.

—Eso no me lo ha dicho, pero ha dicho que por el dibujo sabréis que el mensaje es de ella.

—¡Mira lo que has conseguido! —le grita Il Capitano a Bradwell, mientras este se pasa la mano por el pelo mojado y se aparta del niño.

—¿Mira lo que HAS conseguido? —cuestiona Helmud, como cargándole la culpa a su hermano.

—Escucha a tu hermano por una vez en tu vida —le dice Bradwell sacudiéndose la lluvia de las alas.

—Has sido tú quien le has dicho que no podía irse. Has actuado como si ella te perteneciera —le grita Il Capitano levantándose—. ¡Se ha ido de esa manera para no tener que pelearse contigo!

El chiquillo se tambalea hacia atrás y se cae sobre un montón de piedras con una pierna recta estirada a un lado, mirándolos.

—Y tú pensabas dejar que se fuera, ¿no? Le dejarías hacer cualquier cosa con tal de que ella se enamore de ti.

—Ella se enamore de TI —le contesta fríamente Helmud a Bradwell.

—¿Qué has dicho, Helmud?

—Lo que te está diciendo mi hermano es que te gustaría que ella siguiera queriéndote para poder castigarla por ello. Por lo menos yo le dije lo que sentía. Si no hubieses tenido tanto miedo, a lo mejor habrías hecho lo mismo.

Bradwell lo embiste y le clava el hombro en el esternón. Van a dar contra una pared de ladrillo y Helmud se lleva la peor parte. Il Capitano siente cómo se contraen las costillas de su hermano al quedarse sin aire.

Hastings se adelanta para separarlos pero Il Capitano se zafa y coge a Bradwell por la garganta. Este lo rehúye y le hace una llave. Helmud aprovecha para pegarle un coscorrón en la cabeza mientras su hermano le clava el codo en el estómago. El chico se suelta pero aterriza con una rodilla en el suelo.

—¡No vuelvas a empujar a Helmud! —le grita Il Capitano que alarga el brazo para coger la nuca de su hermano—. ¿Me has oído? Lo defenderé hasta con la última gota de sangre de mi cuerpo. ¿Lo entiendes? —Se vuelve hacia su hermano y le pregunta en un susurro—: ¿Estás bien?

A Helmud le cuesta respirar pero murmura:

—Bien.

Los otros dos también están sin aliento.

—¿Es que no se te ha ocurrido pensar en la bacteria? —le grita Il Capitano—. ¡Eres tonto! —Y luego le grita a su hermano—: ¡Mira a ver si está bien!

Siente cómo los dedos de Helmud palpan el borde.

—Sí está bien —dice débilmente.

—Perdón —se disculpa Bradwell pegándose en la cabeza con ambas manos—, no estaba pensando.

—Está desprotegida —interviene Hastings.

—Ella no habría permitido que fuese de otra forma —contesta Il Capitano.

—Nos ha dicho que mandará un mensaje. Démosle un tiempo para que valore la situación —sugiere Hastings.

Bradwell mira con mala cara a Il Capitano. Este deja vagar la mirada por los escombros y la pila de cadáveres a lo lejos.

—Podría morir incluso antes de llegar.

Bradwell respira hondo.

—¿Por qué no nos ha dejado que por lo menos la escoltemos hasta la puerta?

—Si muere, será a su manera. Eso es lo que tú querías, ¿no? Morir a tu manera.

Bradwell se frota los ojos. ¿Estará llorando? Il Capitano no sabría decirlo.

—Había algo más —dice el niño.

Se habían olvidado del muchacho, que acaba de salir de entre las piedras. Ahora habla todo lo rápido que puede:

—Me ha dicho que no tiréis la toalla y sigáis buscando a los niños. A Wilda y el resto. Que no os rindáis.

Antes de darles la oportunidad de preguntarle más cosas o de seguir peleándose, se da media vuelta y sale corriendo.

Todos se quedan callados por un momento.

Y entonces Hastings toma las riendas:

—Puede que esté loca pero yo por lo menos voy a intentar encontrarla y protegerla. Todavía me queda algo de lealtad codificada y le pertenece a ella. Yo tengo una excusa.

Y eso es todo. Sacude la cabeza como apartándose el pelo de los ojos y se aleja bajo la lluvia, balanceando la prótesis y apoyándose en ella con bastante soltura.

—Yo también tengo que ir a alguna parte, a un sitio donde poder pensar —dice Bradwell, que mira a Il Capitano con ojos casi suplicantes y luego al suelo—. ¿Quieres venir conmigo?

—Depende. ¿Adónde?

—No he dicho que fuese un sitio al que quisiera ir sino uno al que tengo que ir. Dime que sí. Mantengámonos unidos.

—Unidos —dice Helmud.

—Vale. No nos separaremos.

Pressia

Hogar

Pressia entra por lo que en otros tiempos fue el umbral, sus botas rechinando contra el cristal roto. El techo ha desaparecido dejando unas fauces abiertas sobre su cabeza, mientras que el suelo brilla en los turbios charcos de lluvia. Está el viejo tubo de rayas caído, la fila de espejos rotos y, encajado en la parte de atrás, delante de la trastienda y contra el muro más sólido, el único sillón de barbero que queda, así como el mostrador y el viejo bote de cristal de Barbasol con los peines dentro. El incendio también ha llegado aquí. Las paredes están más negras que antes y las esquirlas de espejo roto tienen un velo gris como si estuvieran tapadas. Pressia se recuerda que no hace tanto que estuvo, aunque eso no ayuda: todo está distinto.

Podría haber francotiradores al acecho pero no le importa. «Matadme», piensa. Wilda y los niños están muertos. Si hubiera vuelto antes, si no los hubiera dejado tan desprotegidos... Es culpa suya.

Busca el panel falso que construyó su abuelo, su vía de escape. Sigue en su sitio y por él se pasa a la trastienda, su hogar infantil. Va hasta el panel y lo empuja para que ceda.

Y allí está el armario donde dormía. Pasa la mano por la madera, que tiene una fina capa de ceniza. Allí es donde pintó la cara con la sonrisa torcida. Le prometió al abuelo que volvería, y ahora por fin lo ha hecho. A pesar de que está muerto, tenía que cumplir su promesa, aunque solo sea por ella misma.

La puerta del armario está entornada y deja entrever el viejo almacén: las patas de la mesa y el sillón del abuelo. Se mete en el armario y vuelve a poner el panel en su sitio. Una vez dentro de aquel espacio reducido, cierra por dentro la puerta del armario. No se ve nada, y vuelve a sentirse pequeña. Se mete la cabeza de muñeca bajo la barbilla e intenta recordar cómo era estar allí: el espacio mínimo, las finas motas de polvo y ceniza revoloteando en el aire y la forma en que parte de ella creía que podía sobrevivir siendo tan solo buena, tranquila y pequeña. Se acuerda de su abuelo en su sitio de siempre junto a la puerta, con su muñón con el nudo de cables, el ladrillo en el regazo y el ventilador de la garganta, que giraba a un lado y luego al otro entre respiraciones entrecortadas.

Lo echa de menos, así como a la niña que era en aquel armario, su nieta. Después murió y resultó que no era la nieta de nadie, sino tan solo una niñita perdida rodeada de muertos en un aeropuerto. Él la salvó.

Quiere que vuelvan a salvarla.

Le vienen a la cabeza entonces los zapatos que le regaló para su décimosexto cumpleaños —el par de zuecos—, como si supiera que iba a irse pronto y quisiera que Pressia tuviese al menos unos zapatos recios para enfrentarse al mundo. Aunque,

¿a qué clase de mundo?

A uno en el que, por muy horrible, sangriento y lleno de sufrimiento y muerte que sea, se ha enamorado. Amor. ¿Quién habría dicho que todavía existía, después de todo? Pero ¿a qué negarlo?

Pone los dedos contra la puerta del armario y esta se abre con un crujido. Encuentra la habitación más o menos igual. La mesa está chamuscada pero todavía en su sitio. El viejo camastro del abuelo se ha quemado también; es pequeño y está ennegrecido, apenas un montículo de tizón. Pero el ladrillo sigue allí, junto a la puerta trasera.

Ve señales de que ha estado viviendo alguien desde que se llevaron al abuelo. En la pared cuelga una cesta de un gancho. Está prácticamente calcinada pero sigue colgada de las asas. La mesa está llena de lo que parece un intento por reconstruir algún cacharro electrónico: ¿una radio, un ordenador o una simple tostadora? Es imposible saberlo.

Aquella ya no es su casa. Su abuelo no está y es como si nunca hubiera existido.

Cierra la puerta, vuelve por el falso panel a la barbería y se sacude el polvo. Ha perdido el tiempo. Se siente culpable pero al instante se pone furiosa. ¿Acaso no habría vuelto Bradwell si pudiera a un tiempo en que sus padres lo cuidaban? ¿No habría llevado Il Capitano a su hermano a ese sitio del bosque donde vivían con su madre antes de que se la llevaran?

¿Por eso quiere llevar el vial y la fórmula a los laboratorios de la Cúpula? Porque cree que si mucha gente vuelve a ser como era, no solo estarán curados sino que serán capaces de borrar todo ese horror y volver a un tiempo en que... ¿qué? ¿En que se sentían a salvo? ¿Alguna vez se ha sentido del todo a salvo? Tal vez con «a salvo» se refiera solamente a no estar sola en el mundo.

¿Y si Bradwell e Il Capitano tienen razón? Quizás el mundo no necesita más intervención por parte de la ciencia y la medicina; a lo mejor solo necesitan competir en igualdad de condiciones y derrocar a la Cúpula.

Pero antes debe ver a Perdiz. No puede participar en eso si no sabe qué ha pasado; todavía tiene fe en él. No le queda más remedio: si la pierde, perderá la fe en todo el mundo. Y no puede permitirse perder más. Es demasiado valiosa.

Regresa a la calle por el agujero de la puerta. Una vez más echa a correr, con la cabeza baja y sin aliento. Ahora conoce el camino. Corre hasta que ve a lo lejos el punto luminoso de la Cúpula, con su cruz resplandeciendo contra la oscura seda de las nubes.

Il Capitano

Santa

Bradwell se detiene en lo alto de unos escombros y levanta un trozo de una verja de hierro forjado.

—Por aquí.

Encabeza la marcha por un pequeño tramo de escalones de piedra. Il Capitano conoce esa parte de la ciudad, o al menos eso creía; solía hacer rondas por allí cuando conducía el camión que recogía a los reclutas involuntarios pero es la primera vez que ve ese agujero.

—¿Dónde nos lleva? —le pregunta a su hermano.

—¿Nos? —pregunta con un resuello Helmud, como si prefiriera quedarse atrás solo.

Il Capitano sigue a Bradwell por las escaleras y vuelve a poner la verja en su sitio, por encima de la cabeza, para ocultar el pasadizo.

La estancia es pequeña pero no solo porque esté medio desmoronada. No, se diseñó para que fuese así.

—¿No estamos cerca de la antigua iglesia? —pregunta Il Capitano en un intento por orientarse.

—Estamos dentro.

—¿De la iglesia?

—Es una cripta.

Bradwell parece demasiado grande para ese espacio: va rozando las paredes con sus alas enormes y tiene que agacharse y mantener la cabeza baja porque es demasiado alto... ¿o es una muestra de respeto? Ve que se apuesta junto a una pared y se arrodilla.

Pero acaba de juntar las manos y está susurrando hacia ellas. ¿Por qué? Il Capitano nunca ha entendido las religiones.

—No sabía que eras practicante —dice Il Capitano aunque más para sí mismo que para el chico.

Al principio da la impresión de que Bradwell le reza a una pared de plexiglás, medio en ruinas pero todavía en pie. Luego ve que el material recubre un bulto en la pared y, a través del plástico astillado, ve a una niña con la cara ligeramente en relieve y las manos en el regazo. Lleva un largo vestido anticuado y el pelo recogido, dejando la cara a la vista, un rostro hermoso, sencillo y profundamente triste. Se la ve paciente, como esperando algo o a alguien. Tal vez a Bradwell, quizás a Dios.

—¿Quién es? —le pregunta Il Capitano a Bradwell, aunque sabe que no va a responderle porque está rezando con los ojos apretados y las manos entrelazadas.

Los adoradores de la Cúpula hacían lo mismo, arrodillarse y rezar; los ha visto

más de una vez alineados de esa guisa en las esteras mirando hacia la Cúpula.

—¿Quién? ¿Quién? —insiste Helmud.

En un saliente hay una hilera de velas que se han derretido y han recubierto de cera el borde: son ofrendas. Se ve que ha acudido mucha gente a la cripta. Il Capitano se fija entonces en una placa y se acerca para ver qué pone. Está abollada, y la mitad de las palabras ha desaparecido. La estatua es de una santa cuyo nombre empieza por Wi. Le suena que era la patrona de algo. Lee la palabra «abadesa», pero no sabe lo que significa. Pone algo más sobre niños pequeños y milagros y no sé qué de «tuberculosis»; eso sí que sabe lo que significa, y es probable que la santa muriera de eso mismo, por esa enfermedad de los pulmones. Su propia madre también murió joven de una dolencia: al menos para él era como una santa.

Después va hasta la pared del fondo y se sienta apoyándose en Helmud, que reposa la cabeza en el hombro de su hermano.

Se pregunta cuánto va a tardar Bradwell. Parece dolorido y sus susurros, que no acierta a distinguir, suenan apremiantes. ¿Está rogándole a la santa que no permita que le pase nada a Pressia? ¿Está pidiendo su perdón? Eso es muy típico de las religiones, ¿no?

Il Capitano apoya los antebrazos en las rodillas y junta las palmas de las manos. Al rato de estar así se da cuenta de que tiene las manos unidas como alguien que está rezando. Cierra los ojos preguntándose si le vendrá la inspiración en un sitio como ese.

—Santa Wi —susurra, e intenta imaginarse quién era la santa.

¿Ayudaba a los niños? ¿Qué milagros habría hecho? Piensa en su cara sin necesidad de mirarla: se le ha quedado grabado el rostro, y esa forma de mirar como esperando pacientemente. ¿A qué, a Il Capitano?, ¿a que diga lo que necesita decir?

«Dilo —oye en un susurro en su cabeza—. Dilo».

Ve la cara de alguien a quien mató; y luego otra. Recuerda conducir el camión, hacer rondas, llevarse a niños que sabía que nunca serían soldados: demasiado enfermos, demasiado débiles, fusionados o deformados. «Dilo». Ve un brazo retorcido, una pierna purulenta, la jaula donde metía a los que nunca sobrevivirían. Se acuerda del olor a muerte de la jaula. «Dilo».

Rememora luego la vez que llevó al bosque a Pressia, que acababa de ser reclutada, para jugar a El Juego: cazar a un niño enfermo. Ingership le ordenó que la llevara a jugar pero ¿llegó a saber que Il Capitano no había cumplido del todo las órdenes? No, y además podría haberle mentado. Y luego el chico, arrastrándose por el sotobosque, se quedó atrapado en una de sus trampas; las púas metálicas del cepo se le clavaron en las costillas y le atravesaron el pecho. Les rogó que le dispararan, y Pressia fue incapaz pero él sí que pudo y bien que lo hizo. No le costó nada.

Pero, entonces, ¿por qué ve todavía la cara del niño rogándole que apriete el gatillo? ¿Por qué lo persigue aún el dolor de ese chiquillo?

Respira hondo y siente un mareo. «Dilo». Traga saliva.

Sabe que tendría que pedir perdón; es una idea que le ronda por la cabeza.

«Dilo. Dilo».

Abre la boca pero en lugar de pedir perdón dice:

—Tenemos que irnos.

Bradwell alza la cabeza, se vuelve y se queda mirándolo.

—Dame un minuto.

—Bueno, vale, pero solo un minuto.

Il Capitano se levanta pero tiene que apoyarse en la estatua de la santa porque le da vueltas todo y se siente medio mareado. Apoya las manos contra el plexiglás astillado y luego baja la cabeza hasta tocar el plástico.

—¿Estás bien? —le pregunta Bradwell.

Il Capitano se incorpora y se frota la frente.

—Sí. Estamos bien, ¿verdad, Helmud?

—¿Verdad? —cuestiona este.

Acto seguido se da media vuelta, sube corriendo los escalones de piedra, aparta a un lado el trozo de verja de hierro y sale al aire polvoriento. Respira hondo y mira hacia arriba y a ambos lados de la calle. Recuerda correr por esas calles... en las muarterías. Se agacha ligeramente y escupe en el suelo.

—¿Verdad? —vuelve a preguntarle su hermano.

—No, no estoy bien, nada bien.

Se imagina a Pressia de camino a la Cúpula. Ella es la única que tiene fe, que sigue creyendo en Perdiz. Se alegra de que se haya librado de ellos.

—Está por ahí sola intentando hacer algo bueno mientras que tú y yo, Helmud, ¿qué estamos haciendo? ¿Qué deberíamos hacer? ¿Qué sentido tiene nuestra existencia en este planeta? Dímelo tú.

—Dímelo tú.

Bradwell sube por los escalones, vuelve a tapar la entrada y le dice:

—Voy a buscarla.

Il Capitano siente una punzada de envidia. Le entran ganas de empujarlo y pegarle con una piedra en la cabeza; así lo habría resuelto en otros tiempos... antes de conocer a Pressia.

—Déjala ir.

—No, tengo que encontrarla, pero no para protegerla. Tengo que decirle una cosa.

Il Capitano sabe que la quiere, que se ha dado cuenta de que puede ser su última oportunidad de decirle la verdad. Muy seguramente atacar a la Cúpula los catapulte a algo parecido a una guerra. Dios, qué bien le sentaría aplastar la cara de Bradwell contra el suelo... Pero es algo que no puede controlar y debe hacerse a un lado porque no tiene posibilidades en el amor.

—Pues para eso vas a ir solo.

—Conozco el final, Capi.

—¿Qué final?

—El mío.

—¿Y sales bien parado?

—Los hay mejores pero no me queda más remedio que vivirlo.

—Supongo que eso es todo lo que podemos hacer: vivirlo.

—Vivirlo —repite Helmud.

—¿Dónde nos vemos luego?

—Podemos encontrarnos en la antigua cámara acorazada del banco. Es tranquila y nos protegerá de la lluvia.

—¿En el banco?

—En lo que queda de él. —Bradwell hace ademán de irse pero entonces se vuelve y le pregunta—: ¿Qué te ha pasado ahí dentro?

—¿Ahí dentro? —insiste también Helmud al tiempo que alarga la mano para darle una palmadita en el pecho a su hermano.

No lo sabe, de modo que no responde.

—Prométeme que vas a decírselo de verdad —le pide en cambio, con el pecho ardiéndole por dentro—. Dile toda la verdad, sea la que sea. Se lo merece.

Perdiz

Promesa

No paran de acosarle con los preparativos de la boda. Iralene insiste en que participe.

—Tienes que involucrarte emocionalmente —le susurra—, o se darán cuenta. ¡Se enterarán! ¡Puede explotarnos en la cara!

Le enseña muestrarios de telas para el vestido, los manteles o las servilletas. Le obliga a escoger diseños de cubertería y vajilla, candelabros o salseras para la lista de bodas. Un repostero le lleva muestras de tartas. Un cocinero sugiere el menú y el vino... más cosas que probar. Prueba, sorbe y señala:

—Aquel.

—¿Ese? —pregunta Iralene.

—Bueno, pues ese de allí.

—¡Pero tiene que gustarte de verdad!

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Cuál es la opción correcta?

A Iralene se le saltan las lágrimas cada vez que da muestras de su frustración.

—Se supone que es una ocasión única...

—No. Esta boda es una función para distraer a la gente, subir el ánimo y que paren los suicidios. Ni es una ocasión única ni es un matrimonio. Hay una gran diferencia.

La chica suspira y, como si comprendiera que ha sacado la artillería pesada demasiado pronto, se inclina hacia él y le dice:

—Escoge el de salmón.

Y Perdiz escoge el de salmón. A modo de concesión, añade:

—La salsa holandesa me gusta mucho. —Mira a Iralene como diciéndole: «¿Lo ves? Estoy intentándolo».

—Ay, si te centraras un poco... —comenta esta.

Es incapaz de centrarse. Se le ha quedado grabada en la cabeza una de las cosas que le dijo Forested: las reliquias de su padre, la colección de sus mayores enemigos. Recuerda la habitación distinta al resto, la que le enseñó Iralene mientras recorrían esos pasillos largos, sin ninguna placa y blindada hasta arriba. Esa vez no supo entrar. Pero si es cierto que son sus peores enemigos —a los que mantenía con vida para sacarlos de vez en cuando y torturarlos cuando le venía en gana—, entonces, ¿quién habrá ahí dentro? ¿No es posible que los mayores enemigos de su padre sean sus mejores aliados?

Quiere ir como sea e intentar abrirla. No para de preguntarse si su padre tendría a uno de los Siete allí encerrado. Al fin y al cabo, su peor enemigo era uno personal: Hideki Imanaka, el hombre del que se enamoró su mujer, con el que tuvo una aventura, el padre de Pressia.

El abuelo de esta también sigue en una cámara de suspensión. ¿Estará Weed de parte de Perdiz o no? ¿Será verdad que está intentando sacar a Belze de la suspensión? Ahora que le ha pegado, ¿será más complaciente o se negará a ayudar?

¿Cómo bajar hasta allí? Tiene que despachar innumerables preparativos de boda: que le tomen las medidas para el esmoquin y los zapatos de charol, escoger arreglos florales, distribuir a los invitados por las mesas según una estricta jerarquía social que ni entiende ni le importa...

Se siente mareado. No ha estado comiendo mucho, le resulta imposible con el nudo que tiene continuamente en el estómago. Ha probado a tomar una pastillas para la digestión, terrosas y amargas, pero no sirven de nada. Se siente igual que uno de los felinos grandes del zoológico: como si tuviera desgastadas las almohadillas de las patas de tanto pisar cemento duro. Está enjaulado.

Y entonces se quedan los dos solos y, al preguntarle por los lazos para los centros de mesa, Iralene le coge de la mano y se la aprieta.

—¿Cuál te gusta más?

Tiene la mano tan fría que le impresiona, y se acuerda de que la chica ha pasado gran parte de la vida en suspensión. Ella misma le contó que consideraba esos pasillos de cámaras frigoríficas el hogar de su infancia. Iralene es su especialista en suspensión; fue la que se los enseñó.

La coge entonces de la mano y la chica alza la vista, sorprendida.

—Iralene —susurra—, quiero que hagas una cosa por mí.

—¿El qué? —Tiene los ojos brillantes y bien abiertos. A veces le da miedo lo desesperada que parece estar por agradarle.

—Quiero volver a ir a las cámaras.

La chica sacude la cabeza y le dice con un amago de sonrisa:

—Esa parte de mi vida acabó.

—Necesito tu ayuda. Si no, no te lo pediría. Tienes que llevarme a la cámara de alta seguridad, la que no tiene placa.

No puede contarle sus planes así sin más. Desde que Forested le demostró su poder, ha dejado de ser independiente. Quiere que la visita sea secreta, y no sabe en quién confiar. Iralene es de confianza, sabe manipular para conseguir lo que quiere y conoce el edificio.

Esta, sin embargo, sacude la cabeza y cierra los ojos.

—Te necesito —le insiste Perdiz—. Te devolveré el favor... como sea, te lo prometo.

Iralene se cruza de brazos y se lo queda mirando fríamente.

—Sin condiciones. Un favor en cualquier momento del futuro. Me lo deberías.

Le asusta un poco; no está seguro de saber dónde está metiéndose.

—Sí. Aunque, bueno, tampoco quiero que...

—Sin condiciones.

—Vale, está bien. ¿Puedes conseguir que vayamos hasta allí sin ser vistos?

Tras meditarlo responde:

—Si Beckley nos ayuda, sí.

—Quiero ver si han sacado de la suspensión a Odwald Belze.

—«A tomar el aire», así lo llaman.

«A tomar el aire». A Perdiz tampoco le importaría tomarlo un poco.

Entre tanto echa continuamente de menos a Lyda. Por las noches es peor, pues hay menos distracciones odiosas. Foresteed le ha hecho saber que no puede verla hasta después de la boda, hasta que la cifra de suicidios baje. Si se enterara la opinión pública, sería muy peligroso.

Después Perdiz se prepara para dormir en el sofá. Ahora que Iralene duerme en su antiguo cuarto y que Glassings ocupa el de su padre, ha empezado a dormir en el salón. Pero le cuesta conciliar el sueño y se dedica a escribirle cartas a Lyda que luego le da a Beckley, como si fuera un colegial que pasa notas en clase. Al principio eran cortas: «Te quiero», «Te echo de menos»... No le ha contado que Foresteed lo tiene en un puño. Sabe que debería hacerlo pero no se ve capaz, le da demasiada vergüenza. Escribir, sin embargo, le ayuda a aclarar las ideas, de modo que intenta trazar un futuro sobre el papel. Esa noche escribe:

«No he renunciado a la idea de la asamblea. Pressia debería ser la presidenta. Bradwell sería el encargado de escribir la nueva historia, la verdad, para que podamos transmitir cuanto antes la información a todo el mundo. Y necesitamos a alguien como Il Capitano para llevar el ejército; de momento necesitaremos uno para mantener la paz.

Espero poder escaparme pronto, te lo prometo. Cuando volvamos a estar juntos, todo irá bien».

Sabe que a Lyda la asusta el futuro, y es normal. Es todo tan ajeno... Piensa en la gente que ha intentado suicidarse, el ataque contra los miserables, los bebés alineados en incubadoras a la espera del Nuevo Edén de su padre, la gente en suspensión, y todos los supervivientes de fuera, desperdigados por el globo terráqueo.

Le pesa todo tanto que tiene la sensación de ser increíblemente pequeño.

Le pasa una nueva carta a escondidas a Beckley, que custodia la puerta de entrada. Cuando le pregunta si Lyda ha contestado, el escolta le responde lo de siempre:

—Todavía no —le dice sacudiendo la cabeza, y se guarda la carta en el bolsillo del pecho.

—¿Y cómo está?

—Se pasa casi todo el día en el cuarto del bebé. Por lo visto está decorándolo para darte una sorpresa. No deja que nadie entre.

Perdiz se la imagina pintando las paredes, decorando la cuna y haciendo cualquier cosa que la tenga entretenida. Si no la conociera, pensaría que es buena señal, pero sabe que tiene que sentirse igual de enjaulada.

En esos momentos aparece otro guardia y Perdiz vuelve al sofá. Aprieta las manos entre sí con tanta fuerza que empiezan a temblarle. Esto no es lo que quería, esta no es su vida. Poder... En teoría tiene un enorme poder pero no puede sentirse

más impotente.

Se acuerda de cuando le preguntó a su padre si Dios era real. Este le respondió que, en el fondo, no importaba mucho si lo era o no: «La religión nos mantiene unidos. La Iglesia es importante porque nos proporciona un orden y una estructura. Es el mejor sitio para dictar normas, desde arriba. Les enseña a las masas a diferenciar entre el bien y el mal».

En la Cúpula ha habido siempre tantas normas: de quién debes y de quién no debes enamorarte, cómo y cuándo debes casarte, qué deberías discutir o cuestionar en el hogar, cómo criar a tus hijos para que nunca quebranten las normas, así como libros enteros sobre el arte de ser una buena madre y una esposa ejemplar.

«No», piensa Perdiz ahora. Las normas las hacen los hombres, y Dios es importante. En su fuero interno la gente sabe diferenciar el bien y el mal, solo tienen que buscar en su interior. Las religiones distorsionan lo bueno y lo malo. Y hay que enseñar las diferencias entre una cosa y otra porque no son naturales. ¿Por qué iba a creer la gente que su padre era un buen hombre y a llorar su muerte si no fuese porque alguien les metió en la cabeza la mentira de su bondad? La religión era una más de las muchas herramientas de su padre, y la usaba con gran maestría.

—Dios... —susurra Perdiz. Es lo único que tiene, una sola palabra.

Pressia

Frufrú

Para cuando empieza a anochecer ya ha llegado al bosque que linda con el terreno baldío alrededor de la Cúpula, las tierras donde no hace tanto vivían pastores y recolectores de bayas, colmenillas y tubérculos. También había granjeros, aunque era tan poco lo que había que criar —y nunca salía como se esperaba—, que costaba verlos como tales; algunos incluso los llamaban chapuzas. Con los incendios no ha quedado ninguno. Pressia palpa el tronco de un árbol quemado, su corteza pelada como una capa de piel chamuscada. La llovizna sisea al contacto del suelo lleno de cenizas del bosque.

Está todo en silencio y... ojalá fuese todavía de día... Necesita encontrar un sitio para dormir antes de poner rumbo a la Cúpula a primera hora de la mañana. Sabe lo mucho que le costó a Perdiz escapar. ¿Será igual de difícil entrar? Su idea es ir a la puerta de la plataforma de carga por la que salió Lyda. Se acuerda de los mapas que hicieron los puros y sabe por dónde tiene que buscar las ranuras.

También le pasa por la cabeza la idea de que tal vez ni siquiera consiga llegar a la puerta. Hay bastantes probabilidades de que la devore por el camino una alimaña o un terrón ávidos de carne fresca, o puede que le disparen nada más acercarse. Por extraño que parezca, está más que hecha a la idea.

¿Responderá alguien a la puerta? Tiene pensado decirles que es la medio hermana de Perdiz, aunque no tiene ni idea de cómo reaccionarán ante una declaración así. Es más que probable que la situación en la Cúpula no sea muy estable tras la muerte de Willux; puede que la gente no esté dispuesta a que Perdiz tome el poder, y tampoco sería de extrañar: que dé la casualidad de que sea el hijo de Willux no debería garantizarle automáticamente la autoridad.

El aire huele a pino quemado y a metal. Por fin llega a un tramo de bosque que extrañamente no ha ardido. La mayoría de las ramas están peladas porque es invierno, pero, al mirar de cerca un pino enano de ramas retorcidas y pinchos y raíces bulbosas que surgen del suelo como rodillas enterradas, ve que las agujas están pegajosas al tacto. Coge una del suelo y se fija en que está recubierta por una capa de óxido, como si hubieran chapado el árbol de metal. Siguen surgiendo nuevas especies híbridas. ¿Podría llegar a verse como algo bueno: un entorno y sus seres intentando adaptarse?

Se detiene para comprobar una vez más que el vial y la fórmula están a salvo y, para ello, abre la mochila, saca el estuche metálico y palpa el interior. Está todo bien, y eso le da un poco de ánimos. Le recuerda su misión.

Se adentra en el bosque con la esperanza de encontrar unos matorrales donde guarecerse, una roca o un tronco caído que la proteja del viento.

Pero entonces oye un frufrú.

¿Pájaros o roedores? ¿Un zorro? Se acuerda de los brazos cosidos con puntos de los bichos ciegos que Kelly soltó, de sus ojos voraces y de cómo le tocaron el pelo. En el acto la recorre un escalofrío. No son ellos, lo sabe, aunque le cuesta sacudirse la sensación de aquel tacto. ¿Qué le habrían hecho de no haber logrado escapar? Se abraza a sí misma y se queda escrutando la oscuridad, con la esperanza de que aparezca algo pequeño e inofensivo. «Por favor, que sea un conejito —piensa—, un conejito bonito. Un conejito me vendría de maravilla». Hace años que no ve uno, y el último, en lugar de piel, tenía un grueso pellejo cicatrizado, oscuro y arrugado, y las costillas le sobresalían como listones de madera combados. Aun así seguía siendo un conejito, con las orejas y las paletas grandes, y salió brincando, asustado al verla. «Sal brincando —le ruega para sus adentros al conejito que probablemente no sea tal cosa—. Por favor, sal brincando».

El frío cielo nocturno se ve asaltado por unos nubarrones oscuros, más espesos de lo habitual por culpa del humo. Quiere guarecerse del viento y dormir, ni más ni menos. Está cansada, le duelen los huesos y las articulaciones; es como si le hubiera venido de golpe toda la fatiga.

Más frufnú. Se agacha, y la adrenalina empieza a dispararse, aunque no es suficiente. No tiene fuerzas para pelear. No quiere que se la coman allí en medio, que la maten a zarpazos: ahora no. Se pone la mochila por delante del pecho y se mira la cabeza de muñeca, cuyos ojos vidriosos centellean en la tenue luz, como pidiendo que la protejan. Le ha fallado a Wilda y a los demás, la muñeca parece saberlo y haber perdido su fe en ella.

Más frufnú y pisadas. Se aferra a la cabeza de muñeca y a la mochila y se queda paralizada.

Y entonces oye su nombre, en la voz ronca de Bradwell. Y lo ve entre dos pinos delgados, extendiendo las alas, que se le han oscurecido por la lluvia.

—Pressia.

Se incorpora lentamente, sin dar crédito. Ha venido a buscarla. Por un lado le irrita que no haya confiado en ella pero, por otro, la alivia verlo. El corazón se le dispara.

—Mírame —le dice él.

Y eso hace: contempla el músculo de sus espaldas, las largas lanzas que tiene por clavículas, las cicatrices gemelas de la mejilla, los ojos, los labios, todo mojado por la lluvia. Salvo las alas, que es lo que él quiere que mire. Algunas de las plumas brillan, mientras que otras están estropeadas. Las plumas son gruesas y fuertes.

—Te veo.

—Mírame entero.

—Te veo entero.

Él es como un sueño, y está mirándola como si realmente la viera por primera vez en mucho tiempo.

—Tenía que intentar encontrarte. —¿Cómo habrá sabido dónde estaba?

—Debía irme.

—Lo sé, pero no he podido decirte lo que quería decirte.

—¿Y qué es?

Bradwell se pasa las manos por el pelo mojado.

—Tú te crees que yo no me imagino dentro de la Cúpula, en esas clases de la academia, en la sala de baile contigo, pero no es verdad: sí que lo pienso pero no como tú. Tú te ves encajando allí.

—No, eso no es verdad.

—Tú lo ves posible. Te imaginas cómo sería volver a tener mano y que te borrarán las cicatrices. Yo, en cambio, no tengo esa clase de imaginación. Yo solo puedo verme como soy, y cada vez que me imagino allí dentro veo la manera en que me mirarían. Para ellos estoy enfermo, soy una perversión del género humano.

—Pero para mí no eres nada de eso.

Se frota los nudillos entre sí. Pressia sabe que es difícil para él... extenuante.

—Nacimos para morir, Pressia. Nadie esperaba que sobreviviéramos. Por eso mi vida es un error, algo que me dieron sin querer. No es mía, es prestada. —Se acerca a Pressia y le susurra—: A veces pienso que retrocedería en el tiempo si pudiera y moriría desangrado, unido a mis hermanos. Pero luego sé que preferiría retroceder aún más. Si pudiera, moriría en el suelo helado del bosque contigo. Estábamos empapados, helados y desnudos, tal y como vinimos al mundo. Podíamos haber muerto así juntos. —Pega su frente contra la de ella y cierra los ojos—. Sé por qué hiciste lo que hiciste pero ahora tengo ese líquido por mis venas y ya no soy quien era. No puedes quererme.

—Pero te quiero.

—No lo hagas.

—Eso intento.

Pressia le pasa la mano por el hombro y le acaricia las suaves alas mojadas. Son sedosas. Él le pone la suya en la quemadura en forma de media luna que tiene en el ojo y luego le coge la cabeza de la muñeca entre las manos.

—No puedo dejar que te vayas —le dice Bradwell.

Pressia se aprieta contra él, mientras la lluvia le perla las pestañas. Le pone una mano en el corazón y siente el latido.

—Tengo que irme.

—Lo sé.

—¿Cuánto tiempo me dejarás antes de usar la bacteria?

—No mucho. Puede pasarte cualquier cosa ahí dentro. Il Capi también tenía razón en eso.

—Pero me costará llegar al menos un día. ¿Cuánto tiempo piensas darme?

—No lo sé.

—Si consigo llegar hasta Perdiz, podría enviarte un mensaje.

—¿Dentro de tres días?

—Lo intentaré. —Quiere besar esos labios húmedos. Lo echa tanto de menos que le duele el pecho. «Dime que me quieres —le gustaría decirle—, dime que me quieres como antes».

Y entonces él se aprieta más contra ella y la besa en la boca, con la lluvia todavía cayendo sobre ambos. Cuando se aparta, Pressia está sin aire.

—Tres días. ¿Vale?

—Vale —le dice y entonces, aunque tiene las piernas como dormidas, da un paso atrás.

—Hastings también anda buscándote. Es raro que todavía no te haya encontrado. Solo quiere ayudarte. —La chica asiente—. Pressia, ¿y si no volvemos a vernos? ¿Y si esta es la última vez?

Ve el miedo en Bradwell, y no está segura de haberle visto antes esa mirada.

—No me pasará nada.

—Ya lo sé, pero es que...

—¿El qué?

—En caso de que haya un cielo...

—No digas esas cosas.

—En caso de que haya un cielo quiero que nos reunamos allí. —Busca con la mirada la suya—. Nunca he ido a una boda...

¿Está pidiéndole que se case con él?

—Tengo entendido que las hacían en iglesias o en carpas blancas —recuerda Pressia.

—¿Y si el bosque fuera nuestra iglesia?

—¿Estás pidiéndome que me case contigo... aquí?, ¡¿ahora?!

—Te quiero desde siempre, desde la primera vez que te vi. ¿Por qué no casarnos? Sí, aquí y ahora. —Le coge la mano y se la pone en el corazón. Luego cruza la suya y la lleva a su propio corazón. Se inclina para apoyar la mejilla en la de Pressia y le dice—: ¿Quieres ser mi mujer por siempre jamás? ¿Aquí, ahora y en el más allá?

La chica cierra los ojos y siente el brazo entrelazado con el de él y su mejilla contra la suya, ambas mojadas y frías. Asiente.

—Sí, quiero. ¿Quieres ser tu mi hombre por siempre jamás?

—Sí, quiero —responde, y baja la cabeza y le besa el cuello, la barbilla, los labios.

—Esto no es el fin, esto es solo nuestro principio, Bradwell.

La levanta del suelo y vuelve a besarla, y siente sus labios, su lengua, los dientes.

Y se siente tan viva que apenas puede respirar. Está feliz. A eso se parece la felicidad: no tiene que ser del momento en sí; la felicidad puede ser una promesa.

Cuando vuelve a dejarla en el suelo, se siente pesada.

Bradwell se da media vuelta y regresa por el bosque; el viento y la lluvia arrecian y le agitan las alas. Pressia tiene que seguir, pero ahora sabe lo que quiere: regresar con Bradwell y buscar juntos un principio.

Aprieta el paso, con decisión. Tiene que encontrar un sitio seguro. Camina durante un rato hasta que oye algo que surca el aire: un «fiu» que acaba en un «zas» justo por encima de su cabeza. Mira hacia el árbol que tiene detrás y allí, bien clavada en el tronco, ve una hoja gruesa y bien afilada por todos los cantos.

Las madres están cerca, y seguro que por eso esa parte del bosque no está quemada: la guardan con uñas y dientes.

Pressia se agacha pero grita:

—¡Soy solo una chica! ¡Soy amiga de Lyda! ¡Me llamo Pressia y estuve hablando con Nuestra Buena Madre! ¡Vengo sola! ¡No hay ningún muerto conmigo!

Pero no es solo una chica: es una mujer casada. Y no está sola, aunque lo parezca: tiene a Bradwell, por siempre jamás.

El bosque está en silencio. Se esconde tras un árbol y otra cuchilla surca el aire y le clava el abrigo contra el árbol en el que está parapetada. Está atrapada. Le entran ganas de desgarrar la tela y salir corriendo, pero con las madres no se juega. Si las desafía, contraatacarán brutalmente.

Levanta la mano y la cabeza de muñeca.

—¿Qué queréis? —grita hacia el bosque—. ¡Me rindo! ¿Vale? —Espera que Bradwell se haya alejado bastante y no oiga el eco de su voz—. Me rindo —repite, y al decir esas dos palabras le parecen lo más auténtico que ha dicho en mucho tiempo. «Me rindo. Estoy cansada. Llevadme».

Por fin se oye una voz de mujer tajante y clara:

—Cogedla. Ahora es nuestra.

Lyda

Convirtiéndome

Lyda está escondida en su otro mundo. El orbe, que mantiene ajustado en el exterior, vive ahora en el cuarto del bebé. Es donde guarda la ceniza de los libros quemados y la fila de barrotos cilíndricos de la cuna que ha tallado hasta convertir en lanzas. Siempre tiene la puerta cerrada por dentro y, cuando le preguntan, dice: «¡Es una sorpresa para Perdiz!».

El chico ha puesto más hombres para montar guardia en su puerta, hasta el punto de que parece un pequeño ejército. ¿Por qué? ¿Teme que alguien vaya a atacarla? ¿O será al revés y en realidad está asegurándose de que Lyda no pueda ir a ninguna parte?

Ha trabajado duro en el cuarto y acaba de tenderse en la cama, que está limpia y huele bien. Tiene el pelo mojado después de una ducha de medio día. Le escribe otra carta a Perdiz; le ha escrito tantas que ha perdido la cuenta. Se las da a Beckley cada vez que lo ve —tiene turno cada tantos días—, pero él nunca tiene ninguna para ella.

—¿Qué dice cuando se las das? —le ha preguntado.

—Sonríe y se la guarda en el bolsillo... para leerlas luego, digo yo...

—No entiendo por qué no me responde.

—Está ocupado con..., en fin, con los preparativos.

Ya, los preparativos de la boda, lo sabe perfectamente.

«Perdiz: ¿Cuándo volverás? Estoy convirtiéndome...».

¿En qué? No lo sabe... Le parece más sincero poner simplemente «estoy convirtiéndome». Tal vez convertirse sea más importante que el resultado final.

Piensa en escribirle que está «construyendo el nido», una expresión que aprendió en la academia femenina, en clase de cuidados infantiles, y que también Chandry utiliza a menudo cuando viene a enseñarle punto. A Lyda le gusta porque cuando estaba en la escuela le encantaba pasear por el aviario y observar a los pájaros que fortificaban sus nidos. Esos instintos de hacer el nido tal vez no sean lo que espera Perdiz, pero tiene la sensación de estar construyendo un hogar para ella y el crío, un sitio exclusivamente para ellos. En el cuarto del bebé se siente segura, mientras que allí tumbada en su cuarto, sobre sábanas recién puestas y con el pelo bien cepillado, se siente vulnerable.

Siente que se acerca algo. Las cosas están inestables. No es solo que Willux haya muerto sino que el aire parece agitado, cargado. Y mientras Perdiz siga ocupado con sus preparativos de boda, no se dará cuenta. Nadie parece notarlo. Los guardias están apostados al otro lado de la puerta. Chandry viene y va. A veces mira por la ventana y

ve a la gente en la calle, corriendo de un lado a otro con paquetes, paseando a perros enanos o tirando de carritos de bebé.

Ha vuelto prácticamente todo a la normalidad, como si nunca les hubieran dicho la verdad. Le escribe a Perdiz:

A veces tengo la sensación de tener fuego por dentro.

No sé en qué estoy convirtiéndome pero creo que me preparo para un futuro que no puedo imaginar pero que, de todas formas, llegará. ¿Cuándo volveré a verte? ¿Alguna vez?

Te quiere,

Lyda.

Pressia

Madres

Las madres surgen una por una del bosque: un arbusto se convierte en un cuerpo; una mujer salta de las delgadas ramas de un árbol, y así sucesivamente. Es de noche y cuesta distinguir los cuerpos, vivos con el desaliento de sus hijos.

—Llevala al campamento —dice una madre—. Y vigíladla bien. Informaremos a Nuestra Buena Madre de su presencia.

Pressia no sabe cómo reaccionará la matriarca cuando le digan que la tienen presa.

Dos madres se le acercan, una con un gorro de lana y la otra con una melena blanca.

Pressia tiene la esperanza de que no le confisquen la mochila; es lo más importante.

La que tiene el pelo blanco saca la cuchilla del árbol, dejando un jirón del abrigo de Pressia, y se guarda el dardo en un morral que lleva echado al hombro.

—Por aquí —le dice—. Las manos en la cabeza.

Pressia camina entre ambas madres. Empiezan a dolerle los brazos. Ahora sí distingue a los niños: el primero en el hombro de su madre y el otro en torno al pecho de la suya.

—Habéis salvado este bosque de la quema —susurra Pressia.

Asienten al tiempo que pasan por delante de un cobertizo camuflado. De reojo Pressia acierta a distinguir unos extraños artilugios —¿catapultas con ruedas?— y unas cestas que contienen lo que parecen granadas.

—Yo hice de esas con las arañas robots que mandaron desde la Cúpula.

—Y nosotras hemos continuado el esfuerzo —le dice la mujer del pelo blanco—. Somos la primera línea de defensa. Nos cargamos a los nuevos soldados de las Fuerzas Especiales en cuanto salen y bajan la colina, cuando todavía están desorientados. —La madre se detiene ante un tonel grande lleno de armas recién pulidas—. Los destripamos, les quitamos el armamento y los desplumamos. El arsenal está creciendo.

Pressia se acuerda del niño de las Fuerzas Especiales, el que no era ni puro ni miserable.

—¿Algunos son jóvenes?

—Están mandando a niños a la muerte. Y nosotras hacemos lo que nos toca hacer. —La madre del pelo blanco mira a Pressia con desconfianza—. ¿A qué has venido?

Pressia no sabe qué decirles. Las madres son muy volubles: pueden pasar de la calma total a matar a alguien; son capaces de cualquier cosa.

—Estoy buscando a alguien —se decide a decir.

—¿A quién? —le pregunta de nuevo la madre del pelo blanco, lo que hace que se pregunte si la del gorro de lana no habla. ¿Será muda?

—A los niños que purificaron en la Cúpula, en especial a una que se llama Wilda.

La madre del gorro emite una especie de chasquido con la lengua, como si la reprendiera por decir algo inapropiado.

—Pues mejor que dejes de buscar si no quieres perder el tiempo —dice la del pelo blanco.

—¿Porque están muertos o porque están escondidos en alguna parte?

—Hay preguntas que es mejor dejar sin respuesta. Además, estás mintiendo.

—No es verdad.

—No estás contándonos toda la verdad, que es lo mismo que mentir.

La del gorro de lana vuelve a chasquear la lengua.

La del pelo blanco, por su parte, alarga la mano y coge una de las pocas hojas que quedan en una rama del tejado.

—Estamos en una estación de muerte, y no está claro que vaya a haber otra primavera.

—¿Qué quieres decir? —la interroga Pressia—. La tierra lo ha aguantado todo. Claro que habrá primavera. —Piensa en Bradwell preguntándose: «¿Y si no volvemos a vernos?»...

—Cuando se llevaron a Lyda, decidimos que no retrocederíamos jamás. Hay quien dice que ansiamos la muerte pero nosotras no la deseamos porque ya estamos muertas.

—¿Que se llevaron a Lyda? Quería ir a la Cúpula con Perdiz, no se la llevó nadie. Fue por su propio pie.

—¡Se la llevaron! —sentencia la del pelo blanco.

—Ajá —carraspea la del gorro.

Pressia no sabe qué creer. A veces las madres se cuentan las historias que quieren creer. No las culpa, aunque en esos momentos le gustaría entenderlas.

—¿Qué pasó? Contádmelo.

La madre del gorro de lana sacude la cabeza y se queda mirando a la otra antes de responderle:

—No podemos confiar en ti.

—Pero tengo que saberlo. Lyda es mi amiga, es como una hermana para mí. ¿Me entiendes?

Las madres han construido su vida en torno al concepto de hermandad. Las dos intercambian una mirada.

—No, no te diremos nada —resuelve la del pelo blanco.

Siguen adentrándose cada vez más en el bosque hasta que no se ve nada. Llegan a un pequeño campamento. Las madres la llevan a una tienda pequeña y la del pelo blanco le dice por fin:

—Ya puedes bajar las manos.

Pressia se frota los brazos, que le hormigean por la falta de riego. La del gorro ve la cabeza de muñeca y alarga la mano para cogerla entre sus manos pálidas y toscas.

La del pelo blanco asiente y dice:

—Sí, parece una de nosotras.

La del gorro vuelve a carraspear.

—¿Una de vosotras? ¿Por qué lo dices? —No se parece a las madres en nada; no es una mujer a la que hayan abandonado ni nunca lo será. Tiene a Bradwell, aquí, ahora y en el más allá. Las madres le dan miedo, desde siempre. Su fuerza subyacente tiene un lado violento. Así es como han sobrevivido—. No es más que una muñeca.

—Pero es parte tuya, ¿no? Te define por completo y a la vez no te define para nada... como la maternidad —le explica la del pelo blanco—. Serás de las nuestras. Es cuestión de tiempo.

Pressia se lleva la cabeza de muñeca al pecho y sacude la suya, aunque no sabe qué decir; no quiere formar parte de esa tribu de mujeres: lo que quiere es acabar con todo eso y construir una vida con Bradwell. «¿Y si no volvemos a vernos?...». Solo pensarlo le produce pavor.

—Estaremos haciendo guardia —le informa la del pelo blanco—. No intentes escaparte o la próxima vez que disparemos apuntaremos al corazón.

Perdiz

Fresa

Apenas un par de días después Perdiz e Iralene están haciendo un picnic rodeados por una valla baja. ¿De dónde la habrán sacado? ¿La habrán puesto por la noche? Es de esas que solían utilizarse para cercar los jardines delanteros de la gente en el Antes, dentro de urbanizaciones con perímetros también cerrados: vallas tras vallas. La han instalado para que la gente no se les acerque demasiado. Aunque no se ha publicitado, cada vez acude más gente al picnic.

—Actúa con naturalidad —le dice una mujer del círculo de Iralene.

—¿Que actúe con naturalidad? ¿Es un oxímoron? —responde Perdiz—. Si actúo no puedo ser natural.

La mujer resopla y se aleja.

Pertenece al primer grupo que se ha juntado en la valla pero ahora son más de cien.

—¿Quién iba a decir que habría tanta gente interesada en verme comer un sándwich y beber limonada? —Apenas mordisquea la comida y no hace más que darle vueltas por el plato de papel.

—A ti no... —le corrige Iralene—, a nosotros.

—A nosotros, perdona. —Piensa en Lyda: ese es el «nosotros» del que debería formar parte—. Ahora sé cómo se siente un pez en un acuario —comenta.

—Pues ne choques contra el cristal —bromea Iralene.

Se queda mirando los bloques de pisos de lujo que rodean el parque. Precisamente donde lo metieron cuando regresó a la Cúpula y donde, allí mismo, en uno de los sótanos, hay personas suspendidas en el tiempo, cada una en su propia cápsula helada.

—Sabes que no estamos lejos —le dice a Iralene.

—Lo sé —responde esta con tal rapidez e inexpresividad que no está seguro de que lo haya entendido. Coge una fresa y dice—: Parece real, ¿verdad?

—¿Es que no lo es?

—Creo que es comestible.

—Eso no es lo mismo que real —replica.

Cuando Iralene muerde la fruta, el gentío —formado por personas que sobreviven prácticamente a base de pastillas de soja sintética y complementos vitamínicos— parece adelantarse un paso.

—Hummm —dice Iralene con una sonrisa. A continuación se la pone a Perdiz delante de la boca—. Come.

Él quiere preguntarle si todavía está dispuesta a enseñarle cómo llegar a las cápsulas.

Abre la boca y ella retira la fresa y, cuando hace ademán de protestar, se la mete y tiene que morder su dulzura fría. El gentío murmura alegremente.

—Sabes que si te pellizco la nariz ahora mismo todos estallarán en un «oh» colectivo. Tenemos mucho poder.

—Nunca he tenido menos poder en mi vida.

Perdiz mira de reojo a la muchedumbre y vislumbra a la mujer que le ha dicho que actúe con naturalidad y que ahora mueve un dedo como pidiéndole que se porte bien; en teoría no debe hacerles mucho caso porque eso los haría sentirse incómodos. Y es cierto porque empiezan a removerse en el sitio y a apartar la mirada.

Vuelve entonces con Iralene, que le dice:

—Pero sí que tenemos mucho poder, Perdiz.

Le pellizca la nariz y la gente estalla en un «oh» colectivo, tal vez llevados por el entorno, pero es sin duda un estallido considerable, y su inmediatez le pone nervioso.

Se recuesta como si estuviera en un picnic de verdad, con las manos cruzadas bajo la cabeza y mirando el cielo: lo mejor para fingir que no está rodeado de público.

Iralene lo imita y apoya la cabeza en su pecho, acariciándole la barbilla con la nariz.

—Tus amigas me odian —susurra—. ¿No se supone que soy el bueno de la película?

—Creen que eres un mimado, superficial y cruel —le responde Iralene.

—Uau, ¿conque yo soy un mimado y un superficial? Podría decir lo mismo de ellas.

—Creen que te lo han puesto todo en bandeja.

—No es la primera vez que me lo echan en cara.

Los chicos de la academia siempre creyeron que para él todo era mucho más fácil, por ser el hijo de Willux. No hace tanto el propio Weed lo acusó de lo mismo, si bien con otras palabras. Y cuando se escapó de la Cúpula y salió al exterior, a Pressia y a Bradwell, y en realidad a todo el que se encontró, le pareció un malcriado.

—Y cruel. De eso no has dicho nada.

—Porque lo soy. En eso tengo que darles la razón.

Iralene levanta la cabeza y se queda mirándolo.

—Eso no es verdad, no lo eres. Ellas no te conocen como yo.

—Estoy fallándole a toda la gente que conozco, a todos los que quiero.

—¿Incluso a mí?

—Sí, a ti también. A ti también te quiero, Iralene, y lo sabes.

—No he olvidado tu promesa. Favor por favor.

—¿Tienes un plan? —Ahora sabe por qué ha escogido aquel emplazamiento. Iralene es perfectamente consciente de lo cerca que están del edificio de las cápsulas.

—Te he traído una radio. Pero tendrás que bailar conmigo si quieres que funcione.

—¿Forma parte del plan? ¿Tengo que bailar delante de toda esta gente?

Asiente.

—Tienes que bailar, cogeme y darme vueltas. Beckley va a ayudarnos. Y tengo a alguien dentro (un experto) esperándonos.

Maldita sea.

—¿Bailar? ¿No hay otra forma?

Iralene sacude la cabeza y sonrío.

—Qué va. Así es el plan.

Acto seguido se incorpora y rebusca en un bolso de lona grande de donde saca una radio pequeña. El gentío susurra inquieto, como si lo hubiesen estado esperando. Enciende el aparato y gira el dial. Sintoniza una canción que le recuerda a la música tintineante del viejo parque de atracciones al que iba de pequeño. ¿Cómo se llamaba? El Crazy John-Johns. Se acuerda del tiiovivo, de la montaña rusa, del algodón dulce que enroscaban en un palo.

Y entonces entra la batería.

Sabe lo que tiene que hacer. Ha de ser él quien proponga el baile, de modo que se levanta y le tiende una mano a Iralene, que la coge. Tira de ella para levantarla y van hacia el césped. Levanta una mano mientras pone la otra en la parte baja de la espalda de la chica. La canción es alegre y triste al mismo tiempo. El cantante quiere ser mayor, para vivir con su novia y poder darle un beso de buenas noches y dormirse a su lado. La última vez que Perdiz bailó fue con Lyda, en el comedor de la academia, que había sido transformado en pista de baile, con estrellas de pega en el techo. Se acuerda de cómo olía —a miel—, y del tacto de la seda de su vestido y, por debajo, sus costillas. Fue cuando se dieron su primer beso.

Pero ahí está Iralene. «¿No sería bonito, no sería bonito, no sería bonito...?». El cantante no para de decir la misma frase; quiere vivir en un mundo donde los dos estén a gusto. «Este no es —piensa Perdiz, mientras la gente se arremolina alrededor—. Este no es ni de lejos...».

La mano de Iralene encaja en la suya a la perfección. Luego la chica le pone la mano por detrás del pelo y le cepilla el cuello de la camisa.

—Cógeme y dame vueltas. Cógeme ahora —le susurra al oído.

La levanta justo cuando el cantante dice que quiere hablarlo aunque sea peor, pero que quiere hablarlo como sea. Y mientras Iralene da vueltas, Perdiz piensa en Lyda, y también es peor pero no puede evitarlo. Siente esa añoranza. Cierra los ojos. Iralene es luz. Sigue dándole vueltas. La mira, con el sol falso de fondo, y está sonriendo a pesar de tener los ojos llenos de lágrimas. «¿No sería bonito?» Por un momento ve la canción como debe de verla ella: «¿No sería bonito que fuese verdad...? ¿No sería bonito que la quisiera de verdad... que pudieran casarse y estar siempre juntos...?» ¿Por eso ha escogido esa canción? ¿Es eso lo que significa para ella? El cantante quiere casarse para que los dos sean felices. Le entran ganas de llorar mientras sigue dándole vueltas.

La gente empieza a aplaudir porque sabe que la canción está acabando.

Si las cosas fueran distintas... si no se hubiera enamorado de Lyda, tal vez podrían estar juntos. Quizá hasta podrían ser felices y la querría como a ella le gustaría. Incluso desea por un momento que las cosas sean como Iralene las ve; sería mucho más sencillo. Después, sin embargo, se siente culpable solo de pensarlo. No, él quiere a Lyda, y va a tener un hijo con ella.

El cantante le da las buenas noches, le dice que duerma bien y la llama «nena».

Cuando Perdiz deja a Iralene en el suelo, el gentío parece seguir dando vueltas a su alrededor. Y todavía con las manos en la cintura de Iralene, esta se lleva la mano a la frente y le dice:

—¡Perdiz! Estoy... mareada.

Y cuando las rodillas ceden bajo ella, él la coge y la pega a él: tanto que ve cómo parpadea.

La muchedumbre contiene un grito y en el acto aparece Beckley, que le dice a Perdiz:

—Cógela. —El chico lo obedece y la carga en brazos—. Por favor, apártense, tenemos que llevarla a un sitio fresco. —Al resto de guardias les grita—: Quedaos aquí y controlad al gentío. Vamos a entrar dentro. Aseguraos de que nadie nos siga.

Beckley los conduce lejos de la gente, por el césped en pendiente que lleva al edificio al que Iralene le había prometido llevarlo y guiarlo: el sitio que conoce de toda la vida y al que nunca quiere volver.

Iralene abre los ojos y le dice:

—¿Lo ves, Perdiz? Yo cumplo mi palabra. Al igual que harás tú cuando llegue la hora de devolverme el favor, ¿verdad?

—Claro que sí, Iralene —dice vacilante—, claro que sí...

Perdiz

Riesgos

Alguien ha estado allí poco antes que ellos. El salón falso parpadea sobre las paredes de cemento del sótano. Iralene va de su mano y Beckley a su lado. Es el hogar que ella ha conocido y es evidente que le tiene miedo. Reconoce también la alfombra de pelo blanca, el perrillo con la lengua fuera, los sofás y los sillones enormes y los cuadros de pintura moderna en las paredes, así como la cocina reluciente donde la imagen de Mimi hizo en otros tiempos magdalenas, una y otra vez, al tiempo que le decía a Iralene —sentada al piano al otro lado de la estancia— que retomara la canción desde el principio.

Pero el bucle de ahora no es el que vio. La imagen de Iralene pasa por el cuarto vestida con camión, bata y zapatillas y va a la cocina para servirse un vaso de leche y coger una bandeja con galletas.

—Este lo odio —le confiesa la Iralene real apretándole más la mano—. Lo hizo tu padre para mi madre, como regalo del Día de la Madre.

Llega ahora Mimi por la imagen de la puerta que Perdiz no recuerda que sea de verdad. También lleva una bata puesta, muy ceñida por la cintura.

—¿Qué te parece si tenemos una charla de chicas para acompañar la leche con galletas?

La Iralene falsa responde vivaz:

—¡Vale!

Perdiz sigue andando.

—El pasillo está por esa esquina, ¿verdad?, ¿el que lleva a las cápsulas?

Iralene le suelta la mano y va hasta la imagen de ella y su madre.

—A veces pienso que en realidad él quería que fuésemos felices.

Perdiz mira de reojo a Beckley y dice:

—No tenemos mucho tiempo. Si no aparecemos pronto, la gente va a pensar que te has puesto mala y se asustará.

Iralene da un paso y se mete dentro de su propia imagen. Se sabe el papel de memoria, los gestos y las palabras. Levanta la mano en sincronía perfecta con la imagen y le da vueltas a un mechón de pelo. Tanto la imagen como ella dicen al unísono:

—Hay un chico en el colegio que creo que es muy especial.

—¿No me digas? ¿Y él también te considera especial?

La imagen de Iralene baja la cabeza con timidez; la real, en cambio, alarga la mano para tocar la cara de su madre aunque, por supuesto, no palpa nada. La mano atrapa solo el aire.

—Hay algunas yos mías más jóvenes todavía. Salgo con mi madre enseñándome

a coser, o leyéndome cuentos en el sofá.

A Perdiz le da escalofríos la idea de ser espectador de su propia vida en lugar de vivirla.

—¿Mi padre también lo veía?

—No podía meternos y sacarnos de la suspensión siempre que nos echaba de menos. De vez en cuando necesitaba sus pequeños momentos con nosotras. Y mi madre y yo también los veíamos, claro. Eran versiones de cuento de nuestras vidas. En ellas nos queríamos. Cada vez que nos traía uno nuevo, lo saboreábamos juntas.

Todo aquello pasaba mientras su padre los ignoraba, a él y a su hermano, los mandaba a la academia y, después de la supuesta muerte de Sedge, ni se molestaba en dejarle volver a casa por vacaciones. Siente una envidia extraña pero también cierto asco. Esa no es manera de querer a una familia.

Iralene se ríe de la imagen de su madre, que está diciendo ahora lo fantástica que es su hija y lo afortunado que sería el chico que ganase su corazón.

—Mi madre nunca habría dicho eso en la vida real, sino más bien: «Tienes que hacer que se enamore de ti. ¡Tienes que ser perfecta, Iralene! Si es un hombre que merece la pena tendrás que engañarlo para que te quiera». —Se vuelve hacia Perdiz y Beckley mientras su imagen y la de su madre siguen charlando—. Al parecer no soy de esas de las que un chico se enamoraría de forma natural.

Perdiz no sabe qué decir porque, aunque es mentira, él no puede quererla.

Es Beckley quien rompe el silencio:

—¿Sabes cuántos hombres están enamorados de ti? Tu imagen está en todas las pantallas.

—Pero entonces quieren a mi imagen, no a mí —replica Iralene sin emoción.

Perdiz sacude la cabeza.

—No, no digas eso. Con solo verte uno...

—¿Uno qué? —lo interrumpe Iralene ansiosa.

—Te ven a través de tu imagen... a tu yo real —intenta arreglarlo el chico.

Iralene se acerca a Perdiz, lo coge del brazo y lo atrae hacia sí. Se siente culpable cada vez que es amable con ella. No hace más que darle falsas esperanzas, traicionando de paso a Lyda. Pero ¿qué hacer si no? ¿Ser cruel?

—Vamos, por aquí —le dice Iralene, que los conduce por un pasillo.

En las puertas a ambos lados hay placas con el número y el nombre de los especímenes. En todas se siente una vibración eléctrica al otro lado. Iralene se detiene cuando llega a la puerta donde solía estar su nombre. El de su madre sigue allí sobre el espacio ahora vacío: «Mimi Willux».

—¿Tu madre sigue viniendo?

—No puede permitirse envejecer, sobre todo ahora que vuelve a estar soltera —comenta Iralene como si tal cosa—. Pero ha salido para los funerales y nuestra cita. —Pone la mano en la puerta y prosigue—: Yo no pienso volver. La obligué a prometerme que sería libre. —Ladea la cabeza—. Bueno, tan libre como me sea

posible. —Siguen avanzando por el pasillo.

—¿Con quién hemos quedado? —pregunta Beckley.

Perdiz se había olvidado: es un sitio tan oscuro, frío y desesperanzado que te atrapa. Hay cuerpos al otro lado del zumbido de las puertas; cuerpos retenidos en el tiempo durante... ¿cuánto? Maldita sea. Weed tenía razón. Aunque pueda liberarlos, para que «tomen el aire», ¿qué diablos va a hacer con ellos?

—¡Doctor Peekins! —llama Iralene.

Oyen unos zapatos rozar el suelo. Peekins dobla la esquina y se queda parado con las manos en las caderas. Es un hombre menudo, de la quinta de su padre, que anda con los pies hacia fuera.

—Iralene.

—Hola —lo saluda la chica con ternura. Se dan un abrazo—. El doctor Peekins era la primera cara que veía cada vez que salía a tomar el aire.

—Y a veces también tenía que suspenderte, lo que resultaba bastante desagradable cuando eras pequeña, antes de que lo comprendieras del todo.

«Desagradable» es la palabra que se utiliza en la Cúpula cuando algo es horroroso e inconcebible... Perdiz no puede ni imaginarse lo horrible que tenía que ser dormir a Iralene cuando era una cría.

La chica ladea la cabeza y recuerda:

—A veces me contabas cuentos, ¿te acuerdas? Como el del bebé en una cesta en el bosque que creció y se hizo fuerte y hermoso.

Peekins tiene los ojos llorosos. ¿Será como una figura paterna para Iralene?

—Pues claro que me acuerdo —reconoce el médico, que le dice entonces a Perdiz —: ¡Y este debe de ser el afortunado en persona! —El médico le tiende la mano y Perdiz se la estrecha—. Aunque no hemos tenido el placer de conocernos en persona sé quién eres, por supuesto.

Tiene el detalle de darle también la mano a Beckley, cosa que le gusta a Perdiz. La gente suele ignorarlo.

—Perdiz necesita tu ayuda —le explica Iralene a Peekins.

Este no puede evitar mirar rápidamente a ambos lados del pasillo. Da un paso adelante y baja la voz. Parece saber que ayudar a Perdiz puede ser peligroso. ¿Le habrá dicho Forested que quien manda es él?

—¿Tiene algo que ver con Weed? —quiere saber el médico.

—¿Ha estado aquí?

—No, pero nos mandó instrucciones sobre el pequeño de los Hollenback —dice en voz baja Peekins—. Y hace poco sobre Belze.

—Sí, Odwald Belze. ¿Puede ayudarnos?

El médico se frota el entrecejo.

—En teoría no debería...

—Es importante —insiste Perdiz.

—Sí, pero hay ciertos conflictos, como comprenderás. —Se rasca la barbilla—.

Cosas que escapan a mi control. Solo llego hasta donde llego.

Iralene le pone una mano en el hombro.

—Por favor, ¿puedes intentarlo al menos?

El gesto se le suaviza.

—Por aquí. —Siguen al médico por un pasillo y luego por otro, mientras este les va explicando—: Belze es un hombre muy mayor, y además miserable, y lleva suspendido mucho tiempo. Los de congelación larga son mucho más difíciles que los de corta, como bien sabe Iralene... Es parecido a lo que pasa con las anestias.

—¿Podría sacarlo con cuidado? —le pregunta Perdiz.

—Yo siempre tengo cuidado —replica Peekins, que se detiene entonces ante una puerta con el nombre de «Odwald Belze»—. Aunque siempre hay riesgos...

—Pero ¿la otra opción es no volver a sacarlo de suspensión, ni siquiera intentarlo? —pregunta Perdiz—. ¿Qué diferencia hay entre la suspensión permanente y la muerte?

Iralene asiente.

—Cada vez que me suspendían, me preguntaba si se olvidarían de mí.

—Yo nunca me olvidaría de ti, y lo sabes.

Peekins abre la puerta e Iralene y Perdiz lo siguen al interior del cuartito. Beckley, en cambio, se queda en el pasillo montando guardia.

Y allí está la cápsula de un metro ochenta, con el cristal recubierto de escarcha, de color gris helado. Perdiz siente un escalofrío, desde lo más profundo de su ser hasta la superficie de la piel. Peekins limpia el cristal y deja a la vista la cara helada del anciano, que tiene una expresión rígida y dolorida. Una larga cicatriz rosa oscuro le baja por el cuello, que está seccionado a un tercio del camino, como en cruz. El abuelo de Pressia.

—¿Dónde está la pierna? —quiere saber Iralene.

—Llegó así. De hecho es una especie de fusión, de cuando las Detonaciones. Tiene un amasijo de cables por muñón. A saber qué le pasó exactamente...

Perdiz recuerda estar con Pressia cuando la madre de ambos murió: la sangre de homicidio nublando el aire. Han perdido tanto los dos... Y aun así ahí está ese anciano que cuidó de ella toda la vida, la única figura paterna que ha conocido. Ella cree que ha muerto y él puede devolvérselo. Es el mejor regalo que se le ocurre. Devolver amor.

—Quiero que se le trate con mucho cuidado —dice Perdiz.

—Por supuesto. Lo intentaré pero no puedo prometerte nada.

—No se lo diga a Foresteed, a Weed ni a nadie más en el poder. —Aunque Glassings ha dado la cara por Weed, Perdiz sigue sin estar seguro—. Se lo pido expresamente, ¿de acuerdo?

Peekins asiente.

—Sí, sí.

—Ha venido a ver algo más —apunta Iralene.

—Creo que sé qué es lo que te trae por aquí.

—¿Ah, sí?

—No es la primera persona que viene a preguntarme por lo mismo. Algo que está guardado con tanto celo tuvo que ser de un valor incalculable para tu padre, ¿no te parece?

De modo que sabe que Perdiz quiere que lo deje entrar a la cámara. ¿Quién se lo habrá pedido antes? Es probable que Foresteed, o incluso Weed. ¿Habrá intentado entrar algún miembro de Cygnus?

—¿Sabe que hay dentro? —pregunta sin rodeos Perdiz.

—Lo que hay ahí dentro no es para ti.

Perdiz no tiene claro a qué viene esa respuesta. ¿Era para su padre entonces?, ¿o para otra persona?

—Tampoco esperaba encontrar mi herencia, Peekins.

El comentario deja confundido al médico, que menea ligeramente la cabeza y luego aparta la vista.

—¿Sabe lo que hay ahí dentro o no? ¿O debería decir «quién»?

Peekins no responde.

—Tiene que decírmelo.

—No, no tengo por qué.

—Ahora soy yo quien está al mando. ¿Es que no se ha enterado? —Es mentira pero puede que Peekins no esté al tanto. El médico se le queda mirando y se limita a parpadear.

—Doctor Peekins, creía que usted era de los que sabían cumplir órdenes —le dice Beckley desde su posición junto a la puerta, con una mano en la pistola.

—Es que estoy siguiendo órdenes.

—¿De quién?

Mira a Perdiz y responde:

—De tu padre.

¿Está vivo su padre? ¿Es eso lo que intenta decirle?

—Por el amor de Dios, Peekins —le dice Perdiz intentando reír—, ¡mi padre está muerto!

El médico no se mueve ni dice nada. Parece más congelado que un cuerpo suspendido. Perdiz se siente desfallecer. ¿Por qué estará siguiendo las órdenes de su padre?

—A no ser que no lo esté... ¿Es él quien está ahí dentro, Peekins? ¿Mi padre? ¿Lo han resucitado o algo así? —Perdiz tiene que apoyar la espalda en la pared para no perder el equilibrio—. ¿Acaso la urna que en teoría contenía sus cenizas y que han exhibido por todos los dichosos funerales no es más que una farsa?

Empiezan a pitarle los oídos. «Lo maté —se recuerda—, yo lo maté. Yo quería que muriese y murió».

Peekins sigue sin responder. A Perdiz le entran ganas de pegarle un puñetazo. Tal

vez Weed tuviera razón y, de vez en cuando, sea necesaria una pequeña muestra de violencia.

—Cuénteme la verdad, Peekins, ahora mismo. Dígame lo que sepa.

—O si no, ¿qué?

Perdiz da un paso atrás. «Tortura».

—O le mando al hoyo.

—¿Adónde? Yo creía que habías acabado con todo eso.

Perdiz aprieta la mandíbula y mira a Iralene y a Beckley en busca de ayuda, aunque ¿qué pueden decir? Peekins lo ha puesto en evidencia.

—Llévenos a la cámara de alta seguridad, Peekins. Eso por lo menos podrá hacerlo, ¿no?

El médico los conduce por más pasillos hasta uno que acaba en una gran puerta metálica que está cerrada a cal y canto y tiene un sistema de alarma con una lucecita azul y un teclado instalado a un lado de la puerta. Perdiz pone la mano sobre la pantalla azul y espera que funcione como el resto de sistemas que reconocen sus huellas digitales, igual que el de la sala de operaciones o la cámara acorazada de su padre. Sin embargo, tal y como ha dicho Peekins, no pasa nada. Se agacha para ver si hay algún escáner de retina pero ninguna luz le barre los ojos.

Se queda mirando el teclado. ¿Es lo único que lo separa del cuerpo suspendido de su padre supuestamente muerto? ¿O será Hideki? ¿Quién es?

Empieza a introducir en el teclado palabras que tiene asociadas con su padre:

«Cisne». Sin respuesta.

«Cygnus». Tampoco.

«Fénix», «Operación Fénix». Nada.

—Peekins, ¿voy bien? ¿Funciona así? —El médico guarda silencio y Perdiz lo odia por ello—. Maldita sea —masculla.

Está tan frustrado que empieza a escribir mal, con faltas de ortografía... Le da a Borrar, Borrar, Borrar y empieza de nuevo. «Siete», «Los Siete». Introduce sus nombres uno a uno: de su madre, de su padre, de Hideki Imanaka, de Bartrand Kelly...

Pero entonces Beckley recibe un mensaje por el auricular.

—Los guardias de fuera informan de que la gente está empezando a preocuparse. Quieren que alguien llame a una ambulancia. Uno ha dicho que es médico y se ha ofrecido a ayudar. Tenemos que irnos.

—Todavía no.

—¡Tenemos que irnos! —insiste Iralene tirándole del brazo y haciendo que se equivoque al escribir.

—¡Iralene! ¡Suéltame!

«Edén», «Nuevo Edén»... No funciona nada.

Peekins se acerca y susurra:

—En teoría no deberías estar aquí. Yo sé la verdad.

¿Que Foresteed es en realidad el que está al mando? ¿Que le ha chantajeado? ¿O está diciéndole que sabe que mató a su padre?

—La única verdad es que mi padre ha muerto y no puede seguir sus órdenes —le grita Perdiz a Peekins—. ¡Yo sé que está muerto!

Cuanto más dice que su padre está muerto, menos real parece. Las palabras empiezan a perder todo significado y a quedarse en meros sonidos.

—Está intentando alterarme, ¿no es así? ¿Para quién trabaja en realidad? ¿Para Foresteed? ¿Para Weed? —El médico alza la barbilla pero no dice nada—. Voy a entrar en esta cámara, Peekins, con su ayuda o sin ella. Espero que esté en el lado correcto cuando esto pase.

—Yo sé distinguir perfectamente lo correcto de lo incorrecto —dice muy lentamente el otro—. ¿Y tú?

Perdiz se inclina y deja la cara a un centímetro de la de Peekins.

—No me ponga a prueba, ¿me oye? No me ponga a prueba.

Por primera vez el médico parece asustado. Asiente lentamente. «¿Es así como se siente un matón?», se pregunta Perdiz. En tal caso, sienta bien...

—Vamos —le urge Beckley.

—Hay que irse —insiste Iralene—. Seguidme.

Y echan a correr por los pasillos, pasando por delante de una placa tras otra: de otros tantos cuerpos congelados e inertes pero aún vivos.

Il Capitano

Mejor así

Empieza a anochecer, pero ¿cuántos días han pasado? ¿Dónde está Bradwell? La ciudad quebrada y humeante se difumina. Las sombras lo recubren todo como pozas de marea. Los escombrales están tranquilos. ¿Han muerto quemados todos los terrones? Las calles están casi en silencio. Pasa por delante de un montón de cadáveres del que, aunque tapado con una lona, sobresalen una mano quemada y plegada y un pie tieso con incrustaciones de metal.

Bradwell se ha ido a decirle a Pressia que la quiere. ¿La habrá encontrado ya? ¿Se presentará en el punto de encuentro? Il Capitano sabe que ella quiere a Bradwell y nunca lo querrá a él.

—Mejor así —susurra.

No es un pensamiento nuevo: ya se aferraba a él cuando mataba a miserables, los utilizaba de blancos humanos o contaba sus cadáveres tras las muerterías. Mejor así, muertos, que viviendo aquella vida, que no era más que una muerte lenta.

Helmud está callado; es posible que recuerde el humor sombrío de su hermano y prefiera encogerse en la espalda, sin moverse ni decir ni mu.

Il Capitano va de camino a la vieja cámara acorazada del banco. Probablemente se encuentre allí con otros supervivientes refugiados. Les dirá que se vayan al cuerno, que quiere estar solo, completamente solo. Nunca lo estará.

Se sube el cuello de la chaqueta y camina pegado al muro de un antiguo edificio. En esos momentos Pressia y Bradwell estarán enamorándose de nuevo. Se acuerda de cuando los pilló besándose bajo el paso subterráneo. Y de pronto le vienen ganas de estrellar a su hermano contra el muro, coger un palo y pegarle con él. Lo atrae la idea de volver a las andadas, a sus viejos consuelos: el poder que conoció, el poder que lo conoció a él.

Se detiene, aprieta los puños y se queda mirando al cielo, donde el humo se dispersa con el viento.

Antes, pegarle a su hermano de vez en cuando le hacía sentirse más vivo, a pesar de no saber ni cómo ni por qué. Tal vez porque era lo más parecido a pegarse a sí mismo...

—No tenemos nada —susurra—, nada.

Se coge la solapa del abrigo, la retuerce y luego grita al aire. No recuerda la última vez que chilló de esa manera.

Helmud se hace un ovillo en su espalda.

—¡Vete de mí! —le grita Il Capitano, y le clava los codos en las rodillas a su hermano. Después alarga las manos, le coge los brazos y tira de ellos hacia delante, con tanta fuerza que acaba de rodillas en el suelo—. ¡Vete de mí! —le vuelve a gritar

mientras le clava los dedos a su hermano.

—¡Vete de mí! —le responde este a su vez, echándose hacia delante todo lo que puede y retorciéndose sobre la tierra mojada—. ¡Vete de mí! ¡Vete! ¡De mí! ¡Mí! ¡Mí!

—¡No, tú de mí! —grita Il Capitano, que lanza las manos como loco a su hermano, que se contorsiona para rehuirlo—. ¡De mí!

No le importa la bacteria ni nada. Nota que se le está despegando la cinta de la piel.

Pero entonces Helmud le encaja un buen puñetazo en la mandíbula e Il Capitano se queda aturdido, clavado a cuatro patas sobre el suelo. El hermano pequeño vuelve a coger impulso como puede y lo golpea una vez más. El mayor rueda por el suelo y le hace un martinete a su hermano. Este le aplica una llave en el cuello, lo inmoviliza y sigue pegándole puñetazos en la cabeza.

—¡No tengo nada! —le grita a su hermano—. ¡No tengo nada!

Helmud no para de pegarle.

Y entonces Il Capitano deja de forcejear y se limita a cubrirse la cabeza con las manos, encogerse y dejar que su hermano le pegue. Helmud está sin aliento; tiene nudillos prominentes, y los ganchos caen sobre Il Capitano con energía y agilidad.

—No tengo nada —no para de repetir.

Helmud le responde entonces:

—¡Mí, mí, mí!

Pero sigue pegándole, y continúa hasta que le fallan las fuerzas y tiene que rendirse y recostarse sobre los hombros de su hermano. Ambos se quedan allí tirados sobre la tierra mojada, mascullando cada uno su cantinela —«nada», «mí», «nada»— hasta que Il Capitano no tiene claro quién está diciendo qué.

«Nada.

Mí.

Nada».

Perdiz

A sabiendas

Es el día de su boda. Foresteed lo adelantó sin decirles el porqué, y tal vez no haya más razón que querer demostrarle quién manda. La idea, sin embargo (día de la boda, «el día de mi boda») sigue sacudiéndolo por dentro como una fuerte descarga eléctrica. Vuelve a sentirlo allí delante del espejo de cuerpo entero que ha traído el sastre que le ha cosido el traje. Perdiz lleva pantalones y calcetines negros y está abotonándose la camisa de vestir mientras el sastre, un hombre menudo y callado, abre una funda en la que cuelga la chaqueta del esmoquin, el fajín y la pajarita. Perdiz no puede por más que quedarse mirando todos esos faustos: no está bien. Todo ha salido tan mal... una cosa detrás de otra...

—Una boda. Mi boda —susurra.

—¿Señor?

—Nada, nada.

No hay manera de contactar con Lyda, no responde a las cartas. Tampoco de volver a la cámara de alta seguridad, ni de saber si Peekins ha sacado a Belze de la suspensión. No hay manera de volver a la sala de operaciones de su padre sin levantar sospechas, y parte de él incluso desearía no volver a verla en su vida. La idea le revuelve el estómago; esas imágenes del pasado, las notas de afecto de un padre nada afectuoso... No hay manera de saber qué está pasando realmente fuera de la Cúpula.

¿Dónde están Pressia, Bradwell, Il Capitano y Helmud? Weed le informó de que habían aterrizado bien, pero más allá de eso no sabe nada y ni siquiera tiene forma de comunicarse con ellos.

Y Glassings ha empeorado; dijo que no se recuperaría, y tal vez estaba en lo cierto. Perdiz ha estado acompañándolo hasta bien entrada la noche, en una silla junto a su cama. Espera el momento en que Glassings se despierte y esté lo suficientemente lúcido para hablar con él, pero todavía no se ha dado el caso. Y desde su visita a la cámara de alta seguridad, Perdiz ha estado confeccionando una lista de posibles contraseñas para abrirla. ¿Es disparatado por su parte concentrar sus esperanzas en la idea de que uno de los mayores enemigos de su padre no solo esté vivo sino que además pueda ayudarlo? No sabe cuándo podrá intentar abrirla de nuevo o si tan siquiera tendrá otra oportunidad. Después de su visita a las cámaras de suspensión la seguridad se ha recrudecido. Es posible que Foresteed se haya enterado de algo y, por ahora, debe mantener la charada, hacerle creer que tiene el poder para poder acabar con él discretamente. Pero ¿cómo? No lo tiene claro.

Por ahora se siente solo y aislado.

Enjaulado.

Mientras el sastre va de un lado para otro, ajetreado, entra Beckley.

—Vaya, poniéndose guapo, ¿eh?

—Todo apunta a que voy a casarme —le dice al guardaespaldas, medio afirmando medio preguntando.

—¿Lo sabe Iralene? —le dice en broma.

Aunque no es muy oportuno: al fin y al cabo está casándose con la chica que no es.

Perdiz se aparta del sastre y le dice a Beckley en confianza, a sabiendas de que este sabe que está preguntándole por Lyda:

—¿Algo?

Es lo primero que hace siempre.

—No. Es mejor que le des tiempo. No tiene que ser fácil para ella.

—Pero si fue ella la que me animó... —murmura con un hilo de voz.

No ha sabido nada de ella desde hace tanto que no puede evitar preguntarse si está castigándolo. ¿O tendrá sus dudas? Pero entonces le viene una idea:

—¿Tú crees que me animó para librarse de mí? No sé, tal vez inconscientemente.

—Si no sé cómo funciona mi subconsciente, imagínate el de ella.

El sastre tose educadamente para llamar la atención de Perdiz mientras deja la chaqueta en la percha de madera. El chico levanta la mano para pedirle que espere.

—¿Pero tú lo ves posible? No volvió conmigo a la Cúpula, y yo se lo pedí, le rogué... Pero luego fue ella la que dio su brazo a torcer y volvió, por eso pensé que... en fin, que había cambiado de opinión. Ahora, sin embargo, ha vuelto a cambiar de parecer.

—Vais a tener un hijo, y eso es algo que os unirá para siempre.

—Eso nos convierte en padres, Beckley, pero no nos obliga a querernos. —Sus padres dejaron de quererse, e imagina que le pasa a casi todas las parejas. Siguieron casados a pesar de que su padre sabía que su mujer se había enamorado de Imanaka y había tenido una hija con él. Perdiz se acerca al sastre, coge la chaqueta de la percha y se la enfunda—. El amor no dura, no es permanente. —Se siente desfallecer y tira un poco de la chaqueta para sentirse menos oprimido—. Y ahora es el dichoso día de mi boda.

—Intenta disfrutar un poco.

Perdiz mira su reflejo en el espejo. Es un farsante, un impostor.

—¿Cómo quieres que disfrute? Si Lyda todavía me quiere, estaré haciéndole daño. Y si no es así, entonces, ¿qué puede haber peor?

Ya no le importa que le oiga el sastre.

—¿Lo dices en serio? —le pregunta Beckley.

El sastre le levanta el cuello de la camisa y procede a atarle la pajarita.

—Pues claro que lo digo en serio.

—¿Y si en realidad tú dejaste que Lyda te convenciera para casarte con Iralene porque eso es lo que querías... en plan... subconsciente, como tú dices?

—¡Tú no tienes que decirme lo que dice mi subconsciente o deja de decir! —se

exalta de pronto; desde que está allí enjaulado, se irrita con facilidad.

El guardaespaldas se encoge de hombros y se disculpa:

—Perdona, no pretendía restregarte por la cara tu propio razonamiento.

Perdiz se queda mirándolo un momento. Beckley tiene algo poco habitual en la Cúpula: hay momentos en que no puede evitar ser sincero, sin importarle las consecuencias.

—¿Qué? —lo interroga este.

Ahora el sastre está ciñéndole el fajín a la cintura.

—Me he negado a escoger un padrino. —Purdy y Hoppes le pasaron una lista de nombres para la ocasión y le pidieron que eligiera uno pero cerró la carpeta de golpe y los mandó a paseo—. No sé..., a lo mejor me he equivocado...

—¿No estarás pensando que...?

—Nadie me mete tanta caña como tú, Beckley. Y los amigos están para eso. —Piensa en Hastings cuando era su compañero de cuarto; siempre estaban lanzándose pullas. Y luego está Bradwell, que siempre le pone en su sitio, e Il Capitano, que no es la amabilidad en persona pero siempre dice lo que piensa—. ¿Te gustaría?

—No sé, creo que deberías escoger a alguien de tu..., en fin, de tu propia clase social.

—Ahí está la gracia: si te escojo, de paso cabrearé a unos cuantos de esa clase de la que hablas.

—No sé si...

—Total, si de todas formas tienes que estar a mi lado como guardaespaldas... Así tendrás algo que hacer en vez de quedarte ahí parado como un pasmarote. Creo que solo tienes que darme el anillo. No es para tanto, ¿no?

—Me parece que también tendría que hacer un brindis, levantarme y decir unas palabras...

—Pues límitate a decir: «¡Que vivan los novios! ¡Un brindis por ellos!». No tiene más historia.

—¿Y no podría hacerlo otro?

—¿Como quién? ¿Weed? ¿Crees que se le habrá curado ya la mandíbula? ¿Podrá comer ya sólido?

—No, no creo que sea la mejor opción.

—La mejor eres tú, Beckley. Así que, venga, vamos a prepararte. Si alguien te pregunta, dile que te limitas a seguir órdenes. —Le tiende la mano y Beckley se la estrecha. Al soltársela le pregunta—: Esta farsa sigue viniéndole bien a la gente, ¿no? Me gustaría oírsele decir a alguien.

—Es por la gente. Lo necesita.

—Lo sé. —De pronto le entran los nervios: va a casarse, por mucho teatro que sea. Y tiene que hacerlo bien. Su padre no está... lo ha matado. Lo mató. Pero ahora necesita que alguien lo aconseje. ¿No es eso lo que necesita un joven el día de su boda? Se pone los zapatos—. Tengo que ver a Glassings.

—¡Pero señor! —El sastre no ha terminado.

—Hemos acabado.

Recorre el pasillo y abre muy lentamente la puerta del profesor. La habitación tiene bastante luz. Glassings está recostado sobre unos almohadones pero, ahora que la hinchazón ha desaparecido, tiene un aspecto más cetrino y demacrado.

Perdiz sabe que es probable que no se despierte y que, aunque lo haga, no tenga la lucidez suficiente para darle ningún consejo. Con todo, acerca la silla a la cama y se sienta.

—Voy a casarme —le susurra—. ¿Qué le parece?

El profesor mueve levemente los párpados.

Perdiz le pone una mano encima de la suya, que siente fría y seca.

—Dígame qué debo hacer. Tengo miedo. —En teoría el movimiento clandestino tenía que haberlo apoyado; Glassings se lo prometió—. Cygnus no son más que un puñado de cobardes. ¿Dónde están cuando se los necesita? ¿En sus pisos, mirando la calle desde la ventana?

Perdiz se echa en el respaldo de la silla y se frota el meñique nuevo. Glassings empieza a toser, jadeando, y es como si el dolor en las costillas rotas lo despertara. Los ojos no son más que rendijas acuosas.

—Estoy aquí, a su lado.

Glassings fija en él la mirada y le hace un gesto con la cabeza, como si quisiera que se acercara. Perdiz se adelanta.

—¿Qué debo hacer?

—Lo próximo correcto que puedas —susurra Glassings—, y luego lo próximo correcto. Si todos los pasos que das son los correctos, avanzarás.

—Voy a casarme con Iralene. Me da que no es un paso correcto.

Está desesperado. Necesita que el profesor le diga qué hacer. Siente como si hubiera perdido el control del volante y se encaminara hacia un acantilado, y solo Glassings supiera decirle cómo pisar los frenos.

Este último se queda mirándolo, callado por un momento y luego le pregunta:

—¿Es que no la quieres?

—En teoría debería casarme con Lyda.

Glassings entorna los ojos.

—Responde a mi pregunta.

Tal vez esté diciéndole que debería querer a Iralene... ¿Eso lo mejoraría todo, lo haría más seguro y claro? Tan seguro de sí mismo como estaba ante el micrófono cuando contó la verdad, y ahora se ve hundido en un mar de dudas. Es más, ya no confía en su propio criterio. Desea decirle que no quiere a Iralene pero piensa en cuando le dio vueltas en el aire, con el sol falso reluciendo en su pelo.

—No importa a quién quiera. Mi vida no es mía.

—Has vuelto a no contestar a la pregunta.

—¿Y si no lo sé?

—Hay cosas que se saben y punto.

Pressia

Caña hueca

Antes de abrir los ojos por la mañana Pressia piensa en el beso de Bradwell. Sus labios recuerdan el tacto húmedo de los de él, de la piel; rememora la dureza de sus músculos contra su pecho cuando la levantó del suelo, así como lo sedoso de sus alas. Le gustaría quedarse en esa ensoñación pero oye una tos y, al abrir los ojos, le sorprende ver la cara de un niño mirándola fijamente. Aprieta la mochila contra sí; duerme con ella. Está en un jergón que le han ofrecido las madres sobre el suelo frío de una tienda de campaña. La luz es brumosa a primera hora de la mañana. Una mano revuelve el pelo del niño. Las madres le han dicho que la ayudarán pero no han precisado ni cuándo ni cómo. Pressia levanta la vista y ve que una mujer la mira. Tiene unas palabras selladas con fuego en una mejilla; aunque están del revés, consigue leerlas: «Los perros ladraban con fuerza. Casi había anochecido».

—¿Madre Hestra? —La reconoce de la última vez que vio a Perdiz y Lyda, en el vagón del metro sepultado bajo tierra.

La mujer asiente.

—He venido para llevarte.

—¿Adónde? —Por un momento le pasa por la cabeza la idea de que va a llevarla a la Cúpula pero no puede ser.

—A ver a Nuestra Buena Madre. Ahora. No hay tiempo que perder.

Al cabo de unos minutos Pressia lleva de nuevo la mochila a la espalda y sigue a Madre Hestra por el bosque. A pesar de que va cojeando por el peso del niño en un costado, la mujer tiene una extraña agilidad. Pressia está comiéndose una tortita que han preparado en la hoguera del campamento. El aire sigue cargado de humo pero la lluvia ha parado. Pressia sabe que tiene que intentar convencer a Madre Hestra de que la deje ir, pero ¿cómo? Decide empezar por las cosas que tienen en común.

—Entonces ¿se llevaron a Lyda? Una de las madres me dijo que se la llevaron a la Cúpula.

—¿No has sabido nada de ella?

—¿Cómo quieres que sepa algo?

—Está dentro con Perdiz, que es tu hermano. Él tendrá medios, ¿no?

—Ni siquiera sé si entró por su propio pie o se la llevaron. Yo lo último que supe es que iba a entrar con él.

Atraviesan un riachuelo saltando por unas piedras.

—Tiene su propia vida y tomó su decisión. Quiso quedarse.

—Entonces, ¿se la llevaron contra su voluntad?

Madre Hestra se detiene. Parte una caña hueca y sopla por ella —una nota triste y grave— y luego se la da a su hijo, que juguetea alegremente con la flauta

improvisada.

—Fue durante la batalla. Atacamos a la Cúpula. ¿No lo sabías? —le dice la madre reanudando la marcha por entre los árboles.

¿Será la razón por la que contraatacaron los puros?

—Entonces, ¿la Cúpula está tomando represalias por eso? ¿De ahí los asesinatos y los incendios?

Madre Hestra utiliza los árboles para coger impulso y Pressia empieza a imitarla para ir más rápido.

—Hubo una tregua y luego empezaron de nuevo los ataques. Sobre las razones solo podemos elucubrar.

—Pero Willux ha muerto y Perdiz está ahora al mando. ¿Cómo puede estar pasando todo esto? Madre Hestra se detiene y se vuelve.

—¿Que Willux ha muerto?

No debería haberlo dicho. Siente como si una daga le retorciera las entrañas. No es bueno, nada bueno. Pero ya no puede retractarse. Madre Hestra tiene la cara congelada en una mirada intensa. Pressia asiente.

—¿O sea que es Perdiz el que está enviando a sus muertos para matarnos, eh?

—No creo que haya sido él. ¡No puede ser!

—Pero él está al mando. Acabas de decirlo.

—No se lo digas a Nuestra Buena Madre —le ruega Pressia.

—¿Cómo quieres que se lo esconda? ¿Cómo quieres que se lo esconda a mis hermanas?

Nuestra Buena Madre se enfadará, y sin duda dará rienda suelta a su ira. Aunque desprecia a todos los muertos en general, a Perdiz parece tenerle una tirria especial.

—Solo necesito algo de tiempo. Por favor, si tú...

—¡A callar! —Madre Hestra se pone tensa—. Sígueme —le dice apresurando el paso de nuevo.

—Por favor no me lleves ante Nuestra Buena Madre. Por favor, es importante, Madre Hestra. Es una cuestión de vida o muerte.

La madre se detiene, se agacha y le hace un gesto a Pressia para que la imite. La chica se sienta con la espalda contra un árbol. Alza la vista al cielo: gris, siempre gris, con las oscuras ramas cortándolo como fragmentos de un cristal. Está presa. Ha fracasado.

—Por favor, Madre Hestra —repite.

La mujer se lleva las manos a la boca y emite un extraño reclamo: un ulular prolongado y bajo.

A Pressia le entran ganas de llorar. Piensa en salir corriendo pero sabe que las madres están bien entrenadas y no conseguiría llegar muy lejos.

Y llega otro arrullo a modo de respuesta que reverbera por el bosque.

Pressia agarra a la madre del abrigo.

—Por favor —suplica.

—Cállate. Sé por qué estás en el bosque, y no es precisamente para buscar a niños muertos. Quieres entrar en la Cúpula, y yo voy a ayudarte.

—¿Pero y Nuestra Buena Madre...?

—La desobedeceré, y pagaré por ello. Cuando me he enterado de que estabas aquí, me he ofrecido a ser tu carcelera. Como hermana de Perdiz eres la única que puede entrar y esperar cierta protección, aunque eso también podría convertirte en un blanco fácil. Solo tú puedes hacerlo.

—¿Cómo sabías que quería entrar?

—Porque vas en busca de Lyda. No puede tener el bebé dentro de la Cúpula, no sería seguro y, además, no estaría bien. Ella es de las nuestras.

—¿El bebé? —Pressia no da crédito; tiene que ser un error.

—El hijo de Lyda —le aclara Madre Hestra, confusa ante la ignorancia de Pressia—. Perdiz es el padre.

—¿Cómo?

—Que está embarazada, que va a tener un hijo... Y dentro de pocos meses.

¿Que Perdiz y Lyda van a tener un hijo?

—No lo sabía.

¿Tendrá miedo Lyda? ¿Estará sola? Pressia quiere verla y decirle que... ¿el qué? ¿Que todo va a salir bien? ¿Acaso es verdad? No puede mentirle. Esas voces que llamaban a los niños desaparecidos por toda la ciudad... Lyda y Perdiz van a tener un hijo propio por el que temer, luchar, al que llamar...

—¿Cómo es posible que no lo supieras? ¿No es por eso por lo que quieres entrar... para salvarla?

—Quiero entrar porque tengo lo necesario para curarnos. Si consigo hablar con los científicos de la Cúpula podríamos revertir las fusiones sin efectos secundarios, reparar a los supervivientes... a todos nosotros. —Mira al niño que tiene la madre en la pierna. El pequeño está mirándola y escuchándola, con la caña bien agarrada y lágrimas asomándole a los ojos.

A Madre Hestra se le pone la cara encendida y aprieta la mandíbula.

—Para esto no hay cura. ¡Ninguna!

—¡Pero sí que la hay!

—Creía que estabas en este bosque porque planeabas salvar a una hermana, ¡a una hermana y a su hijo! ¿Sabes cuánto hace que no tenemos en nuestros brazos a un bebé de una de las nuestras? ¿Lo sabes? ¡Ese niño es nuestro nuevo principio!

—Ibas a ayudarme a entrar... ¡Hazlo entonces! Ahora que lo sé haré lo posible por sacar a Lyda de ahí dentro. Te lo prometo.

El arrullo se repite, esta vez más cerca. Madre Hestra mira hacia el lado de donde ha venido el sonido.

—Si Nuestra Buena Madre se entera de que Willux ha muerto, notará la debilidad. Y si averigua que Perdiz está al mando, le entrarán más ganas de matarlo.

—Pero si ataca —susurra Pressia— solo conseguirá causar más muertes, y Lyda

seguirá ahí dentro. Si me das tiempo, iré e intentaré sacarla antes de que ataquéis.

No se atreve a contarle nada de la bacteria que podría derrocar a la Cúpula. Necesita que Madre Hestra mantenga la calma y la concentración.

La madre la coge con fuerza del brazo y le dice:

—Has prometido que la sacarás.

—Te prometo que lo intentaré.

Madre Hestra aprieta los puños contra la frente y cierra los ojos con fuerza.

—Han muerto ya doce madres del campamento donde has dormido..., y eso solo en ese puesto. Siete tenían hijos que también han muerto. La fosa colectiva está llena y hemos empezado a cavar otra. ¿Es que no hemos tenido bastante con las brutalidades del padre?

—No sabemos si es Perdiz quien ha ordenado el ataque, no podemos saberlo.

—Mátalo. Entra y mátalo.

Pressia sacude la cabeza.

—Él no ha podido orquestar este nuevo ataque. Es imposible. Él nos conoce y nos respeta.

—Pues resulta que él es quien está al mando y mira lo que ha pasado. Esos son los hechos.

—Tengo que tener fe en él.

El arrullo les llega con más intensidad y apremio.

—No puedo matar a mi hermano ni pienso hacerlo. Pero intentaré sacar a Lyda. —Se acuerda de la última imagen que tiene de ella, cuando estaban en las esterancias a punto de ser ejecutadas. ¿Es ese el hogar de su amiga? ¿La naturaleza salvaje? Si quiere salir, Pressia la ayudará a toda costa—. Ten fe en mí.

El hijo de Madre Hestra pasa el brazo por la cintura de su madre y se agarra con fuerza. Esta le da un beso en la coronilla.

—Lo pagaremos... Cuando Nuestra Buena Madre se entere, lo pagaremos caro.

Pressia siente una punzada de rabia en su interior.

—Eso no es justo. —Mira al niño—. Yo no estoy pidiéndote que hagas esto.

El arrullo vuelve a resonar.

—Sobreviviremos. Estamos hechas para eso. —Madre Hestra coge la mano de Pressia y entrelaza los dedos—. Cuando veas a Lyda dile que estamos preocupadas por ella. Para mí era igual que una hija, como de mi sangre...

El hijo la mira desde abajo y ella le coge con suavidad de la barbilla, como si le dijera: «No te preocupes. A ti te quiero más».

Y entonces Madre Hestra se lleva de nuevo las manos a la boca y su reclamo se queda flotando en el aire de la mañana, reverberando por el bosque.

Lyda

Luminosa

Va vestida como si fuera una invitada más de la boda. El traje es de tafetán azul eléctrico y le llega por la mitad de la pierna. Lleva unos zapatos de tacón alto que han teñido para que combinen con el traje y con la cartera de mano, que solo contiene una cosa: a *Freedle*, envuelto en una toallita de mano. Quiere tener a su lado un pedacito del exterior y la cigarra siempre la reconforta. Y va a necesitar todo el consuelo posible.

Se sienta muy tiesa en el sofá, al lado de Chandry Culp, la mujer que le da clases de punto. Ha sido ella la que lo ha preparado todo: ha traído a su marido, Alex Culp, y a su hija Vienna, como si fueran viejos amigos de la familia que se reúnen para un importante acontecimiento público.

A la niña no le gusta la crema.

—¡Está muy picante!

Tampoco las zanahorias.

—¡La textura es muy poco realista!

No le gusta cómo la ha peinado su madre.

—¡Está demasiado ahuecado!

Lyda quiere encontrar el momento adecuado para anunciar que se siente cansada y tiene náuseas, y poder así retirarse a su cuarto. Es verdad que está agotada porque no ha dormido mucho últimamente; cada vez que concilia el sueño, se despierta unos minutos después jadeando, sin aire, como si no hubiese oxígeno suficiente en la habitación y se asfixiara... ¿con qué?

¿Por qué creen que quiere ver cómo se casa Perdiz con Iralene? ¿Están poniéndola a prueba? ¿Debe demostrarles que su relación con Perdiz ha terminado, que todo saldrá según los planes? La agobia el vestido y la crema, e incluso el señor Culp, que no para de ir de un lado para otro diciendo cosas como:

—Qué piso más bonito te has agenciado. ¿A que es bonito, Chandry?

En el televisor van apareciendo los invitados que llegan a la ceremonia, parejas con varios títulos que entran en la iglesia enfundados en sus trajes de gala. Hay guardias por todas partes, formando un cordón de seguridad alrededor de la iglesia. Pero aparte de eso todo está precioso: las flores por doquier, las cintas, las alfombras rojas. Lyda mece en su regazo la cartera, con *Freedle* dentro.

Se siente desfallecer. Sí, quiere ser la que se case con Perdiz, por supuesto. Aunque no así, no con toda esa pompa y ese boato, no sabiendo lo que tiene que pasar la gente del exterior para sobrevivir. La idea le revuelve el estómago.

—Creo que voy a tener que echarme un rato.

—¿Cómo? No, no. ¡Todavía no ha llegado! —exclama Chandry.

—¿Es que viene alguien más?

—Se supone que es sorpresa —dice la niña, que pone cara de hastío.

Lyda se alarma.

—¿A quién esperamos?

—Déjame ver por dónde va. —Chandry se apresura hacia la puerta de entrada para hablar con los guardias.

El señor Culp coge un candelabro sin velas y dice:

—¡Cómo me gusta! ¡Qué bonito!

Lyda se acerca a la niña e intenta sonsacarle la información:

—Dime quién viene.

—No puedo.

—Por favor.

—¿Es que no sabes cómo funcionan las sorpresas?

—No me gustan las sorpresas —susurra Lyda.

—¡Ya viene! ¡Ya está aquí! —grita Chandry.

La puerta se abre de par en par y los guardias se hacen a un lado. Chandry retrocede y hace un gesto teatral con la mano cuando aparece en el umbral la madre de Lyda.

—¡Señora Mertz! —exclama la mujer, medio orgullosa, medio aliviada.

La madre de Lyda parece encogida y desorientada. Se queda en el umbral parpadeando por unos momentos y después empieza a repasarlo todo con la vista, incapaz de mirar a su hija. En el centro de rehabilitación hacía lo mismo. Fue allí, de hecho, donde vio a su madre por última vez. La trató con mucha frialdad, parapetada en su papel oficial de terapeuta. Pero ahora no interpreta el mismo personaje; también se ha puesto un vestido, uno de los que lleva años poniéndose para ir a la iglesia.

—¿Mamá?

Su madre da un paso adelante y alza la mirada hasta que por fin la cruza con Lyda, con los labios apretados y tomando aire, como si estuviera preparándose para algo: ¿qué espera?, ¿qué le han contado? ¿Sabe que está embarazada?

Lyda no sabe si debe darle un abrazo o no, y su madre parece igual de insegura.

—Lyda, querida... —musita en voz baja.

Y la chica siente que el amor le fluye por dentro y la desborda. Ha echado de menos a su madre desde tan adentro que no se ha permitido ni admitirlo. Deja la cartera en una mesita auxiliar —cuidando de que *Freedle* esté a salvo— y corre a echarle los brazos al cuello a su madre, que se pone tensa pero luego, poco a poco, empieza a darle palmaditas en la espalda.

—¡Creía que no vendrías a verme! Ni siquiera tenía claro si sabías que estaba aquí.

—Yo lo sé todo —responde la madre.

Lyda, sin embargo, se pregunta qué versión de los hechos le habrán hecho tragarse.

Aprieta las manos de su madre y le dice:

—Vamos a hablar... las dos solas. ¿Os importa dejarnos un poco de intimidad? —les pregunta a Chandry y familia.

—¡No, no! —replica la madre—. Está bien así, no hace falta que estropeemos esta reunión. —Se apresura hasta el televisor y prosigue—: Va a ser un acontecimiento hermoso que tenemos que compartir entre todos. —Mira a Lyda y añade—: Y aceptar.

Siente como si la abofetearan. Le pitan los oídos. El cuarto del bebé. Quiere refugiarse allí, para sentir el peso de la lanza en su mano y la ceniza en su piel. Son cosas reales. Las indirectas de su madre siempre están hechas de aire, por eso es incapaz de atraparlas y acusarla de algo concreto. Pero ahora Lyda sabe por qué está aquí: para decirle a su hija que su relación con Perdiz ha acabado, que la boda no es ninguna farsa y prevalecerá. No hay vuelta atrás, solo la aceptación. Su madre ha venido para ayudarla a admitir el fin.

Lyda desea que solo sea un sueño, quiere despertar y tomar aire. Pero no es ninguna fantasía.

No puede hablar. Alarga el brazo para cogerse al respaldo de una silla.

—¿Estás bien? No tienes buen aspecto —le dice Vienna.

—¡Que va a empezar! —grita Chandry, y se vuelve hacia el televisor. Se saca un pañuelo del bolso y se lo lleva a la mejilla—. ¡Ahí está ella! ¡Madre mía!

—¡Qué guapa está! —comenta el señor Culp.

Toda la familia Culp se congrega en torno a la pantalla luminosa, con la madre de Lyda de pie frente al hombre. Los altavoces retransmiten la algarabía de la música orquestal. Lyda se imagina a Iralene con un largo vestido de novia blanco y al público maravillándose.

Están todos mirando boquiabiertos el televisor salvo la madre de Lyda, que está mirándola a ella y le dice:

—Ven a verlo.

Lyda sacude la cabeza.

Su madre le dice sin dar muestras de enfado, tan solo de cierta resignación:

—Lyda, no seas cabezota. Esto es lo que tienes que hacer.

—No, gracias.

Su madre se acerca y le dice en voz baja:

—Lyda, todo saldrá bien. Tu hijo y tú estaréis bien, todo irá de maravilla. Yo estaré aquí para cuidarte. Es mi nuevo rol.

—¿Y te pagan por esto? ¿Cuánto te han ofrecido? —le pregunta Lyda con sorna.

—¿Cómo? Lyda, sabes que quiero estar aquí. ¿Dónde más iba a querer estar aparte de a tu lado? —Busca la mano de su hija pero esta se aparta.

—Tengo madres. Tengo tantas madres ahí fuera que no te necesito. ¿Me oyes? Ya no te necesito para nada. —Lyda se da media vuelta, coge la cartera, con *Freedle* a salvo en su interior, y se va por el pasillo.

—¡Lyda, no hagas esto! —le grita su madre corriendo tras ella.

La chica abre la puerta del cuarto del bebé pero antes de tener tiempo de cerrarla, su madre consigue entrar y ver la cuna destrozada, el montón de lanzas, el serrín, el cuchillo, la pila de libros rasgados, el cuenco con las cenizas: todo perdido en la ceniza arremolinada que proyecta el pequeño orbe que hay en medio del cuarto.

—¡Dios Santo, Lyda!

—Fuera de aquí. Esto es mío. Solo mío.

La señora Mertz clava los ojos en su hija y le dice:

—¿En qué te has convertido? —La mujer da un paso vacilante atrás y tiene que cogerse a la pared para no perder el equilibrio. Le falta el aire.

Lyda cierra la puerta por dentro y se desliza con la espalda pegada a la puerta hasta quedarse sentada en el suelo. «¿En qué me he convertido?» Abre la cartera y saca la toalla de mano hecha un nido donde está durmiendo la cigarra mecánica.

—*Freedle* —le susurra—. ¿Cómo hemos llegado a esto?

El animalito parpadea, abre los ojos y extiende sus frágiles alas. Lyda quiere apartar los vestidos de premamá y sacar la armadura. Quiere sentirse resguardada, protegida.

—¿Cómo volveremos fuera?

Y de repente siente que el pecho se le hincha de rabia. Encuentra una costura en el lado del vestido y tira de ella hasta que desgarrar la falda hasta la cintura. Coge más tela y sigue rasgándola, y rasga y rasga hasta hacerlo todo jirones.

—Mis madres. Quiero a mis madres —susurra.

Pressia

Puertas

Madre Hestra conduce a Pressia hasta la linde del bosque, donde encuentran a unas cuantas madres trabajando apresuradamente. Están sacando el artefacto que parece una catapulta y las cestas de granadas hechas con arañas robóticas.

—Ellas te cubrirán. No podemos hacer mucho más.

—¿La has avisado? Las Fuerzas Especiales que salen ahora son distintas —le dice una de las mujeres a Madre Hestra.

—Ya lo sé, las he visto —dice Pressia.

—¿Las que son como terrones?

Pressia sacude la cabeza.

—¿Qué? ¿Terrones? ¿Cómo es eso?

—No hay tiempo para explicaciones. Ya las verás —replica otra de las madres mientras carga una granada en una catapulta.

El resto se apresura a imitarla mientras le explican lo que va a ocurrir.

—Vamos a atacar desde aquí.

—Tú tienes que seguir la linde del bosque por ahí.

—Y nosotras los distraeremos.

—Vale.

Madre Hestra le tiende un cuchillo y le dice:

—No creo que sea de gran ayuda pero es mejor que nada.

Pressia le da las gracias y se lo guarda entre el cinturón y la cinturilla del pantalón.

Madre Hestra se aleja, la saluda con la mano y después da media vuelta para irse.

—Espera —le grita Pressia.

Pero ya ha echado a correr por la espesura, y en un par de zancadas se pierde con su hijo entre los árboles y los matorrales. Se han ido. Pressia quería otro momento, otro adiós, pero se da cuenta de que, de todas maneras, no habría sido fácil. Mira con ojos aviesos la Cúpula y luego se encamina hacia la linde del bosque. Solo tiene que conseguir que no le disparen de camino, y después, con suerte, tendrá oportunidad de decir quién es, de explicarles su vínculo con Perdiz y que la dejen entrar... ¿presa? Le basta con llegar con vida...

Oye algo entre los árboles, el crujir de las hojas. ¿Están siguiéndola las madres? ¿No se fían de ella? En cualquier momento podrían retirar su oferta y atacarla. Aprieta el paso porque también podría ser una alimaña o un soldado de las Fuerzas Especiales. Podría ser cualquier persona o cosa. No debe echar a correr porque tiene que moderar el ritmo. Sin embargo, de pronto ve algo en la distancia, una figura que pasa disparada. Echa a correr sin apartarse de la hilera de árboles. No puede

arriesgarse, no ahora que las madres acaban de lanzar su primer proyectil.

Entre las ramas de los árboles que va dejando atrás ve el movimiento de una silueta gris y luego un cuerno retorcido. Por fin llega a un claro donde hay una oveja inmóvil como una piedra que la mira con sus ojos hinchados. Tiene la lana gris y un único cuerno grande que le sale como enroscado desde lo alto de la cabeza. Se ha descarriado del rebaño, o tal vez sea la única que ha quedado con vida. Bala como llamándola, con una voz tan triste y desesperada que le recuerda al niño soldado del brazo mutilado, al que dispararon en la ciudad. La bestia acaricia con una pata el suelo mojado como si estuviera suplicando. Tiene una pezuña trasera tan nudosa que casi no sirve para apoyarse. Está esmirriada y le sobresalen las costillas: se muere de hambre.

Pressia se acerca al animal y ve que los dientes no le caben en la boca y tiene la mandíbula torcida. Cuando vuelve a balar deja entrever una lengua azulada. La chica alarga la mano y la oveja se acerca unos centímetros para olisqueársela. Se acerca más y le acaricia la perilla del mentón.

—Ya está —le susurra.

El animal le roza los dedos con el hocico.

Bonita, sola, hambrienta. No puede ayudarla, al igual que no pudo salvar a Wilda. No está segura tampoco de si se salvará a sí misma.

Y entonces se produce un estallido, y la oveja se sobresalta y sale corriendo, brincando para refugiarse en la espesura del bosque.

Es la hora. Las madres han empezado el bombardeo. Pressia vuelve al bosque y se apuesta tras un árbol. Ve el fuego y la tierra y la ceniza que se levantan con la primera granada. El aire lleno de humo le servirá de parapeto.

Mira hacia la pendiente que tiene delante: en la cima se levanta la Cúpula.

Pero entonces la colina empieza a moverse, con cuerpos que surgen recubiertos de tierra y ceniza. ¿De dónde han salido? ¿Cuánto tiempo llevan allí? Son muchachos nervudos que se dirigen hacia la explosión, pero tan rápido como aparecen, desaparecen otros que se hacen uno con el suelo, totalmente mimetizados. Las madres lanzan una nueva granada, que cae en la tierra mojada y, tras unos segundos, estalla. Los muchachos empiezan a disparar por el bosque pero Pressia no llega a distinguirlos; ve que de vez en cuando se levanta tierra pero poco más.

Tiene que echar a correr. Las madres ya han gastado dos granadas. Otea el terreno y luego arranca en sprint. Igual que la oveja, se dice, como la que se aleja del rebaño.

Aunque caen lejos, a su derecha, el sonido de las granadas es ensordecedor. Levantan nubes de humo y ceniza. Estalla otra, y parece que no le ha dado a nada pero entonces se despliega una cortina de sangre y carne. Su abuelo le habló una vez de las minas antipersonales, y se diría que los propios soldados son minas antipersonales vivas, minas invisibles en continuo movimiento.

Sigue corriendo todo lo rápido que puede con la esperanza de que le quede algo de aliento al llegar a la Cúpula para poder explicar quién es: «Soy la hermana de

Perdiz Willux. Díganle que Pressia está aquí».

Pero en ese momento desaparece el suelo bajo sus pies y se cae en un agujero no muy profundo.

La tierra se hunde, cede y se desmorona a su alrededor cuando intenta levantarse.

Un codo.

Un brazo.

Una pistola encajada en el brazo y que apunta hacia ella.

Una cara con cristal enquistado y perforaciones recientes, tanto que todavía hay costras cristalizadas alrededor de cada trozo. Tiene la nariz retorcida y unos gruesos labios rojo oscuro, y al sonreír —¿por qué lo hace?— ve lo peor de todo: conserva la ortodoncia de los dientes, aunque llena de barro.

«Soy la hermana de Perdiz Willux. Díganle que Pressia está aquí». Piensa las palabras pero se da cuenta de que no está diciéndolas. El viento arrecia y el aire está cada vez más cargado de humo. La cara del chico, y su sonrisa, se le aparecen entre bocanada y bocanada de humo.

—He cogido a una, he cogido a una —dice en un susurro casi inaudible—. He cogido a una. —Es como si estuviera tan orgulloso de sí mismo que quisiera disfrutar del momento y, si la matara, acabaría demasiado pronto. Mira a su alrededor y luego dice en voz alta—: ¡He cogido a una! —Busca algún testigo. ¿Qué sentido tiene matarla si nadie lo ve?

Pressia tose y por fin grita:

—¡Soy la hermana de Perdiz Willux!

Al chico se le contrae la cara: no entiende.

—No me mates. Llévame dentro. Llévame con Perdiz, soy su hermana.

Menea la cabeza.

—No hermana. No hija.

Y tiene razón, por supuesto. Nadie de la Cúpula sabe que la mujer de Willux tuvo relaciones extramatrimoniales, y menos que dio a luz a una hija llamada Pressia.

—Soy su medio hermana —vuelve a intentarlo—. Por favor, llévame presa.

—No presos. ¡No llevar presos! —Le pone el cañón de la pistola bajo la barbilla.

—Esto es un error —le dice tragando saliva—. No lo hagas.

El chico se relaja por un momento y se queda mirándola. Pero entonces se detiene en la cabeza de muñeca y se da cuenta de que es una miserable más... aunque ¿no lo es él también? Vuelve a sonreír: va a disfrutar de la matanza. Aprieta los ojos y se prepara para el impacto.

Pero de pronto el chico desaparece, su cuerpo aplastado contra el suelo por alguien mucho mayor y corpulento.

Primero ve la prótesis metálica curvada y en el acto entra en su campo de visión la cara de Hastings.

¡Ha venido a ayudarla! No quería que fuese así pero, ¡Dios!, ¡cómo se alegra de verle!

Una vez más aplasta al soldado contra el suelo con la prótesis, en esta ocasión con tanta fuerza que Pressia tiene la impresión de que va a partírsele la pierna. Pero no es así. La coge de la mano y le dice:

—Déjame que te lleve dentro.

—Pero ellos saben que has cambiado de bando, ¿no? Te consideran un traidor.

—Voy a llevarte dentro —insiste, y la coge y se la carga en brazos. La aprieta con tanta fuerza en su regazo que apenas puede respirar.

Corre irregular pero rápidamente. El suelo no para de estallar aquí y allá, con polvaredas que llenan el aire de muerte.

Y por fin ve ante sí el color blanco de la Cúpula. ¿Cómo puede estar tan limpia en medio de tanto hollín negro? Le dice que pare.

—Bájame. ¡Seguiré sola lo que queda de camino!

Hastings hace oídos sordos.

Logra soltarse el puño de muñeca y le golpea con todas sus fuerzas, pero el chico ni se inmuta. Lo intenta un par de veces más pero nada.

Por fin localiza un poco de la carne del bíceps y luego la piel más fina del brazo interior y le muerde con todas sus fuerzas. Le viene el sabor a sangre en la boca.

Hastings se arquea por el dolor y la suelta.

—Gracias —le dice Pressia sin aliento.

El chico se frota el bíceps por dentro y se llena la mano de sangre.

Pressia mira de frente la Cúpula.

—Si sigues recto, te encontrarás la primera de una serie de puertas —le dice Hastings.

Asiente y se vuelve para mirarlo.

—Dile a Il Capitano y Helmud, dile a Bradwell... —Le viene un sollozo al decir su nombre.

—¿Qué?

—Diles que he llegado hasta aquí.

Se vuelve y echa a correr. El viento sopla con fuerza y de vez en cuando levanta remolinos de tierra que luego se alejan y desaparecen.

Ve la puerta justo delante, tal y como le ha dicho Hastings. Corre aún más pero tropieza con algo del suelo y se cae. Se vuelve para mirar con qué ha tropezado: una maraña de pelos de una cabeza que sobresale de la tierra. Surge entonces una mano que la agarra del tobillo. Le pega con el tacón de la bota mientras intenta coger el cuchillo. Cuando lo hace, se lo clava en la muñeca. En el acto el terrón flexiona los dedos y Pressia puede así subir la rodilla hasta el pecho. La cabeza se alza y deja ver una cara, con dos ojos brillantes y una hilera de dientes.

Consigue ponerse en pie y echar a correr hacia la puerta mientras el soldado se arranca su propia mano ensangrentada. Aporrea la puerta con ambos puños. Quiere entrar.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Dejadme entrar!

Aunque le duelen los nudillos sigue llamando, con golpes fuertes y rápidos.

El soldado se ha levantado y avanza tambaleante hacia ella. Sin aliento, intenta pegarse todo lo que puede a la puerta.

Y entonces oye un ruido, como el chasquido de unos goznes. La puerta cede y Pressia con ella. Dentro el aire es fresco y limpio.

Un uniforme. Un guardia.

—¡Soy la medio hermana de Perdiz Willux! —grita contra el viento.

—Sabemos quién eres —le responde una voz masculina.

En el acto la cogen de la muñeca y tiran de ella en contra de la corriente.

Echa un último vistazo al soldado, al muñón sangrante que tiene ahora por mano.

El guardia cierra la puerta. Va armado y tiene una mano en la culata de la pistola, que no ha desenfundado pero no tardaría en hacerlo.

Está en una cámara silenciosa y en calma, encerrada entre dos puertas: una al exterior y otra al interior de la Cúpula.

Por primera vez en su vida Pressia está dentro.

Perdiz

Imitación

Perdiz se encuentra en un camerino de lo que han dado en llamar el catedratorio. La boda se celebrará allí y, nada más acabar, se convertirá en el propio salón del convite. Ha albergado todos los grandes acontecimientos de la Cúpula desde que tiene uso de razón: política, religión, ocio. Allí escuchó los discursos de su padre y luego los de Forested. En su escenario ha visto belenes vivientes e intérpretes vestidos estrafalariamente haciendo playbacks de canciones de la lista permitida; el público siempre chillaba como si fueran las originales, no versiones o imitaciones.

Perdiz se recuerda que él también es una imitación de sí mismo pero justo entonces Beckley interrumpe sus cavilaciones:

—¿Estás preparado?

Y al oír la pregunta le entra el vértigo. Se mira en el espejo de cuerpo entero: el mismo en que su padre se miró tantas veces. Se acuerda de él justo antes de morir, cuando le cogió de la camisa con esa mano que parecía una garra y le dijo que era su hijo. «Eres mío». Lo que acabó uniéndolos fue el asesinato. Perdiz se mira y se remira en el esmoquin, y sabe que es un asesino que además va a ser padre... ¿y ahora el marido de alguien?

—Como si alguien pudiera estar preparado para algo así... —comenta.

—Pues hay gente que lo está —responde el guardaespaldas, que también va vestido de esmoquin, aunque sigue teniendo la pistola guardada por detrás de la cintura—. De hecho, lo más normal es disfrutarlo.

—Cualquiera diría que has estado enamorado alguna vez... —Perdiz se da cuenta de que apenas sabe nada de Beckley.

—Es que es verdad.

—¿De quién?

—Poco importa ya —responde. El chico está seguro de que eso significa que murió.

—¿Qué edad tienes?

—Veintisiete.

Ahí está la confirmación: por su edad lo más probable es que se enamorara antes de las Detonaciones.

—¿Y crees que volverás a enamorarte alguna vez?

Beckley le pone bien la pajarita.

—Espero que no, por la cuenta que me trae.

Llaman suavemente a la puerta.

—Es la hora. Ya está.

El guardaespaldas abre la puerta que da al escenario, el altar o el podio, según se

quiera ver. Perdiz oye el murmullo de voces que se superponen y tira de Beckley hacia él para decirle:

—Dime que esto es lo que tengo que hacer.

—No puedo hacer eso.

—Pero ¿tú lo harías, Beckley?

—Yo no soy tú.

—Pero si lo fueras...

—No puedo ni imaginarme lo que representa ser tú, Perdiz.

Se pregunta si su escolta lo odia. ¿Le tiene rencor por todo lo que ha tenido y él no, o es por otra cosa? Se le suele dar bien reconocer ese tipo de rencor pero en el caso de Beckley le cuesta interpretarlo.

—Bueno, de todas formas, en cierto sentido me entiendes, ¿no?

—¿Realmente crees que eso es posible? ¿Es que a estas alturas no conoces las desventajas de ser quién eres?

—¿Cómo? ¿Acaso no puedo esperar que nadie me entienda... solo por quien era mi padre y por haber nacido donde he nacido? —Piensa en Bradwell e Il Capitano. ¿Alguna vez fueron sus amigos? Es probable que no; en cierto modo también lo odiaban.

—¿Qué quieres, gustarle a la gente solo por ser tú? Yo creía que ya habrías superado esa fase.

Perdiz siente como si le pegara un puñetazo en la boca del estómago. Le gusta la sinceridad de Beckley... pero a veces es un arma de doble filo.

Este abre la puerta de par en par y la mantiene abierta para que pase.

Perdiz no tiene alternativa. Traspasa el umbral y en el acto el largo pasillo se llena de gente que se manda callar entre sí. El rumor llega hasta el fondo y se hace un silencio total. Va hasta su sitio en medio del altar y se vuelve de cara al público.

«Dios Santo», piensa para sus adentros. Están todos allí. Ve unas cuantas filas de compañeros de la academia, vecinos de Betton West, a Purdy y Hoppes con sus familias, Forested, Mimi con un sombrero enorme de pedrería mirando fijamente el altar, e incluso Arvin Weed, que lo saluda con un gesto de cabeza; tal vez le haya perdonado el puñetazo, puede que no tenga más remedio.

Repasa el mar de caras ante él: gente que mira aquí y allá, que sonrío, que ya se ha llevado el pañuelo a las mejillas húmedas. Vuelven a quererlo. Mira de reojo a Beckley, que está a unos palmos de él, muy recto y con la mandíbula apretada. Le gustaría que Beckley admitiera que toda esa demostración de afecto no solo tiene que ver con su padre, sino que es también algo personal. ¿Cómo, si no, se explican todas esas caras, esas lágrimas y esas miradas?

Sigue escrutando el gentío y comprende entonces que está buscando a Lyda. ¿Estará por allí? ¿Asistirá al acto? Ella misma le dio su aprobación; de hecho, le insistió para que lo hiciera. Pero ¿acaso la dejarían pasar a la ceremonia? Si Lyda no está allí, ¿estará en casa? Todas las cámaras están apuntándolo. Los focos del techo

dan un calor horrible. Mira a un objetivo, con ganas de decirle algo a Lyda. ¿El qué? Quiere que sepa que esto no es real. «Soy un imitador que se imita a sí mismo», le gustaría decirle. Pero no puede, de modo que guiña un ojo y saluda con la mano. ¿Sabrá que ha sido a ella?

La muchedumbre ve el saludo y suspira como una sola persona.

Beckley se adelanta y le da una palmadita en la espalda. ¿Será una disculpa o una manera de consolarlo? No está seguro.

Y entonces, sin previo aviso, la música de fondo en la que apenas había reparado se apaga de pronto y, por unos segundos, se hace el silencio.

Hasta que desde arriba suena una música triunfal de órgano. Los asistentes se levantan al unísono y se vuelven.

Al principio Perdiz solo ve los flashes de las cámaras saltando como locos, pero luego Iralene entra en su campo de visión al surgir de entre las luces parpadeantes al final de una larga alfombra blanca que llega hasta el altar, hasta él... Tiene la cara tapada por un velo blanco.

Por un momento piensa que podría ser Lyda.

Sin embargo, por su manera pausada de andar, por cómo levanta la barbilla y por sus pasos medidos sabe que es Iralene. Y es el momento que lleva deseando toda su vida.

Conforme se acerca al altar, con las damas de honor recogándole la cola, va viéndole la cara bajo el velo. Es hermosa, eso nunca lo ha negado, pero hoy está más guapa que nunca.

El pastor empieza a hablar para sorpresa de Perdiz. Ha debido de entrar en el escenario mientras Iralene recorría el pasillo.

Sabe que no recordará ni una palabra de lo que diga el religioso. De pronto el calor de los focos se le hace insoportable. Encoge los hombros y vuelve a echarlos hacia atrás, como si esperara estirar la tela de la chaqueta. La pajarita y el fajín también le aprietan. ¿Por qué ha tenido que ceñírseles tanto el sastre?

Mira de reojo a Iralene pero ella está con los ojos puestos en el religioso, un hombre de mediana edad con un poblado bigote grisáceo y muchos dientes.

«¿Cómo demonios he acabado aquí?», se pregunta Perdiz. Ahora le viene el olor de las flores, que es también abrumador. Mira hacia Beckley. ¿Es que él no nota el calor que hace, ni lo fuerte que huelen las flores?

El escolta le devuelve la mirada con cara de preocupación.

—Dobla un poco las rodillas. Parece que te va a dar algo.

—Estoy bien —le susurra a su vez. Pero le hace caso al guardaespaldas porque es cierto que en realidad está mareado.

«Dios mío, no te desmayes delante de toda esta gente —se dice—. No vayas a desmayarte».

Y entonces llega la hora de intercambiar los votos.

Por suerte el pastor le recuerda su parte a Perdiz, lo que marca la tradición, los

mismos votos que probablemente sus padres también se dijeron y acabaron rompiendo.

«Soy un imitador —se recuerda— que se imita a sí mismo».

—En las alegrías y en las penas —dice repitiendo las palabras del oficiante y concentrándose en cada una para no confundirse, en un borrón que se entremezcla hasta que llega al final—: Hasta que la muerte nos separe.

«La muerte nos separe. La muerte nos separe», retumba el eco en su cabeza.

Iralene dice entonces sus votos, con esos labios rojos y esos dientes perfectos y blancos. Mira a Perdiz:

—En la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad...

Perdiz comprende entonces que es Iralene quien lo ha llevado hasta allí; sin ella, habría estado perdido y sin ella, su padre lo habría matado. Oye las palabras de Beckley en la cabeza: «¿Qué quieres, gustarle a la gente solo por ser tú? Yo creía que ya habrías superado esa fase».

Lo que el escolta no entiende es que la gente nunca supera lo de querer que te quieran por lo que eres de verdad, sobre todo si has crecido en el candelero o en sus borrosos límites. Es lo que siempre ha querido. Iralene no estaría allí si no fuese el hijo de Willux pero ella lo quiere de verdad. En esos momentos no tiene nada más claro. Glassings le preguntó si la quería, y no pudo responder. Hay gente que ha muerto por su culpa: gente inocente que podría haberle ayudado a hacer cambios reales pero murieron. ¿Y si en realidad existe el amor entre Iralene y él y ese amor puede salvarlos a todos? ¿No es eso lo que está pasando?

Pero entonces el pastor le dice que puede besar a la novia, y al levantar el velo de Iralene, se le hincha el pecho ante la visión diáfana de su cara: su hermoso rostro y la manera en que está mirándolo. La música vuelve, y la besa y ella le devuelve el beso. Luego le pone la mano en la mejilla por un momento y, por extraño que parezca, todo se detiene —la gente, el ruido, las luces y la música— y le dice:

—Gracias.

—¿Por qué?

—Sin ti no estaría aquí. No sé dónde habría acabado...

Es la verdad. Lyda no quiso volver con él a la Cúpula, mientras que Iralene ha estado a su lado a cada paso del camino. Es una persona querible y se merece que la quieran. ¿Será eso lo siguiente correcto que hacer? ¿A eso se refería Glassings?

A Iralene se le llenan los ojos de lágrimas. Lo coge de la mano y le dice:

—¿Saludamos a la gente?

—Saludemos a la gente.

Y ambos se dan la vuelta y saludan. La gente está de pie, gritando y vitoreando tan fuerte que Perdiz siente que le vibran las costillas. En ese momento ya no es ningún imitador. Todo es real, innegablemente real.

Pressia

Débil

—Has llegado justo a tiempo pero tenemos que darnos prisa —le dice el guardia.

Se van abriendo una serie de puertas y, conforme el guardia la va dirigiendo por una y otra, se van cerrando a su paso. Lleva bien agarradas las correas de la mochila —el vial, la fórmula—, y es que está tan cerca ya... Todo está impoluto y brillante. Huele a una extraña mezcla de sustancias químicas, entre acre y dulzón.

—¿Cómo sabíais que iba a venir?

—Te vimos en los ojos del soldado muerto. Te puso un localizador. —Pressia se lleva la mano al punto donde sintió el extraño pinchazo y nota la ondulación en la piel. ¿La intervino?—. Hemos estado observándote y, a la vez, encriptando tu posición antes de que se la comunicaran a Forested.

—¿Forested?

—El encargado de las operaciones militares.

—De modo que no fue Perdiz quien ordenó los ataques sino el tal Forested...

El guardia asiente.

Siente un gran alivio: tenía razón, Perdiz no habría sido capaz.

—Te necesitamos aquí dentro. Queremos que hables con tu hermano.

—¿Qué queréis que le diga?

—Dile que tiene que hacerlo por las malas.

—¿El qué?

—Empezar de cero.

—¿Y está haciéndolo por las buenas?

—No hay forma de hacerlo por las buenas. La sangre ha de correr y no puede impedirlo de ningún modo.

Pasan entonces a un pequeño cuarto lleno de alcachofas de ducha que le hacen pensar que van a gasearla y matarla.

—Te hemos preparado algo de ropa. Cámbiate rápido.

—Espera. ¿Quién eres tú?

—Somos Cygnus. Podemos llevarte hasta tu hermano —le dice, y acto seguido cierra la puerta.

¿Cygnus? ¿Como la constelación? El cisne. Todo lleva a su madre. Por un breve momento siente con gran intensidad que su madre la acompaña.

Y además está dentro, ahí lo tiene: la Cúpula. Aturdida, pasa la mano por los azulejos blancos y deja un rastro de ceniza.

Mira las duchas esperando que salga agua... ¿o gas venenoso?

No sale nada.

Coge la ropa del montón: un uniforme de guardia, incluida una pistolera.

Recuerda la primera vez que se puso el de la ORS, lo que le gustó sentir el calor mullido de la chaqueta reglamentaria, a pesar de odiarse por ello. Ahora siente la misma punzada de culpabilidad: no debería estar emocionada por haber entrado. Bradwell echaría humo si la viese e Il Capitano querría abrirle la cabeza al guardia: aunque ahora quiera ayudarla, el muy cabrón entró en su momento en la Cúpula. Punto final. Ella, en cambio, está esperanzada. Van a llevarla hasta su hermano, que es inocente. Quiere ver a los chicos y a las chicas de la academia jugando en un campo, los bloques de pisos con cuartos ordenados y literas, los sembrados, la comida, el sol falso, la claridad y la ausencia de frío, sufrimiento y oscuridad absoluta. Pero ya se lo han advertido: correrá la sangre.

En una esquina hay un pequeño lavabo con una pastilla de jabón y una toalla. Quieren que se lave. Se viste a toda prisa y se pone la pistolera en la cintura con mano temblorosa. No va a poder llevar la mochila porque llamaría demasiado la atención, de modo que la abre y saca el estuche. Cuando comprueba que el vial está intacto y la fórmula sigue en su sitio, vuelve a cerrarlo y se lo mete entre la camiseta pegada y la chaqueta ceñida, por encima de una cadera; con lo apretada que le está la ropa, no se moverá. Va al lavabo, se lava la cara y el cuello y luego se queda mirándose la cabeza de muñeca. Con la alegría de haber entrado y haber conseguido llegar hasta allí, se le había olvidado: la piel tiznada de ceniza de la muñeca, los labios apretados, los ojos parpadeantes. Le lava la cara, le frota las pestañas de plástico y luego el cráneo, por debajo del cual están fusionados los nudillos de Pressia. La seca con la toalla y parece otra, toda limpia y con las mejillas rosadas. ¿Podrán quitársela? ¿Podrán curarla allí dentro? Sale del cuarto y deja atrás la mochila vacía.

El guardia le da un arma igual que la suya y Pressia se la guarda en la pistolera. Después levanta la cabeza de muñeca y le pregunta:

—¿Qué hacemos con esto?

Pero el guardia está preparado. Saca un rollo de venda y aparta la vista.

—Ten.

Levanta el brazo y deja que el chico le vende la cabeza de muñeca, visiblemente turbado por la visión. Por un segundo se la aprieta tanto que Pressia tiene la sensación de que la muñeca no puede respirar. Es absurdo y lo sabe. Se ata el vendaje.

—Si alguien te pregunta, dile que tuviste un accidente.

Aunque asiente, se siente mal. No fue ningún accidente, y por eso precisamente está allí: es algo que le hicieron adrede. Todas las muertes, asesinatos y homicidios, todo fue deliberado. Bradwell le habría dicho: «Mira la prisa que se han dado en ocultar la verdad...».

El guardia la mira y se toca un lado de la cara, justo donde Pressia tiene la quemadura con forma de media luna.

—Tápatela. Ponte el pelo por delante —le aconseja, y le da una gorra—. No te la quites.

Es una traición, todo, y la pone enferma.

Sigue conduciéndola por un pasillo tras otro. A lo lejos se oye un rumor que le recuerda a los terrones cuando rodearon el Crazy John-Johns. Siente la misma vibración por las suelas de las botas. Tiene miedo y no tiene ni idea de a qué atenerse.

Pero pronto se encuentran en un túnel donde se detiene un tren. Es una máquina elegante y hermosa, y tan reluciente que puede ver su propio reflejo: es una guardia.

Se suben en cuanto se abre la puerta. No hay nadie en todo el vagón.

—Hoy está todo el mundo pegado al televisor —le explica el guardia.

—¿Y eso por qué?

La mira por un instante y luego aparta la vista.

—Por la boda. Perdiz se casa.

—¿Que se casa?

—Ajá.

Piensa en Lyda y el bebé. ¿Estarán casándose porque es obligatorio hacerlo si te quedas embarazada? Le gustaría preguntárselo al guardia pero tampoco está segura de que se sepa lo del embarazo. Piensa en cuando se casó en el bosque. Una boda real sin ser real. Íntima. Un secreto. La única forma que parece poder existir en su mundo ceniciento y asolado. Pero dentro de la Cúpula el amor tiene que ser distinto; enamorarse debe de ser allí todo un acontecimiento, una proclamación a los cuatro vientos, sin necesidad de reconocer que todo al que quieres puede morir de una muerte horrible, que amar a alguien es aceptar su pérdida irremediable.

Se siente algo mareada. Se apoya en la reluciente barra del tren, tan limpia que chirria cuando le resbala de la mano. «Hoy es la boda de mi hermano», piensa y, pese a todo, se alegra, y la llena incluso de esperanzas.

Al mismo tiempo, sin embargo, el vagón le recuerda a aquel donde estaban refugiadas las madres, con el suelo reventado y las ventanas resquebrajadas. El olor que le llega ahora a la nariz proviene de los perfumes penetrantes de los champús, las lociones de afeitar y las lacas de los puros: un dulzor que le recuerda su infancia en la barbería, llena de botecitos de tónicos y geles. Lo que más le llama la atención, no obstante, es la ausencia del olor a podrido y muerte, a humo y carne chamuscada. La hace sentirse feliz pero al mismo tiempo le dan ganas de llorar.

Se recompone y le dice al guardia:

—¿Vas a llevarme a la ceremonia?

El guardia mira el reloj y dice:

—A la recepción. Estará todo lleno de guardias. Alta seguridad. Pasarás desapercibida.

—¿Seguro? —Le muestra el puño vendado.

—Una herida, recuérdalo. No tienes que dar más explicaciones.

—Un accidente, me dijiste que dijera que fue un accidente.

—Lo mismo es.

—Sí, porque ni lo uno ni lo otro es cierto.

El guardia la mira.

—¿Cómo?

—Que ni fue un accidente ni estoy simplemente «herida».

—Será mejor que no entremos en eso.

—¿Eso?

—Ya sabes a qué me refiero...

Siente que le repta la rabia por el pecho.

—Las Detonaciones nos deformaron, nos mutilaron y nos fusionaron. Nos alteraron al nivel más básico. Incluso los bebés que nacieron después salieron mutados. ¿Es en ese «eso» donde no quieres entrar?

—Yo soy de los buenos —protesta el guardia, a la defensiva.

—¿Y eso te ayuda a dormir por la noche?

—No duermo por la noche. —Se inclina hacia la ventanilla, su cara reflejándose en oscuro sobre el cristal. El tren reduce la marcha—. Ya estamos. —La mira—. ¿Preparada?

No puede ni imaginarse lo que le espera fuera, de modo que menos aún puede estar preparada.

—No suelo tener otra alternativa —replica.

La puerta se abre.

—En adelante iremos codo con codo, ¿vale?

—Vale. ¿Cómo te llamas?

—Vendler Prescott. Mis amigos me llaman Ven.

Esa es la persona que tiene a su lado: Ven. Codo con codo.

—Vamos.

Recorre con Ven más pasillos vacíos. Cuando se cruzan con algún guardia, lo saludan con la cabeza. Oye música y vocerío a lo lejos. Cuando llegan a unas puertas dobles, Ven se detiene y mira de reojo a Pressia, que asiente.

El chico abre las puertas y aparecen en una sala enorme y hermosa llena de mesas vestidas y gente con trajes de gala y esmoquin. Los camareros van de una a otra con pequeñas tartas en bandejas. Algunas mujeres parecen llevar pelucas muy elaboradas, por la forma en que los rizos se les amontonan en la coronilla. Los hombres están todos muy repeinados hacia atrás.

Y piel, piel y más piel... impecable.

Los niños se cuelan por debajo de las mesas y van robando las tartas que se han quedado sin comer. El suelo está lleno de sedosos pétalos de flores.

No hay nadie encorvado bajo el peso irregular de otra persona; tampoco hay animales, cristales, metal o plástico incrustados en personas. Ni rastro de amputaciones, grandes cicatrices rugosas ni quemaduras nudosas.

Tampoco hay una gruesa capa de hollín recubriéndolo todo.

Está todo impoluto y brillante.

Y la música es sublime. Nunca ha oído nada parecido, tan majestuoso, sonoro y

hermoso. Mira hacia el techo, alto y espacioso. En las bóvedas hay globos atrapados.

Esto es una boda, no dos personas susurrando en un bosque. No importa lo mucho que se quieran Bradwell y ella: esa sí parece real de un modo en que la suya nunca lo será.

Ven la coge del brazo y Pressia recuerda que debe pasar desapercibida, no quedarse boquiabierta mirándolo todo.

Siguen pegados a una pared, evitando el gentío.

En la pista de baile hay parejas cogidas de las manos dando vueltas. Lo más increíble de todo es que es mejor de lo que había imaginado (y eso que siempre había pensado que era muy exagerada en sus ensoñaciones, que la realidad nunca colmaría sus expectativas).

Pasan por delante de una tarta de varios pisos, con columnas, como si fuera una catedral. Sobre su cabeza titilan los cristales de las lámparas de araña. Recuerda el comedor de la granja y cómo, tras el incendio, la araña se derrumbó sobre la mesa, tal que una reina caída. ¿Dónde está la prueba de que esa gente ha sido gobernada por alguien tan horrible como Willux? Le gustaría que Bradwell viera aquello. ¡Una boda! ¡Todavía existen! Los puros son tan libres de creer en el amor que lo celebran abiertamente. ¿Podrían alguna vez quitarse los miedos hasta el punto de celebrar su amor? Seguramente ahí dentro las bodas serán de lo más comunes pero a Pressia se le antojan una osada demostración de esperanza.

¿Por qué quiso Lyda quedarse con las madres? Allí se está en la gloria... Pressia disfruta de la música, el aire agradable y limpio, de los niños chillando felices. «Bradwell, ¿lo ves? —se dice para sus adentros—. No son todos malos. Aquí hay belleza. Hay inocencia y alegría». Siente que le dan la razón.

Y entonces ve a Perdiz. Está rodeado por un grupo de chicos de su edad que lo felicita. Han levantando sus copas aflautadas —¿será eso champán?— y están brindando con él. Coge aire, quiere llamarlo, pero se detiene. Es una guardia, no una hermana.

Uno de los amigos golpea su copa vacía con un tenedor. Otros se le unen. Ven se detiene a la espera. Un coro de tintineos se levanta a su alrededor. Perdiz parece buscar a alguien con la mirada... ¿a Lyda? ¿Dónde estará?

—¿Qué está pasando? —le pregunta a Ven.

—Se supone que tienen que besarse, es la tradición.

¿Una tradición de besarse? Pressia piensa en las tradiciones con las que se ha criado, y lo primero que le viene a la cabeza son las muerterías.

De un corro agitado de mujeres aparece un vestido blanco, todo ahuecado y lleno de encajes, con pisos, como la tarta-catedral. A Pressia le sorprende que Lyda haya escogido un traje tan aparatoso e historiado, pero entonces ve la cara de la novia.

No es Lyda.

Es una mujer que nunca ha visto.

El tintineo va a más y más, hasta la estridencia.

Tiene que haber un error.

Pero entonces Perdiz busca la mano de la mujer y la atrae hacia él y la besa. Es algo rápido, pero un beso, a fin de cuentas. La gente para de tintinear contra sus copas y de pronto estalla en hurras. Pressia se queda helada.

Perdiz y la mujer, aquella extraña, los saludan y se susurran cosas al oído sin dejar de sonreír.

Pressia tira de la chaqueta de Ven y le pregunta:

—¿Qué ha pasado? ¿Quién es esa?

—Iralene. Willux la escogió para su hijo.

—Pero y... y Lyda... y...

Ven sacude la cabeza, y entonces comprende que el embarazo no es el único secreto: Lyda también lo es.

—Quiero hablar con Perdiz. Quiero hablar con él ahora mismo.

Pressia está furiosa. ¿Qué cree que está haciendo? ¡Lyda está embarazada! Es su hijo, y ¿aun así sigue haciendo lo que le dice su padre?

—Estoy intentando acercarte más; luego tal vez podáis buscar un sitio tranquilo para...

—Ni sitio tranquilo ni nada —dice la chica, abriéndose camino ya por el gentío. Oye que Ven le pide que espere pero sigue caminando entre las mesas, por en medio de la pista de baile, en línea recta hacia Perdiz.

Otros invitados se llevan a la novia y el chico se pone a hablar con un hombre mayor con la cara muy delgada y bronceada. «¿Cómo se puede estar tan moreno en un sitio sin sol?»

Se detiene delante de la pareja.

Perdiz tarda unos segundos en darse cuenta de su presencia, pero en cuanto lo hace se le ilumina la cara.

—¡Pressia! —dice como si fuera una grata sorpresa.

Y por alguna razón su alegría la enfurece aún más. El chico le tiende la copa a un hombre que tiene al lado, se adelanta y abre los brazos para darle un abrazo pero Pressia, sin pensárselo dos veces, levanta la mano para darle una bofetada. Alguien la detiene en el último momento.

El hombre de la cara morena le ha agarrado la mano con fuerza.

—¿Quién demonios es usted? Suélteme.

—Soy Forested. Encantado de conocerte, Pressia.

—¿Cómo sabe quién soy?

—No es tan difícil reconocer a una miserable tan famosa como tú. ¿Crees que me engañas con ese vendaje?

—Suéltala, Forested —dice Perdiz; el otro le obedece—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? Vamos a alguna parte a hablar.

—No pienso ir a ninguna parte.

Perdiz tiene las mejillas coloradas como si lo hubiese abofeteado de verdad. Se

frota las manos y le dice:

—Tenemos que hablar.

En ese momento Pressia se fija en que no le falta ningún dedo. Le coge las dos manos y por un segundo se pregunta si recuerda mal cuál fue el meñique que le cortó Nuestra Buena Madre. Pero tiene ambas manos intactas y los meñiques están perfectamente formados.

—¿Cómo? ¿Por qué? —lo interroga con un hilo de voz.

El chico retira las manos y mira a su alrededor, por todo el enorme salón, y entonces se da cuenta: comprende la impresión que tiene que estar llevándose Pressia.

—Puedo explicarlo. Estoy haciendo lo correcto. Es solo que... No hay que...

—Me das asco. —Tiene la voz tan ahogada de la rabia que apenas le sale un murmullo.

—Tenemos que aislarla —interviene Foresteed—. Por Dios Santo, está contaminada. ¿Cómo demonios ha conseguido llegar hasta aquí?

Foresteed repasa con la vista el banquete abarrotado de gente.

—Siguen matándonos ahí fuera y a ti no te importa. ¡Mírate!

La novia, como si notara la tensión, se apresura a acercarse.

—¿Qué está pasando aquí?

—No pasa nada, Iralene —la tranquiliza Perdiz—. Danos solo un minuto. —Luego intenta explicarse—: ¡Tenía que casarme con Iralene! ¡Tú no entiendes lo que está pasando!

Iralene lo mira, herida por el comentario, y dice:

—¡Exijo saber quién es!

—Me llamo Pressia. ¿Dónde está Lyda?

—Lyda no ha podido venir. Aunque no sé por qué iba a querer venir...

—¡Que te den! —le dice Pressia a Iralene, que al instante muda el rostro—. Y a ti también, Perdiz. Eres peor que tu padre, ¿lo sabías? Al menos él tenía ambición de verdad.

Foresteed susurra:

—Déjame que la acompañe a la salida.

Un joven de la edad de Perdiz se abre camino entre el grupo nutrido de mirones.

—¿Esta es Pressia? —pregunta.

—Ahora no, Arvin —le dice Perdiz.

—Quiero hablar contigo. Podría ayudarte con...

Perdiz levanta las manos.

—¿Queréis esperar?

—Quiero ver a Lyda. ¿Dónde está? —insiste Pressia.

Perdiz se vuelve y grita:

—¡Beckley! —En el acto aparece un hombre vestido de esmoquin; es alto y corpulento y tiene el pelo muy rapado—. Lleva a Pressia al piso de Lyda. —Mira a esta y le dice—: Beckley es de fiar, estás en buenas manos.

—¿En buenas manos? ¿Pero en quién te has convertido, Perdiz?

—Sigo siendo el mismo. Confía en mí. —Pressia sacude la cabeza—. Te veo en casa de Lyda. Allí podremos hablar y te lo explicaré todo, Pressia. De verdad.

Iralene lo coge del brazo y le dice:

—Beckley tiene que hacer el brindis.

El guardaespaldas arquea las cejas inquisitivo.

—Idos —les ordena Perdiz.

Beckley empieza a escoltar a Pressia pero Iralene insiste:

—¡Espera! ¡Beckley tiene que hacer el brindis!

Pressia da un par de pasos más pero entonces se da la vuelta como una exhalación, sin poder evitarlo. Está furiosa.

—Di la cara por ti —le cuenta con voz temblorosa—. Pero ellos tenían razón: eres débil.

—No digas eso. —Perdiz corre hacia ella y le dice en voz baja—: Tu abuelo, Pressia..., lo he encontrado. Voy a traerlo de vuelta.

—¿De qué hablas?

La muchedumbre empieza a preocuparse. Iralene lo coge del brazo y le advierte:

—No hagas una escena.

—No, no. No querríamos montar una escena, claro... —dice Pressia.

—Puedo explicártelo —le dice su hermano, aunque ella comprende que no está tan seguro. De hecho tiene los ojos muy abiertos y salta a la vista que está aterrado.

Il Capitano

Nombre

Pasada la calle comercial Il Capitano ve una fila de columnas caídas delante de una gran montaña de escombros.

Va hasta el montículo y trepa por él. A cada paso siente los cardenales de los golpes de Helmud, que le ha dado una buena paliza. ¿Y qué? Se lo merecía. Además, sienta bien estar dolorido: casa bien con cómo se siente por dentro, golpeado, reventado y acabado.

—Comprueba —le dice a su hermano con desgana.

Este pasa la mano por la cinta y el estuche.

—¿Comprueba? —Es más una pregunta que otra cosa.

Il Capitano sabe que la cinta se ha soltado, entre la pelea y el sudor, pero la bacteria sigue más o menos en su sitio.

—Está bien.

Ve un agujero en lo alto del montículo.

—¡Venga fuera! ¡Fuera! ¡Haya quien haya!

Ojalá tuviera un fusil para poder blandirlo y que los de abajo creyesen que es de gatillo fácil. Las armas son cruciales, y reconoce que se sentiría mejor si recuperara las suyas. Ahora mismo no sabe muy bien qué siente; es como haber perdido toda noción de sí mismo, toda idea de dirección y sentido. Está allí sin más... con Helmud.

Su hermano no puede dejarlo solo. Lo odia tanto como lo necesita, y se odia a su vez por ello.

Vuelve a gritar pero sigue sin llegar respuesta. Da un paso atrás y espera un poco.

Justo cuando cree que la cámara está vacía oye sonidos de movimiento y, no muy lejos, asoma la cabeza de un hombre por otro agujero.

—¿Il Capitano? —pregunta parpadeando por la luz, y entonces ve a Helmud sobresalir por encima de su hermano.

Ellos deben de tener un aspecto horrible pero el otro tampoco tiene mejor pinta, con esa cara tan blanquecina. Se nota que se ha asustado, y ese miedo le da alas a Il Capitano, que echa de menos que lo teman.

—¿Quién eres?

—Me llamo Gorse.

—Ese nombre me suena. ¿El hermano de Fandra?

El chico vacila y luego mira por detrás de Il Capitano y a ambos lados. Debe de tener las fusiones bajo el abrigo, que está abultado por un hombro. Las manos parecen lustradas, como si las hubiera metido en el fuego para sacar algo.

—Había oído que estabas en la ciudad... con Bradwell.

Es evidente que se sentiría más seguro si su amigo hubiera llegado ya.

—He quedado aquí con él. Él mismo escogió el sitio; dijo que sería seguro y podríamos guarecernos de la lluvia. ¿Cuántos estáis ahí abajo?

Gorse arquea las cejas.

—Solo dos.

—¿Te importa si esperamos a Bradwell con vosotros?

Gorse no está seguro; mira hacia abajo y de nuevo a Il Capitano.

—Tengo buenas noticias para ti, Gorse.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Fandra.

—¿Qué pasa con ella? —El chico entorna los ojos con suspicacia.

—Está viva. Logró llegar al Crazy John-Johns y se quedó allí a vivir con los otros supervivientes. Está bien.

—No serías capaz de mentirme, ¿no?

—La he visto con mis propios ojos. Pelo rubio largo. Nos salvó el pellejo.

—Nos salvó el pellejo —corroborra Helmud.

—No tienes por qué creernos. Si quieres pregúntale a Bradwell cuando llegue.

Gorse los mira y luego, a sus espaldas, algo llama la atención del chico.

—No tendré que esperar mucho.

Il Capitano se vuelve. Bradwell está subiendo por la pila de escombros. Al ver a Gorse, le grita:

—¡Eh, Gorse! ¿Te has enterado ya?

Il Capitano se vuelve de nuevo hacia el chico:

—¿Lo ves? Te dije que él te lo confirmaría.

El chico parece querer oírlo de nuevo, de modo que se hace el tonto.

—¿Enterarme? ¿De qué?

—Tu hermana. La hemos visto en el parque de atracciones. Está bien, Gorse. Al final consiguió llegar.

El chico se queda petrificado y las lágrimas le asoman a los ojos. Carraspea, se disculpa y desaparece por el agujero.

—¿Y bien? —le pregunta a Bradwell.

—La encontré. Le dije lo que tenía que decirle y luego la dejé ir.

Il Capitano no sabe bien qué significa eso. ¿Le ha dicho que la quiere? ¿Qué ha respondido ella? Decide que prefiere no saberlo. ¿Para qué martirizarse con los detalles?

—¿Y qué os ha pasado a vosotros si puede saberse? Tenéis un aspecto horrible.

—Nos caímos.

—¿Por unas escaleras?

—Sí, algo por el estilo...

—Algo por el estilo... —corroborra Helmud.

Gorse vuelve a aparecer con los ojos rojos. Ha estado llorando. Se frota la cara

con fuerza.

—¿Fandra viva? ¿Seguro?

—Segurísimo.

El chico pega un grito de alegría.

—Bueno, entonces, ¡esto hay que celebrarlo! Abajo tenemos un material de primera, de antes de que explotara el alambique.

—Perfecto —dice Il Capitano.

¿Cuándo fue la última vez que bebió? Ojalá pueda emborracharse, emborracharse hasta perder el sentido.

—No sé... —duda Bradwell.

—No —recalca Helmud, que no le gusta cómo se pone su hermano cuando bebe.

—¿Cómo que no sabes? Ahora mismo no podemos hacer nada... ni por nosotros ni por Pressia. No podemos actuar hasta que tengamos noticias de ella. Mejor que celebremos lo que sea mientras haya algo que celebrar —le insiste Il Capitano, y luego añade mirando a Gorse—: Te lo voy a decir bien claro: ¡por mis muertos que sí!

—Muertos —dice Helmud nervioso—. Sí.

—¡Por las madres —grita Il Capitano levantando la botella—, que me pegaron un susto de muerte!

Ya ha brindado por los terrones, las alimañas, los muertos, los vivos, los jabalíes, los seres de la niebla. Le arrea un buen trago que le quema la garganta y le calienta el pecho. Están sentados en el suelo de la cámara acorazada del banco, con Bradwell, Gorse y otro chico que se ha quedado dormido y aovillado en un rincón. La puerta circular de la cámara, de dos palmos de grosor, se mantiene abierta, tal y como se quedó bajo el peso del techo desmoronado. Las paredes metálicas están llenas de pequeños cajones rectangulares, todos abiertos y rapiñados; los hay que incluso han desaparecido. Se está bien allí; uno se siente seguro, a salvo. Huele a metal, que es un olor que a Il Capitano le gusta.

Cuando le pasa la botella a Bradwell su hermano se interpone e intenta cogerla.

—Tú ya llevas tu parte en la sangre.

Se ríe a carcajadas. Sabe que a Helmud no le gusta que beba, que quiere apartar de él la botella. Lo pasa mal cuando se emborracha, cosa que ya ha conseguido. Sienta bien. Se le había olvidado cuánto lo echaba de menos: la manera en que atenúa el mundo, amortigua los sonidos, lo emborriona todo. Ingership le daba bebida de vez en cuando. Se alegra de que esté bajo tierra pero echa de menos su alcohol.

—Tu parte, tu parte, tu parte —masculla Helmud, con los brazos vencidos y cabeceando sobre un hombro. Está reprendiendo a su hermano por beber demasiado.

—¡Cállate, Helmud! ¿No ves que estamos de fiesta? ¿No es verdad, Bradwell? Dile que estamos de fiesta. ¡Díselo, anda!

—Es verdad —dice Bradwell pasándole la botella a Gorse.

—¡Verdad! —grita este, y le da un trago.

Il Capitano no pierde de vista la botella, en su intento por calcular si le llegará una última ronda.

Ojalá estuviera allí Pressia... aunque no quiere ni mencionar su nombre... no delante de Bradwell. No quiere saber lo que ha pasado entre ellos cuando el chico se ha ido a buscarla bajo la lluvia. Le gusta pensar en ella en esos momentos, con el dulzor de la borrachera. Todo el dolor se ha mitigado. Se imagina un futuro con Pressia: los dos juntos, o incluso los tres, contando a Helmud. Y le gusta.

Pero entonces, como si hubieran accionado un interruptor en su cabeza, piensa en el chico muerto del cepo. ¿Por qué ahora? Se rasca la frente.

—No, no —masculla.

Al instante, sin embargo, ve desfilar más caras de muertos por su cabeza, como en una película. Aparecen borrosas. ¿Qué le pasó en aquella cripta? Todo empezó allí. ¿Por qué se siente tan mal por eso ahora? Joder... Estuvo a punto de rezarle a Dios, o a aquella estatua de la santa, y de pedir perdón. ¿Qué le habría pasado de haberlo hecho? Tendría que admitir que se equivocó. Pero no es verdad: ¡está vivo! ¡Y Helmud también, allí mismo en su espalda!

—¿Por qué te asustaron? —le pregunta Bradwell.

—¿Quién, Dios y la santa?

—¿Cómo? No. Las madres. Has dicho que te pegaron un susto de muerte.

—¿A ti no te dan miedo?

—No he dicho eso, pero me preguntaba por qué te asustaban a ti.

Il Capitano se inclina hacia el centro del círculo.

—Pues porque parecen buenas y agradables, en plan... madres. En otros tiempos organizaban comidas y hablaban de cortinas pero ahora son capaces de matarte nada más verte.

—Mira quién habla —comenta Gorse.

—Ya, pero yo no me enorgullecía de criar a las mentes del futuro llevándolas a las mejores escuelas privadas en los mejores monovolúmenes.

—Pero en otros tiempos todos éramos inocentes —opina Bradwell—. Técnicamente, hasta tú fuiste un niño en su momento, ¿no, Capi? Mierda, no sé, lo mismo hasta tuviste un nombre antes de llamarte así, ¿no? ¿O ya aparece en tu partida de nacimiento?

—No me acuerdo —dice Il Capitano. Walden, se llamaba Walden.

—¿Que no te acuerdas? —se sorprende Gorse—. ¿De tu propio nombre?

—¡Helmud! ¿Cómo se llamaba tu hermano antes de ser Il Capitano? —le pregunta Bradwell.

—Él no lo sabe. ¡No os riáis de él!

Il Capitano nota la cabeza de su hermano balanceándose.

—No os riáis —repite el otro.

—No me estoy riendo, Helmud. Solo digo que tú tienes que acordarte de cómo se llamaba tu hermano cuando eráis pequeños. A ver, porque en algún sitio tiene que estar, en vuestros recuerdos. Seguro que tu madre te llamaba para que entraseis a casa cuando erais niños, ¿verdad? Y ella gritaba «¡Helmud!», y luego decía otro nombre. ¿Cuál era?

Helmud sigue cabeceando. ¿Intenta recordar? ¿Hay una rendija de luz iluminando ese rincón oscuro de su memoria?

—Dejad de darle la brasa. Ni él ni yo nos acordamos, y punto. Mi otro nombre murió. Soy Il Capitano.

—¿Y qué me dices de tu apellido? —quiere saber Gorse.

—Croll —dice por lo bajo—. Mi padre era el sargento Warret B. Croll. Croll.

Bradwell se acerca más a Il Capitano, alarga la mano y le coge las mejillas a Helmud.

—Cuando vuestra madre se enfadaba, seguro que os llamaba por el nombre completo. Las madres hacen eso. ¿Cómo llamaba a tu hermano cuando se enfadaba con él?

—¡Que lo dejes en paz! —grita Il Capitano, que se echa hacia atrás para que Bradwell suelte la cara de su hermano.

Se levanta entonces pero su hermano le pesa increíblemente y se cae contra la pared de las cajas de seguridad vacías. Da con la cabeza contra el metal; un buen porrazo. Se deja resbalar de nuevo hasta el suelo y se lleva la mano a la cabeza: no hay sangre.

—Pero ¿qué haces, Capi? Que estábamos de broma.

—No tendrías que haberla dejado ir. Si Pressia muere será por culpa tuya. ¡Y lo sabes!

Helmud está tirando de él hacia arriba para que se levante.

—¡Culpa tuya! —le grita también el hermano menor.

—¿Cómo? ¡Pero si tú también has dejado que se fuera! —protesta Bradwell.

—Eh, tranquilos —intenta calmarlos Gorse levantando las manos.

Il Capitano apenas puede ver a Bradwell y a Gorse. Son imágenes oscuras y parpadeantes. Mira al que está dormido en una esquina y lo odia: de repente y sin razón aparente.

—Tú eres el que no tendrías que habérselo permitido de ningún modo.

—Capi, sabes perfectamente que no tenía elección...

Il Capitano cierra los ojos y siente como si el suelo se aflojara y diera vueltas.

—Si muere, su muerte pesará sobre tu conciencia.

—Pero ¿quién coño te crees que eres? —le grita Bradwell, y se oye el roce de las alas, que probablemente estén agitándose en su espalda.

Il Capitano sigue con los ojos cerrados. Ni siquiera se prepara para el golpe. De hecho está deseando que Bradwell la emprenda con él.

—¡Deberíamos destrozarnos el uno al otro! —grita—. ¡Matarnos y acabar de una

vez por todas!

—¿Lo dices en serio?

Pero entonces Il Capitano oye un movimiento y la voz de Gorse, que dice:

—Anda, déjalo que la duerma.

—Yo no tengo miedo de que muera —dice Bradwell con la voz rasgada—. Es demasiado fuerte para eso. ¿Tú sabes lo que todavía no se te ha pasado por la cabeza, Capi? No te preocupa que le guste... que elija quedarse en la Cúpula y no volver con nosotros.

Las palabras de Bradwell le calan lentamente, hasta que comprende que tiene razón. Él siempre ve todas las posibilidades antes que Il Capitano. ¿Y si a Pressia le encanta lo que ve en la Cúpula? ¿Y si desaparece... pero no porque muera, aunque de todas formas no volvería a verla? No se le ocurre nada que decir... nada de nada. Tiene la sensación de que va a echarse a llorar. Maldita sea. Se le escapan unas lágrimas.

Siente entonces una mano en la cabeza que le retira el pelo de la frente, con mucho tacto y delicadeza. La mano le acaricia la cabeza como si fuera un niño pequeño que estuviera sudado por haber estado jugando en el bosque.

—Waldy. Waldy. Waldy. Waldy —dice una voz.

Así era como lo llamaba su madre cuando era pequeño: Waldy, el diminutivo de Walden.

—Waldy, Waldy.

Helmud se acuerda, y le acaricia la cabeza como lo hacía su madre en otros tiempos, cuando eran inocentes, cuando Il Capitano era Waldy.

—No pude salvarla —le dice a Helmud. Y lo dice por su madre pero también por Pressia.

Helmud le echa los brazos por encima y lo abraza con fuerza. Il Capitano coge aire y lo echa. Su hermano sigue abrazándolo, mientras él se tapa los ojos con las manos porque está llorando.

—Lo siento. Perdóname —susurra—, perdóname. —No lo siento solo por la muerte de su madre, sino por la de todos—. Perdonadme.

El niño del cepo, las muerterías, los corrales con niños a la intemperie. Ha matado a gente, ha causado muertes y sufrimiento... Lo siente por todas las muertes, por tanto dolor, por todo.

—Perdóname. —Es lo que no fue capaz de decir en la cripta.

Pero en esos momentos Il Capitano está pidiendo perdón a Santa Wi, Dios, o cualquier fuerza que exista más allá de ellos.

—Perdóname —no para de decir.

Y en realidad quiere decir: «Llévatelo».

«Lléváoslo».

Y entonces lo siente: como si el pecho se le abriera en canal y le liberaran de una carga.

Hasta que desaparece.

Perdiz

Confeti

—Baila conmigo —le grita Iralene por encima de la música—. Venga.

Perdiz está medio mareado. Pressia iba a abofetearlo. Sus ojos vagan por el gentío, por las mesas del banquete, los vestidos resplandecientes, los cabellos relucientes, la cubertería destellante, los arcos dorados del techo. ¿Eso es lo primero que ha visto Pressia de la Cúpula? Y él, en medio de todo, bebiendo champán con un esmoquin hecho a medida, al lado de la novia... ¿su esposa?

—No puedo —le dice en un hilo de voz.

Y justo en ese momento alguien lanza al aire un puñado de confeti rosa; en realidad lo ha echado una máquina oculta. Los papelitos se quedan revoloteando a su alrededor y lo retrotraen a cuando empezó todo: el día que atravesó el enorme sistema de filtrado, las cuchillas del ventilador gigante cortando los filtros rosas, cuando todas las fibras se desprendieron a su alrededor. Le recuerda la manera que tiene la ceniza de flotar en el aire del exterior, y a Lyda, y lo que dijo de estar encerrados en una bola de nieve.

Iralene le tira de la chaqueta y exclama:

—¡No dejes que Pressia lo estropee todo! Ya me conocerá, y le caeré bien. A ti tampoco te gustaba al principio.

Iralene intenta arrastrarlo hasta la pista de baile pero la detiene y la mira fijamente a los ojos. Se acuerda de cuando la conoció. Estaba tensa e incómoda, como una extraña; y lo era, por algo había vivido tanto tiempo suspendida...

—La he liado...

La chica le echa los brazos al cuello y lo abraza con fuerza.

—No, no es verdad. Has hecho lo que tenías que hacer. Yo lo he visto y sé que es verdad. Cuando se lo expliques, seguro que lo entiende.

—No creo que llegue a entenderlo.

—Ya sé lo que puede hacer, señor Perdiz Willux.

—¿El qué?

—Puedes darle el mejor regalo del mundo, y en cuanto lo hagas te lo perdonará todo. —Iralene le sonrío—. ¿No te parece?

Perdiz tiene a su abuelo... vivo. Le quitaron el ventilador que tenía en la garganta, lo cosieron y lo metieron en suspensión. Tal vez incluso su padre esté allí, por mucho que no pueda acceder a la cámara... al menos de momento. Pero por ahora puede devolverle a su abuelo. Lo intentará, a pesar de la sensación de estar hundiéndose. Ha fallado, y Pressia lo sabe, aunque es probable que no sepa lo peor de todo.

—Al final, cuando vuelvas la vista atrás, todo tendrá sentido.

¿Tendrá sentido alguna vez? ¿Alguien contemplará esa serie de acontecimientos y sabrá que intentó con todas sus fuerzas hacer lo correcto... mientras todo se desmoronaba a su alrededor?

—¿Y qué más puedo hacer?

—Puedes bailar con la señora de Perdiz Willux.

Todavía mareado, deja que Iralene lo lleve hasta la pista de baile, mientras sigue cayendo confeti y llueven copos de nieve rosa.

Pressia

Saltadores

—Normalmente soy yo quien va vestido de guardia —comenta Beckley—. ¿Te importa si me quito la pajarita?

—Qué más me da —replica Pressia.

Está furiosa, siente como si dos puños le aporrearán a la vez el pecho. Bradwell tenía razón, sobre los puros y sobre Perdiz. La avergüenza haberse tragado toda esa alegría, todo ese rollo de amor y esperanza instigada por la boda, aunque solo haya sido por un segundo. Echa de menos a Bradwell más que nunca. Él siempre dice lo que cree, aunque sepa que no va a gustarle. Está hecho polvo, como todos los seres humanos, pero por lo menos es real. Como Il Capitano y Helmud. Se pregunta para qué habrá entrado. Pero siente el estuche metálico contra la cadera y recuerda que debe intentar salvar a gente. Tiene que intentarlo, por mucho que Perdiz sea un caso perdido.

Caminan por una calle desierta. En los escaparates hay fotografías de Perdiz e Iralene en diversas poses. Pressia se para delante de una en la que sale su hermano empujando a Iralene en un columpio de madera.

—Míralo.

Beckley se mete la pajarita en el bolsillo y se detiene a su lado.

—Yo estuve cuando la hicieron. Y él no quería posar.

—A lo mejor no quería, pero el caso es que lo hizo. Dejó que alguien le echara esa foto. —Mira la cara del guardaespaldas. Es bastante mayor que ella y parece más curtido aún—. ¿Cómo es? ¿Cómo es vivir en este sitio?

—¿Y yo qué sé? Hace tanto que no vivo en otra parte que ya no puedo comparar.

—¿No te acuerdas del Antes? No te creo.

—Pues a lo mejor esa es la primera lección que debes aprender. No creas a nadie de aquí dentro.

Beckley reemprende la marcha y Pressia se apresura a seguirlo.

—¿Siempre es así, igual de horrible que de bonito?

—Normalmente no hay tantas luces y tantos brillos, pero sí.

—Perdiz dice que va a devolverme al abuelo. Pero está muerto, Beckley. ¿Es que ahora se cree Dios o qué?

El guardia se encoge de hombros.

Ha sido muy cruel por su parte decirle algo así: prometerle al abuelo. Perdiz sabe lo que significaría para ella volver a verlo. Fue él único pariente al que llegó a conocer y, aunque no era de verdad su abuelo, eso hace más especial aún lo que hizo: salvarle la vida.

—Dime... ¿tú de qué lado estás?

—Aquí no hay lados que valgan.

—¿Esa es la segunda lección?

—Sí, se podría decir que sí.

—Pues yo creo que hay un lado bueno. Y o estás en él o no lo estás.

Beckley la mira de reojo y luego alza la vista hacia el aire estancado.

—Bueno, y ahí fuera, ¿qué aspecto tiene?

¿Cómo describir el mundo al otro lado de la Cúpula? Es imposible.

—No sé... Real.

El guardaespaldas se queda mirando un punto de la estrecha acera que está más blanco que el resto.

—¿De qué es eso? —quiere saber Pressia.

Beckley se detiene, mira hacia arriba del edificio y le señala una ventana tabicada con un grueso plástico.

—De un saltador.

—¿De un saltador?

El hombre asiente.

—¿Quieres decir que alguien saltó desde esa ventana?

—Exacto.

—Y que la acera está blanca porque...

—Porque limpiaron la sangre y le echaron lejía. —Beckley se mete las manos en los bolsillos y sigue andando.

Pressia mira a ambos lados de la calle, por las dos aceras. Ve otra mancha de lejía y luego otra. Todas parecen bastante recientes.

—¿Pero cómo puede haber aquí suicidas?

—Tú lo has dicho: es tan horrible como hermoso. Y, de tanto en tanto, también aquí hay cosas reales.

Al poco se detiene ante la puerta de un bloque de pisos y llama al timbre. Se abre la puerta y entran en un vestíbulo con unos lujosos sofás de terciopelo y un espejo de marco dorado. Hay también jarrones con orquídeas; no pueden ser de verdad. Beckley saluda a un hombre que hay tras una mesa y que está viendo un televisor diminuto. Pressia no ha visto ninguno desde el Antes. Aunque la imagen está granulada, se ve en color... y entonces reconoce el emplazamiento. El hombre está viendo el convite de Perdiz e Iralene.

—Pero, bueno, si es el gran día... —le dice el hombre frotándose la barriga—. Yo pensaba que estarías allí.

—De algo hay que vivir...

El hombre mira a Pressia pero no pregunta nada.

Beckley la conduce hasta el ascensor. Cuando se abren las puertas, la inquieta montarse en esa caja pero no deja que se le note. Se queda detrás del guardia, que le da a un botón redondo con luz, con la espalda apoyada en la pared. El ascensor da una sacudida y empieza a subir. Pressia siente un hormigueo en la barriga.

Justo cuando se detiene, el guardia le da a otro botón y lo mantiene pulsado.

—Lyda no lo está llevando muy bien aquí.

Pressia se pone a su altura y le pregunta:

—¿Qué quieres decir?

—¿Tú lo llevarías bien aquí metida?

Pressia sacude la cabeza y añade:

—Y hoy tiene que ser peor, por razones evidentes.

Beckley se lleva la mano a la boca y tose. Luego, con el puño todavía en alto, dice:

—En cuanto tenga al niño volverán a internarla.

—¿Internarla?

Beckley suelta el botón y la puerta se abre. Mira a un lado y a otro del largo pasillo.

—Perdona. Cosas del protocolo. —Y luego le susurra, tan bajo que apenas lo oye —: La internarán en el centro de rehabilitación..., donde los locos. Y nunca saldrá de allí.

—Pero el bebé...

—Al bebé no le pasará nada —susurra—. Es un Willux.

Pressia

Madre e hija

El piso está immaculado y es grande y espacioso: mobiliario blanco, cortinas blancas, paredes blancas con láminas enmarcadas de jarrones con flores que parecen calcados de los que adornan las mesas por aquí y por allá. Y sentadas en unos sofás hay dos mujeres, un hombre y una niña, todos perfectamente repartidos en torno a un televisor encendido que, por supuesto, retransmite el convite.

Nadie se escapa.

Lyda no está. A Pressia le asquea aquella perfección ociosa. ¿Quién piensa permitir que vuelvan a meter a Lyda en el centro de rehabilitación después de arrebatarse a su hijo? ¿Esa gente está en el ajo?

Creía saber lo que era el infierno; creía conocerlo muy de cerca: cuando una alimaña te coge del tobillo en los escombrales, las muerterías de la ORS, los terrones del Crazy JohnJohns, los bichos atrapados en la niebla de Irlanda, la enfermedad, los pulmones encharcados, una muerte lenta...

Pero no, aquel es un infierno que no se ha imaginado nunca: uno artificioso y cruel.

—¿Dónde está Lyda? —les pregunta.

Todos se quedan mirando a Pressia, hasta que cada par de ojos se desliza hasta el puño vendado. No soporta la forma en que la miran, de modo que se quita el vendaje, que era lo que tenía que haber hecho en el banquete: para mostrarles a todos su yo verdadero. Tira la venda al suelo y vuelve a sentirse libre: la cabeza de muñeca respira de nuevo.

Una de las mujeres coge a la niña pequeña y la atrae hacia sí.

—¿Quién es esta chica, Beckley? —le pregunta la otra mujer, a la que, al levantarse, se le riza el vestido como si estuviera bajo agua.

El escolta da un paso al frente y anuncia:

—Es la medio hermana de Perdiz.

Pressia se quita la gorra y la tira a la mesa para que vean las quemaduras que tiene en torno al ojo.

—¿Dónde está Lyda?

—¡Por el amor de Dios, llévatela a la cocina! —le dice el hombre a la mujer que tiene cogida a la niña.

—¡No! ¡Yo quiero ver qué pasa! —grita la pequeña.

Pero la madre le dice:

—¡Cállate, Vienna! ¡Vamos, aligera!

El hombre agarra a la niña del brazo y la arrastra hasta la cocina, con la mujer siguiéndolos de cerca.

La del vestido vaporoso no se achanta y le dice a Beckley, ignorando por completo a Pressia:

—¡No quiero que mi hija hable con esta miserable! ¿Me estás oyendo? ¡Ya bastante delicada es la situación!

—¿Es usted la madre de Lyda? —le pregunta Pressia.

La mujer se niega a mirarla y se limita a asentir levemente.

—¡No pienso permitirlo! —le chilla a Beckley—. ¡No pienso permitirlo! ¡Dile que tiene que irse!

El escolta se encoge de hombros. Parece divertido por la situación.

—Puede decírselo usted misma. Soy escolta, no mensajero.

—¿Perdone? No se atreva a usar ese tono conmigo —replica la madre de Lyda—. Ya verá cuando dé parte. ¡Ya lo verá!

Beckley se sonríe. No le tiene miedo. Puede que sea porque dentro de la Cúpula las mujeres nunca hayan sido una gran amenaza, a diferencia de lo que pasaba en el Antes, durante el auge del feminismo femenino, según le han contado.

La madre de Lyda parece a punto de echarse a llorar, como si supiera que no tiene ningún poder real.

—Quiero lo mejor para Lyda... Es mi única hija.

—¿De verdad? —la cuestiona Beckley.

La madre se vuelve y la falda le revolotea por las piernas. Coge la cartera de mano y grita:

—¡No puedo trabajar en estas condiciones! ¡Soy una profesional!

¿Está trabajando? ¿Es una madre profesional? Pressia no lo entiende.

La mujer se va hasta la puerta.

—Quiero que dismantelen el cuarto del bebé. Que lo saquen todo y lo vuelvan a arreglar, hasta el último detalle. ¿Me oyes? —Tiene una voz fría y distante.

Beckley no responde. Descorre el pestillo y deja la puerta abierta. Al salir la mujer vuelve la vista hacia Pressia. Ahora no le parece enfadada; es como si de pronto se le hubiese disipado toda la tensión y en la superficie solo quedase miedo.

A Pressia le gusta, y se acuerda de Il Capitano: el miedo es poder. No es de extrañar que lo atrajese durante tantos años; le hacía sentirse protegido y seguro.

Beckley cierra la puerta tras la madre de Lyda y le dice a Pressia:

—Voy a sacar de aquí a la familia Culp. Tú ve por ese pasillo. Es probable que Lyda esté en el cuarto del niño. La puerta de la derecha. Estará cerrada por dentro.

—Gracias, Beckley.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué. —Ha dado la cara por ella.

El escolta asiente y se va a la cocina.

Mientras Pressia recorre el pasillo, huele algo familiar: a humo.

Lyda

Prueba

No.

Perdiz vendrá a por ella y empezarán una vida nueva. La quiere. Recuerda andar con él hasta el vagón del metro, con el viento polvoriento levantándole la capa. La besó, a toda prisa, para que Madre Hestra no los pillase. Después de yacer juntos en la casa del guardavías, fue Perdiz quien le pidió que lo acompañase. Cómo la miró, cómo la tocó y qué sensación cuando estaban uno al lado del otro... Eso era amor, ¿no? ¿Puede desaparecer el amor así porque sí?

Y ella fue la que le dijo que se casara con Iralene, para que la gente dejara de suicidarse. ¿Acaso no era lo que había que hacer? ¿O ha sido todo un montaje? ¿Quería Perdiz su permiso para poder traicionarla?

Mira alrededor del cuarto: la cuna desmontada, el colchoncito volcado contra una pared junto a la pila de libros rotos, el cuenco de las cenizas donde ha quemado página por página, el montón de lanzas que ha tallado con los barrotes, el serrín por el suelo, y las bolsas de ovillos y agujas que le trajo Chandry.

Se mira el vestido desgarrado, que le aprieta por la cintura, donde la barriga empieza a despuntar... Es la habitación de una loca, y ella es esa loca. ¿Ha dormido tan poco que ya no ve las cosas como son?

Recoge los jirones del vestido. Lo tirará todo para que nadie vea lo que ha hecho.

—Puedo volver a cambiar —susurra—. Puedo ser mi antiguo yo. —Coge la bolsa con las cosas de hacer punto—. Soy muy capaz.

Va hasta la pila de libros rasgados para esconderlos pero, sin querer, vuelca el cuenco de las cenizas, que se esparcen por todo el suelo. Se arrodilla e intenta volver a meterlas en el cuenco pero lo único que consigue es llenar de más hollín el suelo; cuanto más lo intenta, más oscura se vuelve la mancha.

Llaman a la puerta.

No, no.

—¿Quién es?

Es su madre, lo sabe. Vuelve para decirle lo avergonzada que está de ella, lo defraudada que se siente, y la hija más horrible que ha criado. Le contará a Perdiz toda la locura de la habitación del niño.

—Lyda.

No es su madre. Reconoce la voz pero no la ubica.

Se levanta y va de puntillas hasta la puerta. Toca la madera con los dedos, muy ligeramente, como un zapatero en la superficie de un estanque; recuerda haberlos visto de pequeña, impulsándose y desliziándose, más ligeros que el aire.

—¿Quién es?

—Soy yo, Pressia.

No, no puede ser. Es una trampa. Sacude la cabeza y dice:

—No te creo.

—Lyda, soy yo. Tenemos que hablar.

¿Cuánto tiempo hace que no duerme una noche entera? Tal vez la falta de sueño esté volviéndola paranoica, o quizá debería estarlo...

—¡No me fío! —Se queda mirando las esquinas del cuarto y las cámaras que hay en cada una y que ha tapado—. Dejadme en paz. Lo único que quiero es que le digáis a Perdiz que...

Pero no termina la frase. ¿Qué podría querer que le dijeren?

—Te demostraré que soy yo —le dice la voz—. Pregúntame algo que solo yo pueda saber.

Le viene a la cabeza la granja, cuando estaban todos juntos.

—La granja. Cuéntame.

—Estábamos todos allí. Y también Illia, que mató a su marido.

Illia. Lyda la recuerda en la bañera, con sus puños, relucientes por la cera, temblando en el aire.

—Está muerta —dice Lyda. Tal vez la gente de la Cúpula ya lo sepa. Tiene que concretar más—. El papel pintado —recuerda—. ¿Cómo era el papel pintado del quirófano?

—Con barcos. Estaba lleno de barquitos porque no siempre fue para operar. Era el cuarto de un bebé.

Lyda repasa con la vista el de su propio bebé. ¿Por eso lo ha preguntado? El papel pintado era la prueba de que Illia pensó en algún momento tener hijos y luego, por alguna razón, no fue así.

Eso es lo que más la asusta. Si es cierto que Perdiz se ha casado con otra, ¿qué será de ella y su bebé? De pronto se siente muy cansada y tiene que apoyarse y descansar la mejilla en la pared fría, reposando también las palmas. Mira el pomo. ¿Será verdad que Pressia está al otro lado o es mentira? ¿Puede fiarse de alguien allí dentro de la Cúpula?

Mira la huella de ceniza que han dejado sus dedos. Lleva la mano al pestillo del pomo, lo gira y abre la puerta con un leve crujido.

No puede mirar. Tiene tantas ganas de ver la cara de Pressia que se echa a llorar.

—Lyda.

Levanta la vista.

Pressia. ¿Cómo puede ser?

La chica entra en el cuarto, cierra la puerta, echa el pestillo y se arrojan una en los brazos de la otra.

Se abrazan con fuerza.

Pressia

Cygnus

Lyda está temblando de arriba abajo y apenas se tiene en pie. Es Pressia quien está cogiéndola.

—Tenemos que sacarte de aquí. Quieren encerrarte y llevarse al niño cuando nazca.

Lyda asiente. ¿Es que ya sabía la verdad? Si no la sabía, tampoco la sorprende.

—Quiero volver con las madres. Este sitio... no tiene salvación.

—Escúchame: tenemos los medios para acabar con la Cúpula.

—¿Y pensáis hacerlo? ¿Podéis?

—Si Perdiz nos ha traicionado, no nos queda más remedio. Bradwell e Il Capitano están fuera esperando a que les diga algo.

—¿Esperando a que les digas que acaben con la Cúpula? ¿Y cómo piensas avisarlos?

—No lo sé. Creía que tendría ayuda una vez dentro.

—Cygnus —dice Lyda—. Están aquí. Son seguidores de tu madre. Creo que podrán ayudarnos.

—Nada más entrar me ha recibido alguien de Cygnus.

—Podemos intentar que nos ayuden, confía en mí. ¿Qué dirá el mensaje?

—Bueno, todavía no lo tengo decidido. He traído conmigo la cura. Necesito llevársela a alguien que sepa qué hacer con ella. Todavía es posible salvar a gente... a los supervivientes. Se podría repararlos. No podemos acabar con la Cúpula hasta que no intente dársela a alguien en quien podamos confiar.

—Sí, pero ¿qué clase de mensaje piensas mandar? ¿Qué dirá?

—Será un mensaje que solo yo pueda haber mandado.

—¿En código?

Pressia asiente.

—Le diré a Bradwell que nuestras vidas no son ningún accidente. Que esto es el principio, no el fin. Que haga lo que tenga que hacer. Sabrá que se lo mando yo y que es hora de acabar con todo. Y tal vez un dibujo. —Piensa en Cygnus, la constelación, los seguidores de su madre (que sigue allí con ella de algún modo)—. Puede que un cisne.

—Creo que sé quién puede ayudarnos a mandarlo.

—Pero aún no sé si es lo mejor. Aunque Perdiz parece ido... perdido...

—Se ha perdido. Es cierto.

—Me contó que tenía a mi abuelo, que lo va a traer de vuelta... de entre los muertos. ¿Es eso posible, Lyda? ¿Lo es? —Teme que Lyda le asegure que sí pero también que le diga lo contrario.

—¿Es por eso por lo que estás esperando en realidad a decirles que ataquen? ¿Por tu abuelo? —Lyda respira hondo, con desmayo.

—¿Es posible que siga vivo? Dímelo, por favor.

—Aquí dentro pueden llegar a hacer cosas que parecen buenas pero que en realidad son horribles, Pressia. ¿Me entiendes? Horribles... —Vuelve a echarse a llorar, esta vez más fuerte, con las costillas convulsionándose—. Manda el mensaje. ¡Mándalo ya!

Pressia la abraza y la mece suavemente.

—Todavía no. Dame tiempo.

—Pues entonces hazme un favor —le susurra Lyda con voz temblorosa.

—¿El qué?

—Dile al guardia que se me ha roto el orbe.

—¿El orbe?

—Es una cosa que proyecta imágenes por las paredes de la habitación. No puedo explicártelo. Tú solo prométemelo.

—Lyda, ahora mismo tenemos que concentrarnos en...

—¡Díselo, por favor! —chilla Lyda.

—Vale —cede Pressia con toda la tranquilidad que puede—. Se lo diré. Está bien, todo va a salir bien.

—Estoy tan cansada... —susurra Lyda—. No puedo dormir.

—Estoy aquí, ahora podrás dormir, estoy contigo.

Perdiz

Camas de bronce

Coge en brazos a Iralene y atraviesa con ella el umbral de una suite de lujo. Es su luna de miel, y no debería sorprenderle tanto esplendor pero no puede evitarlo; incluso después de todo un día de boato, le parece exuberante. Deja a Iralene sobre sus tacones altos y juntos recorren el salón con los sofás de cuero y un comedor muy clásico y pasan delante de un piano de cola pequeño y de una bañera con pies en forma de garras, en un baño que es casi tan grande como un dormitorio.

Es incapaz de dejar de pensar en Pressia. Desde que la vio, no puede evitar verlo todo doble: de la forma en que lo ve él y en que lo vería ella, toda esa arrogancia y esa opulencia inútil. Tanto lujo resulta una crueldad cuando ambos saben lo que hay fuera de la Cúpula. La culpa lo ahoga.

Iralene ha bebido demasiado champán, y él tampoco se ha quedado atrás; más de lo que debía porque quería ahogar el sentimiento de culpa. Pero ojalá no lo hubiese hecho, ahora le gustaría poder pensar con claridad. Tiene que reunirse con Pressia y Lyda cuanto antes. Pero ¿cómo?

Iralene pasa corriendo y abre la puerta del dormitorio.

—¡Tienes que ver esto! La cama es más grande que una piscina —le grita, y desaparece en el cuarto.

Perdiz va al pasillo pero no entra en el cuarto. No es una auténtica luna de miel.

Iralene asoma la cabeza por la puerta y lo mira desde el fondo del pasillo.

—¡Vamos a zambullirnos! —Lanza los zapatos al aire.

—Iralene, sabes que esto es una farsa.

—¿El qué? No te oigo.

Va al dormitorio y se apoya en el quicio de la puerta. Iralene se ha montado en la cama con dosel, que tiene una colcha blanca recubierta de pétalos. Se vuelve y se cae de espaldas con los brazos abiertos y los pétalos saliendo despedidos a su alrededor.

—¡No te oigo! ¡No te oigo! —canturrea.

La sigue hasta la cama y se apoya en uno de los postes, como si fuera el pasajero de un barco que intenta no perder el equilibrio.

Es una cama con dosel realmente enorme, con un armazón de bronce reluciente.

Como la que había destrozada en la tercera planta de la casa del guardavías, donde Lyda y él se guarecieron, hicieron el amor y él se le declaró.

Una cama de bronce.

—No puedo dormir aquí, Iralene.

—¿Cómo? —le pregunta ella levantando la cabeza.

—Ya sabes que no puedo, y sabes perfectamente por qué.

—Creía que iba en serio lo que me has dicho hoy... Lo que me has prometido. Lo

he sentido.

—Y creo que es verdad, que lo decía en serio.

—¿De veras?

—No lo sé.

—¿Sabes que es lo que se me da mejor, Perdiz? ¿Sabes cuál es el rasgo de mi personalidad que más he perfeccionado?

Iralene se apoya sobre los codos. Está guapísima en esa cama, rodeada de pétalos de flores.

—Ni idea.

—La paciencia.

Tiene razón. Ha crecido siempre a la espera, suspendida. Está diciéndole que va a seguir esperando a que se enamore de ella de verdad: de ella y solo de ella.

—Voy a ir hablar por teléfono con Weed. Quiero que le eche una mano a Peekins con el abuelo de Pressia. Y que me ayude a intentar abrir la cámara cerrada que no tiene placa. Tengo que...

—Haz lo que tengas que hacer pero recuerda: todavía me debes un favor.

—Lo sé —dice, aunque lo inquieta el tono de la voz de Iralene.

Vuelve hacia la puerta pero se detiene al oír que lo llama en un susurro:

—Perdiz. Puede que no me hayas dicho en serio lo de hoy pero yo sí hablaba muy en serio. Solo quiero que lo sepas. A veces no es así, hay ocasiones en que tengo que decirle a la gente lo que quiere oír o lo necesario para sobrevivir. Pero hoy lo he dicho en serio, todas y cada una de las palabras.

Perdiz asiente. Cierra la puerta despacio y se queda parado al otro lado por un momento. ¿Por qué Lyda nunca ha respondido a sus cartas? ¿Qué siente ahora por él? ¿Realmente quiere saber la respuesta a esa pregunta?

E Iralene... ella sí sentía lo que decía, cada palabra. ¿Y él?

Va por el pasillo hasta el salón de la suite. Acaba de casarse pero, por alguna razón, se siente tremendamente solo. Tal vez sea porque es así. Su madre, su hermano, su padre... no queda ninguno.

Ahora mismo a quien más echa de menos es a Sedge. Él habría sido su padrino; tal vez incluso le habría dado algún consejo. Ni siquiera tiene un recuerdo tangible de su hermano.

Le viene a la cabeza entonces la excursión que hizo con la clase de Historia Mundial de Glassings: a los Archivos de Seres Queridos. Todos los chicos de la academia pasaron por los corredores llenos de cajas en orden alfabético, cada una, un tesoro de efectos personales de alguien muerto.

Abrió la caja de su madre, donde encontró pistas importantes de su existencia, pistas que habían puesto allí para que las encontrara. Pero la de su hermano no la abrió, no tuvo el valor. Ojalá hubiese visto qué contenía.

Y entonces cae en la cuenta de que para ir al archivo no tiene que pedir permiso. Está al mando.

Quiere ir, y ya. Echa de menos a su hermano y le gustaría ver qué hay dentro de su caja.

Es consciente de que puede parecer una locura por su parte, que piensen que es fruto de la borrachera, pero ¿qué más da?

Va a la puerta de la suite y la abre. Allí, en posición de firme, hay un guardia. No es Beckley, sin embargo, que debe de estar con Pressia y Lyda. A este no lo conoce bien... Albertson.

—¿Señor?

—Quiero que me escoltes a un sitio.

—No puedo hacer eso, señor. Necesitaría un permiso. Tendría que hacer unas llamadas...

—¿A quién, a Forested? —Albertson aparta la mirada—. Hoy ha sido mi boda, Albertson. ¿Qué me dices? ¿Por qué no me regalas no llamar a nadie, eh?

—No sé... No estoy seguro.

—Venga, Albertson, sabes que es lo correcto. Una pequeña excursión, tú y yo.

—¿Ahora, señor?

—Sí.

—¿Adónde?

—Quiero ir a ver a mi hermano.

Il Capitano

Por mis muertos

Il Capitano siente una gran presión en el pecho. Está en el suelo de la cámara acorazada, las cajas de seguridad apenas un borrón por la pared. Está todo a oscuras salvo por un par de faroles parpadeantes. Siente la respiración fatigosa de su hermano por detrás.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta.

El corazón le late con fuerza y siente el aire cargado de olor a biodiésel. Una mano le coge una muñeca y luego la otra; forcejea y se remueve mientras se las atan en la espalda.

—¿Qué coño es esto?

Pero alguien los tiene bien sujetos al suelo.

—Ya podemos llevárnoslos, Frost.

El que tiene detrás, el tal Frost, murmura:

—Vamos allá.

¿Dónde está la bacteria? Helmud está aplastándolo y no siente los bordes del estuche.

—Comprueba —le pide a su hermano con un gruñido.

Pero este no responde.

—¡Comprueba! —vuelve a gritarle—. ¡Comprueba!

Nada. Il Capitano comprende que se lo han quitado. Es un fracaso de hombre: ha perdido lo único que podría destruir a la Cúpula. Se acabó.

—¿Bradwell? —grita—. ¿Estás aquí?

Levanta como puede la barbilla arañándose la con el suelo y vuelve la cabeza. Dios, no quiere que Bradwell se entere de que lo ha perdido.

Ve entonces a su amigo tirado en el suelo, amordazado ya con un trapo y con ambas manos atadas a la espalda. Tiene un hombre a cada lado. Ha debido de pelear con uñas y dientes porque se le ve una brecha abierta en la sien, de donde le baja sangre hasta la mandíbula y el cuello, tiñéndole la camisa de rojo óxido. El chico sacude la cabeza y clava los ojos en la pared de cajas que tiene detrás. Il Capitano no entiende qué quiere decirle con ese gesto.

En ese momento se fija también en una lata de combustible junto a la puerta circular de dos palmos de grosor. ¿Qué leches están haciendo con eso ahí abajo? Nada bueno...

De pronto aparece ante él la cara de Gorse, que se ha agachado y ha apoyado una rodilla en el suelo. Lleva un viejo fusil de la ORS.

—¿Qué te creías, que iba a perdonarte y a olvidar tu trabajito en la ORS, eh? ¿Te creías que íbamos a ver una nueva versión de ti, toda reluciente, repartiendo comida y

abrigos, y que todo lo demás desaparecería sin más?

—¿Por qué has atado a Bradwell? Él está de tu parte.

—¿Ah, sí? Pues yo diría que, si se junta contigo, es que ha perdido un poco el norte.

El Capitano mira de reajo al chico; se siente mal por haberlo metido en ese lío. Bradwell encoge sus pesadas alas, como concediéndole su perdón.

—Pero he cambiado de verdad —esgrime.

—¿Ah, sí? ¿Y has llegado a pagar por lo que hiciste? Dime.

No tiene que pensarlo mucho: la respuesta es no, no ha llegado a pagar por nada. Ha matado a gente a diestro y siniestro y sigue vivo.

—¿Qué vais a hacer conmigo?

—¿Conmigo? —quiere saber también Helmud.

—Hacer justicia —declara Gorse, que mira entonces a Frost, el que tiene a los dos hermanos aplastados contra el suelo—. Anda, ve amordazándolos también a los dos.

—¡Gorse, espera! ¡Creía que éramos amigos!

—Pues ya sabes que no.

—¡Pero encontramos a tu hermana!

El chico se levanta y le apunta el fusil a la cabeza.

—No vuelvas a hablar de mi hermana en la vida. Puede que esté viva o puede que esté muerta, pero el caso es que todos estos años he pensado que había muerto por tu culpa. ¿Cuánta gente permitiste que muriera en las muarterías? ¿Cuántos murieron congelados en tus jaulas? ¿Cuántos te cargaste con tus prácticas de tiro? ¿Llevabas la cuenta? ¿Eh?

El Capitano intenta librarse de nuevo de las cuerdas. Si no lo consigue, es hombre muerto; él y Helmud, los dos. Gorse le da una patada en las costillas que le hace doblarse en dos. Gime en el suelo, encogido por el dolor, mientras Frost le pone una mordaza que le dificulta aún más la respiración.

«Justicia», piensa. Eso está bien.

—Pégame otra vez —gruñe a través de la mordaza—. ¡Venga!

Se lo tiene merecido. Pero oye los gemidos de protesta de Helmud, que quedan entonces ahogados por su propia mordaza. No piensa permitir que su hermano pague el pato. Luchará por los dos. Él es así: piensa resistir hasta el final.

—¿Le pongo la venda? —pregunta Frost.

—No, quiero que lo vea —dice Gorse.

Frost los levanta a la fuerza del suelo. Los otros dos hombres, ambos con el metal sobresaliendo de los brazos, como si hubieran estado en el mismo sitio durante las Detonaciones y tuvieran suerte de no haberse quedado fusionados, levantan también a Bradwell. Franquean la puerta abollada de la cámara, llegan a lo que queda del vestíbulo del banco y suben a la superficie por un agujero excavado en los escombros, un camino nada fácil, y menos con las manos atadas a la espalda y con el

peso de su hermano.

En la superficie el viento es frío y cortante. Bebió demasiado y ahora le entran náuseas. La cabeza está matándolo, y se siente algo mareado. Casi da las gracias por que Frost tenga tanta fuerza en los brazos, si no, tal vez se caería.

Están rodeados por una docena de personas, entre ellos unos cuantos amasoides. Intenta distinguir las caras para ver si reconoce a alguien.

Luego oye una voz que recuerda perfectamente.

—Saludos, Il Capitano.

Es la adoradora de la Cúpula que encontró a Wilda en medio del campo, cuando la devolvieron «purificada». Recuerda perfectamente la cicatriz bulbosa y trenzada que le recorre una mejilla: Margit. Otra de sus detractoras.

La mujer se le acerca, le mete los dedos por la mordaza y se la baja hasta la barbilla.

—¿Qué decías?

—Mierda —musita Il Capitano sacudiendo la cabeza.

—¿No te alegras de verme el careto?

—La última vez que te vi se te había enganchado una araña. Se ve que al final no te estalló.

—Me libré. Dios me salvó.

—Me imagino que fue un regalo de la Cúpula, ¿no?, salvarse así.

—Y no están contentos con nosotros, Il Capitano. No están nada contentos.

—¡Pero si querían que le devolviéramos a su hijo y se lo dimos! ¿Qué más quieren?

—Seguramente otro sacrificio.

Il Capitano asiente lentamente.

—Algo me dice que no va a ser un autosacrificio...

—¿Yo? No. Quiero estar aquí cuando nos llamen para reunirnos todos juntos en el cielo de la Cúpula. No quiero ser cenizas al viento.

—Entiendo. —Ahora ya sabe para qué van a utilizar el biodiésel. Quemado vivo... no es precisamente su forma favorita de morir—. Pero quiero pedirlos un favor.

—¿El qué?

—Que dejéis a mi hermano con vida. Él es un ángel. Es bueno. Salva a mi pobre hermano. —No puede evitar que se le cuele cierta ironía en la voz.

—¿Y cómo quieres que lo salvemos a él y no a ti, descerebrado?

—Supongo que tendréis que hacerlo con mucho cuidado. —Il Capitano arquea las cejas—. No podéis permitir que muera otra alma buena.

Margit levanta el puño cerrado y le pega en la cabeza. Le recuerda a cuando su abuela le daba un coscorrón si lo veía por el suelo.

—Tal vez eso sea lo mejor: que sepas que tus pecados le han costado la vida a tu hermano. —La adoradora se da la vuelta y le dice a Gorse—: Deberíamos darles una

buena tunda primero y luego poner al hermano encima del fuego para que Il Capitano oiga los chillidos del otro.

Al chico le gusta la idea y exclama imitando a Il Capitano la noche anterior:

—¡Por mis muertos que sí!

Y antes de que Il Capitano pueda decir algo, Margit vuelve a colocarle la mordaza en la boca.

Perdiz

Herida de bala

Al cabo de media hora ya están delante de la puerta de los Archivos de Seres Queridos. Llaman y esperan a que les abran. Es plena noche. ¿Habrán alguien de guardia?

Por una ventanilla rectangular junto a la entrada aparece una cara pálida de mujer que se asombra al ver a Perdiz. Él la saluda con la mano. Se queda aturdida por unos instantes pero luego le enseña un manojito de llaves. Desaparece y al poco se oye un chasquido en el cerrojo.

Abre la puerta de par en par y le pregunta:

—¿Puedo ayudarlo en algo?

Es una mujer menuda con un peinado corto muy cuadriculado.

—Me gustaría pasar unos minutos, si es posible. Quiero buscar a alguien.

La mujer mira hacia atrás, hacia el archivo, y dice:

—No está abierto, y a estas horas no solemos atender visitas, pero en su caso...
—dice nerviosa—. Pase.

—Gracias.

—Espero que sepa que su padre todavía no tiene caja.

—No he venido por él.

—Prefiero respetar su intimidad y quedarme aquí —anuncia el guardia, que mira a la conserje.

Esta se apresura a asentir y a cerrar la puerta por dentro.

—Tal vez ya sepa usted el camino.

—Así es.

—Estupendo. Iré dentro de unos minutos por si necesita algo.

Conforme recorre el pasillo, lo invade una extraña sensación de calma. La última vez que estuvo allí iba de ladrón; robó el contenido de la caja de su madre. Su padre sabía que lo haría. Jugó con él.

Esta vez, sin embargo, tiene a su padre bien presente. De hecho en esos momentos se siente más cerca de él que en cualquiera de los funerales. ¿O será su padre el que está más cerca?, ¿el que está acercándose y cercándole?

Encuentra el pasillo de la letra que busca al fondo de la sala y se dirige hacia allí. Los tacones resuenan sobre las baldosas, en golpes rápidos y secos, como si hubiera alguien en una puerta, a la intemperie, deseoso de que lo dejen entrar. Por un segundo teme no tener el valor para abrir la caja de su hermano, como le pasó la última vez. Pero es una sensación fugaz: abrirá la caja, por mucho que nunca llegue a saber si lo que verá allí fue lo que realmente dejó su hermano o si es algo que su padre puso allí para que él lo encontrara. Ese es el pensamiento que ralentiza sus pasos. No quiere

tener que descubrir más cosas de su padre. «Déjame en paz», quiere decirle.

Repasa con los ojos los nombres del frontal de las cajas todo lo rápido que puede. Debajo de cada uno aparece la causa de la muerte. Va buscando «Willux»... «Sedge Watson Willux». Deja atrás la uve y llega a la uve doble, donde se detiene.

Weed.

Marta Weed, Victorio Weed. Los padres de Arvin. Estaban en la lista de su madre. Cuando le preguntó por ellos le dijo que estaban bien, que habían tenido algún resfriado que otro pero estaban bien. ¿Han muerto?

En la causa de la muerte pone simplemente: «Contagio».

Y luego hay otros dos nombres: Berta Weed, que murió de «infarto de corazón», y Allesandra Weed, debajo de cuyo nombre solo aparece una palabra: «Lactante».

Perdiz recuerda el día de la excursión con la clase de Historia Mundial de Glassings. Fue Arvin quien preguntó si podían abrir las cajas. Encontró a una tía suya, posiblemente la tía Berta. Sus padres no estaban muertos. ¿Y su madre volvió a quedarse embarazada?

Siente el extraño impulso de abrir las cajas de los padres de Arvin. No hay nadie. Está solo.

No. Esas cajas son sagradas.

Da unos cuantos pasos más y encuentra a «Sedge Watson Willux» y, a su lado, a «Aribelle Cording Willux». Posa las yemas sobre el nombre de su madre y revive en su mente el momento de la muerte de ambos, el beso, la explosión y la sangre en un fino rocío por todo alrededor.

Sacude la cabeza.

—No. Viva, quiero verla viva. —Cierra los ojos y piensa en ella en la playa, con la espuma del mar por los tobillos y el pelo arremolinado por el viento. Está con los ojos clavados en el horizonte—. Mírame —le susurra.

Y entonces se da la vuelta y se le ve la cara. Se echa el pelo hacia atrás y lo mira amorosamente, con amor verdadero. Se le hace un nudo en la garganta.

Abre los ojos. No han cambiado la causa de la muerte de su hermano desde la última vez que estuvo, esa mentira con la que vivió durante tanto tiempo: «Herida de bala, autoinfligida». Odia a su padre por haber matado a su hermano... dos veces. La primera fue mentira y la segunda solo tuvo que pulsar un botón.

En su última visita no soportó ver la vida de su hermano reducida al contenido de una caja pero esta vez tiene pensado llevarse lo que pueda.

Saca la cajita de su sitio, contiene la respiración y la abre.

Está vacía.

Mete la mano dentro y presiona el fondo, como cuando Sedge le enseñó a tirarse de cabeza en la parte honda de la piscina y a poner la mano en el suelo. Un recuerdo en un fogonazo rápido. Sedge le enseñó a nadar.

Devuelve la caja a su sitio y se apresura a tirar del asa de la caja metálica de su madre.

Nada, por supuesto. No contiene nada. ¿Qué esperaba? ¿Todavía quiere algo de su madre?

Sí, la añora con un dolor intenso.

—Esta vez no hay mucho que robar, ¿verdad?

Se da la vuelta y ve a la conserje, que se ciñe la rebeca en las costillas y se cruza de brazos. Debe de tener cara de culpabilidad y no sabe qué decir.

—Yo estaba de servicio la última vez que estuvo usted aquí. Es más —dice echando la cabeza hacia abajo hasta que la melena le enmarca las mejillas—, yo fui la que operé las cámaras cuando se llevó las cosas de su madre.

—Y supongo que informó a mi padre al respecto.

—Ah, la cadena de mando es larga y bizantina... No sabía por qué tenías que robar esas cosas, solo que era bueno que lo hicieras y teníamos que dejarte hacer.

—Fue un montaje muy elaborado. He de reconocérselo a mi viejo.

La mujer asiente.

—Lo intentó también con Sedge, un plan muy parecido. Unos años antes de que vinieras tú.

—¿A qué se refiere con que también lo intentó con Sedge?

—Pues a que tu hermano también vino aquí de excursión, aunque no con el mismo profesor, sino con otro. Y fue a la caja de tu madre, donde habían puesto algunas bagatelas, algunos chismes como los que tú te encontraste. Pero él no los robó, no fue capaz. Miró alrededor, y estábamos vigilándolo por las cámaras, yo y un compañero. A los dos nos habían encargado que informásemos de lo que hacía pero no lo detuviésemos. No, sabíamos que quería robar las cosas y nos aseguramos de dejarlo solo, pero algo en él le impidió llevárselas. —La conserje sonríe al recordarlo—. ¡No valía tanto para ladrón como tú!

De modo que su padre puso a prueba a Sedge... Pero al negarse a robar ¿consideró que la había pasado o que no?

—En cambio, sí que se tomó su tiempo. Leyó una carta de cumpleaños, dirigida a él, claro está, con su nombre y todo. Vio un collar con un colgante y otra cosa.

—¿Una caja de música?

—Sí, exacto. Y yo diría que comprendió algo al ver todo aquello junto, y que le caló hondo. Lo que encontró lo turbó. Se enteró de algo que no sabía antes.

—Tal vez de que en realidad nuestra madre no había muerto.

—¿Puede ser eso?

—¿Fue hace dos años?

—Más o menos. Después entró en las Fuerzas Especiales. Por lo que he oído fue el primero que se prestó voluntario a salir de la Cúpula, el primero que quiso salir «ahí fuera». —La mujer pasa la mano por varias asas, que repiquetean, metal contra metal—. Puede que fuera a buscarla. No lo hizo como tú pero lo intentó a su manera.

Su hermano entregó su cuerpo a las Fuerzas Especiales y se convirtió en una máquina de pelear, apenas un animal sin habla. Pero de algún modo logró mantener

cierta humanidad y jamás le dio la espalda a su hermano, luchó por él.

Perdiz se lleva una mano a los ojos y baja la cabeza. Se echa a llorar al imaginar a Sedge después de ver lo que había en la caja personal de su madre. ¿También le dejó su padre pistas de que esta podía seguir con vida al otro lado de la Cúpula? ¿Sentiría como él ganas de peinar la Tierra en su búsqueda?

—Lo echo de menos.

—¿Crees que una persona solo existe en un cuerpo? No, no. Del mismo modo que tampoco la vida de una persona puede caber en una cajita de metal. Está aquí —dice la conserje, y señala a su alrededor con la mano como si de pronto estuviera cargado de electricidad—. Todos, ¡todos nos rodean, por todas partes!

Lyda

Ruedas

No le queda mucho tiempo. Pressia, todavía vestida de guardia, está dormida en el otro lado de la cama pero puede despertarse en cualquier momento.

Abre el cajón de la mesita de noche y saca el diario del bebé. Ve sus propios garabatos: «Anhelo, anhelo, anhelo». Esas mismas palabras llenan una hoja tras otra. No ha escrito otra cosa.

En los márgenes hay hueco. Pone el libro de lado y escribe por el borde de una hoja lo que Pressia le ha dicho que le escribiría a Bradwell, el mensaje codificado: «Nuestras vidas no son accidentes. Esto es el principio y no el fin». Y luego dibuja por encima un cisne flotando sobre unas olas. Puede que haya dado la impresión de haber perdido los papeles pero todavía pensaba con claridad: sobre el siguiente paso y cómo conseguirlo. Tenía el corazón salvajemente roto, por mucho que no haya nada de salvaje allí. Ahora siente un dolor agudo e insaciable. Con todo, sabe lo que debe pasar. Puede que Pressia no tenga claro que ha llegado la hora de acabar con la Cúpula, pero Lyda sí.

Recorta el borde de la hoja donde lo ha escrito. Antes de acostarse soltó a *Freedle*, y ahora solo tiene que chasquear ligeramente la lengua para que vuele hasta ella. Oye el tictac de su engranaje y el chirrido de las alas, y al poco aterriza sobre su palma abierta.

—En otros tiempos la madre de Pressia te soltó para que fueras con su hija. Y así lo hiciste. Esta vez con suerte Cygnus te sacará de la Cúpula y tendrás que encontrar a Bradwell para darle este mensaje.

Le levanta un ala y, a través del fino armazón que tiene por cuerpo, ve el mecanismo interno. Enrolla el mensaje y lo encaja en el hueco, aunque le deja una pequeña cola fuera, algo que sobresalga para que los de fuera lo vean bien.

El insecto abre sus finas alas metálicas, las bate y levanta el vuelo para sobrevolar el cuarto.

Luego Lyda abre la puerta del armario y aparta los vestidos de premamá con un ruido de perchas chirriando por la barra, pero cuando llega al fondo y alarga la mano para coger la armadura que se ha hecho con las perchas, no hay nada. Ha desaparecido.

¿Se la habrán llevado por la noche? ¿Han sabido siempre que la guardaba allí? Se siente invadida, traicionada... y despojada de algo que ella misma fabricó para protegerse.

Oye dos voces en el pasillo que hablan apresuradamente, con urgencia. Lyda pega la oreja a la puerta. Reconoce la voz de Chandry, aguda y quejumbrosa, y el vozarrón del guardia. Se imagina a la mujer rebuscando entre sus ropas y rompiendo la

armadura. Seguramente ya la han tirado.

Las voces se detienen y se oye entonces un chirrido, como de algo que traquetea por el suelo de madera, ¿sobre ruedas? Y luego se oye un estrépito en el cuarto del bebé. Ya sabe qué traman: están tirándolo todo.

El ruido despierta a Pressia, que se pone tensa y luego se incorpora.

Lyda se lleva un dedo a los labios.

—¿Qué pasa ahí fuera? —le pregunta su amiga.

—Es Chandry Culp, la mujer que me enseña a hacer punto y la que..., en fin, intenta enseñarme a ser una buena madre. Está quitando todo lo del cuarto del bebé, va a tirarlo todo.

—Tu madre le ordenó a Beckley que cambiaran todo el cuarto.

—Mi madre... Ya tiene todas las pruebas que necesitaba para encerrarme en cuanto nazca el bebé. Hará un informe en el que me declarará demente. Y puede que esté en lo cierto... —Se sienta en la cama junto a Pressia.

—No, no digas eso.

—¡Niñas! —Es la voz estridente de Chandry—. ¡Niñas, salid ahora mismo!

¿Piensa obligarlas a desmantelar el cuarto del bebé, a modo de castigo?

Lyda chasquea la lengua para llamar a *Freedle* una vez más, que está surcando el techo.

—¡*Freedle*! —exclama Pressia.

—¡Está bien! —le dice Lyda y se apresura a cogerlo entre las manos y guardárselo en el bolsillo del jersey—. Será mejor que no lo vean.

Pressia la coge de la mano.

—¿Hay alguna forma?

Lyda sabe lo que le pregunta: si hay manera de salir de allí.

—Siempre hay una forma.

Salen al pasillo. La puerta del cuarto del bebé está entornada y deja entrever a Chandry con un reluciente traje de chaqueta azul y, a su lado, un contenedor de basura con ruedas. Está recogiendo del suelo el montón de lanzas talladas a mano. El orbe está desactivado. Se ve que Chandry también ha estado atareada. Tiene la respiración algo fatigada y está sudando del esfuerzo. No para de mascullar para sí, enfadada:

—¡Menudo desastre! ¡Valiente estropicio que ha formado esta niña!

Cuando aparecen en la puerta, la mujer levanta la vista y le dice a Pressia:

—¡Tú, ya puedes empezar a ayudar!

—¿Y yo? —pregunta Lyda.

—Alguien avisó de que el orbe se había roto. Ha venido un hombre para repararlo. —Lyda mira a Pressia. ¡Se acordó de decírselo al guardia!—. Quiere saber qué le pasa exactamente. Si por mí fuera, ¡no volverías a tener acceso a ese cacharro! Pero ¿acaso alguien pregunta mi opinión? ¡No, para qué!

—Vale, voy a verlo.

—Y luego vuelve aquí inmediatamente. Has sido mala. ¿Me entiendes? Muy mala. ¡Y esto tiene que acabarse!

—Lo prometo. ¡No volveré a hacerlo!

Chandry asiente por última vez y Lyda va al salón. Allí, en la mesa del comedor, está Boyd, con un mono gris, trabajando en el orbe.

—¡Qué rápido has venido!

El hombre se levanta y le sonrío.

—Siempre a su servicio.

—¿Lo has arreglado?

—Estoy en ello. Creo que es un problema de cableado.

En realidad no le pasa nada, de modo que ¿sabrá entonces que lo ha llamado por otra razón?

—Es que necesitaba tu ayuda.

—Estoy dándole un repaso general.

—¿Tendrás que llevártelo a la tienda? Me ha parecido que tal vez tengas que llevártelo.

Lo que quiere decir es que espera que las ayude a salir, a las dos. Pero ¿lo entenderá?

—Sí, entiendo lo que me dice. Y ya lo había pensado.

—¿De veras?

—Sí.

Boyd coloca los tornillos del panel trasero del orbe y los aprieta. Después se lo tiende a Lyda.

—Pero ahora está mejor. ¿Lo ve? Lyda lo mira.

—Me has salvado la vida —le dice, aunque en realidad quiere decir «sálvanos la vida».

—Me ha alegrado ver a Chandry hoy aquí —dice Boyd, que está recogiendo tranquilamente sus herramientas.

—¿La conoces?

—En realidad somos vecinos. Los señores Culp son una gente estupenda.

Lyda se alarma. ¿Está intentando decirle algo?

—De esa clase de vecinos que ayudan a los demás.

—Vaya...

—Pues sí. Siempre puedes confiar en un Culp.

¿Está diciéndole que confíe en Chandry? Le entran ganas de llorar. ¿Es una broma? ¿Que confíe en un Culp? ¡¿En Chandry?! Si confía en ella y Boyd se equivoca, acabará en el centro de rehabilitación. Pero si el técnico es realmente miembro de Cygnus, entonces los Culp también, y puede que sea su única oportunidad.

Boyd le tiende la mano. Se va. Lyda le da un abrazo y le susurra al oído:

—Devuélvelo al exterior. Es un mensajero. Suéltalo.

Se saca a *Freedle* y se lo guarda a Boyd en el bolsillo del mono.

Cuando deshace el abrazo, el hombre parece confundido pero no le queda más remedio que confiar en él, que creer que encontrará a *Freedle* y hará lo que le ha pedido. Confía también en que la cigarra tenga la fuerza y la inteligencia suficientes para entregar el mensaje. Lyda sonrío a Boyd y le da una palmadita en el hombro.

—Cuida ese orbe —le dice este, pero en realidad está mirándole la barriga.

«Cuida a ese niño». ¿Significa que sabe que no volverá a verla... en un tiempo?

—Lo cuidaré, Boyd. Gracias. Gracias por todo.

—De nada. Espero que funcione bien.

Le sonrío, con una mirada cansada pero en la que reluce un mínimo destello de esperanza.

Lyda le devuelve la sonrisa y se va por el pasillo.

Cuando entra en el cuarto no ve a Pressia por ninguna parte. El contenedor con ruedas está en medio del cuarto. Chandry la mira insistentemente y después escruta de reojo las cámaras instaladas en las esquinas. Han quitado las telas con las que las cubrió pero una parece girada de modo que solo enfoca a la otra esquina.

—¿Piensas quedarte ahí de brazos cruzados? —le urge Chandry—. ¡Lo tendrías que haber recogido tú sola! —Su tono de voz sigue siendo severo. ¿Es todo un papel? La mujer coge una lanza y le dice señalándole el cubo—: Ten.

Lyda la coge y va a la basura. Cuando mira dentro, entre todos los residuos del cuarto —los trozos de libros y lanzas, los jirones del vestido, la cubierta de varios libros e incluso el cuenco de cenizas volcado, además de los restos de la cuna—, está Pressia, que la mira desde abajo y le hace un gesto. «Confía en un Culp» parece estar diciéndole. Lyda echa la lanza en el cubo.

Chandry tiene otro puñado de lanzas en la mano. Se pega a una pared y desde allí le señala la cámara de encima; Lyda se fija entonces en que está medio descolgada, como si alguien le hubiese dado con algo, tal vez una lanza, y se hubiese quedado mirando de cara a la pared.

—Tráeme para acá ese cubo —le dice la mujer—. ¡Deja de vagar!

Lyda se queja pero mueve el contenedor hacia donde está señalándole Chandry. Una vez allí la mujer asiente, como diciendo: «Ahora estás fuera del campo de visión. Métete dentro».

El contenedor es de color oscuro y está lleno de la basura del cuarto. Mientras se mete dentro, Chandry sigue hablando:

—¡Desde luego no sé qué ha podido entrarte para que hayas formado este estropicio! Tener un hijo es un regalo de los dioses.

Al poco ya está con Pressia sentada en el fondo del contenedor. Está apretujada y rodeada de ceniza, como en casa.

Chandry mete las últimas lanzas mientras dice:

—¿Qué pensabas, traer un hijo a este sitio horrible? ¿En qué estabas pensando? Tu madre no se equivocaba contigo.

Esas últimas palabras le hacen daño. ¿Qué habrá dicho de ella su madre?

—Necesitas ayuda, ayuda profesional de verdad. Es probable que no vuelvas a tener bien la cabeza, que sea un estado permanente.

Lyda cierra los ojos. Sabe por qué está diciéndolo: es una advertencia. Significa que tiene que salir ya, que su madre volverá con un equipo de profesionales, se la llevarán al centro de rehabilitación y no la dejarán salir nunca más. Un estado permanente. A Lyda le recuerda lo que leyó en su evaluación psicológica: «institucionalización de por vida». Abre los ojos. Pressia alarga la mano para cogerle la suya. Su amiga tiene que saber lo mal que está pasándolo, porque, en cierto modo, es como perder a una madre... o peor: que te rechace. Pressia le aprieta la mano y Lyda le devuelve el gesto.

Chandry cierra la tapa y se hace la oscuridad en el interior del contenedor. Lyda aprieta con más fuerza la mano de Pressia.

El cubo empieza a rodar. Nota el impulso de las ruedas y oye el ligero chirrido que hacen por el suelo.

Chandry las ha sacado ya del cuarto y ahora se detiene en el pasillo. ¿Las ha dejado allí?

No, ahora vuelve tarareando una cancioncilla mientras empuja el enorme cubo de basura.

—La pobre chiquilla ha sufrido una conmoción y no queremos que pierda al niño. Será mejor que las dejemos dormir el resto del día. Ya han comido y están en cama, así que no las molestemos más. ¿Entendido?

El guardia ha debido de asentir porque Chandry sigue avanzando, con las ruedas rodando y rechinando por debajo. Lyda apoya la mano para agarrarse bien y palpa el metal entretejido: su armadura. Ahí está. Seguramente Chandry sabía que solo así podría conservarla.

Il Capitano

Ángel

Tiene los brazos atados con cuerdas y está colgado del esqueleto metálico de lo que debieron de ser unos columpios, en la zona posterior de un colegio de primaria. Helmud está sujetándole el cuello. Hay una cola de gente que espera su turno para pegarle con un palo. Solo los ve por la rendija hinchada de un ojo; el otro lo tiene del todo cerrado por la hinchazón provocada por el golpe del último linchador: es un todo vale. Son cuerpos escorados y envueltos en ropajes pero el ojo lloroso lo emborriona todo y diluye los detalles de las cicatrices y las fusiones, lo que es de agradecer.

Cada uno trae su propio palo: los hay finos como fustas y gruesos como tablones de madera. Un hombre va armado con lo que parece un viejo palo de golf, curvado y retorcido. Y así los dos hermanos están cubiertos de una amalgama de cortes, moratones e inflamaciones. Tiene el cuerpo caliente y encendido por un dolor tan intenso y profundo que siente que se le va la cabeza.

Y recuerda cuando era pequeño y le ponían una venda en los ojos, le daban un palo y le decían que golpeará un burrito de colorines atado a la rama de un árbol. Era una fiesta de cumpleaños y llevaba unos pantalones de pana nuevos que sonaban a cada paso que daba. Su madre estuvo con ellos todo el rato, cosa poco habitual, y tenía a su hermano cogido de la mano, y no por ahí suelto como tenía por costumbre.

Sabía que la niña del cumpleaños era de familia rica porque tenían piscina, aunque era otoño y estaba tapada con una lona.

Ya habían abierto los regalos y los niños se habían reído del que había llevado él, una muñeca de plástico. Era barata y, además, la niña era demasiado mayor para juguetes. Por eso, cuando le llegó el turno, le pegó al burro con todas sus fuerzas, y cuando le dijeron que parara él siguió golpeando la piñata. Le pegó y le pegó hasta que se oyó un estallido y llovieron caramelos sobre su cabeza, esparciéndose por doquier con los balanceos del burrito.

Se quitó la venda y vio que los niños corrían para coger las chucherías. Helmud se soltó de la mano de su madre y se unió al resto, pero él se enfadó aún más. Habían recompensado a los niños por reírse de él. «Venga, corre a por tu parte», le dijo el padre de la niña al tiempo que lo empujaba.

Pero él se negó. No pensaba arrastrarse para recoger las sobras de una niña rica. Se quedó observando y luego le robó algunos caramelos a Helmud; alguien tenía que pagar.

Ahora él es el burro.

Incluso si no hubiera cometido más faltas o pecados, se merece la paliza solo por perder la bacteria.

Oye que la gente grita su nombre y lo abuchea. Tiene la visión nublada por el

sudor y la sangre. Parpadea ante la luminosidad del día. El sol, si bien cubierto de nubes, como de costumbre, hace que le arda la cabeza. Reconoce sobre todo a adoradores de la Cúpula, aunque también hay algunas madres. Esas mujeres también le tienen manía. Ve incluso a algunos soldados de la OSR. Pero ¿es que no hizo cosas buenas por ellos?

Las caras salen y entran en su campo de visión. Y se fija en que están todas chupadas. Los carteles de reclutamiento prometían comida sin miedo, una solidaridad que podía haberlos salvado, hasta que él se fue y dejó que los diezmaran. Han acudido a su brutal ejecución porque Il Capitano los abandonó, porque muchos han muerto y los que todavía se tienen en pie van camino de morir de hambre. Él sabe lo que es que te abandonen. Rastrea el cielo en busca de un avión, de una pequeña conexión con su padre, un piloto que dejó a su familia antes de que su hijo pudiera atesorar algún recuerdo de él.

Con todo, los soldados parecen casi felices. A los supervivientes les encantan los linchamientos: hay tantas cosas por las que saldar cuentas. Siempre que le cargan a alguien parte de culpa supone todo un alivio. Il Capitano conoce esa sensación. Ha habido veces en que ha matado a gente y ha pensado, con una lógica de lo más simple: «Hay gente que merece morir».

Pero dijo que lo sentía. Y sea por Dios, Santa Wi o una fuerza espiritual que no alcanza a comprender, el caso es que se siente perdonado. ¿Por qué permiten que sufra así? ¿Acaso merece esa paliza? ¿Ya ha tirado Dios la toalla con él?

Algunos de los que esperan en la cola tienen una constitución más nervuda y fuerte de lo que parecía, mientras que otros llevan la fuerza en espaldas encallecidas y una audacia fortalecida a base de bien. No tienen los ojos vendados, y eso es injusto porque no hay ninguno que falle el golpe. Por suerte solo dejan pegar tres veces por persona. Si alguien se pasa, Margit está pendiente de la cola.

—Tú, tranquilo, que todo el mundo quiere participar. Ponte otra vez en la cola.

Busca a Bradwell. Lo han obligado a ver el todo vale pero no le han pegado. Los supervivientes todavía le tienen cierto respeto. No logra verlo, sin embargo.

Algunos de los supervivientes dicen un nombre al pegarle: de algún muerto, de alguien a quien Il Capitano mató o podría haber salvado si no hubiera ayudado a instaurar un régimen tan diabólico como la antigua ORS. Todos los nombres le retumban en la cabeza. Al principio se retorció y combatía los golpes, después se preparaba para recibirlos y ahora ha acabado aceptándolos sin más.

Ahora le toca el turno a un hombre bajito con unas costillas muy anchas. Le pega en los muslos con un tablón mientras grita:

—¡Minnow! ¡Minnow Wells! ¡Mi pobre Minnow!

Suena a diminutivo de niño: como cuando su madre cambió en su fuero interno quién era Il Capitano al dejar de llamarlo Waldy. ¿Quién sería Minnow, la hija o el hijo de ese hombre? ¿Su amor?

Il Capitano encaja los golpes y susurra para sus adentros:

—Minnow. Minnow Wells.

Sabe que habrá un golpe definitivo, como el que le dio a la piñata, y es probable que muera de heridas internas más que de una hemorragia externa. ¿A quién se le parará primero el corazón, a Helmud o a él?

Una vez tuvo que imaginarse cómo le diría a Pressia que Bradwell había muerto. ¿Será ahora Bradwell quien le diga a ella que han muerto? Espera que en ese momento Pressia se dé cuenta de lo mucho que lo quería. Eso es lo único que pide. Se la imagina llorando y a Bradwell, su único consuelo.

En su película sitúa la acción en el interior de una Cúpula resquebrajada. Y es posible que lleguen a conseguir esa realidad... sin él.

Ha estado muy cerca.

Alguien le pega tan fuerte que el cuerpo se le contrae y luego se queda como colgando. El gentío, formado ya por cientos de personas, vitorea. Pero Il Capitano recuerda la incorporeidad, arriba en el avión. Si tiene alma, y si abandona el cuerpo al morir, le gustaría que despegara de él como un avión.

«Me gustaría volar». Es una plegaria nueva: «Me gustaría volar una vez más».

Se debate para no perder el sentido. Siente que le pasan una cortina tupida por los ojos. La oscuridad. Forcejea contra ella y pega una sacudida. Sus manos son garras amoratadas atadas por encima de la cabeza. Al intentar humedecerse los labios, le saben a sangre. Oye el murmullo de su hermano en su oído: una cancioncilla que Il Capitano no sabe ubicar.

Los golpes han parado. Siente una bocanada de aire en los oídos. Se ha quedado todo en calma y en silencio.

Salvo por una voz.

Il Capitano se esfuerza para abrir un ojo.

Ve las alas de Bradwell desplegadas. El aire las sacude. Los supervivientes siguen con los palos en la mano pero se han callado.

Bradwell tiene una forma de hablar que consigue atraer la atención de la gente. Siempre ha sido así, desde su Historia Eclipsada, en la clandestinidad. Tenía sus seguidores y lideraba un movimiento.

¿Habrá convencido a Gorse de que le deje hablar a la gente? ¿Está intentando defenderlos, como en un juicio? ¿Pretende salvarlos?

Oye la palabra «diablo». A lo mejor no pretende nada de eso. Il Capitano sabe lo que es sentir el diablo en el cuerpo: en la superficie, cuando lo sientes en la piel, parece odio, pero cuando campa a sus anchas por tus entrañas da auténtico miedo. Y es allí de donde surge, del miedo. Y el odio siempre fue una sensación que le sobrevenía fácilmente porque se odiaba a sí mismo, tan intensa y concienzudamente que era como si le atravesara un proyectil de odio, una descarga de perdigones.

Pero por un segundo de resentimiento piensa: «Que me maten a palos. Que desfoguen su odio conmigo». Y lo piensa porque sabe que matarlo a palos será su castigo, que asestarle la muerte a alguien es algo que no se borra nunca. Tendrán que

llevar la carga para siempre, por mucho que sea más fácil en grupo, más fácil endilgarle el pecado al de al lado, pero nunca indoloro. Su muerte les pesará para siempre.

Y la de Helmud.

Igualdad... de eso habla ahora Bradwell. ¿En este mundo?

Pero sea lo que sea lo que esté diciendo, parece estar surtiendo efecto. Alguien ha subido a lo alto del viejo columpio y está serrándole las cuerdas con un cuchillo. Otros supervivientes están cogiéndolos de las piernas para que no se caigan cuando los suelten.

Les han perdonado la vida. ¿Quién ha sido? ¿Dios, Santa Wi o Bradwell?

Y allí está el chico, abrazándolos.

—¿Qué ha pasado? —susurra Il Capitano a través de los labios partidos e hinchados.

—He hecho un trato con Gorse. Le he prometido que le llevaría a ver a su hermana si me dejaba hablarle a la gente unos minutos. Y luego les he dicho que soy el enviado de Dios, un ángel.

Il Capitano sonrío aunque le duela y le dice a su amigo:

—Las alas te habrán ayudado.

—Por fin han servido para algo bueno.

—Bueno —repite Helmud.

Bradwell llama a algunos supervivientes para que los ayuden.

—Que los laven. ¡Il Capitano estaba perdido pero se ha encontrado!

Los supervivientes empiezan a intercambiarse órdenes. Se quedan mirando a los dos hermanos, perplejos aunque al mismo tiempo conmocionados. Las miradas lo ponen nervioso. Siempre ha preferido el miedo a la admiración, aunque es lo mismo: es poder. Por unos segundos se pregunta si Bradwell realmente los ha salvado porque los quiere como hermanos o por otra razón más rebuscada. Tal vez porque sabe que lo necesita para conseguir lo que quiere. ¿Y qué es lo que quiere Bradwell en realidad? ¿Acabar con la Cúpula y conseguir que Pressia vuelva antes de que decida quedarse allí?

—¿Qué hacemos ahora? —le pregunta a Bradwell, pero este no lo entiende. Tiene la voz tan rasgada que es apenas un susurro, y los labios tan hinchados que todas las palabras surgen distorsionadas.

Bradwell se arrodilla y le pone una mano en el pecho.

—¿Qué has dicho?

—Que qué hacemos ahora.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta también Helmud.

—Esperar la palabra.

—¿De Pressia?

—Esperamos la palabra de arriba —dice Bradwell en voz alta, para que todos lo oigan—. ¿De quién si no? ¿De dónde si no?

La luz se concentra en el rostro de Bradwell, pero la oscuridad engulle la visión de Il Capitano, que parpadea un par de veces e intenta decir algo. El mundo, sin embargo, se oscurece.

Perdiz

Sueño

Perdiz se despierta al sentir que una figura se cierne sobre él. Da un brinco y se incorpora:

—¿Qué pasa?

Está en el sofá de la suite de la luna de miel. Las cortinas están echadas salvo por una mínima rendija de luz... y Foresteed está allí mirándolo fijamente. Lleva el uniforme militar, uno antiguo de la época de la Ola Roja de la Virtud, con un brazalete rojo ceñido al bíceps, medallas en el pecho y una gorra ligeramente ladeada.

—¿Se puede saber qué quieres?

—Es lo que habíamos estado esperando, Perdiz, todos estos años. Ha llegado la hora. —La voz suena casi nostálgica.

—¿La hora de qué, Foresteed?

—Ahora que tu padre ha muerto vienen a por nosotros. Solo quedamos nosotros, los dos solos.

—¿Quién viene? No entiendo nada de lo que dices. Dios Santo, ¿dónde está Beckley? ¿Dónde está Iralene?

—Quería que hablásemos a solas —le dice Foresteed al tiempo que busca algo en el bolsillo de la guerrera negra—. Te he traído otra grabación, Perdiz. —Saca el dispositivo portátil y se lo pasa al chico—. Dale al play.

—No quiero ver más vídeos, ¿me entiendes?

Foresteed se desabrocha la chaqueta y saca un pequeño revólver de la pistolera que lleva en el pecho; también parece del Antes. La deja en un costado, apuntando al suelo.

—Dale al play —insiste.

Lo más inquietante es la serenidad de su voz, lo desafectada y despiadada que suena.

Perdiz traga saliva y pulsa el botón. La pantalla no cambia, se queda en negro, aunque suenan unas voces, algo amortiguadas pero audibles.

—Tenemos que sacarte de aquí. —Es la voz de Pressia, no cabe duda—. Van a encerrarte y a llevarse al niño en cuanto nazca.

Perdiz mira de reojo a Foresteed, pero está dándole la espalda. No estará hablando Pressia con Lyda, ¿no? «No van a llevarse al bebé —quiere decir Perdiz—. Esto es de locos». ¿De dónde ha sacado esa idea su hermana? Se le acelera el pulso.

—Quiero volver con las madres. Este sitio... no tiene salvación.

Perdiz casi se ríe. No es posible que Lyda quiera volver con ellas. Está aquí, a salvo. Pero también sabe que desde un principio ella no quería volver.

—Escúchame: tenemos los medios para acabar con la Cúpula —dice Pressia.

—¿Lo has oído? —masculla Foresteed volviéndose de nuevo y palmeando la pistola contra la pierna.

—¿Y pensáis hacerlo? ¿Podéis? —pregunta Lyda.

Suena esperanzada. Madre mía... ¿Por qué querría que acabasen con la Cúpula? ¿Estará celosa por lo de la boda? ¿Habría creído lo que le ha dicho Pressia de que van a llevarse al bebé? ¿Se ha vuelto loca?

—Si Perdiz nos ha traicionado, no nos queda más remedio.

Se acabó. El sonido se disipa. Perdiz se queda mirando la pantalla negra reluciente.

—¿Traicionado? —dice en voz alta. Él sí que se siente engañado hasta la médula—. ¿Qué se cree, que puede entrar, ver una boda y pensar que ya sabe cómo son las cosas?

Perdiz no da crédito pero luego oye el tamborileo constante del revólver contra la pierna de Foresteed. Este cree que Pressia quiere acabar con la Cúpula: «Es lo que habíamos estado esperando, Perdiz, todos estos años. Ha llegado la hora». Cree que los miserables van a atacarlos.

—Vamos a ver, Foresteed, no pueden acabar con la Cúpula, eso es imposible.

—Tú no tienes ni idea. En el viaje a Irlanda entraron en contacto con un pueblo muy avanzado tecnológicamente que puede vernos como una amenaza.

—No, no —Perdiz se rasca la nuca—. Algo no va bien. Seguro que has sacado la grabación de contexto.

—Tenemos que detenerla. No podemos permitir que se envalentonen. He tenido que tomar decisiones.

Perdiz se levanta.

—Foresteed... ¿qué has hecho?

—Estoy reclutando una milicia.

—¿Estás dando armas a gente que ha querido suicidarse?

—Solo a nuestra milicia, a hombres en buenas condiciones físicas. Tenemos que defender lo que es nuestro. Las tropas de las Fuerzas Especiales de las que disponemos son patéticas. Se hicieron a toda prisa... son una partida mala. Ahora mismo no tenemos a nadie que nos proteja en el exterior. Esa es la verdad. He tenido que reclutar a más ciudadanos.

—Esto es una locura. Déjame que hable con Pressia y Lyda. Yo puedo hacerlas entrar en razón. Esto no es más que un malentendido.

—No puedes hablar con Pressia y con Lyda.

—¿Por qué? —pregunta Perdiz con la sensación de estar acorralado.

—Se han ido.

—¿Cómo? ¿Me tomas el pelo? —Perdiz va hacia las cortinas y las abre de par en par. Se ve una calle y, abajo, un hervidero de gente que va de un lado a otro. Ha cundido el pánico. ¿Llevan armas? Menudo desastre—. ¿Adónde?

—Si supiéramos dónde están, podrías hablar con ellas.

—¿Han salido de la Cúpula?

—No tenemos pruebas de que haya escapado nadie. Creemos que siguen aquí, en alguna parte.

—¡Joder, estamos en una cúpula! ¡No puede ser tan difícil encontrarlas!

Foresteed alza la pistola y la frota afectuosamente.

—Sabes a qué podríamos estar ateniéndonos...

Perdiz respira hondo. Se imagina la Cúpula tomada por las alimañas, los amasoides, las madres, la ORS... Y al mismo tiempo ve a los puros, pálidos y desquiciados, sin ninguna preparación, desfilando con sus rebecas y sus náuticos. Caerían como moscas. Los de fuera expoliarían la Cúpula y las Fuerzas Especiales solo conseguirían que todo fuese más cruento aún. La raza inferior, los puros. Los miserables traerían consigo enfermedades a las que ellos son inmunes pero que exterminarían a los puros. Si se destruye el cierre hermético de la Cúpula, ya solo el aire podría ahogarlos. Caos. Derramamiento de sangre. Un número de bajas inabarcable. Y entonces le viene una idea:

—Si mi hermana dice que tienen los medios es porque es verdad.

—Nos lo han confirmado desde fuera. Hemos capturado al traidor que los condujo al avión y hemos recabado información suficiente para corroborar que tienen algún tipo de agente, un arma química o similar.

—¿Qué traidor?

—Un soldado de las Fuerzas Especiales que se pasó al otro bando.

Hastings no. No Silas Hastings. Por favor, no.

—¿Quién?

—Una persona a la que por lo visto conocías muy bien: Hastings.

Perdiz agarra con más fuerza las cortinas.

—¿No lo torturaríais para sacarle...?

—No. Intentó resistirse pero no podía hacer gran cosa. Está programado para ceder a nuestras presiones. Es la codificación del comportamiento. Ojalá tu madre no hubiese bloqueado la tuya... —comenta con melancolía.

Perdiz da las gracias por ello: todavía puede tomar sus propias decisiones, para bien o para mal.

—¿Puedo hablar con él?

Foresteed se pone a su lado, bajo el haz del sol falso que entra por la ventana. Está cubierto de sudor. Levanta el arma y la pone en la parte blanda de la mejilla de Perdiz.

—Tenemos que estar preparados. Si encontramos a tu hermana, tendremos que ejecutarla. Y a ti, Perdiz, más te vale hacer lo que te conviene y ayudarnos a sacarla de su escondrijo. Porque ¿sabes lo que pasa en las revoluciones? —Foresteed le hunde la pistola en la cara—. Pues que al primero al que cortarán la cabeza los miserables será a ti. Aunque si me obligas, lo haré yo antes. ¿Entiendes lo que te digo?

Perdiz asiente pero también sabe lo que pasará si Pressia derrota a la Cúpula. Su padre hizo pruebas y el sistema inmunológico de los puros no soportaría vivir en el mundo exterior: morirían... como chinches. Más muerte, más sangre en las manos de todos.

Y entonces, como si le pegaran un tiro en las entrañas, piensa en su propio hijo. ¿Será lo suficientemente fuerte para sobrevivir si acaban con la Cúpula? Solo porque haya sido concebido en el exterior no quiere decir que sea más fuerte o más inmune.

—¿Tienes algún plan? —le pregunta Foresteed.

—Tengo que conseguir que vea a su abuelo. Es necesario.

¿Puede confiar en Arvin para que corra el rumor por Cygnus? ¿Serán ellos los que la han ayudado a escapar? ¿O estarán también buscándola?

Foresteed entorna los ojos hasta que apenas son dos perlas acuosas.

—¿Puedo confiar en ti?

—Tú mismo lo has dicho: mi padre ha muerto y ahora solo quedamos nosotros dos, Foresteed, tú y yo.

Este sonrío con un lado de la boca y baja el revólver. Le escruta la cara con la mirada antes de decir:

—Eso es: tú y yo.

Se alisa el uniforme de la Ola Roja de la Virtud con unas cuantas pasadas. Es posible que eso sea lo que espera, con esa nostalgia que siente por los viejos tiempos del movimiento. Le hace un breve saludo militar y se va hasta la puerta, todavía con el revólver en la mano. Sin mirar atrás dice:

—Consigue al abuelo.

Y entonces desaparece por el pasillo.

La puerta sigue abierta. Perdiz intenta borrar la sensación que se le ha quedado de la pistola presionada contra su barbilla.

En ese momento aparece Beckley.

—Han emitido un comunicado: estado de emergencia. Mensaje grabado de Foresteed. Ha dicho que los miserables van a sublevarse y que ha llegado la hora. ¿Es cierto?

Perdiz estudia la cara del guardaespaldas.

—Sé lo que piensas de mí.

—¿Ah, sí?

—Crees que estoy con la mierda hasta el cuello, y que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo, que voy a hundirme. Que es o hundirse o nadar, y lo apostarías todo a que me hundiré.

—¿Es una metáfora? Porque no se me dan bien las metáforas.

—Déjate de historias. ¿Crees que me estoy hundiendo o no?

—Perdiz, no tenemos tiempo para...

—No sabría decir si me estoy hundiendo o es que las aguas están creciendo a mi alrededor.

Repasa la estancia con la mirada pero sin ver nada, como ciego.

—Perdiz, ¿qué puedo hacer? Dame una orden.

Eso es. En teoría está al mando; aunque no tenga poder alguno, Beckley está de su parte.

—Tienes que llevarme a ver a Peekins... a las cámaras.

—Hay que darse prisa. La cosa empieza a ponerse fea en las calles.

—Que Iralene nos acompañe. Y que no nos vea nadie.

—Veré qué puedo hacer.

—Y Glassings. Quiero que lo pongan a salvo, tengo que hablar con él.

Beckley sacude la cabeza y mira por la ventana, como si estuviera intentando ver qué tiempo hace... como si alguna vez cambiase... Tiene la piel de alrededor de los ojos oscurecida, de no dormir.

—Beckley. ¿Qué pasa? —le pregunta Perdiz.

—Glassings.

—¿Qué pasa con él?

El escolta lo mira y le dice:

—Ha muerto esta noche.

—¿Cómo ha sido? ¿Ha tenido Foresteed algo que ver? ¿Ha sido él?

—Un coágulo en el corazón. Los hombres de Foresteed fueron a interrogarlo sobre el paradero de Lyda y Pressia pero ya había muerto.

Perdiz se pregunta si de algún modo sabía que volverían a por él, si quiso suicidarse para no tener que soportar otra paliza.

—Tendría que haber ido a verlo, pero fui a los Archivos de Seres Perdidos para ver la caja de mi hermano... estaba vacía. Podría haber ido a verlo, y a lo mejor habría podido...

—Ya está muerto, Perdiz. Tenemos que concentrarnos en los vivos.

Perdiz se siente huérfano de padre: un huérfano que vuelve a perder a un padre.

—Pero tengo que verlo. Lo necesito, no puedo hacer esto solo...

—Tienes que confiar en otra gente.

Perdiz ve a un hombre que atraviesa corriendo la calle con una escopeta colgada a la espalda. La milicia. Alza la vista y ve su propio reflejo en el cristal. «No soy mi padre —quiere decirle a la imagen borrosa que le devuelve la ventana—, yo no soy mi padre». Pero vuelve a ver la mano temblorosa de la conserje del archivo. Sí, su hermano está por todas partes. Y su madre también, al igual que su padre...

—Soy el hijo de Willux. ¿Qué puedo yo saber de confiar en otra gente?

Beckley se le acerca y lo agarra por los brazos.

—Ve a buscar a Iralene. Hay que irse. Ya.

Perdiz corre al dormitorio. Se siente como un autómatas. No es capaz de procesar la muerte de Glassings. El pomo de la puerta está frío. Lo gira y la abre. Piensa en la vida y la muerte y la fina membrana que las separa. Un umbral... que a veces se abre y a veces se cierra.

Iralene duerme plácidamente, sus rizos rubios cubriendo el almohadón de seda. Se acerca, se sienta a su lado en la cama y la sacude con cuidado por el hombro.

—Iralene. Iralene, despierta, anda.

La chica abre los ojos y se da la vuelta para apoyar la espalda en el colchón.

—Estaba soñando. Todavía no me acostumbro a lo reales que son, Perdiz. Era todo tan real.

—¿Esta vez ha sido un sueño bueno?

La chica asiente.

Perdiz frota los puños entre sí, nudillos contra nudillos.

—Tengo miedo, Iralene. Foresteed le ha dicho a la gente que se han sublevado en el exterior.

Iralene se incorpora y le pone una mano en la espalda.

—Estaremos bien, Perdiz, pase lo que pase.

—No. Si vienen a por nosotros, morirá mucha gente, Iralene. ¿Entiendes lo que te digo?

Ella le pasa los brazos por encima y le susurra:

—En el sueño éramos felices. Teníamos una casa con cortinas de flores. Y la habías construido tú. Estaba en medio de un sembrado y el viento removía la hierba. Creo que era el futuro.

—Lo siento, Iralene, pero me temo que los sueños no funcionan así.

—Pero era tan real... Era mejor que el orbe. Caminábamos de una habitación a otra y mirábamos por las ventanas. ¿Qué me dirías si pudiera hacer un sitio así de real?

Le gusta cómo suena la voz de Iralene. Cierra los ojos por un momento y se imagina la casa.

—Tulipanes —prosigue Iralene—. Eso es lo que tenían bordadas las cortinas: tulipanes, cientos de tulipanes. Y yo repasaba los puntos de cruz con las yemas de los dedos, y luego miraba por otra ventana y había un sembrado de tulipanes que se balanceaban con la brisa.

—¿Y no sería simplemente un orbe?

—No, era de verdad. ¿Crees que no sé que Lyda te hizo una casa, un mundo oscuro y lleno de cenizas que salía de un orbe? Ella no es la única que puede darte un hogar, Perdiz.

—¿Quién te lo ha contado?

—Yo sé cosas... más de las que tú te crees.

—No quería decir eso. Es solo que... ¿De qué hogar hablas, qué casa podrías construirnos?

—¿Y si pudieran crearnos un hogar para los dos donde estuviésemos todos juntos? Todos, incluso los que has perdido, Perdiz.

¿Un mundo con su madre y Sedge... y sin su padre?

—Glassings ha muerto esta noche. —Solo puede susurrar las palabras.

—Él también podría estar —le dice, como si no temiera la muerte, y tal vez sea así.

—A eso se le llama cielo, Iralene.

—Pero ¿y si pudiese ser aquí, en la Cúpula?

—No es posible. Sigues soñando.

—Podríamos ser felices allí. Es el futuro al que podemos ir algún día, si queremos. Échate. Échate conmigo y soñemos un poco.

Tiene cara de ensoñación, con los ojos vidriosos, y se la ve hermosa.

No puede soñar, ni siquiera un poco. Tiene que sacar a tomar el aire al abuelo de Pressia y después encontrarla a ella y a Lyda, que es con quien en teoría debe caminar hacia el futuro.

—No. —Ya he perdido demasiado tiempo—. No puedes quedarte aquí sola, es peligroso. Ven conmigo.

—¿Y adónde voy a ir si no?

—Espero a que te vistas.

Iralene promete darse prisa.

Perdiz va a la puerta, la cierra sin hacer ruido y recorre el pasillo esperando que Beckley haya encontrado una forma de sacarlos de allí sin ser vistos.

De camino al salón ve una camilla recubierta por unas sábanas blancas. Aunque no tiene sentido, piensa en Glassings. La camilla no puede ser para él, está muerto...

La puerta de la suite se abre. Beckley está hablando con alguien en el pasillo, agradeciéndole su ayuda en un susurro. Cierra la puerta y se vuelve con dos batas de laboratorio colgadas de sendas perchas.

—¿Qué pasa? —le pregunta Perdiz—. ¿Quién está malo?

—Malo, no. Muerto.

—¿Quién?

—Por ahora tú.

Pressia

Otro cielo

Entre los dos cuerpos allí metidos, falta el aire y hace calor en el contenedor. Las dos chicas se han movido y ahora están sentadas codo con codo. Van cogidas de la mano, como hermanas. A Pressia le habría gustado tener una. Se acuerda de cómo era tener que esconderse en el armario de la trastienda de la barbería quemada, sola.

Mientras Chandry va empujándolas, le cuenta a Lyda cosas sobre Irlanda: los jabalíes, los violentos bichos ciegos del bosque; la hiedra espinosa. Le confiesa lo que le hizo a Bradwell, y al contarlo puede ver sus alas grandes y oscuras.

—Quiero volver con él —le confiesa a su amiga.

Es más, en esos momentos, allí encerradas en el contenedor, camino de algún sitio desconocido, se iría si pudiera. El vial, la fórmula, salvar vidas... A veces le gustaría que alguien lo hiciera por ella, y puede que se esté comportando como una cría pero echa de menos que la protejan, que cuiden de ella. Añora a su abuelo.

No le cuenta que se han casado. Nadie más lo entendería. ¿Puede un bosque ser una iglesia? ¿Bastan las promesas susurradas entre dos personas?

Lyda le aprieta la mano en la oscuridad.

—Te entiendo —le dice—. Ahora mismo es como si sintiera todavía a mi otro yo campando por el bosque, corriendo entre árboles... Quiero volver a ser esa mujer...

—Ya no es lo mismo fuera —le advierte Pressia, y le cuenta los estragos de los recientes ataques de la Cúpula: el fuego, la destrucción, las Fuerzas Especiales, que son más jóvenes, inexpertos y fáciles de matar; y los soldados que parecen terrones. Las bajas en ambos bandos.

—¿Y las madres? —pregunta en susurros Lyda.

—Han sobrevivido bastante bien. Madre Hestra me pidió que te dijera que te echa de menos, y que eres como una hija para ella.

Lyda suspira.

—No puedo vivir aquí el resto de mi vida, Pressia. Tienes que entenderlo. Hay que detener a esta gente. Tú me recuerdas cuando salí: estaba pálida y débil. Me criaron para ser así. Y para ser discreta y agradable. Ni yo sabía de lo que era capaz. Aquí la gente vive sabiendo que no es justo que los miserables tengan que vivir fuera, pero yo lo que sé es que no es justo que los puros vivan aquí dentro, tras el cristal, vagando en este mundo falso. Si la Cúpula cae, será un consuelo, pero no para los miserables sino para los puros.

—No sé... ¿Estás segura, Lyda? ¿Lo crees de veras?

—Es algo que puede que nunca entiendas. Pero es la verdad, al menos la mía.

—Tengo la cura, Lyda, lo que hace falta para ayudar a la gente, para salvarlos. ¿No podemos antes...?

Lyda vuelve a apretarle la mano en la oscuridad y le cuenta a Pressia lo de la cámara acorazada de la sala de operaciones.

—Hay un botón que puede soltar un gas venenoso y matar a los supervivientes... a todos.

—¿Y quién tiene acceso a él?

—Solo Perdiz.

—Él nunca lo haría.

—¿Ni aunque creyera estar salvando a otra gente al hacerlo? ¿No crees que podría llegar a justificarlo de esa manera?

—No sé qué va a pasar pero le prometí a las madres que intentaría sacarte de aquí como sea. ¿Es eso lo que quieres?

—Más que nada en el mundo.

El contenedor se detiene.

—Otra cosa, Pressia. Perdiz puede comunicarse con otros sitios. Si tu padre está ahí fuera...

A Pressia no le sorprende el dato. Con ese mismo sistema de comunicación Bart Kelly había sabido de la muerte de Willux y del ascenso de Perdiz al poder.

—Si pudiera hablar con mi padre, lo que más me gustaría sería poder oír su voz. Y que supiera que estoy aquí. Pero ahora mismo no puedo pensar en eso, ahora no.

—A mí me gustaría pensar en mi relación con Perdiz, en cómo era y cómo nos queríamos. Pero tampoco puedo permitirme pensar en eso.

Oyen el chirrido de los goznes de una puerta. Y luego vuelven a moverse, como si bajaran por una rampa.

Se detienen una vez más y entonces Chandry abre la tapa y allí, sobre sus cabezas, hay estrellas, miles de estrellas milagrosas e inexplicables como mirillas luminosas a otros mundos lejanos. Las dos se levantan y Pressia se prepara para que le dé el viento.

Pero no, no están fuera y la imagen sobre sus cabezas no es ningún cielo. Están en un teatro con filas de asientos en forma de media luna. El cielo no es más que un techo, una oscuridad salpicada de pequeñas bombillas.

Il Capitano

La palabra de arriba

El patio donde los han colgado y los han linchado es de una escuela. Il Capitano está tendido de costado en un camastro mugriento en lo que en otros tiempos fue la biblioteca, que ahora no tiene techo, tan solo unas cuantas vigas a la vista. Están rodeados de estanterías metálicas con bultos de polvo y de material calcinado. ¿Libros tal vez? Helmud está ocupando la mayor parte de la almohada baja y mojada, tan hueca que apenas cumple su función. De vez en cuando entra un soldado de la antigua ORS, le da agua y se va a toda prisa.

Oye voces y huele el humo de las fogatas. ¿Cuánta gente habrá fuera? Oye ovejas... no, son los llantos de un crío. Tiene los ojos tan hinchados que apenas puede abrirlos.

¿Dónde está Pressia? En la Cúpula, lejos. ¿Y Bradwell? Allí no. ¿Los habrá abandonado en aquel cementerio de libros? Il Capitano vuelve a sentirse agotado. Se adormila y acaba soñando.

Recuerda que su madre les leía y se acuerda de las páginas de los libros grandes, él en la litera de arriba y Helmud debajo, los dos enfundados en las sábanas blancas. Verano. Un ventilador de pie en una esquina, cortando el aire con su gemido constante. La luz enmarcada por la ventana.

Cuando su madre enfermó, quiso salvarla. Pero al morir la relevó. Se sentaba en su silla y le leía libros a Helmud. Arriba un lecho vacío. Cuando su hermano se dormía, él ponía la cara delante del ventilador en marcha y hablaba para que la voz tartamudeara, o le cantaba desde atrás.

Le están palpando. Helmud se revuelve en el camastro.

—Unas cuantas costillas rotas. La mayoría, contusiones. Le hemos cosido todas las brechas. Por suerte la hemorragia interna se ha detenido. —Es una voz ruda y grave—. Puede que haya fracturas en las piernas. No podemos saberlo con seguridad.

Y luego la voz de Bradwell.

—¿Cuánto tardará en poder levantarse y caminar? —Il Capitano apenas les ve las caras a través de las rendijas de los ojos.

—Ambos han sufrido deshidratación, pero estamos administrándoles líquidos. No creo que tarde en levantarse..., que tarden, quiero decir.

El polvo en el aire: de hojas y cubiertas calcinadas. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Il Capitano no sabe si han sido horas o días.

Bradwell está de rodillas a su lado. La otra persona se va. El chico le pone bien la chaqueta y le pregunta:

—¿Cómo estás?

—Bien —masculla.

—¿Y tú, Helmud? ¿Estás bien?

Il Capitano siente que su hermano cabecea.

—Bien —dice Bradwell, que se incorpora y va a sentarse sobre su baúl.

—¿De dónde lo has sacado?

—No he podido evitarlo y he ido al cuartel general a por él. Ya sabes el apego que le tengo.

—Algún día te desprenderás de él —le dice Il Capitano. Él lo ha hecho con su pasado, lo ha expurgado.

—No, no lo creo. —Bradwell tamborilea los nudillos sobre la tapa—. Mis padres siguen vivos en este baúl. He empezado a reescribir su manuscrito ahora que tenemos más pruebas. He escrito un montón de cosas, Capi. Lo necesitaba. Me alegro de que estés mejor. —El chico vuelve a ponerse en pie y se mete las manos en los bolsillos—. Me tenías preocupado.

—Y todavía lo estás. Se te nota.

El otro mira a su alrededor y se cruza de brazos.

—He vuelto a la cámara acorazada.

—¿Y eso?

—Escondí la bacteria en un hueco de una caja de seguridad.

Il Capitano siente como si le estallara un globo en el pecho.

—¡Gracias a Dios! —Le entran ganas de llorar—. Yo creía que... —Decide no confesar haberla perdido. ¿Para qué admitir semejante despropósito?—. Muy inteligente por tu parte.

—Te la quité cuando estabas borracho. No estabas en condiciones de guardarla. Y me dio tiempo a esconderla justo antes de que entraran.

—Gracias..., y lo siento.

—Bueno, ahí no acaba el tema.

Il Capitano no quiere saberlo.

—¿Cómo?

—Que no estaba.

—¿Que no? —pregunta Helmud.

—¿Seguro que has mirado en el hueco que era? La pared estaba llena.

—He mirado en todos. —Bradwell se pasa las manos por el pelo—. La ha tenido que coger alguien.

—¿Gorse?

—He hablado con los que estaban en la cámara. Ahora los tengo a todos de mi parte y se comportan como si fuera un dios. Puedo asegurarte que no ha sido ninguno.

Le gustaría echarle las manos al cuello y ahogarlo, un instinto remanente. Pero, por supuesto, creía que había sido él quien la había perdido. En realidad no puede culpar a Bradwell, y de todas formas duda que tenga fuerzas de ahogar a nadie, la verdad. Y entonces se da cuenta de lo que siente respecto a la bacteria. Puede que en realidad prefiera que haya desaparecido.

—Me aliviaría que no estuviese ya en nuestras manos —comenta—, si no fuese porque debe de estar en otras.

Bradwell lo mira confundido.

—¿Y por qué iba a aliviarte?

—Porque así no tenemos que atacar la Cúpula.

—¿Cómo?

Il Capitano quiere contarle que lo han perdonado, que está limpio.

—No puedo volver.

—¿Volver a qué?

—A ser quien fui.

—Pero tenemos que hacerlo, Capi.

—¿Por qué?

—Para que no haya divisiones. ¿No estás harto de no ser nada? ¿De ser algo que abandonaron a su suerte, para que muriera?

Il Capitano no puede mirarlo a los ojos. Lleva tanto tiempo siendo nada que no se imagina otra cosa.

—Siempre existirá la división; siempre habrá un nosotros y un ellos. Y aunque desapareciera, habría otro nosotros y otro ellos.

—Tienen que apechugar con lo que hicieron.

—¿Por qué?

—Están todos esperándome: los adoradores de la Cúpula, los revolucionarios, la ORS, incluso algunas madres. La solidaridad nos salvará... tú mismo lo dijiste. Incluso los adoradores creen que puede ser la forma de reunirse con los puros, por muy desquiciada que sea la idea. Ha venido gente de todas partes, del cuartel general, de la ciudad, de los bosques y de los fundizales. Quieren que sea su líder.

Aquello le duele. Il Capitano lleva años intentando reunir un ejército y ahora llega Bradwell y se lo arrebató. Sabe que esa no es la cuestión, pero aun así le fastidia.

—¿Cuántos son?

—No los he contado, son demasiados. Pero ahora no tengo nada.

Il Capitano se incorpora como puede, apoyando la espalda de su hermano en la pared.

—Contado —dice Helmud.

Tal vez piense que necesitaban saber cuántos son exactamente por si acaban participando en una batalla.

—Ha llegado la hora —declara Bradwell—, y necesitamos la bacteria. ¿Cómo quieres, si no, que aprendan los puros?

—¿Te refieres a cómo, si no, vas a poder castigarlos? ¿Estás jugando a ser Dios?

—Willux era el que jugaba a eso, no yo. —Rechina los tacones de la bota contra el suelo sucio—. ¡Pressia está allí presa, Capi! ¿Qué quieres, que la abandone sin más?

—¿Estás haciendo todo esto solo para que vuelva?

¿Será Bradwell el héroe de toda esta historia? Pressia ha conseguido que Il Capitano haga lo correcto. ¿Y ahora resulta que no va a hacerlo, que su esfuerzo no habrá servido de nada?

—Voy a hacerlo porque es mi misión y, que yo sepa, hasta ahora, también era la tuya.

—Decías que dabas clases de Historia Eclipsada porque teníamos que aprender del pasado para que no se repitiera. ¿No es este otro apocalipsis más, salvo que a pequeña escala, y poniendo tú las condiciones?

Bradwell se sienta en el suelo y mete la cabeza entre las manos. Las alas le arrastran por el suelo. Se frota los ojos. ¿No irá a ponerse a llorar?

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—He perdido la bacteria. Nos emborrachamos, Capi. Nos emborrachamos, nos despertamos, nos capturaron. Intenté esconderla pero ahora no está. —Mira a Il Capitano—. ¿Qué soy, Capi?

—¿Qué quieres decir?

—¿Soy un ser humano o un animal? ¿Acaso soy todavía el hijo de mis padres? ¿Qué crees tú que soy?

—¿Qué más da lo que yo piense?

—A mí sí me importa.

—Eres un profeta, o eso dicen algunos. Tal vez un ángel, por las alas. Crees en la verdad y por eso te quiere Pressia.

—¿Cómo puede amarme siendo como soy?

—Yo ya te he dicho lo que pienso.

—Lo que pienso —dice Helmud. ¿Estará también él enamorado de ella?

—La quieres de verdad, ¿no es así?

Il Capitano asiente y Bradwell parece aceptarlo. Por alguna extraña razón, se diría que está hasta contento de oírlo.

—Todavía no nos ha enviado el mensaje, ¿verdad? Tenemos tiempo, todavía podemos encontrarlo.

—Puede ser.

—La palabra de arriba —dice Il Capitano recordando la expresión de Bradwell—. Todavía tenemos tiempo.

—De arriba —dice Helmud. Nota que su hermano arquea la espalda, como mirando al cielo a través de la biblioteca sin techo—. ¡De arriba! —insiste.

—Ya nos hemos enterado, Helmud, ya vale. Ahora cállate, anda.

—¡De arriba! —repite, y coge la barbilla de su hermano y la apunta hacia el techo.

—¡Suéltame!

Helmud señala al cielo.

Il Capitano mira a regañadientes, al igual que Bradwell.

Y entonces ven un puntito, titilando en círculos y acercándose cada vez más.

—¿Qué es eso? —pregunta Bradwell.

El punto centellea y se acerca aún más, cayendo en espiral. Los tres se quedan mirando las finas alas metálicas que están cada vez más cerca.

Freedle.

Aterrizo en el camastro de Il Capitano y alza las alas. Helmud alarga la mano y la cigarra se monta en el dorso. Cuando la levanta, Il Capitano ve el papelito blanco guardado en el armazón del cuerpo.

Un mensaje.

Perdiz

Por doquier

Perdiz va atado con correas a la camilla y tapado de pies a cabeza con una sábana blanca. Ya han salido del hotel. Iralene y Beckley, ambos con batas de laboratorio, guían la camilla por los callejones, las ruedas traqueteando sobre la acera. Solo ve la claridad de la sábana, nítida y luminosa sobre sus ojos. Sabe que está pasando gente corriendo. También vienen y van grupos de voces. En cierto momento estalla una pelea: dos hombres que gritan enfadados.

Después escucha un grito y unos chillidos más lejanos... y varios disparos.

Aunque en teoría está muerto, se siente muy vivo: tiene el corazón herido, y cada latido es como un puñetazo por dentro del pecho. Glassings ha muerto. Puede que todos le sigan. ¿Será realmente posible que su hermana esté conspirando para acabar con la Cúpula? ¿Es la sábana que le cubre la cara —la fina tela blanca que se le mete en la boca cada vez que respira— un adelanto? ¿La muerte es su futuro cercano?

Oye a Beckley gritar:

—¡Cuidado con el bordillo!

La camilla gira bruscamente y da contra el cemento.

Avanzan todo lo rápido que pueden. Cuando pisan un bache, todo su cuerpo se balancea. Esta vez no hay ningún coche esperándolos, aunque por suerte están en la misma planta que el rascacielos donde se encuentran las cámaras de suspensión.

Perdiz no soporta no poder ver; pellizca la sábana, la sube un par de centímetros por un lado y vuelve la cabeza. Tiene una visión lateral de todo, de las calles atestadas de gente: hay quienes corren, quienes tiran de niños, quienes llevan agua embotellada y cajas de soja sintética... Hacen colas que dan la vuelta a la manzana delante de tiendas. Otros se dedican a asegurar las ventanas con lonas y cinta americana por si falla la protección hermética de la Cúpula. Por culpa de Foresteed algunos llevan fusiles a la espalda.

Aun así siguen adelante. Como muerto que está, lo ignoran. Se han acostumbrado a la muerte y se preparan para más. Las caras están a medio camino del miedo, el pánico y una extraña resignación. Un hombre garabatea en pintura roja sobre un cartel con las caras de Perdiz y Iralene: MUERTE A LOS CANALLAS.

Se queda conmocionado. Pero si la gente los quería... Por eso se casaron: para hacerlos felices y darles una razón para vivir. ¿Y ahora resulta que son canallas?, ¿que merecen la muerte? Deja caer la sábana. ¿Van a matarlo los puros? ¿Así será al final?

Una vez dentro del edificio Iralene y Beckley se apresuran a quitarle las correas. Corren por el laberinto de largos pasillos y galerías inquietantes que cada vez le es

más familiar, pasando por delante de habitaciones sombrías donde zumba la maquinaria que mantiene vivos a los suspendidos.

—Ya casi estamos —dice Iralene.

Perdiz la sigue a ella y al escolta, doblan la esquina y ven una puerta con una luz que baña el pasillo. Los otros dos aminoran la marcha y, cuando llega a la puerta, el chico hace una pausa y llama. Peekins y una enfermera levantan la vista de una gráfica.

—Hombre, Perdiz, me alegro de verte —lo saluda el médico—. Es una suerte que hayas conseguido llegar dadas las... circunstancias.

La habitación le sorprende por su luminosidad y su calor. Beckley y Iralene se apuestan en la puerta y no pierden de vista el pasillo.

Perdiz se acerca a la cápsula y ve el perfil nebuloso de la cara de Odwald Belze —el pelo blanco tieso, los ojos cerrados, las mejillas hundidas—, todo cristalizado por una fina capa de hielo. Tiene roja la cicatriz del cuello porque se «conservó» cuando todavía era una herida quirúrgica reciente. Recuerda la cajita azul donde metieron el ventilador que le extirparon de la garganta, y la cara de Pressia al darse cuenta de que aquello significaba que su abuelo estaba muerto.

—Los acontecimientos están precipitándose —advierte Beckley.

—Tenemos que actuar rápido —incide Iralene.

—¿Cómo va la cosa? —pregunta Perdiz.

—Solo un poco más y sabremos si habrá daños a largo plazo —le explica el médico.

—¿Daños? Yo creía que o sobrevivía o no.

—Hay muchas más posibilidades entre una cosa y otra —dice Peekins, con evidente frustración por la ignorancia del chico—. Ahora, por favor, necesito silencio.

Peekins y la enfermera trabajan diligentemente. Colocan la cápsula en posición horizontal y el calor intenso e incubado hace que desaparezca la escarcha del cristal. El latido del monitor que hay junto a la cápsula se acelera. De hecho es preocupante que el corazón lata tan rápido. El pitido no para.

El cristal se retira de la cápsula con un zumbido eléctrico y deja a la vista la cara de Belze: rígida y humedecida por el hielo derretido.

—Alcanzando capacidad pulmonar plena —dice Peekins, que pasa a introducir los datos en el ordenador, su cara transida por la concentración.

Belze sube y baja las costillas de una sacudida y luego coge aire por la nariz. Cabecea a un lado y a otro, con las mejillas y las mandíbulas llenas de aire, y luego contrae la cara. Tiene los ojos cerrados. Los pulmones parecen bloqueados.

—¡No respira! —se alarma Perdiz.

—Un momento —le pide Peekins, que tiene los ojos clavados en el panel de control—. Un momento, por favor...

El corazón del anciano empieza a acelerarse, con un latido estridente y agitado,

pero sigue igual de rígido en el sitio.

—¡Está fibrilando! —exclama la enfermera.

—¡Hagan algo! ¡No podemos perderlo! —grita Perdiz.

Y entonces Belze vuelve a tomar aire, lo que parecía imposible hace unos segundos. Ahora tiene demasiado en los pulmones y la cara empieza a ponerse de color rojo encarnado.

—Un momento, un momento, un momento.

Los labios de Belze están cada vez más azulados.

—Dios Santo, ¡que se muere! —chilla Perdiz—. ¡Está muriéndose delante de nuestras narices!

Iralene intenta apartarlo de la cápsula.

—Perdiz —le dice suavemente.

De pronto Peekins parece paralizado por el pánico.

—¡No sé qué más hacer! ¡Nunca lo he hecho con alguien tan mayor!

Y entonces el latido se va calmando y el pitido se convierte en una única nota mortal.

Perdiz coge a Belze por los hombros, que siguen helados.

—¡Aparta! —le grita Peekins, pero Perdiz ha levantado el cuerpo del anciano para poder apoyar la rodilla en la cápsula y ponerse sobre las costillas de Belze. Empieza a apretarle el pecho con toda su fuerza.

Nada.

—¡Perdiz, déjalo!

Pero este sigue comprimiendo las costillas.

—¡Si vas a hacerlo, hazlo bien! —le grita Peekins, que le señala entonces el punto donde se unen las costillas en medio del pecho.

Perdiz se retira y vuelve a presionar con los codos pegados. El anciano sigue sin moverse un ápice.

Cierra los ojos y repite la operación una y otra vez.

—¡No se muera! ¡No se muera! —Siente la fina piel del anciano, los huesos del pecho, cómo ceden los ligamentos.

—Ha muerto —declara la enfermera.

—Perdiz, ¡para ya! —le grita el médico tirándole del hombro—. ¡Que pares!

El chico, sudando y sin aliento, persiste.

—No puedes hacer nada —corroboraba Beckley.

—Para, Perdiz, por favor —le ruega Iralene.

Y por un momento se pregunta si tendrán razón. Abre los ojos y ve la cara macilenta del anciano. ¿Ya ha muerto? Con todo, sigue insistiendo. Le entran ganas de llorar. Pero entonces la máquina pita. Hay un latido... y luego otro. El hombre parpadea y clava los ojos en los del chico.

El pecho le sube y le baja con fuerza y tiene los ojos muy abiertos. Exhala un resuello profundo y entrecortado.

—Odwald —dice Perdiz acercándose más al hombre—. ¡Odwald! ¡Estás aquí! ¡Estás bien!

El chico se baja de la cápsula y Peekins y la enfermera se apresuran a estabilizar al anciano.

Al poco tiempo está calmado. La respiración y la frecuencia cardiaca son estables.

—Vamos a llevarlo con Pressia. Lo echa de menos y está deseando verlo. ¿De acuerdo?

—Pressia —dice el anciano, y le tiemblan los labios al decir el nombre.

—Sí. Ella también lo echa de menos.

—Mi mujer.

Perdiz sacude la cabeza.

—No, su nieta.

El anciano lo mira confundido.

—¿Dónde estoy?

—No se preocupe, está todo bien.

—¿Dónde está mi mujer? ¿Dónde está Pressia?

—Su nieta.

—Yo no tengo nietos. ¿Cómo quiere que tenga si no pudimos tener hijos?

Perdiz mira al resto.

—Está desorientado pero puede que sea algo temporal.

—A veces pasa —apunta la enfermera.

Perdiz va a apoyar la espalda en una pared para intentar aclararse las ideas.

—¿Dónde estoy? —insiste Belze.

—Está usted en un hospital —le explica Peekins con calma—. Va a ponerse bien.

—En realidad no era su abuelo de verdad. La encontró tras las Detonaciones y la cuidó como si fuera su propia nieta. Es posible que le pusiera el nombre de su mujer. Fue como la hija que nunca tuvieron.

Peekins está explicándole cosas al anciano:

—Se ha sometido a una operación y ha sufrido una especie de coma pero va a recuperarse.

—Está aquí pero a la vez no está —comenta Beckley.

Perdiz se queda mirando el suelo. Todavía no ha terminado. Sale de la sala y recorre los pasillos. Corre a pesar de estar medio mareado. Va pasando una mano por la pared y se impulsa cuando tiene que doblar las esquinas.

Iralene y Beckley lo siguen de cerca.

—¿Qué pasa, Perdiz? —le pregunta el guardaespaldas—. ¿Adónde vas?

—¡Perdiz! —lo llama Iralene.

Saben adónde va. Sigue corriendo con paso irregular hasta que llega a la cámara de alta seguridad: la que está cerrada a cal y canto, a la espera de que Perdiz averigüe la contraseña, el código.

Se queda mirando la puerta, sin aliento, mientras Beckley y Iralene lo alcanzan.

—¿Qué tienes ahí dentro? ¿Qué regalito me has dejado? —Le habla a su padre, que está por doquier, incluso dentro de él.

—Tal vez no quieras saberlo —sugiere Iralene.

—O tal vez no puedas —dice Beckley.

Perdiz se vuelve y le pega un empujón al escolta.

—El abuelo de Pressia no se acuerda de ella. Le he devuelto la vida pero parte de él sigue muerto. ¡A ver cómo le digo yo ahora a Pressia que eso es un regalo! ¿Cómo se lo digo?

—Tranquilízate —le dice Beckley levantando las manos.

—¿Y si su padre está aquí dentro? Hideki Imanaka es el hombre que mi padre más odiaba en este mundo. Le encantaban sus pequeñas reliquias. De haber podido, habría guardado una reliquia del japonés. Y él podía hacer cualquier cosa, ¿no?

Beckley se apuesta delante de la gruesa puerta metálica.

—He hecho todo lo posible para avanzar. Necesito que sea el padre de Pressia, lo necesito.

—Hemos intentado muchas combinaciones, Perdiz. No se abre de ninguna manera.

—Pues volémosla.

—Tu padre se aseguró de que no fuese algo que pudiera resolverse por la fuerza. Está relacionado con un secreto, posiblemente con algo que solo vosotros dos sabíais.

Perdiz se pasa la mano por el pelo.

—¡Yo no compartía secretos con mi padre! ¡No compartíamos nada!

Ni siquiera amor, piensa para sus adentros. Su padre ni siquiera lo quería. Eso fue lo que Perdiz le dijo antes de morir: «Tú nunca entenderías el amor».

¿Será eso lo que quiere su padre, amor?

Perdiz mira a Beckley. Todavía tiene el recuerdo en las manos de haber comprimido las costillas de Odwald Belze. Le tiemblan, como las de su padre moribundo. Es como si estuviera dentro de él. Por un momento tiene la sensación de que su padre se salió con la suya y transfirió su cerebro al cráneo de su hijo y vivirá en él lo que le reste de vida. Lo odia más que nunca, y ha comprendido lo que quiere ahora, lo que está exigiéndole.

—Debo averiguar lo que hay ahí dentro, Beckley. —Le coge la manga de la bata—. Y para eso tengo que decirle que lo quiero.

—¿Cómo?

Perdiz sabe que su padre quiere que salga de su boca.

—Hay un micrófono —susurra Perdiz, dando la espalda a la puerta sellada—. Quiere que lo diga.

—¿Estás seguro de que es eso? —Beckley no suena muy convencido pero tampoco conoce tan bien a Willux como su propio hijo.

Iralene apoya una mano en el frío metal de la puerta.

—La cámara que hay en la sala de operaciones estaba llena de fotos antiguas, de cartas de amor que nos escribió a todos. Todo lo que nunca dijo. Y como no lo dijo, nunca nos lo escuchó decir. Sé lo que quiere. No he tenido nada más claro en mi vida.

Lo sabe porque su padre está dentro de él, como si lo poseyera. Pero eso no puede explicárselo a Beckley.

—Dilo —susurra Iralene.

Perdiz se vuelve hacia la puerta y se acerca al micro. Aprieta los dientes y sacude la cabeza. No va a decirlo, no puede. Lo que quiere decir es: «Déjame en paz». ¿Es eso lo que les pasa a todos los asesinos? Su cuerpo es una prisión. Aporrea la pared con los puños.

Intenta pensar en otra persona. Puede fingirlo. Pero su padre está dentro de su cabeza, con sus manos retorcidas y negras y sus resuellos sibilantes. Al final era un miserable. Y entonces, no sabe ni cómo, dice:

—Un miserable como yo. —Hay una canción sobre ser miserable y la gracia de Dios; quiere decirle a su padre que todos son miserables y necesitan que los salven. Pega la boca al micro y dice—: Te quiero. Eres mi padre y siempre te he querido. No tuve más remedio que quererte.

En algún punto de los elaborados mecanismos de cierre sus palabras cumplen los requisitos. ¿Ha sido solo eso? ¿O ha sido el dolor en su voz lo que lo ha activado? Nunca lo sabrá.

Se suceden los clics hasta que por fin la puerta cede. El precinto se rompe. Brota el frío de la cámara helada y la niebla se cuele por el pasillo.

Perdiz pone una mano en la puerta y la empuja lentamente.

En el techo parpadea hasta encenderse una luz que ilumina cuatro cápsulas pequeñas.

Al acercarse ve que en cada una hay un bebé recostado de lado y con un tubo en la boca. Tienen la piel ligeramente cristalizada y azulada, igual que Jarv Hollenback cuando Perdiz lo vio suspendido. En la sala hay también una mesa metálica en una esquina con una caja también de metal encima.

—Cuatro criaturitas —dice Iralene entrando en la cámara y parándose a mirar cada cápsula.

—Dios Santo —dice Beckley entrando también—. Dios Santo.

Perdiz no entiende. Mira al guardaespaldas, que se pone pálido, retrocede, se agarra al quicio de la puerta y se queda mirándolo con los ojos desencajados:

—Por Dios, Perdiz, ¿es que no lo ves?

El chico menea la cabeza y mira a Iralene, en cuyo rostro ve cómo va calando también la constatación. Vuelve a mirar las cápsulas y esta vez busca algún tipo de letrero. En el frontal de cada cápsula hay una pequeña etiqueta metálica con iniciales: ACW, ELW, SWW, RCW.

RCW, sus iniciales: Ripkard, su auténtico nombre; Crick, su segundo nombre, y Willux.

SWW, las iniciales de su hermano: Sedge Watson Willux.

Se agarra a la segunda cápsula y luego se apresura a mirar la tercera etiqueta: ACW, Aribelle Cording Willux, su madre.

—No, no —va diciendo mientras sus ojos vuelan hasta la última placa: ELW, su padre, Ellery Lawton Willux.

¿Será posible que aquello sea su familia... regenerada?

Piensa en los bebés prematuros tras la cristalera de la maternidad. Clones, hechos con código genético de puros y miserables.

¿Está viendo a su madre y a su padre... de bebés? ¿Está mirando a Sedge y a sí mismo? ¿Ese es el legado de su padre? ¿Devolverle a su familia?

Se le dobla una rodilla y tiene que agarrarse al borde de una cápsula. Después va a ver la caja metálica que hay en la mesa alargada. Se queda mirándola unos instantes. Tiene las orejas calientes por la sangre acumulada, así como la visión nublada. Parpadea y enfoca la caja.

Tiene que abrir la tapa.

—No lo hagas. Déjalo —le aconseja Iralene.

Pero no puede. Abre con los pulgares la tapa, que repica contra la mesa metálica.

Dentro hay instrucciones médicas: un calendario de cómo deben envejecer los especímenes hasta tener la diferencia de edad adecuada para volver a ser una familia. ACW y ELW deben salir de la suspensión veinticinco años antes que SSW, la edad con la que sus padres tuvieron a su hermano. RCW debería salir dos años después.

Y luego... ¿qué tenía en mente su padre? ¿Que fuesen una familia?, ¿una familia normal? ¿Reunida al completo?

Tal vez su padre no se arrepintió de haber matado a su mujer y a su primogénito porque todavía estaban vivos.

Perdiz se acerca a las cápsulas, a los bebés diminutos. ¿Qué va a hacer con ellos? Son su herencia.

La radio de Beckley emite un graznido. ¿Habrá puesto en marcha Pressia su plan? ¿Están invadiéndolos los supervivientes? ¿Es el principio de otra guerra cruenta?

—Iralene, dime que algo de este mundo importa. Dime algo que sea sagrado.

—Tú importas —le susurra. Pero eso no es lo que necesita oír.

Beckley vuelve a entrar en el cuarto y les dice:

—Han encontrado a Lyda y a Pressia.

—¿Crees que ya ha empezado?

—Al parecer se ha formado un grupo no muy lejos de la Cúpula. Según los informes, parecen estar avanzando.

Iralene y Beckley salen al pasillo y Perdiz se queda solo por unos momentos con los bebés. Su padre también creía estar haciendo lo correcto. Pero ahora sabe que él no es su padre, que este siempre será un extraño. Perdiz va a intentar salvar la Cúpula pero no por lo que representa o lo que aspira a ser, sino porque cada persona importa. Intentará salvar vidas.

—El hogar de uno es sagrado, Perdiz.

—Tenemos que conseguir refugiar a Lyda y Pressia en la sala de operaciones. Y a Odwald Belze.

—La familia es sagrada —susurra Iralene—. Un hogar lleno de familia.

En cuanto sale al pasillo las luces de la cámara parpadean y se apagan. La puerta se cierra automáticamente y el único sonido en todo el edificio es el de los engranajes encajando en su sitio.

Il Capitano

Apropiado

«Nuestras vidas no son accidentes. Esto es el principio y no el fin».

Bradwell lo lee y lo relee en voz alta, agarrando con fuerza los bordes del trocito de papel. Le tiemblan tanto las manos que el cisne dibujado a mano parece palpitar.

—¿Cómo diablos vamos a derrocar a la Cúpula sin la bacteria?

—Que me muera si lo sé —dice Il Capitano.

—¡Que me muera! —dice enfadado Helmud.

De pronto fuera empieza a formarse jaleo: se producen varios gritos y cánticos indefinidos. Desde la cama, entre las estanterías ennegrecidas y el muro medio derruido, Il Capitano tiene una vista de la muchedumbre que se agolpa en el exterior.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —pregunta Bradwell.

—Ni idea —reconoce Il Capitano.

Pero entonces el gentío se divide en dos y por el centro aparece Nuestra Buena Madre flanqueada por otras dos mujeres, camino de la escuela. Está recubierta de pieles salvo por la parte desnuda del bíceps donde está la boca de su crío. Sabe que viene en busca de Bradwell y de él, y que cuando esté en la biblioteca verá los labios fruncidos del crío: es lo que más miedo le da de esa mujer.

—Está aquí —anuncia.

—¿Quién?

—Nuestra Buena Madre. Algo me dice que nos vamos a meter en problemas. Espero que no venga armada.

—Siempre va armada —dice Bradwell.

—Siempre —repite Helmud.

Il Capitano se echa una sábana fina por la cabeza, como si pudiera servirle de protección.

—Odio que las madres nos llamen muertos.

—Y yo que nos llamen de cualquier forma.

Alguien retira la lona que han puesto a modo de cortina entre dos estanterías y entra Nuestra Buena Madre seguida de otras madres que se apuestan en la puerta.

—Dejadnos un momento a solas. Montad guardia en la puerta de fuera.

Las mujeres miran con mala cara a Il Capitano y Bradwell y se van a regañadientes.

—Creo que es la primera vez que nos honras con tu visita. ¿A qué debemos el placer? —pregunta Bradwell.

—A mí no me hables así, muerto. He venido llevada por la bondad de mi corazón.

—En ese momento mira a Il Capitano y ve que tiene la cara moteada de moratones—. Veo que por fin se han vengado.

—No del todo, por lo que parece.

—Del todo —dice Helmud llevándole la contraria a su hermano.

—Bueno, no puedes culparlos.

Il Capitano no responde. Se culpa a sí mismo, y es una sensación nueva y extraña. No le gusta.

—¿A qué has venido?

—He venido porque me necesitáis.

—¿Ah, sí? Pues yo creía que ya habíamos juntado un reparto bastante bueno. ¿Quién te dice que no nos valemos por nuestra cuenta?

Il Capitano sabe que Bradwell no quiere deberle nada a Nuestra Buena Madre; la mujer tiene unas formas de saldar cuentas un tanto brutales.

—Vamos, por favor... Estáis desorganizados, sin armas y sois débiles. Y creo que te falta algo muy valioso, ¿o me equivoco?

Bradwell abre la boca pero Il Capitano lo interrumpe:

—¿Y qué es lo que crees tener, si puede saberse?

—Os hemos estado siguiendo la pista. Y os dejasteis algo olvidado. Ya sabéis de qué hablo —dice evasivamente.

—Creo que no has entendido por dónde voy. De lo que no estoy convencido es de que sepáis qué es.

—Sé que es pequeño, que es poderoso y que es vital para vuestro plan. Y que alguno de vosotros piensa marchar solo hacia la Cúpula, o incluso los dos, y que lo más normal es que muráis en el proceso. ¿Os habéis fijado en las nuevas armas, todas relucientes, que han colocado por el techo de la Cúpula, a modo de guirnalda?

—¿Cómo? ¿Qué armas? —Bradwell no se ha fijado.

—Están preparándose para una guerra. ¿Y vosotros?

Las enormes alas de Bradwell se despliegan y se sacuden.

—Va a ser una masacre de una forma u otra. ¿Por qué no ayudaros a acabar con la Cúpula y a que sea una lucha justa? —dice Nuestra Buena Madre.

Il Capitano sacude la cabeza.

—No pienso luchar, no voy a hacerlo. Ya no soy esa persona... ni volveré a serlo.

—No hay razón para que sea una agresión —interviene Bradwell—. No tenemos por qué atacarlos a ellos, sino a la propia Cúpula. Podría entenderse como que estamos liberándolos.

—Y esperas poder acercarte con tu entrega especial, ¿no es eso? Tenemos que estar preparados para la posibilidad de que Pressia se lo haya dicho..., o se hayan enterado del arma que le habéis arrebatado a la chica. Puede que en realidad sepan más de lo que creéis. Si rodeamos la Cúpula y vamos todos a una, no sabrán quién tiene ese paquete especial. Podría tenerlo cualquiera. ¿Por dónde empezar a disparar? ¿Cómo empezar la masacre? Llegamos todos a la vez y la rodeamos. Vivimos como una masa, así que, ¿por qué no morir como tal? Al menos estaremos todos juntos. Para matar al que quieren tendrán que matarnos a todos.

—Pero empezarán a barrernos con sus metralletas. No les importará a quién disparar.

—Solo los que quieran participar formando el círculo lo formarán. No obligaremos a nadie.

—Si es cierto que Perdiz está al mando, no tendrá valor de matarnos a todos.

—¿Y si no está al mando? —pregunta Bradwell.

—Lo averiguaremos de una vez por todas —concluye Nuestra Buena Madre, que rebusca bajo las pieles animales y saca el estuche metálico que contiene la bacteria—. ¿Jugáis o no?

Bradwell mira al gentío por entre el muro derruido.

—Juego solo si soy yo el que lleva la bacteria hasta la Cúpula.

La madre sacude la cabeza.

—Te apuntarán a ti primero, Bradwell. Será del que más sospechen.

—No tendré por qué acercarme mucho. —Va a la estantería donde *Freedle* descansa sobre sus piernecitas articuladas—. Aunque me disparen, todavía podríamos asegurarnos de que la bacteria entra en la Cúpula.

—¿Con ese bichillo? —Nuestra Buena Madre entorna los ojos y lo escruta—. Ah, ahora me acuerdo. Fue el regalo que le hizo su madre a Pressia, ¿no es eso? Era así como la madre sabía que estaba a salvo.

—Exacto.

Nuestra Buena Madre se inclina para ver de cerca la delicada cigarra metálica.

—Su madre todavía está con nosotras. Eso es lo que hacemos las madres: seguimos vigilando, hasta desde la tumba. —Asiente y sentencia—: Me parece apropiado, sí. Estoy de acuerdo.

Y con esas retira la lona y hace ademán de irse, pero antes se vuelve y dice:

—En otros tiempos tuve un marido, como habréis podido imaginar. Me abandonó antes de que estallaran las Detonaciones. Está dentro de la Cúpula. Mi muerto sigue allí. ¿Sabéis lo que haré en cuanto caiga la Cúpula?

—¿El qué?

—Darle caza como a un animal y matarlo a sangre fría... a ser posible con mis propias manos. —Sonríe—. La señora Forested matando al señor Forested. Lo reconozco: algunos aspectos de la guerra pueden ser muy íntimos.

Pressia

Cabeza de muñeca

Chandry, Lyda y Pressia están en medio del planetario, sobre un escenario circular, el contenedor que las ha traído hasta allí entre ellas. En el anfiteatro apenas hay luz, como si hubiera anochecido ya. Las estrellas brillan en lo alto.

—Lo han cerrado todo: las tiendas, los colegios, los restaurantes... Por eso hemos podido concertar aquí un encuentro.

—¿Que lo han cerrado todo? —se extraña Lyda.

—Saben lo que tenéis —le dice la mujer a Pressia—. Se han enterado de vuestro plan.

—¿De qué habla? —le pregunta esta, que no quiere delatarse.

Aún no está segura de poder confiar en Chandry. Ha tenido que fiarse cuando se ha metido en el contenedor porque no había otra forma de salir del piso, pero revelarles semejante secreto es otra cosa.

—Vuestra revolución. Lo saben.

—¿Revolución?

Pressia no lo ha pensado como tal pero Chandry tiene toda la razón: es justo eso lo que puede llegar a ser.

—Estamos preparándonos para lo peor, por mucho que, a la larga, sea para mejor.

—¿Y cómo estamos preparándonos? —quiere saber Lyda.

—Con fuerzas militares, por supuesto. Una milicia armada. La Ola Roja de la Virtud vuelve a ser necesaria.

Chandry mira nerviosa el reloj. Pressia conoce las historias sobre cómo la Ola Roja se hizo con el poder antes de las Detonaciones: un gobierno de terror y opresión; quiere saber a quién están esperando.

—¿Quién va a venir?

—Un médico —contesta Chandry, que mira de reojo la cabeza de muñeca, como si el hombre viniera a curarla.

—¿Arvin Weed? —pregunta Lyda.

La mujer asiente. Pressia conoce ese nombre.

—Se me acercó en el banquete. —Al instante se siente culpable por sacar el tema de la boda delante de Lyda. Nota que su amiga frunce el ceño—. Quería hablar conmigo.

—Arvin estaba deseando llevarte a un sitio seguro donde poder hablar. Y por eso estamos aquí.

—¿Qué quiere? —pregunta Pressia, que tiene muy presente el estuche metálico que sigue a salvo contra su piel.

—Cree que puedes tener algo... algo... —Chandry busca la palabra adecuada—

crucial.

A Pressia se le hace un nudo en el estómago. ¿Será él la persona que necesitaba?

—¿Lo conoces? ¿Es de fiar? —le pregunta a Lyda.

—Yo ya no sé de quién fiarme. ¿No es evidente? —Está mirando el techo de estrellas falsas.

—¿Es miembro de Cygnus, como tú? —interroga a la mujer.

—Yo conocí a tu madre... Perteneíamos a la misma asociación de madres..., que en realidad no era más que una tapadera para reunirnos.

Cualquier mención de su madre hace que Pressia sienta una voracidad física. Intenta no sonar muy ansiosa cuando pregunta:

—¿A mi madre? ¿Cómo era?

—Era increíble. Tenía una mente afilada y un corazón enorme. Yo la tenía en un altar —dice Chandry mirándose las manos—. Creía que nos salvaría. —Mira a Pressia y añade—: Tal vez tú lo consigas.

No sabe qué responder a eso pero tampoco tiene tiempo porque en ese momento se oye un chasquido y se abre la puerta de emergencia del planetario. Un haz de luz entra por el hueco hasta que la puerta vuelve a cerrarse.

Es el joven que vio en el banquete de boda: sí, lo reconoce al instante. Se acerca al escenario y, en un gesto extraño, se queda parado unos instantes.

—He intentado por todos los medios disponer de un minuto contigo para hablar. Al final lo he tenido que hacer así, de esta forma tan enrevesada. —Mira a la mujer y le dice—: Gracias, te lo agradezco enormemente.

—Es lo menos que podía hacer —contesta esta, y Pressia se pregunta si le debía algo al médico.

Weed mira ahora a Lyda y sonrío.

—Cuánto tiempo.

—¿De qué parte estás? —le interroga a bocajarro la chica—. Haz el favor de decir la verdad.

—Estoy de mi propia parte. Como todos. Y si crees otra cosa, estás muy equivocada.

—¿Y entonces qué quieres? —interviene Pressia.

—Sé que has hecho un viaje y sé a lo que has tenido acceso. Y también sé que te pareces mucho más a tu madre de lo que Perdiz pueda llegar a soñar.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que quieres hacer lo correcto.

—Quiero muchas cosas.

Weed entrelaza las manos tras la espalda.

—Pues cuéntamelas, Pressia, y tal vez podamos llegar a un acuerdo.

—No sé si puedo fiarme de ti.

—¿Qué quieres? Empecemos por eso.

—Quiero que Lyda pueda salir de aquí. Se lo he prometido.

Weed sacude la cabeza.

—No lo entiendo. ¿De veras quieres vivir ahí fuera, Lyda?

—Me da igual que lo entiendas o no.

—¿Por eso le has dado la espalda a Perdiz?, ¿porque querías irte sin él?

—Yo nunca le he dado la espalda.

—Entonces ¿por qué no le has respondido a ninguna carta?

—¿Me ha mandado? —pregunta Lyda—. ¡Arvin! ¿Me escribió o no?

—Un montón de cartas.

Lyda coge aire y lo aguanta en los pulmones. Los ojos le van de una punta a otra del cuarto.

—Tengo que verlo. Tengo que verlo antes de irme. Ahora. ¡Tengo que verlo ahora mismo!

—Espera, Lyda —le pide Pressia, y luego le dice a Weed—: Sé que has purificado a gente y que has creado Fuerzas Especiales pero que, al final, las potenciaciones acaban pasándoles factura. Los niños que purificaste...

—¿Qué les ha pasado?

—Que han muerto. Los has matado. Tienes la capacidad de purificar, pero el proceso...

—Destruye el funcionamiento más básico del organismo. —Weed extiende las manos por delante, con las palmas hacia abajo. Le tiemblan, aunque muy poco—. Willux me obligó a someterme a potenciación cerebral. Quería utilizar mi mente para salvarlo. —Alarga la mano, coge el brazo de Pressia y alza la cabeza de muñeca—. Pero para ti todavía no es tarde.

Le falta el aire y siente como si el corazón se le fuera a escapar del pecho, ingrátido.

—Tengo lo que necesitas: un vial con el suero de mi madre y la fórmula. Con eso podrás purificar sin que el proceso tenga efectos secundarios letales. Había otra pieza. Y para eso es la fórmula y...

—Tenemos todo lo que hace falta —le dice Weed—. Podemos empezar contigo.

Ese es el momento que ha estado esperando: pueden quitarle la cabeza de muñeca y librarse por fin de ella. Pueden repararla, por completo. Y puede salvar al resto de supervivientes.

—No hay tiempo para eso —los interrumpe Lyda.

—No sabemos cuándo van a atacar... en el caso de que se atrevan —esgrime Weed, que se mete las manos en los bolsillos—. Tal vez tengamos tiempo o tal vez no.

—Todavía no han recibido mi mensaje. Están esperando a que se lo mande.

—No —dice Lyda mirando a otra parte—. El mensaje ya se envió.

—Yo no lo he mandado —protesta a la defensiva Pressia. ¿Es que no la cree?—. ¡De verdad que no!

—Pero yo sí —dice en un hilo de voz Lyda.

—¿Qué les has dicho? —le pregunta a su amiga cogiéndola del codo—. ¿Qué mensaje has mandado?

—Ya sabes lo que les he dicho —replica la otra zafándose del brazo—: que había llegado la hora, que atacasen. Y usé las palabras que me dijiste y dibujé el cisne... para que Bradwell supiera que era tuyo.

—¿Por qué, Lyda? ¿Por qué lo has hecho? —Pressia se queda mirando al suelo mientras intenta procesarlo todo: lo que acaba de cambiar, las repercusiones que puede haber tenido al otro lado de la Cúpula. Entre tanto maldice todo el rato porque se siente traicionada—. Me engañaste para que te dijera las palabras clave. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—Nos lo he hecho a todos —replica Lyda, que va hasta el contenedor, saca dos lanzas y le tiende una a Pressia.

—No pienso coger una lanza, Lyda. ¿Tienes idea de lo que has hecho?

La chica vuelve a hurgar en el contenedor y saca una prenda metálica tejida con perchas. Pasa los brazos por las correas que le puso y se la ajusta por el pecho y la barriga, justo por donde el bebé empieza a tomar forma. Es una armadura tejida a mano. Ha debido de hacérsela ella misma. ¿Cómo? Pressia no lo sabe pero le cuadra a la perfección.

—He hecho lo que tenía que hacer.

—Tenemos que poneros a salvo a las dos —dice Weed, que está rascándose la mandíbula, mientras a todas luces intenta idear una estrategia.

—Tengo que ver a Perdiz —vuelve a insistir Lyda.

—Ahí es adonde os voy a mandar. Pero antes de nada —dice Weed, que mira a Pressia—, yo puedo proteger los laboratorios de investigación. La protección allí es doble. Si me das lo que tienes, podré mantenerlo a salvo.

Pressia siente el metal contra sus costillas.

—¿Prometes que harás lo correcto?

—Lo prometo.

Pressia mira a Lyda y le pregunta:

—¿Puedo confiar en él?

—La confianza requiere todo un acto de fe. Ahora mismo tampoco tienes mucho más.

Pressia mete la mano bajo la guerrera del uniforme y saca el estuche. En cuanto le da el vial y la fórmula, le entra un miedo repentino; le tiemblan las manos como si también su organismo estuviese fallando.

—Perdiz te pedirá que detengas el ataque. Los puros tienen todas las de perder, así que intentará dártelo todo... todo lo que siempre has querido. Prepárate.

¿Cómo puede prepararse una para que le den todo lo que siempre ha querido?

—Cumple tu promesa, Arvin Weed.

—Quiero que sepas que él también mató a mis padres. Y en teoría tendría que decir que mi hermana pequeña murió por complicaciones durante el parto cuando en

realidad la tomaron como rehén. Mis padres hicieron todo lo que Willux les pidió pero aun así la mató. Y luego, cuando crecí, se refriaron y no pudieron recuperarse, como si algo tan benigno como un resfriado pudiera matarlos. He seguido la corriente, Pressia, he estado años y años siguiendo la corriente. Y ahora lo único que quiero es salvarlos.

—¿A quiénes?

—A muchos, muchísimos... imposible contarlos... —Weed se queda sin palabras por un momento, la voz ahogada por la pena. Carraspea y luego añade—: Willux me obligó a crearlos y ahora es responsabilidad mía que sigan con vida. —De repente la mira como si estuviera tan enfrascado en sus pensamientos que se hubiera olvidado de su presencia—. Avisaré a Perdiz de que vais. —Coge el estuche metálico y lo levanta en el puño—. Gracias —le dice, y se va hasta la puerta, desde donde grita—: ¡Coge la lanza, Pressia! Antes o después la necesitarás.

Il Capitano

Corazón

Están avanzando... todos juntos: amasoides, madres, soldados de la ORS, adoradores de la Cúpula, algunos niños de sótano e incluso familias a las que el fuego echó de la ciudad, del cuartel general y de los puestos de avanzada. No quedan muchas Fuerzas Especiales, pero de vez en cuando aparece algún soldado por las inmediaciones, olisquea el aire y, antes de que le disparen, sale flechado.

Los supervivientes se han concentrado en el bosque que linda con el territorio baldío que sube en pendiente hacia la Cúpula, blanca, reluciente y coronada con armas negras y engrasadas, la cruz horadando con su punta los nubarrones.

Il Capitano va apoyado en dos soldados de la ORS, uno a cada lado, que tienen que cargar con el peso de ambos hermanos. Le duelen los huesos, sobre todo las costillas rotas, y tiene la piel túrgida de tanto moratón y tanta hinchazón. En las muñecas, donde se le clavaron las cuerdas, lleva ahora vendajes.

Bradwell va hablando con un grupo de madres. Todos se mueven con una intensidad comedida y una corriente de electricidad murmurada se trasmite por el ambiente. Le alivia saber que el fin común de toda esa gente ya no es matarlos a ellos.

Las madres han estado organizando a la manada. Los supervivientes empiezan a dispersarse en todas direcciones para rodear la Cúpula. Y han apartado a los que se quedarán: los niños y aquellos que los cuidarán, así como los que son más una carga que una ayuda. Están instalando varias tiendas de campaña para guarecerlos del viento y del frío. Y allí van a detenerse los dos soldados de la ORS.

—Aquí está bien —murmura uno.

—No pienso quedarme en una tienda —protesta Il Capitano.

—¡No quedarme! —protesta a su vez Helmud.

—No, no, yo voy con Bradwell. Si él va, nosotros también.

—Nosotros también.

—Pero si no puede ni andar, señor —protesta el soldado.

—¡Bradwell! —chilla Il Capitano rompiendo el silencio.

El chico se acerca.

—¿Qué pasa?

—No pensamos quedarnos aquí en una puñetera tienda.

—Capi, no estáis en condiciones de...

—Vamos contigo. Aunque tengamos que ir a gatas...

—De verdad, pero si no puedes ni...

—No voy a ir por las razones que siempre habría pensado. Voy a ir porque no pienso dejarte solo. Somos como hermanos.

—Hermanos —corrobora Helmud.

Bradwell levanta la vista hacia la copa de los árboles atrofiados.

—Vale, pero si vienes conmigo quiero que me prometas una cosa.

—¿El qué?

—Si no sobrevivo, quiero que compruebes mi corazón.

—¿Tu corazón?

—Asegúrate de que no siga latiendo, de que está parado del todo.

—¿Qué me estás diciendo?, ¿que si mueres pegue la oreja a tu pecho para cerciorarme de que no te sigue latiendo el corazón?

—Exactamente, eso es lo que quiero, y no preguntes más.

—Vale. De todas formas no vas a morir, Bradwell.

El chico no responde y en cambio le dice:

—Hoy pega el viento, ¿no te parece?

Il Capitano asiente.

—Bastante.

—Espero que siga así —dice Bradwell, y se aleja.

—¿El viento? ¿De qué habla ahora del viento?

—El viento —le explica Helmud.

Perdiz

Con un cordel

La larga mesa de caoba es en realidad una pantalla que proyecta un mapa en directo, con la Cúpula en el centro. Perdiz escruta la imagen. Hay unas motas oscuras que han rodeado la Cúpula y vienen más de camino, otros puntos que surgen del bosque.

—La imagen se crea mediante una serie de cámaras que registran el movimiento y lo siguen —explica Beckley.

—¿Y cada punto es un superviviente? —quiere saber Perdiz. Está pasando de verdad, y comprende entonces que todavía no había llegado a creérselo.

—Correcto.

Iralene se sujeta del brazo de Perdiz, que está tan enfrascado en sus pensamientos que se sorprende por el roce.

—¡Son un montón! —exclama la chica.

A Perdiz le palpita el corazón en los oídos. De pronto siente una oleada de orgullo: no puede creer que se hayan organizado y se hayan unido todos. Intenta imaginar lo que deben de sentir Il Capitano y Bradwell en esos momentos. ¿Serán los cabecillas del movimiento? ¿Habrán sido los artífices? Al poco, sin embargo, el orgullo deja paso rápidamente al miedo. Están concentrándose porque tienen idea de entrar, no es una misión por la que congratularse: es el principio de una revolución.

—Tenemos que comunicarnos con ellos. ¿Todavía se pueden calmar las aguas! Debemos hacerlo pacíficamente. ¿Sabemos algo nuevo de Pressia y Lyda?

—Vienen de camino.

La idea de ver a Lyda le oprime el pecho. ¿Por qué no respondió nunca a sus cartas? ¿Será que ya no está enamorada de él?

—Puedes convencer a Pressia para que exija una tregua. Yo sé que puedes —dice Iralene—. Ella es una de ellos y sabrá cómo hablarles, ¿no? —Miserables, a eso se refiere Iralene.

Beckley está hablando con alguien por el walkie-talkie.

—¿Está listo? ¿Aquí mismo?

—¿Qué está pasando? —quiere saber Perdiz.

—Espero que no te importe pero me he tomado la libertad de traer a alguien que puede servir de enlace.

—¿De enlace?

—Necesitarás a alguien sobre el terreno que haga de intermediario. He pensado en la persona perfecta, alguien que puede parecerles... de fiar. —Beckley se dirige a la puerta, la abre y deja pasar a un soldado alto y desgarrado de las Fuerzas Especiales que tiene una prótesis bajo el muñón del muslo. Se queda mirando a Perdiz, que lo reconoce al instante.

—Hastings... —Intenta distinguir a su viejo amigo, al muchacho torpe y tímido. Cuánto lo echa de menos.

—Perdiz Willux. —Aunque la voz de Hastings suena más robótica que nunca, sigue habiendo algo profundamente humano en él, algo que no puede borrarse.

A Iralene le da miedo y agarra con más fuerza el brazo de Perdiz y se mueve para ocultarse ligeramente tras él.

—¿Qué te pasó? —le pregunta refiriéndose a la pierna.

La última vez que se vieron Perdiz le pidió que fuera en busca de Il Capitano. ¿Lo llevaría eso a perder un miembro? ¿Tiene él la culpa? No le extrañaría...

—Un accidente. —Han restringido a Hastings, y ahora solo da respuestas cortas, de lo menos reveladoras. Lo han recodificado por haberse pasado de bando.

—Lo siento.

Hastings asiente. Siguen siendo viejos amigos, todavía queda algo de lealtad.

—Hastings —interviene Beckley—, necesitamos que seas nuestros ojos y nuestros oídos. —Estás interceptado de arriba abajo—. Te instalaremos un sistema de comunicación para que podamos hablar directamente con quien esté al mando.

—Il Capitano y Bradwell —apunta Perdiz.

—Y te daremos un dispositivo portátil con el que retransmitirás nuestras voces — sigue explicándole el escolta.

Hastings respira hondo, y sus voluminosos hombros suben y bajan.

—Beckley te ha traído porque eres el único en quien pueden confiar, pero en realidad tú eres el único en quien yo confío, Hastings. Nos conocemos desde hace mucho.

—No tienes que recurrir a vuestros viejos lazos —le dice por lo bajo Iralene, que ha reconocido algo en Hastings—. Está programado para obedecerte.

—Tiene razón —corroborra Beckley—. Forested le ha doblado la codificación del comportamiento. No volverá a cambiar de bando.

—¡Pero yo quiero que tenga elección! ¡Maldita sea! ¡Quiero que la gente decida por sí misma!

Beckley se acerca a Hastings y le dice:

—¿Puedes decidir por ti mismo, Hastings?

Este mira a Perdiz y luego a Iralene y sacude la cabeza.

—No, señor.

—Tenemos que sacarlo ya si queremos tener alguna esperanza de negociar.

—Vale, Hastings, sal ahí fuera y busca a Bradwell o a Il Capitano. Pressia no tardará en llegar —le dice Perdiz, con la esperanza de que sea cierto—. Cuando los encuentres, estaremos listos para hablar. Todavía podemos reconducir la situación.

Beckley va al pasillo y escoge a dos guardias para que escolten a Hastings hasta el exterior.

Antes de irse su amigo vuelve la cabeza y mira a Perdiz: es todo lo que le queda, una humanidad innegable en los ojos. La mirada es tan acusatoria como sufridora; es

afilada y rápida y hace que a Perdiz le recorra un escalofrío. Es como si su amigo supiera lo que va a pasar, y es peor de lo que se imagina. Pero antes de que pueda decir nada —aunque ¿qué iba a decir?— Hastings se ha ido medio cojeando.

Se acuerda de cuando su amigo le habló a una chica en el último baile al que fue, el mismo en que él bailó con Lyda. ¿Cómo han acabado así: ambos deshechos una vez más en modos que jamás habrían podido predecir?

—Hay otra cosa —le dice Beckley a Perdiz cuando vuelve a la sala.

—Cygnus decidió que era mejor que Lyda y tú os mantuvierais separados. —Se lleva la mano al bolsillo de la chaqueta del uniforme y saca dos bultos: sendos fajos de papeles plegados, atados con un cordel—. Cartas... las tuyas a Lyda y las de ella a ti.

Pressia

Sagrado

Pressia y Lyda van corriendo por las calles de la Cúpula camino de la sala de operaciones. Llevan las lanzas sujetas en los cinturones. Pressia ha cogido una pequeña y afilada, de solo quince centímetros, más fácil de esconder. Lyda se ha calado la armadura. La gente está tan asustada, mareada, enfadada, desesperada y desorientada que nadie se fija en ellas. Alguien ha roto un escaparate y hay gente en la acera peleándose por unas pilas y unas linternas. Otro grupo le ha bloqueado el paso a un camión oficial de la Cúpula y están saqueándolo de mascarillas antigás, mantas y agua embotellada. Pressia se acuerda de las historias que le contaba el abuelo sobre lo que pasó tras las Detonaciones, como las peleas que hubo en supermercados y en grandes superficies. Han destrozado los carteles que anunciaban la boda de Iralene y Perdiz en los escaparates: les han tachado las caras, han escrito «Muerte» en letras grandes y les han dibujado horcas y calaveras.

—Es el chivo —dice Lyda—. ¡Perdiz es el chivo!

—¿Que es qué?

—El chivo expiatorio. ¡La gente va a culparlo por todo!

Pressia se asusta. Están pidiendo sangre. Reconoce la mirada en sus ojos; la recuerda de los supervivientes que se echaban a las calles durante las muerterías. El sufrimiento de la gente tiene un límite y, cuando se sobrepasa, alguien debe pagar los platos rotos.

Cruzan a la otra acera para evitar a los puros, que se pelean con sus gabanes, sus trajes sastre y sus mocasines de suela fina.

Se dirigen hacia una nube de humo que surge de una muchedumbre reunida ante una iglesia al cabo de la calle; parecen estar todos dando vueltas sin saber adónde ir.

—Empieza a oler como en casa —comenta Lyda—. Y no solo por el humo, también por la desesperación...

Se tapan la boca y la nariz con las mangas y aprietan el paso.

Al pasar por delante de la iglesia, Pressia ve lo que están quemando: un muñeco con un traje y la cara arrugada por las llamas.

—¡Per-diz, Per-diz, Per-diz! —están gritando.

A Pressia le falta el aire. Una cosa es perder la fe en su hermano, como le ha pasado a ella, y otra cosa quemar su efigie.

Mira a Lyda, que está tan sorprendida como ella. Pressia la aparta de la muchedumbre.

—No levantes la cabeza y sigue andando —le dice.

Lyda tropieza un poco pero siguen aligerando la marcha.

Cuando doblan la última esquina, Pressia choca de cara con un guardia que la

agarra por un brazo.

—¿Adónde te crees que vas?

Pero una mujer que está al lado ve la cabeza de muñeca antes que el guardia y pega un grito:

—¡Ya están aquí! —chilla—. ¡Miserable! ¡Miserable!

El guardia ve la cabeza de muñeca y se cae hacia atrás al querer coger el rifle que lleva en la espalda.

—¡Detente! —le chilla a través del humo cada vez más denso—. ¡Detente ahora mismo!

Pero siguen corriendo todo lo que pueden. A su alrededor los puros huyen y gritan. Se oye un disparo. ¿Será del guardia que les chillaba desde el otro lado del humo, o de otra persona?

Lyda tira de Pressia hacia un edificio. Entran y recorren un vestíbulo muy amplio y espacioso con paredes de espejo y bonitos adornos dorados. Otro guardia les grita:

—¡Por aquí!

Llegan corriendo al único ascensor que hay y entran.

El guardia pulsa el botón.

—Estará esperándoos.

—¿A las dos? —le pregunta Lyda.

El guardia se encoge de hombros como si en realidad no supiera quiénes son, y Pressia se fija entonces en lo joven que es, más que ella.

—¿Creéis que debería quedarme? —les pregunta en voz baja—. Estoy preocupado por mis hermanas. ¿Debería irme? La cosa está poniéndose fea, ¿no?

—¿Tienes alguna relación con las hermanas Flynn? —indaga Lyda—. ¿Tú no ibas a la academia de chicos?

—Aria y Suzette —dice el muchacho—. Mis padres ya no están con nosotros. No aguantaron mucho después del... —baja la voz—... del discurso. Por lo menos lo hicieron bien, trazaron un buen plan, sin sangre ni historias, y lo dispusieron todo para que los encontrase la criada, no nosotros. Eran buenos padres. —Al muchacho le recorre un escalofrío.

—Por supuesto que eran buenos padres —lo consuela Pressia—. Seguro que os querían muchísimo. Ahora estarían orgullosos de ti si te vieran preocupado por tus hermanas.

Ella sabe perfectamente lo que siempre le habría gustado oír de sus padres: «Te queremos y estamos orgullosos de ti». Lleva tanto tiempo aferrada a la idea de que velan por ella de un modo u otro... La idea de que pudieran suicidarse ni siquiera le cabe en la cabeza.

Lyda coge al chico de la manga y le dice:

—Deberías irte. Ha llegado la hora de que la gente exprese su amor. Puede que no quede mucho tiempo.

Pressia piensa en Bradwell, no puede evitarlo. Amor... ahí está. Siempre lo

querrá. ¿Tendrán más tiempo juntos?

El ascensor se detiene con una sacudida. Pressia nunca se acostumbrará a ellos. Las puertas se abren y las chicas salen.

—¡Por aquí! —dice otro guardia desde el fondo del pasillo.

—Siento lo de tus padres —le dice Pressia al muchacho del ascensor.

Al guardia se le llenan los ojos de lágrimas.

—Aquí nunca nadie dice esas cosas. Ya nadie habla de ellos. Es como si hubieran desaparecido sin más.

—No se han ido del todo —esgrime Pressia.

El guardia agacha la cabeza y las puertas se cierran solas. Pressia sabe que es probable que no vuelva a verle. Ahora las cosas son así: la primera vez y la última, todo en una.

Lyda corre por el pasillo y Pressia le va a la zaga. Después de pasar por delante de varias puertas, la primera se cuelga en un pasillo y pega la espalda a la pared.

—¿Qué haces? —le pregunta Pressia.

Lyda se coge las costillas con un brazo.

—Necesito un segundo a solas. Sigue tú.

—¿Estás segura?

Pressia prosigue por el pasillo. Por delante se abre una puerta por la que aparece Perdiz. Recuerda entonces cuando lo conoció: cómo, cuando se le desató la bufanda, supo que era el puro del que había oído hablar, el puro con el pelo corto y la piel perfecta que se había escapado de la Cúpula. Le tiende la mano... ¿para estrechársela? ¿Va a ponerse formal?

—Te salvé la vida antes incluso de saber quién eras —le dice.

Se niega a darle la mano y Perdiz tiene que meterse las suyas en los bolsillos.

—Es verdad. Un amasoide estaba a punto de pillarme.

—Aunque eso no habría ocurrido nunca, ¿no te parece? Nos juntaron como a los corderos de un rebaño, igual que ahora.

—Puede que sí.

—Pero tengo la sensación de que esta vez será distinto.

—Esta vez es mucho más profundo, más que cualquier cosa.

—¿Qué has hecho, Perdiz? ¿En quién te has convertido?

—¿Y qué pasa contigo? Me has dado la espalda. Has tirado la toalla conmigo.

—No, tú la has tirado con nosotros.

—Tienes que cancelar el ataque —dice fríamente Perdiz—. Estamos localizando a Bradwell y a Il Capitano para establecer una comunicación con ellos. Hastings será el mensajero. Todo va encajando. Estableceremos un diálogo, uno de verdad, por primera vez en la historia de la Cúpula.

—Y en ese diálogo, ¿piensas decirles lo que tienen que hacer? ¿A eso lo llamas tú diálogo?

Perdiz mira al otro lado del corredor y, al ver que se le cambia la cara, Pressia

comprende que ha aparecido Lyda. La llama entonces por su nombre:

—Lyda. Lyda Mertz.

Echa a andar hacia ella y luego rompe a correr. Lyda se queda inmóvil. Pressia no sabe si aceptará a Perdiz o no. ¿Lo quiere de verdad, o simplemente tiene que averiguar si él la ha querido alguna vez, si la ha querido de verdad?

En el último segundo reduce el paso. Lyda le dice algo a Pressia pero esta no la oye, y es Perdiz quien le responde algo, alarga la mano y le acaricia la mejilla con el dorso de los dedos. Lyda lo abraza entonces y le susurra al oído.

Pressia oye un ruido por detrás y se vuelve. Es una mujer que está mirando fijamente a Perdiz y a Lyda; inspira con fuerza y expira con dificultad.

—Iralene —Pressia la reconoce de la boda.

La chica asiente.

—Tengo algo que hará que cambies de parecer —le dice, y mira al otro lado del pasillo.

Pressia sigue su mirada hasta Perdiz, que está cogiendo la cara de Lyda con ambas manos y hablándole apresuradamente.

—Ha sido un regalo de boda.

—Iralene, ¿estás bien?

Esta se agarra al marco de la puerta y le dice:

—Es el cielo. —Le sonrío a Pressia al tiempo que le rueda una lágrima por la mejilla—. He mandado que construyan el cielo. Aquí, aquí mismo. Porque es el lugar más seguro del mundo. Ven, déjame que te enseñe el cielo.

Al dar un paso, se le tuerce el tobillo y se tambalea por un momento sobre los tacones. Le susurra a Pressia tan bajo que apenas la oye:

—Ven conmigo. Quiero enseñarte por qué deberías decirles que paren. Esto lo cambiará todo y todo saldrá bien. Ya verás.

Iralene da unos cuantos pasos por el corredor. Perdiz y Lyda se dan cuenta entonces de su presencia y la miran, cogidos de la mano, mientras abre una puerta. De repente la baña una luz intensa. Es como si hubiera abierto la puerta a un cuarto que contiene al propio sol.

—Pressia, tú eres de la familia. Y la familia es sagrada. ¿Qué es un hogar sin familia?

Il Capitano

Ojos

La muchedumbre avanza en silencio, nadie abre la boca. Il Capitano observa las caras: los destellos de plástico y cristal, las quemaduras brillantes y las cicatrices nudosas y recias. Se ve en sus mandíbulas la determinación lúgubre que los embarga. Caminan a trompicones, arrastran pies y cojean. Algunos están fusionados a otros pero avanzan igual. No hay pistolas, fusiles ni cuchillos. Por delante se extienden las tropas de las Fuerzas Especiales, con sus cuerpos hipermusculados, demasiado lastrados por las armas y rígidos por las fusiones. Algunos están encorvados, y los brazos y las piernas parecen irregulares. Se han apostado a intervalos de seis metros, rodeando el perímetro de la Cúpula. Por muy impedidos que parezcan, están listos para abrir fuego en cualquier momento.

Il Capitano no puede seguir el ritmo; a cada paso siente que se le dispara el dolor por todo el cuerpo. Y aun así nota un extraño arranque de fuerza. La Cúpula se yergue cada vez más imponente. El viento es frío y cortante. Y por alguna razón es todo muy hermoso.

Las capas tornasoladas de ceniza.

El cielo de gasa oscura.

El sol, ese manchurrón de luz en el cielo.

Y entonces todos se detienen. Las voces empiezan a susurrar y a sisear. ¿Qué ha pasado? Il Capitano se abre paso a empujones, con el cuerpo gritándole de dolor.

—¡Bradwell! —grita—. ¡Bradwell!

Cuando llega hasta el frente ve a Hastings aparecer entre las tropas de Fuerzas Especiales que protegen la Cúpula.

Bradwell se adelanta para encontrarse con el soldado, que baja la colina a grandes zancadas, con un paso levemente irregular.

—Hastings está intervenido. Ven lo que él ve y oyen lo que él oye.

Pero ahora Il Capitano distingue claramente la cara de Hastings y se da cuenta de que algo no va bien.

—Hastings, ¿qué te han hecho? —Il Capitano comprende que, pese a la honda emoción de sus ojos, lo han sometido a más codificación—. Te han reprogramado, ¿verdad?

Hastings asiente.

—¿Peor que antes?

Vuelve a asentir.

—¡Perdiz! ¿Qué le has hecho? ¡Por Dios, que es amigo tuyo!

—Perdiz y Pressia van a hablaros en breves momentos. Por favor, no os alejéis.

Bradwell mira a Il Capitano y le dice:

—¿Estás listo?

—¿Para qué?

—Para lo que viene ahora.

—¿Lo que viene ahora? —se pregunta Helmud.

Perdiz

Habitaciones

Sol. Cortinas calentadas por el astro, iluminadas. Así se ha sentido al ver las cartas y a la propia Lyda: como si de repente se hubiera visto bañado por el sol, como si ardiera en su propio pecho.

Lyda no ha dejado de quererlo. Las cartas así lo demuestran, aunque ella misma se lo ha dicho: «A pesar de que creía que me habías abandonado, he seguido queriéndote, y siempre te querré».

Y ahora están ahí juntos, paseando por esa cocina de la casa que ha diseñado Iralene, de la que empezó a hablarle a Perdiz como si se tratara de un sueño pero que ya formaba parte del plan: ¿desde hace cuánto?

Una pastilla de mantequilla reluce sobre un platito de cristal. En la encimera brilla una tostadora. Hay una mujer junto al fregadero que tiene una espalda delgada y lleva una camisa estampada.

Es consciente de que es una imagen de su madre, y quiere alargar la mano y tocarle el hombro. Pero también sabe que no hay hombro que valga, ni mujer. Le gustaría que se volviera y lo mirase pero ya no tiene madre.

Lyda hace ademán de coger un vaso de leche que exuda condensación pero lo traspasa con la mano.

Iralene entra en la habitación.

—¿Te gusta? —le pregunta.

¿Por qué no puede querer a las dos? El amor que siente por Lyda es algo muy profundo pero también ha acabado amando a Iralene, que es resuelta y auténtica. Todos dan vueltas por la cocina donde su madre —la imagen pálida en el fregadero— mete las manos en el agua jabonosa y enjuaga un plato mientras canturrea para sí. Es tan real que no soporta mirarla mucho tiempo. Quiere que alce la vista y lo vea, que lo trate como lo trataba, como si hubiera vuelto.

Pero ¿le gusta aquello? ¿Puede responder a la pregunta? Es un espejismo. No es real. ¿Es que Iralene no entiende la diferencia? En cualquier caso no se lo dice.

—Sí, me gusta. —Es una verdad a medias.

¿Por qué hay tanto sol? Se cuela por las ventanas y baña con tal resplandor la habitación que disipa todos los matices. Tal vez no hayan podido rematar los detalles.

—¿Cómo has hecho todo esto? —quiere saber Perdiz.

—Purdy y Hoppes tenían acceso a todos los archivos, y pensaron que servirían para convencerte. Hay más, mucho más.

Lyda no se mueve. Está apostada bajo el haz de luz que arroja la ventana falsa.

—Pájaros, en el centro de rehabilitación tenían pájaros que pasaban revoloteando por las ventanas falsas como esta.

—¡Es que no hemos tenido más tiempo! —responde contrariada Iralene.

—No me gustaban los pájaros: me recordaban que no tenía adónde ir.

Lyda le ha contado que Arvin le dio a entender que ordenaron detener el intercambio de cartas para que pensase que él la había abandonado. Perdiz le ha dicho que no le permitían verla, que Forested tomó el control de su vida. Después de decirle que siempre lo ha querido, él le ha dicho que quiere estar con ella. «Comprendo», ha respondido Lyda. Pero ¿qué quiere decir ese «comprendo»? Aunque ¿qué quería?, ¿que Lyda le dijera que se había equivocado al no marcharse con él la última vez y que a partir de ahora siempre estarán juntos?

—¡Perdiz!

Es Pressia llamándolo desde el pasillo. Sigue la voz y pasa por delante de un dormitorio con literas.

Se detiene y mira dentro. Allí, en la cama de abajo, está su hermano. «Dios Santo, es Sedge», piensa, antes de las potenciaciones y de la codificación. No es un soldado de las Fuerzas Especiales sino tan solo un muchacho de dieciséis o diecisiete años. Duerme a pesar del sol que entra por la ventana. Le entran ganas de despertarlo y de oír su voz. Pero sabe que todo se ha hecho aprisa y es probable que sea lo único que haga su hermano: dormir, como cuando eran pequeños, en una litera. Perdiz apoya la cabeza en el marco de la puerta y musita:

—Sedge, Sedge... mi hermano.

Entonces Pressia vuelve a llamarlo.

Se aparta de la puerta y camina con paso inestable hasta el siguiente dormitorio. Una colcha con volantes rosa, un dosel. Una jirafa de peluche. Un espejo de cuerpo entero empotrado en la puerta de un armario. Pressia se queda mirando su reflejo en el espejo; se echa el pelo hacia atrás y se fija en que la cicatriz de media luna no se ve en la cara del espejo.

Y entonces da un paso atrás y levanta la cabeza de muñeca, que tampoco aparece en el reflejo. Alza ambas manos y las flexiona: abiertas, cerradas, abiertas, cerradas.

Se queda mirando a Perdiz por el espejo.

—¿Por qué querría hacer nadie un sitio así?

Él no tiene la respuesta.

Un coro de voces. Pressia las reconoce y ve que Perdiz también porque se queda paralizado. Sale corriendo de la habitación y lo deja allí. Siente como si se le hinchara el corazón y fuera a estallarle. Sigue por un pasillo que da a un salón. Y allí, como aguardándola, hay tres hombres: Bradwell, Il Capitano y Helmud, tres hombres «separados». Hablan y bromean, y Helmud se pasa la mano por el pelo y se frota una rodilla con otra. Está nervioso. Il Capitano le da una palmadita en la espalda a Bradwell y los tres ríen.

No distingue bien lo que dicen, siguen siendo solo voces: de esas que se oyen al otro lado de un largo pasillo, de paredes y puertas. No parecen saber que está allí enfrente de ellos.

—Bradwell —dice.

Tiene la cara sin marcas, sin cicatriz alguna, y los nudillos lisos, sin cortes. Lleva una chaqueta de traje ceñida. No hay alas enormes ni pájaros en su espalda.

—¿Cómo lo han hecho?

Perdiz ha llegado a su lado. Se agacha y mira desde allí las caras de los tres.

—Madre mía... Míralos.

Pero Pressia no puede.

—No están bien hechos, no son ellos: así no, sin pasado no.

En ese momento se fija en un objeto redondo del tamaño de una manzana en el suelo. Un orbe, igual que el cacharro del que le habló Lyda; debe de haber uno en cada habitación para crear las distintas imágenes. Nada es real.

Sale corriendo del cuarto y vuelve por el pasillo pero está ligeramente cambiado: hay una puerta que está segura de no haber visto antes. Está abierta, solo una rendija. Levanta la cabeza de muñeca y la alivia verla allí. Abre la puerta.

Y allí está su abuelo, sobre unos almohadones ahuecados en la espalda. Tiene un cuadernillo de crucigramas apoyado en la rodilla. Se fija en que solo tiene una pierna, mientras que hay otra falsa, rosa y reluciente, con un calcetín bajo negro y un zapato, en una esquina. Ya no tiene el ventilador alojado en la garganta; en su lugar hay una cicatriz rugosa con forma de cruz.

No es como Bradwell, Il Capitano y Helmud en el salón. Parece saber que está allí pero entonces le dice:

—¿Puedo ayudarla, joven? —Como si fuese una desconocida.

—Soy yo.

—Hola —la saluda el anciano, aunque lo hace en un tono tímido que no le conoce.

—Pressia. Soy yo, Pressia.

El abuelo cierra los ojos por un segundo y los aprieta, como si la mera mención del nombre le causara dolor. Al abrirlos sonrío.

—Así se llamaba mi mujer —dice por fin—. Murió hace unos años.

Pressia se acerca al abuelo y alarga la mano para tocarlo pero vacila. Quiere sentir su calor humano. ¿Y si no es más que un truco... un truco cruel?

Pone la mano en la del anciano y... lo siente, la sequedad de su piel, el juego de sus nudillos artríticos.

—Eres real... Pero no me conoces.

El anciano le sonrío.

Las lágrimas le arden en los ojos.

—¡Perdiz! ¡Lyda! —grita.

Su amiga asoma por la puerta y le dice:

—Es real. Tenemos que sacarlo de aquí. Debe venir con nosotras.

A Lyda la apabulla la visión del anciano.

—¡Perdiz! —vuelve a llamarlo Pressia—. ¿Dónde estás?

Empieza entonces a tocarlo todo: la pared, los cuadros, los pomos de las puertas, un jarrón. Hay cosas reales y otras que sus manos traspasan como si fueran aire.

—¡Perdiz! ¡Perdiz!

No hay respuesta. Corre a la cocina, por la que antes pasó sin detenerse.

Hay una mujer en el fregadero lavando los platos, y Perdiz está sentado a la mesa de la cocina.

—Me has devuelto a mi abuelo.

—Salvo por su memoria.

—Pero está vivo. Gracias a ti. Te lo agradezco.

Perdiz mira de reojo a la mujer del fregadero y le pregunta:

—¿No te has dado cuenta de quién es?

Pressia va hasta la encimera, se inclina hacia delante y ve la cara de su madre, el delicado perfil de su nariz y su barbilla. Tiene una mirada amable. Se le ven los brazos llenos de pecas. En la superficie del agua brillan las pompas de jabón. Coge una burbuja en la palma de la mano y la sopla hasta que sale volando, surca el aire y luego estalla.

Pressia alarga la mano para tocarla pero Perdiz la detiene:

—No, no la toques.

Iralene entra sonriente en la habitación.

—¿A que merece la pena conservar esto? —le pregunta a Pressia—. Un hogar lleno de familia. Todos aquellos a los que habéis perdido, ¡perfeccionados! Ahora no puedes querer acabar con la Cúpula. ¡No con un lugar así aquí dentro! Puedes hacerlo tu hogar, Pressia.

—¿De veras crees que querría salvar un sitio así? Pero si no es real...

—No, no —dice Iralene haciendo aspavientos con las manos—, podemos programarlo mejor y hacer que sea interactivo. Con el tiempo podrías llegar a tener conversaciones con todos. Tú no lo entiendes.

—La que no lo entiendes eres tú. No son personas reales.

—Pues precisamente por eso es por lo que no podéis acabar con la Cúpula, Pressia —interviene Perdiz—: porque está llena de gente real. Gente que moriría fuera. ¿Y sabes quiénes serán los primeros en morir? Nosotros. Tú y yo, Iralene, Lyda... Lyda y el bebé. Y más...

—¿Más qué?

—Más bebés. Bebés diminutos en incubadoras. ¿Qué crees que les pasará?

—¿Bebés en incubadoras? —Se imagina a las madres encontrando hileras de bebés en cajas de plástico calientes. Madre Hestra y el resto los acogerían con los brazos abiertos, se los atarían al cuerpo (un consuelo familiar de cercanía) y los cuidarían—. Si hay bebés que necesitan madres, creo que sabes muy bien quién puede cuidarlos, Perdiz.

—¿Te vas a fiar de esas? ¿De las que me cortaron el meñique?

—Las cosas tienen que cambiar. Eso lo tengo claro. ¡Deben cambiar!

—Bueno, pero es peor. Hay gente almacenada en frío. No puedes ni imaginarte... Perdiz se levanta, se tambalea y sale por la puerta de la casa, de vuelta al pasillo. Pressia lo sigue y le grita:

—Perdiz, ¿qué haces? ¡Perdiz!

Está doblado en dos intentando respirar pero, en cuanto llega a su altura, se incorpora, va a la sala de operaciones y se detiene ante la mesa del centro.

Pressia lo sigue hasta allí y ve el mapa de la zona que rodea la Cúpula, un mapa que está vivo: hay puntos negros que avanzan en todas direcciones colina arriba, acercándose cada vez más a la Cúpula. ¿Será uno de esos puntos Bradwell? ¿Estarán también Il Capitano y Helmud? ¿Quién tendrá la bacteria?

—Los supervivientes se equivocan.

—Están acercándose —les informa Beckley.

—Dios Santo...

—¿Esto es...?

Pressia no sabe cómo terminar la frase. ¿Esto es la revolución?

—Es lo que crees que es —le contesta su medio hermano, que apoya la mano en una almohadilla reluciente junto a una puerta, y esta se abre—. Ven, es la cámara secreta de mi padre. Quiero que veas otra cosa.

Pressia entra en la habitación en penumbra. Cuando se encienden las luces, ve que el suelo está lleno de fotografías de Perdiz y su familia —de vacaciones, en el colegio, de viaje— y de cartas manuscritas. En una distingue claramente la firma: «Tu padre». ¿Así es como decidió decorar su despacho Willux?

Pressia ve una foto de su madre. Se arrodilla rápidamente y la coge. Aparece junto a una chimenea, con un recién nacido en los brazos: ¿Perdiz o su hermano Sedge? Lo que tiene claro es que no es ella.

Iralene entra también y empieza a recoger los papeles y las fotografías como si le diera vergüenza todo ese desorden. Perdiz se apuesta tras un largo escritorio que hay en medio de la habitación.

—Aquí hay un sistema de comunicación. Nos conecta con el resto de sitios del mundo que sobrevivieron. —Cuando toca la mesa se ilumina la superficie de una pantalla, igual que la de la sala de operaciones, aunque el mapa que aparece aquí es mundial—. Si se destruye la Cúpula, también se acabarán tus posibilidades de encontrar a tu padre. —Señala Japón en el mapa—. Su corazón seguía latiendo. Tiene que estar vivo en alguna parte...

—Ya me dijo Weed que me ofrecerías de todo para evitar el ataque.

—¿Y por qué no ibas a hacerlo?

—¿Y por qué crees que puedo?

—Deja que te cuente lo que averiguó mi padre. Los miserables son la raza superior; todos los horrores por los que han pasado los han puesto a prueba una y otra vez, y ahora son más fuertes. ¿Y los puros? Pues son débiles, por haber estado mimados y protegidos. Prácticamente se han quedado sin sistema inmunológico.

¿Sabes lo que pasará si la Cúpula deja de existir y los puros tienen que vivir ahí fuera, respirando ceniza y luchando contra terrones, alimañas y amasoides?

—Sí, sé perfectamente lo que pasará. ¿Es que lo has olvidado? Esa ha sido mi infancia.

—¿Y quieres revivirla?

Pressia sacude la cabeza.

—Quería que los puros ayudasen a los supervivientes con la cura, y así poder resarcirse. Quería borrar todas las cicatrices y las fusiones y reparar el mundo entero. Pero ya no. Bradwell tenía razón. No debemos borrar nunca el pasado ni aunque lo llevemos en la piel.

—Yo sé dónde está el botón, Perdiz. —Iralene señala un cuadradito metálico en la pared—. ¿Es eso, verdad? Sálvanos, Perdiz.

Alguien llama a la puerta abierta y dice:

—Bradwell está al otro lado de la línea. ¿Estamos listos?

—Listos —dice Perdiz.

En una pared se ilumina otra pantalla y aparece la cara de Bradwell. Tiene los ojos entornados y el aire le revuelve la camisa y el pelo. Cuando se vuelve hacia un lado se ve la cicatriz doble que le recorre una mejilla.

Iralene ahoga un grito. No está acostumbrada a ver cenizas ni cicatrices.

Las cámaras alojadas en los ojos de Hastings enfocan ahora a Il Capitano y Helmud, que tienen mal aspecto, pálidos y debilitados. El mayor tiene los dos ojos morados y la mandíbula partida.

—¿Qué les ha pasado? —pregunta Pressia.

—¿Esos dos están fusionados entre sí?

Iralene dice la palabra «fusionados» como si fuera su primera vez. Está aterrada, y Pressia recuerda lo que dijo Bradwell de lo que pensarían los puros sobre él: el asco y el horror.

—Ya te lo explicaré luego —le responde Perdiz.

Pressia se pregunta si habrá un luego...

—Dile a Bradwell que detenga el ataque —le pide Perdiz a Pressia.

¿Será capaz de apretar el botón? ¿Será capaz de matar de golpe a todos los supervivientes?

Pressia se mete la mano en el bolsillo y agarra la punta de la lanza que Lyda talló con los barrotes de la cuna.

—¡Bradwell! ¿Me oyes?

—¡Sí! —grita contra el viento—. ¿Estás bien?

—¿Y tú?

El chico asiente y mira de reojo a Il Capitano y Helmud.

—Estamos bien. ¡Ojalá pudiera verte!

—Díselo, Pressia —insiste Perdiz.

—¿He oído la voz de Perdiz? —pregunta Bradwell.

Pressia sabe que en teoría debería decirle que detenga el ataque pero en vez de eso le dice:

—Perdiz puede mataros a todos. Si pulsa un botón que diseñó su padre, expulsará un gas al aire que os dormirá para siempre.

Bradwell respira hondo y dice:

—No vamos armados. El Capitano dijo que era la única forma de hacerlo: sin armas, todos juntos.

—Si atacáis a la Cúpula, los puros morirán —explica Perdiz—. No pueden vivir fuera. La mayoría moriría. Así que, desde mi punto de vista, estáis más que armados.

El Capitano interviene entonces y los ojos de Hastings se apresuran a enfocar lo.

—¿Y qué prefieres, matar a los supervivientes para salvar a los puros?

—¿Es que no ves que ambos bandos sufrirían bajas?

—¿Y acaso las muertes de los miserables cuentan menos? —pregunta Bradwell.

—Vosotros no lo entendéis: voy a ser padre. Tengo un hijo en camino... No podéis ni imaginaros lo que es pensar en criar a un niño ahí fuera.

—Perdiz, nosotros hemos sido niños aquí fuera. Sabemos perfectamente lo que es, y tú nunca lo sabrás.

—¡Es mi hijo! Mi propio hijo, que tendrá que respirar, crecer sano y hacerse mayor. Ahí fuera no puede hacer nada de eso.

—¿Tu hijo? —dice Iralene, como si cayera ahora en la cuenta de la importancia que tiene ese niño para él. ¿Qué creía, que iba a ser la madre? ¿O se lo está diciendo a Lyda?

—El niño no es tuyo —le dice Pressia—. De hecho ahora mismo el niño no es de nadie.

—Van a matarme... y lo sabes. Yo seré el primero en morir. Y también matarán a Iralene. Puros o miserables, no importa quiénes. Nos matarán, ya sabes lo que representamos. —Apoya ambas manos en la pared—. Él está en mí, dentro de mí. Mi padre... No está solo en el aire que nos rodea: está dentro de mi cuerpo, mi sangre es su sangre.

Pressia le mira la mano, la del meñique que ha vuelto a crecerle entero, la que está peligrosamente cerca del botón. No puede atacarlo con la lanza porque está codificado con fuerza y velocidad y la reduciría sin problemas.

Pero entonces mira a Iralene. Ella es pura, de la raza débil, o al menos eso creía Willux. Y entonces la coge de la muñeca blanquecina, tira de ella y le dobla el brazo por detrás de la espalda, entre los omóplatos. Las cartas y las fotografías que tenía entre los brazos se desparraman por el suelo, en un rocío de caras, cumpleaños, bicicletas, árboles de Navidad y notas manuscritas, hojas y hojas. Tiene la piel fría y helada. Pressia le aprieta la cara contra la pared, le bloquea el otro brazo con la cadera y le pone la punta de la lanza en la garganta.

—Apártate del botón o la mato —le dice Pressia.

Perdiz se queda mirándola, aprieta los puños y se queda completamente quieto.

—Hastings. Coge a Bradwell. —Es una voz metálica y fría.

«Coge a Bradwell», las palabras retumban con un eco enfermizo en la cabeza de Pressia, un zumbido que no parará.

Hastings no tiene elección.

Tira a Bradwell al suelo y le pone el pie bueno en el pecho. Las alas del chico se despliegan en su espalda, contra la tierra. Hastings le apunta una de las pistolas que tiene en los brazos contra el corazón.

Hay un rayo de luz roja.

Bradwell mira al soldado a los ojos pero solo le habla a Pressia.

—Lo siento —dice.

Pressia se queda sin respiración. Sabe por qué lo siente, y no por lo que acaba de pasar, no: lo dice por lo que va a pasar ahora.

—¡No! —chilla, todavía agarrando con fuerza a Iralene—. ¡No!

Y entonces Bradwell empieza a forcejear y a resistirse. Le pega patadas a Hastings e intenta incorporarse del suelo. Golpea contra la tierra y levanta más polvo y ceniza en el aire.

La pantalla se oscurece. La cara de Bradwell se pierde en la nube de polvo.

—¡Deja de resistirte! —le ordena Hastings—. ¡Para ahora mismo!

Pressia le chilla a Perdiz:

—¡Haz algo!

Pero este no lo entiende, ¿verdad? Bradwell está forcejeando con la muerte. Lucha sabiendo que va a morir.

La pantalla se vuelve negra.

Hastings cierra los ojos.

Y entonces suena un disparo.

Uno solo.

Varios supervivientes chillan.

Y entonces el silencio.

Y un grito: sonoro y prolongado.

Seguido de otro: igual de alto y prolongado.

Un eco del primero.

Pressia deja caer la lanza y suelta a Iralene, que se queda inmóvil, con el cuerpo apoyado en la pared.

—Ha muerto —susurra Pressia.

Hastings está en posición de firme y apuntando al gentío con sus armas. Es un soldado que defiende su territorio.

El Capitano se arrodilla al lado de Bradwell. Lo aterra tanta sangre, tan repentina y rápida, saliendo a borbotones del pecho de su amigo. Helmud se agarra al cuello de su hermano y estruja la camisa entre sus puños delgados.

—Bradwell —dice sin aliento Il Capitano.

Tiene que comprobarle el pulso pero la sangre le ha empapado la camisa. No debe de quedarle mucho corazón.

Le tiemblan tanto las manos que apenas puede abrirle la camisa. Pero cuando lo hace, la desgarrar de arriba abajo.

El viento arrecia.

Y unas hojitas ensangrentadas levantan el vuelo.

Il Capitano se sienta en la tierra mientras el viento se lleva las hojas y las dispersa por el suelo reseco.

Una se queda prendida en la bota de Hastings, los bordes empapados de rojo.

Il Capitano coge una.

«Estamos aquí, hermanos y hermanas, para terminar con la división, para que nos reconozcan como seres humanos y vivamos en paz. Todos y cada uno tenemos la capacidad de ser benevolentes».

No hay ninguna cruz al final, solo unas cuantas gotas de sangre desperdigadas.

Los supervivientes recogen las hojas y se reúnen en torno a Bradwell.

Su cuerpo yace sobre el manto de sus propias alas pluminegras. Las hojas ensangrentadas siguen saliéndole del pecho como una cinta sin fin de la que tirara el viento.

Tiene los brazos abiertos de par en par, al igual que las manos, y de una aparece entonces *Freedle*. Desorientado por los papeles arremolinados, despliega las alas mecánicas y remonta el vuelo rumbo a la Cúpula.

Pressia no puede respirar. Ni tampoco llorar. Bradwell ha muerto. Y él sabía que iba a ser así. «¿Y si no volvemos a vernos?...». Debería haberse quedado con él, no debería haberse ido. Él lo sabía y no se lo contó, no le contó toda la verdad, solo dijo: «¿Y si?...». Y si, si, si... Ella pensó que era solo el principio.

Todavía recuerda el beso. ¿Lo recordará siempre? ¿Lo lleva tatuado a fuego en los labios? Por eso le hizo prometerle que estarían juntos, ahora y en el más allá... en caso de que haya un cielo... en caso de lo que pueda aguardarles más adelante.

Se lleva el puño al corazón. Siguen unidos el uno al otro. No hay mejor iglesia que el bosque. Al fin y al cabo una boda es entre dos personas, es lo que se prometen en un susurro.

No sabe por qué pero ahora siente miedo, y se apodera de su pecho. Sabe qué es sentir el impacto del duelo, lo que supone ser una doliente. Pero lo que siente ahora es terror: ya no está, y darse cuenta de que el mundo sigue existiendo sin él es lo que más la aterra. Y ahí lo tiene.

Mira al suelo lleno de fotografías de la infancia feliz de Perdiz.

Este se le acerca y le dice:

—Lo he matado.

—No me toques. No me mires.

Perdiz es un fantasma.

—Tú no has matado a nadie —dice Iralene—. No es verdad. ¡Tú no has sido, ha sido Hastings!

—Cállate, ¡cállate!

Iralene se desliza por la pared y se sienta en el suelo, donde se queda mirando al vacío.

—Pressia, hice todo lo correcto. Te lo juro. Yo no sabía que Hastings iba a matarlo.

—Está programado para matar a todo aquel que se le resista. Bradwell lo sabía y por eso se ha resistido.

—Yo he dado la orden —dice Perdiz, con una voz tan ronca que apenas se oye—. Podría haberle dicho a Hastings que se apartara... Podía haber hecho algo.

—Tú nos has traído hasta aquí. Nos has conducido hasta este momento. Va mucho más allá de no haberle dado la orden a Hastings.

—No iba a pulsar el botón —masculla el chico—. No habría podido. No iba a hacerlo.

—No, no lo habrías hecho —dice Iralene—. Yo sé que no. —Y luego con voz esperanzada añade—: A lo mejor eso los detiene; tal vez así se retiren.

—*Freedle*. ¿Es que no lo habéis visto? Lleva la bacteria y viene hacia aquí. Llegará pronto.

Llaman a la puerta y se oye la voz urgente y sonora de Beckley.

—¡La gente está amotinándose en las calles! ¡Quieren sangre!

—Vienen a por nosotros —dice Iralene.

—Aquí nos encontrarán. ¡Seguro! —exclama Perdiz.

En la pantalla sigue viéndose la escena. Los ojos de Hastings están abiertos de par en par mientras escruta la muchedumbre. El Capitano está gritando:

—¡Sigamos adelante! ¡Es lo que él querría! Avancemos ¡todos juntos!

Tiene la cara manchada de tizne y se ha limpiado las manos ensangrentadas en la camisa.

Y entonces Hastings da media vuelta, hacia la Cúpula, y se pone en línea con otros dos soldados.

—La Cúpula va a caer, y cuando lo haga, saldré y volveré a casa —dice Pressia.

Va a la puerta, la abre y se queda en la sala de operaciones. Beckley está al lado de su abuelo, que se ha sentado en un sillón de cuero junto a Lyda.

—Vendrás con nosotras —le dice a su abuelo—. Cuidaremos de ti.

Aunque tiene miedo el hombre asiente. En otros tiempos él fue el extraño que la adoptó, y esta vez le toca a ella cuidar de él.

Perdiz se queda mirando a Lyda, todavía conmocionado por verla allí, tan cerca, y

aun así tan distante. Las cosas han cambiado entre ellos. ¿Cómo lo ha vivido ella? Recuerda que Pressia le dijo que iban a arrebatarse al bebé. ¿Lo habrá creído? ¿Será verdad? Ya no sabe lo que es verdad y lo que no. Y tal vez nunca lo haya sabido. Pressia le dirá ahora a Lyda lo que ha pasado en la cámara, que pudo salvar a Bradwell pero no lo hizo. Su amigo ha muerto. Perdiz vaciló. ¿Por qué?, ¿por pura rabia o porque de veras creía estar haciendo lo correcto, intentando salvar a su pueblo? ¿Es así en el fondo como piensa en los puros, como en su pueblo? Puede que nunca llegue a conocer su auténtica verdad, la suya propia. Tal vez así empezó también para su padre: con un acto que no pudo deshacer y que definió quién era como persona. Perdiz quiere ser bueno, siempre ha querido serlo. Ahora mismo tiene que decidir cómo intentarán sobrevivir.

—Podrías haber huido —le dice a Beckley—, tal vez sea lo mejor. ¿Por qué te has quedado?

—Somos amigos, y los amigos no huyen.

Perdiz no sabía que era eso justamente lo que quería oír pero al oírlo se alegra. Coge a Beckley y le da un abrazo y una palmada en la espalda.

—Gracias.

—Tenemos que movernos ya. Si nos quedamos aquí, nos encontrarán. No puedes encerrarte. Si permaneces en la cámara de tu padre te esperarán fuera.

Perdiz mira a Pressia. Sabe que no merece ir con ellos. Sacude la cabeza y dice:

—Ahí fuera acabarán con nosotros. De una forma u otra...

—Hay que moverse ya —le urge Beckley.

—Ven con nosotros —le dice Pressia—. Encontraremos una forma de sacarte de la Cúpula y luego te buscaremos un escondite fuera.

Beckley y Lyda ayudan al abuelo de Pressia y todos van hacia la puerta.

—Venga, Perdiz —le insiste Pressia—. Ven con Iralene. Solo os salvaréis si salís de aquí. Nos mantendremos todos juntos.

Perdiz es consciente de lo mucho que está costándole decirlo, y sabe lo que debe de pensar de él. Se odia, a sí mismo y a ambos mundos: tanto la Cúpula como el exterior.

Iralene y Perdiz salen al pasillo y siguen al resto hasta el ascensor, mientras Lyda y Beckley llevan al anciano.

Pero entonces Iralene se detiene y mira hacia la puerta de la casa que ha diseñado. Sigue abierta, apenas una rendija por la que sale la luz.

Coge del brazo a Perdiz y lo aprieta.

—Recuerda —le dice—, todavía me debes un favor.

—Iralene —dice este en voz baja.

—Me lo prometiste. ¿Vas a cumplir tu palabra o no?

—Por favor...

—¿Eres un hombre de palabra? —lo desafía. Él sabe lo que está pidiéndole y no quiere que lo diga pero lo hace—: Nos he construido un hogar.

Pressia mantiene abierta la puerta del ascensor.

—Aprisa —los llama, y los otros dos se vuelven para mirar.

Perdiz sacude la cabeza.

—No puedo.

Iralene le suelta el brazo y va a la puerta bañada de luz dorada. Perdiz agarra con fuerza las cartas de Lyda.

—Perdiz, no —le pide Pressia.

—Ahí dentro no hay nada real. Es el vacío —le dice Lyda.

—Puedo sacaros de aquí —insiste Beckley—. Iralene, dile que venga con nosotros.

—Un minuto —le dice Perdiz a Iralene, que asiente.

Recorre el pasillo hasta donde está Lyda, se lleva la mano al bolsillo, saca el fajo con sus cartas y se las tiende.

—Ten. Estas son para ti.

La chica coge el fajo y se lo pega al pecho.

—Yo no puedo quedarme y tú no puedes irte, ¿verdad?

—Nunca se sabe lo que puede pasar. Algún día...

—Si quieres buscarme, ya sabes dónde estoy: fuera...

—A los dos. —Madre e hijo—. Esto es un barco, y creo que si se hunde debo estar dentro.

Vuelve con Iralene, la coge de la mano y se despide de todos. Acto seguido ambos entran en la habitación resplandeciente, con su luz cegadora, y la puerta se cierra tras ellos.

Un grupo de supervivientes monta guardia junto al cuerpo de Bradwell mientras Il Capitano y Helmud encabezan la marcha con el resto. El círculo se cierra cada vez más hasta que solo quedan diez metros entre ellos y los soldados de las Fuerzas Especiales, Hastings entre ellos. Il Capitano da una voz y los supervivientes se detienen. La orden recorre el círculo entero y al poco todos se detienen en el sitio. Hastings mira a Il Capitano. ¿Ha perdido el contacto con los de dentro? ¿Qué estará ocurriendo allí?

Nadie se mueve. Nadie habla. Se quedan allí, a merced del viento, que sigue revolviendo las hojas de Bradwell.

Y entonces ocurre.

Un crujido grave y profundo, como un sonido entre las cuatro paredes de un barco enorme.

Se oye un chasquido seguido de un crujido que hace temblar el costado de la Cúpula, como cuando surge una grieta en medio de un lago helado. Se dispara por la superficie y provoca fisuras aquí y allá.

Y entonces se mueve un trozo de la envoltura, se vuelca y cae hacia el interior de

la propia Cúpula.

Nuestra Buena Madre avanza colina arriba, guarecida a ambos lados por otras madres. La cruz de la ventana que tiene encajada en el pecho la mantiene siempre erguida y con la cabeza alta. Cuando ve las grietas que surgen en la superficie blanca de la Cúpula, le susurra a la boca de bebé hundida en el brazo:

—¡Vamos a buscar a papaíto, cariño! —Y agarra con más fuerza la lanza—. ¡Vamos a buscar a tu papá!

Las luces parpadean y luego se apagan del todo. Arvin aguarda. Contiene la respiración y cierra los ojos, y nada más hacerlo ve los rostros de sus padres. Ha acatado órdenes para poder seguir con vida. Logró hacerse valioso, indispensable. Pero ahora por fin es libre. El generador vuelve a la vida con un zumbido. Las luces se encienden y oye el ruido que hace el laboratorio al cerrarse a cal y canto. No saldrá hasta que tenga la cura.

Cuando las luces se apagan, el zumbido de la maquinaria muere en todas las cámaras a ambos lados de los pasillos. Se hace un silencio de muerte. Peekins estaba trabajando en una de las cámaras, intentando salvar a una familia: cuatro bebés inmóviles. El tono azul claro va disipándose en la piel. Echa mano de la linterna que lleva en el bolsillo e ilumina a los niños que tiene delante: los Willux. Un par de ojos parpadea y se abre. Son los de la niña, la madre de Perdiz. Tal vez sea la única que sobreviva.

Los orbes iluminan todas las habitaciones. Iralene ha escogido la música, la misma que bailaron en el picnic, que parece ya tan lejano. Surge de unos altavoces que no se ven. Están abrazados en medio del salón y se balancean, más que bailar. Por el vestíbulo se oyen voces y pisadas fuertes.

—La luz del sol no calienta, no es real —le dice Perdiz.

—¿Y qué es la realidad de todas formas? —dice Iralene.

—Vienen a por nosotros.

—Déjalos que vengan.

—Iralene. —Le coge la cara con ambas manos y le acaricia las mejillas con los pulgares.

Se oye un porrazo contra la puerta, el de un cuerpo pesado que la embiste una y otra vez.

Para cuando llegan a la calle, ya se ve el cielo entre las grietas. La ceniza ha empezado a entrar.

—Está pasando.

—Ceniza —dice Lyda.

Beckley lleva a cuestas al frágil abuelo de Pressia.

—Me acordaré de cómo era, ¿no? —les pregunta Beckley.

El abuelo de Pressia levanta la mano para coger unos copos de ceniza. Mira a Pressia, con cara de asombro, y le dice:

—Mi niña.

Pressia se echa a llorar.

—Sí, soy yo.

Su madre está muerta, Bradwell está muerto y Perdiz ha escogido su propio fin. Pero al menos ha conseguido devolverle la vida a alguien.

Hay más gente por las calles. Algunos gritan, otros lloran. Unos van con sus hijos cogidos en brazos mientras otros transportan cosas valiosas: candelabros de oro, cajas con objetos personales, armas; los llevan agarrados con tanta fuerza que desde lejos parecen fusionados a sus posesiones terrenales, no muy distintos de los supervivientes que tanto los aterran.

Algunos empiezan a correr... pero ¿adónde van? No hay adonde ir.

El tendido eléctrico se ha visto afectado. Las luces parpadean y van apagándose. El monorraíl se ha detenido con un fuerte chirrido. Beckley los lleva hasta un tramo de escaleras oculto que hay junto a los ascensores secretos, parados ahora como todo lo demás.

Alcanzan la planta más baja de la Cúpula y recorren los terrenos vacíos de la academia, pasando por delante de los dormitorios colectivos, las ventanas a oscuras de las aulas, e incluso por el campo de fútbol americano, con líneas blancas que rayan el césped falso, y por la cancha de baloncesto rodeada por una alambrada. El abuelo le contó en su tiempo que su padre era *quarterback*. Su padre real, sin embargo... Lo más probable es que nunca oiga su voz... Está ahí fuera.

Llegan por fin a los sembrados de soja, verdes y frondosos. Las hileras se curvan en la forma de la Cúpula. Caminan sin descanso. Pressia siente el viento que sopla desde algún sitio.

Lyda se saca la lanza. El hollín es cada vez más espeso y se arremolina con el viento.

—Está nevando —dice.

Cerca del suelo ha caído un trozo triangular de Cúpula sobre los sembrados, encima de las plantas con sus hojas verdes y sus semillas amarillas. Conforme andan, sobre las esquirlas rotas, el suelo va crujiendo bajo sus pies. Se dirigen al agujero que ha quedado, al borde de la Cúpula. Pressia mira hacia ese mundo ceniciento, su hogar. Remontando la colina vienen supervivientes, que llegan para reclamar lo que es suyo. Empieza a correr hacia ellos y escruta las caras en busca de Bradwell, a

sabiendas de que no la encontrará.

Pero allí están Il Capitano y Helmud, llenos de hollín y de dolor. Al verla el mayor se para en seco y clava las rodillas en el suelo. Lleva un trozo de papel en el puño. Lo levanta por encima de la cabeza a modo de pequeña bandera blanca.

No hay victoria. Siempre hay pérdida.

Esta es su rendición.

Y la de ella.

Su corazón le dice por dentro: «Basta, basta, basta. Me rindo».

Y espera que se le pare.

Ha perdido tanto...

Y sabe que ahí fuera encontrará el cuerpo de Bradwell. Y su muerte volverá a golpearla, una y otra vez. ¿Cuántos golpes puede encajar?

Pero el corazón le late y no parece querer parar.

Late para devolverle la vida.

Su corazón no piensa rendirse.

Y por eso no es el fin.

Es solo otro comienzo.

Se detiene y mira hacia atrás. Entre la nieve negra caminan Beckley, que lleva a cuestas al abuelo, y Lyda y el bebé que lleva dentro, protegido bajo la armadura que ella misma se hizo. Mira al Il Capitano, que se pone en pie como puede, tirando del peso de su hermano, y se acerca a Pressia para abrazarla. Cuando estaban en la niebla rodeados de criaturas que creían que los matarían, Il Capitano le dijo: «Si tú fueras la persona que hubiese de estar siempre a mi lado, yo jamás, jamás te dejaría». Esa es la promesa en la que tiene que creer: «Jamás, jamás te dejaría».

Esa es ahora su familia.

Los tres se dan la vuelta y ven a los puros que están llegando a los sembrados, con las verdes hojas de soja reluciendo a sus pies. Están pálidos y se mueven como tímidos fantasmas, con los ojos muy abiertos, rumbo al borde roto de su mundo.

En alguna parte Perdiz e Iralene estarán ante la mesa de una cocina falsa que reluce con la luz de un sol falso, mientras las baterías de los orbes se van descargando poco a poco. Espera que al menos, si la gente va a por ellos, luchen por sus vidas. Es el último retazo de fe que tendrá en él.

Ella, sin embargo, ha escogido esta verdad, una grotescamente hermosa y hermosamente grotesca: su mundo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —susurra Il Capitano.

—¿Qué ahora? —se pregunta también Helmud.

—Se acabó la sangre —dice Pressia.

El corazón le late y le late y no para de latirle, y cada pulsación es como una detonación en su propio pecho, y todo momento de aquí en adelante es un mundo nuevo.

Fin

Agradecimientos

Me gustaría darle las gracias a toda la gente que ha aguantado conmigo este mundo ceniciento durante tantos años: mi marido, mis hijos, mis padres, que son el colmo del amor y la generosidad, y en particular a mi investigador jefe, Bill Baggott; ha habido mucho que engarzar, soldar y rehacer desde las cenizas. Gracias por tu paciencia.

Le estoy asimismo agradecida a mis editores, Beth deGuzman, Selina McLemore y Jaime Levine, así como a los de las editoriales extranjeras, en particular a Hannah Sheppard, Frankie Gray, Florence Lottin, Louise Loiselle y Patricia Escalona, así como a mis traductores, los encargados de darle vida a esta obra en otros idiomas, en particular a Laurent Strim. Gracias también a quienes ponen sus voces en la versión audio —Khristine Hvam, Joshua Swanson, Kevin T. Collins y Casey Holloway—, por añadir sustratos a la narración. Y por supuesto estoy en deuda con los departamentos gráficos por crear unas cubiertas tan impresionantes. Gracias a los publicistas que han puesto su corazón y sus energías en llevar estos libros por todo el mundo, en especial a Linda Duggins y Ben Willis. Le estoy también muy agradecida a Clare Anne Darragh, ¡por apoyarme como una hermana! Agradezco a Karen Rosenfetl, Reodney Ferrell, Emmy Castlen y a todos los asesores de Fox 2000 sus puntos de vista y su convicción. Y, bienvenido, James Ponsoldt. Me alegro mucho de que te hayas subido a este barco.

Vaya un agradecimiento muy especial para Cheryl Fitch del Instituto de Clonación Molecular del Departamento de Biología de la Universidad Estatal de Florida, por permitirme ver con mis propios ojos el trabajo que desarrollan. Le estoy igualmente agradecida a Margaret McKeown Henihan, la mujer que una vez me contó un viejo cuento irlandés que me hizo llorar y que se quedó para siempre dentro de mí.

Estoy en deuda de por vida con Nat Sobel, Judith Weber, todo el equipo de Sobel Weber y Justin Manask. Un millón de gracias.



JULIANNA BAGGOTT. Escritora, ensayista y poeta americana, también escribe bajo los seudónimos de Bridget Asher y NE Bode. Ha publicado diecisiete libros en los últimos diez años. *The Provence cure for the brokenhearted*, escrita bajo el seudónimo Asher, se publicó en la primavera de 2011. Hay aproximadamente 50 ediciones extranjeras de sus novelas hasta la fecha. Julianna comenzó a publicar cuando tenía veintidós años y vendió su primera novela cuando aún estaba en la veintena. Después de licenciarse en la Universidad de Carolina del Norte en Greensboro, publicó *Girl Talk*, que fue un *best-seller* nacional y fue rápidamente seguido por *The Miss America family*. Más tarde, el *Boston Herald Book Club*, seleccionó *The madam*, una novela histórica basada en la vida de su abuela. Co-escribió *Which brings me to you* con Steve Almond, el mejor libro de 2006 (Kirkus Reveiws), adaptado al cine por Keith Bunin con Matthew Warchus como director.

En español ha publicado *Antes de ti* (2011) y *Puro* (2012).

También escribe novelas para los lectores más jóvenes bajo el seudónimo de NE Bode. Baggott además es una reconocida poeta, con tres colecciones de poesía en las mejores publicaciones literarias del país.

Es profesor asociado de la Universidad de Florida State University of Motion Pictures Arts.

En 2006, Baggott y su marido co-fundaron la organización sin ánimo de lucro, Kids in Need - Books in Deed, que se centra en alfabetizar y conseguir libros gratis a niños de escasos recursos en el estado de Florida.